LA DIFERENCIA PROHIBIDA

Sexualidad, educación y violencia. La herencia de mayo de 1968

ENCUENTRO

SOCIEDAD

TONY ANATRELLA

Ensayos
304

TONY ANATRELLA

La diferencia prohibida

Sexualidad, educación y violencia.
La herencia de mayo de 1968

ENCUENTRO

Título original
La différence interdite

© 1998
Flammarion, París
© 2008
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Traducción
Lázaro Sanz

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

A Maurice Clavel

ÍNDICE

- PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA
- INTRODUCCIÓN
  ¡TODOS IGUALES!
  - Mayo del 68 es la negación del padre
  - «¡Tú eres yo!»
  - El niño en el espejo del adulto
  - Babel se reconstruye
- CAPÍTULO 1
  PADRE ESCAMOTEADO, FAMILIA DESESTABILIZADA
  - La queja familiar
    - El discurso y la vivencia
    - ¿Quién hace qué?
  - La familia debilitada
    - Las rupturas
    - El matrimonio devaluado
  - El retorno de las «nuevas» familias
    - El concubinato
    - El matrimonio provisional
    - La relación monoparental
    - La angustia de ser padre
  - ¿Qué es un padre?
    - La ley
    - El árbol genealógico
    - La identidad sexual
    - La cultura
  - El padre despedido
    - Representaciones colectivas del padre
    - Paternidad y procreación
    - Los derechos del padre
    - El poder de las mujeres

    - Una sociedad matriarcal
        - La madre en solitario
        - Una humanidad asexuada
        - El miedo a la autoridad

- CAPÍTULO 2
  PROBLEMAS Y RECURSOS DE LA RELACIÓN EDUCATIVA
    - ¿Qué es el abandono educativo?
        - Breve historia del abandono
        - El abandono educativo
        - Ya no hay niño
        - Una escuela sin medios
    - Del niño-rey al niño referente
        - La educación limitada
        - Abolir las fronteras entre las edades
        - La educación imposible
    - Propuestas
        - Educar: para qué
        - Educar: cómo

- CAPÍTULO 3
  LA CRISIS DE LA INTERIORIDAD
    - La construcción de la interioridad
        - Relación fusional y diferenciación
        - La identificación imposible
    - Una sociedad que se deshace
        - El tiempo reducido al instante
        - Transmitimos vacío
        - El sujeto-rey
        - Fragmentación de la sociedad
    - La transparencia
        - Las relaciones personales
        - Las confidencias
    - Las consecuencias de este vacío de la interioridad
        - Lo televisual se apodera del imaginario y controla la interioridad
        - La búsqueda de otro lugar
        - La medicalización de la vida
        - La toxicomanía
        - El suicidio

- CAPÍTULO 4
  EL SEXO FRAGMENTADO
  - Breve historia de nuestro universo sexual
    - ¿Liberación sexual o miedo al sexo?
    - Una sexualidad higienista
    - Decir todo, mostrar todo
    - ¿Qué es el amor adolescente?
  - Algunos elementos para pensar las cuestiones sexuales
    - Las pulsiones parciales, el cuerpo en pedazos
    - Desposeído de su cuerpo
    - La influencia del grupo

- CAPÍTULO 5
  EL SEXO ASOCIAL
    - Hablar de amor...
    - Pornografía e inhibición
    - La responsabilidad relacional
  - Autoerotismo y autosexualidad
    - Un modelo dominante
    - ¿Qué es la autosexualidad?
  - La pederastia o la negación de la generación
    - ¿Pedofilia o pederastia?
    - La confusión entre las generaciones
    - Pederastia y vida social
    - Pederastia y psiquismo
    - La psicología pederástica
    - ¿Qué prevención contra la pederastia?
    - Malentendidos
    - Pederastia y carencias actuales. Ley civil y ley edípica
  - El aborto o el rechazo de la procreación
    - El niño, entre el obstáculo y el espejo
    - El otro hace ley en la sexualidad humana
    - Interiorizar la procreación
    - La inhibición social

- CAPÍTULO 6
  LOS RETOS DE LA HOMOSEXUALIDAD
  - Nacer y devenir sexuado
    - ¿De dónde viene el deseo sexual?
    - Lo sexual es en primer lugar psíquico

    - De la bisexualidad a la heterosexualidad
        - El sexo único
        - ¿Qué es la bisexualidad psíquica?
        - Bisexualidad y genética
        - Discurso social y diferencia de sexos
    - La cuestión homosexual
        - Un discurso inmaduro
        - Los orígenes de la homosexualidad
        - Un problema social
        - ¿Hay que legitimar la homosexualidad?

- CAPÍTULO 7
  LAS RAÍCES DE LA VIOLENCIA
    - Aspectos psicológicos de la violencia
        - Nacemos violentos
        - A flor de piel
        - Inseguridad y estrés
        - La falta de coherencia
    - ¿Qué es la violencia juvenil?
        - La necesidad de afirmarse
        - Una sociedad que infantiliza
        - La violencia-transgresión
        - El cuerpo tribal
    - El odio

- Conclusión
  ¿HACIA UNA SOCIEDAD INDIFERENCIADA?

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La tesis que sostiene este libro, que se publicó en Francia en 1998 y que sigue reeditándose con regularidad, no deja de confirmarse en los hechos, algunos de los cuales se han acelerado con el paso del tiempo, acentuando los problemas a los que nos hemos tenido que enfrentar: desde *la destitución de la imagen del padre* hasta *la violencia*.

La problemática

Asistimos a una lenta pero determinante *destitución de la imagen del padre y del hombre*. Esta desgracia fomenta una visión totalmente subjetiva de la educación, relativamente desprovista de mediaciones entre las cosas reales y el niño, convirténdole en su propia referencia. No sorprende ver hoy a muchos adultos sin referencias, perdidos ante *la educación de los niños*. Sin una transmisión y una educación sustentadas en realidades objetivas, las jóvenes generaciones se encuentran cada vez más enfrentadas *a una crisis de su interioridad* que no saben cómo llenar. Les faltan recursos interiores que sólo tienden a compensar con el uso de drogas. Algunos han recurrido al hachís para calmarse, al éxtasis para estar en forma y a la cocaína para estimularse. Otros consumen alcohol para darse a sí mismos la impresión de existir, y otros quieren encontrar en los ansiolíticos el medio para calmar sus angustias existenciales. A falta de inscribirse en una historia, se suicidan de una manera lúdica.

Existen otros tantos síntomas que indican la dificultad de que su existencia tome cuerpo, lo que repercute en la concepción de la sexualidad que se fragmenta en la imagen de un cuerpo despedazado. Esto es lo que ilustran las modas en el vestir, que nos presentan hombres pseudoviriles con barba de dos días, incluso interminables adolescentes con cuerpos apolíneos. En cuanto a las mujeres, sus trazos alternan entre la agresividad, con el fin de imponer una feminidad evanescente digna de los clichés infantiles de Pedro Almodóvar o, a la inversa, el rechazo de la feminidad expresada en cuerpos anoréxicos.

En este contexto, asistimos al fortalecimiento de una *sexualidad asocial* en la que

dominan la autosexualidad, la monosexualidad, la negación de la procreación. La sexualidad debería definirse, pues, en términos de prácticas y orientaciones sexuales. Por ello, *la homosexualidad* se convierte en un paradigma a partir del cual se querría volver a pensar la pareja, el matrimonio, la familia y la filiación. La deconstrucción a la que asistimos, que va de la negación del sentido del padre hasta la negación del sentido de la diferencia sexual, desemboca y desembocará cada vez más en *violencia contra sí mismo y contra el vínculo social*. No nos puede sorprender que la enfermedad que va en aumento en las sociedades desarrolladas, y en constante incremento, sea la depresión. Habiéndose malogrado el marco de referencia y no guardando una adecuación con las necesidades humanas fundamentales, las personalidades se vuelven frágiles y se quiebran.

Una apuesta esencial: el rechazo de la diferencia sexual es la matriz de la negación de todas las diferencias en un mundo uniformado

Cuando se alteran la mayoría de los procesos y su lógica, se constata la negación de la diferencia en todos los ámbitos. A los niños y los adolescentes se les trata como si fuesen adultos. A un hombre y a una mujer se les considera idénticos. A la relación homosexual se la compara con una pareja formada por un hombre y una mujer. Una madre podría remplazar al padre y viceversa. Todas las situaciones familiares tendrían el mismo valor. Nos encontramos, en consecuencia, dentro de una mentalidad que reduce todas las diferencias al momento en que se confirma el carácter fragmentado de la sociedad. Ya no hay espacio para el sentido de la alteridad y todavía menos para distinguir la naturaleza de las cosas.

Tras casi sesenta años hemos pasado de un discurso político a un discurso psicológico para expresar un malestar existencial: al marxismo, que quería liberar socialmente a las personas de un orden social para imponer uno más opresivo y más mortífero que el anterior, le ha sustituido la teoría de *género*, que quiere emancipar subjetivamente a los individuos de la diferencia sexual. Una teoría que impregna la Comisión de Población y Desarrollo de la ONU, la OMS (Organización Mundial de la Salud), el Parlamento europeo, la Comisión de Bruselas, la Corte europea de los derechos del hombre y los países miembros, quienes la imponen a los nuevos miembros que se incorporan a la Unión. Esta actitud ideológica se apoya en el principio de igualdad que, después de todo, parece seducir a todos los que han vivido y pensado la relación social en la esfera de influencia del cristianismo, ámbito en el que se originó el principio de igualdad. Pero la noción cristiana de igualdad se ha desnaturalizado, transformándose en igualitarismo y confundiendo la igualdad de los ciudadanos en nombre de la dignidad de la persona humana con la igualdad de todas

las situaciones dadas. Tal desplazamiento favorece reivindicaciones no aceptables, tales como la de creer, por ejemplo, que el matrimonio de un hombre y de una mujer podría extenderse a otras situaciones. La ideología igualitarista participa en la liquidación de las diferencias esenciales y alienta los tipos de inversión y confusión que conocemos pero que los medios de comunicación y el poder político se niegan a identificar.

Este movimiento ideológico otorga mucha importancia a una edad de la vida, la adolescencia. Por eso, la psicología adolescente ha tomado el poder sobre las representaciones sociales, hasta el punto de que los adolescentes se han convertido en un modelo social de identificación y de referencia. Hay adultos que se visten, hablan y viven como adolescentes y éstos, a su vez, se convierten en expertos a los que se consulta para saber qué es lo que conviene pensar y hacer. Tienen un papel privilegiado en los debates televisivos aunque, la mayoría de las veces, a falta de experiencia y de conocimiento de las cuestiones, no hacen más que repetir los clichés que están de moda, que es lo que se puede decir a su edad.

La revuelta adolescente de los años 68-70 es, en efecto, un engaño intelectual al que sentimentalmente se atribuyen cantidad de méritos que no tiene. De ese período no queda ningún pensamiento válido a partir del cual sea posible construir o enriquecer la relación social y mirar con perspectiva un proyecto de vida. No obstante, la mayor parte de los temas psicológicos que la revuelta produjo, propios de la adolescencia, continúan teniendo efectos políticos. El rechazo de la autoridad, de la transmisión, la negación del sentido de la ley, la afirmación de la subjetividad en sí misma contra la objetividad de la realidad, la no diferenciación sexual, la valoración del individuo contra todo lo institucional, el idealismo de la palabra —sería suficiente nombrar las cosas para que existan y la vida cambie—, el desprecio de la filiación y de la herencia cultural y religiosa, la dificultad de comprometerse en el tiempo, la realidad puesta al servicio de los propios deseos, una sexualidad vuelta hacia sí misma, la desvalorización del padre, el rechazo para abandonar las gratificaciones de la infancia y la falta de consideración del cristianismo, que es la matriz en la que la civilización europea se ha desarrollado, son las características de la adolescencia.

Estamos en presencia de un *Malestar en la cultura*, de sentido diferente al descrito por Freud. Los europeos tienen vergüenza de su origen y, a semejanza de otras épocas culturales, se alejan de él y se identifican con determinantes culturales ajenos a sus raíces. Incluso peor: multiplican los actos políticos que consisten en destruir conjuntos simbólicos como los del sentido de la pareja y de la familia, pero también de todas las construcciones jurídicas que se elaboraron en el respeto a la diferencia sexual y a la diferencia de generaciones. ¿Cómo no ver en esto una forma de suicidio

colectivo? ¿No se está preparando la sustitución de las normas de una sociedad que se quería personalista y comunitaria, por las de una sociedad mercantilista fundada en la manipulación de la opinión pública y de los individuos reducidos a su subjetividad?

En el espacio de cuarenta años, todas estas tendencias, descritas más arriba, se han impuesto, han permeado las leyes y han contribuido a organizar la sociedad sobre la base de la confusión y de la inmadurez. Estamos, pues, en una sociedad que cultiva una cierta regresión. Esta actitud es signo de un envejecimiento de la sociedad y de una falta de renovación de las generaciones. A falta de poder proyectar su futuro gracias a la presencia de los niños, de los que tenemos necesidad para no envejecer, la sociedad se hace la ilusión de permanecer joven, hasta el punto de haber perdido el sentido de la educación. La democracia «opinionista», estructurada por los medios de comunicación, falsea el sentido de la acción política que, en el mejor de los casos, debería estar al servicio del interés general mientras que se complace en responder a reivindicaciones individuales y marginales. Tendríamos que preguntarnos si los responsables políticos gobiernan realmente con un proyecto al servicio de las lógicas sociales y los intereses humanos, o si ellos mismos optan por seguir a una opinión pública bajo la influencia de reivindicaciones dominantes que no son ni mayoritarias ni beneficiosas para la relación social y para los ciudadanos.

La era de la indiferenciación

El movimiento cultural y político de la sociedad actual nos obliga a entrar, cada vez más, en la era de la indiferenciación. Efectivamente, la confusión de sentimientos e ideas en la que nos movemos desde hace varios años aqueja a la vida política a través de decisiones que ponen en tela de juicio las estructuras de humanización de los hombres y de las mujeres. ¿Tendremos que volver a preguntarnos, una vez más, sobre opciones que a veces parecen recuperar razonamientos y acciones inmaduras?

La negación de la diferencia sexual se encuentra en el corazón de la desestabilización del vínculo social que representan la pareja y la familia. Cuando la sociedad pierde el sentido de una de las invariantes humanas, como la de la diferencia sexual que funda y estructura a la vez la personalidad y la vida social, no puede sorprendernos constatar la alteración del sentido de la realidad y de las verdades objetivas. ¿Es que no estamos en un universo en el que se impone la prohibición de la diferencia rechazando que la diferencia sexual sea el referente y el fundamento de todas las diferencias? Pero fuera de ella, ¿cómo se puede acceder al sentido de la alteridad? ¿Cómo se puede considerar a la homosexualidad como una diferencia? La búsqueda del idéntico y del semejante nunca ha sido fuente de alteridad sexual. Con lo idéntico se construye

siempre lo mismo, no se puede concebir al otro con lo idéntico.

La diferencia sexual se sustituye de esta manera, progresivamente, por la diferencia de sexualidades. La teoría de *género*, en una de sus numerosas versiones de las que hablamos en este libro, sostiene que cada uno, construyendo su orientación sexual, se da a sí mismo una identidad sexual. Esta ideología confunde aquí la lenta elaboración de los deseos —que no se forman antes del nacimiento— con la identidad sexual, que es algo dado: nosotros somos hombre o mujer. En lugar de hablar de deseos, que son el reflejo más o menos logrado de la reordenación de las pulsiones parciales (oralidad, analidad, voyeurismo, sadomasoquismo, identificaciones homosexuales infantiles y estado fálico), la reflexión se encierra en la noción de orientaciones sexuales. La economía de los deseos implica un proceso y una dinámica que favorece ordenaciones y cambios, mientras que la tesis de orientaciones sexuales frena y entorpece el movimiento deseable de la vida física. La ideología de *género*, interpretando un deseo como una orientación sexual que debiera desembocar en una identidad, no discrepa de la negación en la que nos encontramos.

Bajo la influencia de un feminismo en nombre del cual la mujer podría bastarse a sí misma, el *género* viene ahora a afirmar que cada persona de sexo diferente no tiene necesidad de alteridad sexual para fundar una pareja y una familia. España, después de haber autorizado el matrimonio y la adopción de niños por personas del mismo sexo, busca modificar el Código Civil para suprimir las nociones que recuerdan la diferencia sexual para sustituirla por la indiferenciación sexual. ¿Han medido honestamente las consecuencias psicológicas y sociales que tendrá esta ficción jurídica en las generaciones venideras? Esta revolución silenciosa, en nombre de un liberalismo carente de ideas, creará daños que serán más graves que los provocados por el marxismo. Asistimos a una clase de asesinato simbólico de todo el edificio civilizador que progresivamente, a lo largo de los siglos, ha ocupado su lugar para fundar la pareja, el matrimonio, la familia y la filiación. ¿Cómo se puede, por ejemplo, en nombre de la homosexualidad, reivindicar el matrimonio y la adopción infantil cuando los que forman parte de esa realidad no pueden representar la diferencia sexual de la que la sociedad y el niño tienen necesidad para vivir? La cuestión no es saber si el niño será querido, amado, sino saber en qué estructura relacional le vamos a colocar. Ahora bien, el niño tiene necesidad de ser adoptado en las mismas condiciones en las que nace: entre un hombre y una mujer. Es pues, indispensable, un criterio de sexualidad para confiarle a adultos en las mejores condiciones posibles, de manera que se puedan asegurar su educación y su desarrollo. Nosotros tendemos a privilegiar criterios de compasión cuando son los criterios de razón los que deben dominar todas las decisiones en esta materia. Porque la sociedad no sabe trazar la diferencia entre generaciones, la diferencia en las relaciones y la

diferencia de sexos, se encierra en la confusión y el sentimentalismo en detrimento de acciones propias de la razón. ¿Hará falta esperar pasivamente a que pasen varias generaciones para que se vuelvan a producir los estragos provocados por esta voluntad ideológica del *género* como sucedió con los efectos devastadores del marxismo?

¿Lo hemos olvidado? La vida psíquica del ser humano se desarrolla, por extensión, en un cuerpo sexuado. Descuidar esta dimensión de la realidad, tan fuertemente subrayada por Freud y sus sucesores, nos retrotrae a no saber cómo nace y se desarrolla la persona de cada uno. Somos seres encarnados. Nuestra vida carnal es portadora de una serie de significados. El niño y el adolescente tratan de interiorizar progresivamente su cuerpo sexuado y a partir de su identidad masculina o femenina se va a constituir su vida psíquica. La identidad se recibe y se integra a lo largo de los años, mientras que se construye una multiplicidad de deseos que forman la personalidad, a la que hoy se designa —hace falta recordarlo— con la noción de «orientación sexual». La diferencia no se juega entre heterosexualidad y homosexualidad, sino entre hombre y mujer. La situación psicológica de cada uno depende de ello y la sociedad, a menos que se mienta a sí misma, no puede dejar en punto muerto esta realidad que funda a la persona. La elaboración actual de las leyes que tienen que ver con la pareja y la familia va en contra de las necesidades humanas y de las lógicas sociales.

La ley que favorece el matrimonio y la adopción infantil en un contexto homosexual transgrede ese dato objetivo de lo masculino y lo femenino y pierde de vista las realidades universales a partir de las cuales se elaboran las leyes. ¿Cómo se puede respetar una ley que se opone a las necesidades humanas? ¿Cómo es posible que los responsables políticos que adoptan decisiones tan contradictorias no tengan conciencia de que alteran los fundamentos de la pareja y la familia? La crisis de la familia, la no visibilidad del padre, la educación y el incremento de la violencia que hacen más frágiles las personalidades son obstáculos para favorecer un desarrollo humano y la paz social. Situemos la actualidad de estos temas que desarrollaremos en el libro.

La familia

En los últimos años, la familia ha sido maltratada debido a la inestabilidad afectiva de los adultos, a su dificultad para atravesar las diferentes edades de la vida de la pareja, y a las leyes sociales que la perjudican. El aumento constante de los divorcios plantea un problema social. Problemas que son de tipo psicológico, social, médico y

financiero. En este libro yo extraigo las causas que pueden estar en el origen de los divorcios y que no siempre son la expresión de un error de elección o de una evolución divergente de las partes, sino más bien la dificultad para afrontar los problemas afectivos y los de la historia de una pareja. Es precisamente la relación de pareja lo que hace frágil hoy a la familia. Mientras que la pareja se constituya únicamente sobre la modificación de los sentimientos y no disponga de otras perspectivas —como una relación amorosa que hay que construir o referencias comunes a las dos partes— y no solamente sobre el incentivo afectivo, la pareja se agostará con rapidez. La representación actual de la pareja, que aspira esencialmente a buscar y cultivar individualmente satisfacciones narcisistas, no favorece la relación con el otro. La pareja no puede ser el lugar en el que cada uno busca su bienestar para sí sin tener en cuenta la presencia de su compañero ni la dimensión de compromiso recíproco del uno con el otro. A menudo nos encontramos con que en la vida de pareja se plantea una paradójica reivindicación: se privilegia la autonomía y la independencia de cada uno mientras que la pareja y la familia reposan no sólo sobre la autonomía de las personas (adultos y niños), sino también sobre la interdependencia de los miembros entre ellos. En lugar de reconocer que tenemos necesidad los unos de los otros, las ideas actuales forman sujetos egocéntricos que, escudándose en la autosuficiencia, quieren escapar de los otros, instrumentalizándolos por completo. El legislador debe favorecer condiciones legales que amparen la dimensión social, conyugal y familiar, de los ciudadanos.

En la mayoría de los países europeos, la ley sobre el divorcio por consentimiento mutuo ha contribuido a la irresponsabilidad sentimental. A la menor dificultad en la relación o a la menor dificultad sentimental, hay que romper, sin haberse preguntado ni haber hablado de lo que pasa. Es verdad que la vida y las relaciones afectivas no son siempre fáciles. Razón por la cual no podemos vivirlas idealizándolas o negándonos a acompañar las crisis y los cambios —que muchas veces son inevitables — que se producen en una existencia. Pero hemos de tratarlos de una forma distinta, y no recurriendo a la simple ruptura. Los responsables políticos tienen que afrontar este grave problema de la separación conyugal que se ha convertido en un verdadero problema de la sociedad y que se traduce en términos de epidemia colectiva. En Francia los primeros divorcios se presentan a partir de los dieciocho meses de matrimonio. ¿Qué pasa con una sociedad donde los ciudadanos no son capaces de comprometerse afectivamente y que su compromiso dure? La multiplicación de los divorcios no podrá continuar a este ritmo. No se puede sostener en la realidad; además, es fuente de sufrimiento y de inseguridad para los sujetos, que pierden confianza en ellos mismos y en los demás y se vuelven cínicos. A nosotros nos ha influido el modelo de pareja irresponsable de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, fundado sobre la mala fe, dejando creer que se puede cambiar de compañero con el

acuerdo del otro, o de engañarle sin consecuencias. Lo que es falso y fuente de numerosos trastornos en las psicologías. Al final de su vida Simone de Beauvoir reconocía que había sido «engañada».

Es cierto que en algunos casos concretos el divorcio es liberador, pero la mayor parte de las veces es un desastre afectivo del que algunos se han recuperado mal. La manipulación del lenguaje es también significativa cuando, para no tener que reflexionar sobre los aspectos psicológicos del divorcio, se habla de «desunión». ¡Algunos quieren incluso organizar una fiesta para celebrar la ruptura! Se han publicado cómics para niños que se refieren a este problema. La mayoría de los jóvenes que yo recibo en consulta, hijos de parejas rotas, se preguntan si podrán tener éxito en lo que sus padres han fracasado. Presentan numerosos trastornos de la filiación y de la identidad. No es ya la familia la que no tiene seguridad sino que es la manera en la que se vive la pareja lo que la perturba. Estas fracturas que el divorcio produce son una fuente de inseguridad para el vínculo social en la medida en que ya no se sabe en quién confiar y en cómo confiar.

La invisibilidad de los padres

Podemos tener el sentimiento de que los padres han desaparecido, que están ausentes. Esto no es más que una impresión porque se confunde la función paternal, la simbólica del padre (él separa al niño de su madre, desvela la identidad sexual para los dos sexos, representa el mundo exterior en la relación madre-hijo y significa el sentido de la ley objetiva que desvincula al niño del narcisismo y del subjetivismo), con los padres, es decir, con los papás. En realidad los papás están presentes en la vida familiar y hacen, la mayor parte de las veces, su trabajo de padres. Pero la sociedad ha desprovisto de valor a la función de padre. Los acontecimientos de mayo del 68 en Europa han contribuido a escamotear la figura del padre. Fue una revuelta contra el padre y todo lo que él representa. En los muros de París se podía leer este eslógan: «Los enemigos de mi padre son mis amigos». El conflicto paterno, concretamente en la adolescencia, que permaneció irresuelto en la mentalidad sesentaiochista, se ha traducido socialmente en el rechazo del padre y en considerar las cosas por lo que son. Era necesario negar y destruir todas las dimensiones institucionales (el marido y la familia, pero también la escuela y la Iglesia). La huida al campo, para reencontrarse con la madre naturaleza y la ecología pagana (es decir, cuando la flora y la fauna se colocan a nivel de igualdad con el hombre), era el síntoma de una inmadurez innata y de un conflicto social edípico no resuelto en aquellos que no aceptaban la realidad objetiva. Estos adolescentes manifiestan la necesidad de permanecer en la simbólica materna adoptando lo imaginario como si

fuese lo real. Querrían que el imaginario se instalase en el poder aun a riesgo de convertirnos en esquizofrénicos. Es la imprecisión en la que hemos traducido actualmente uno de los caracteres psicóticos de la sociedad. Esto quiere decir que se piensa que todo es posible y que no hay límites. Este delirio civilizado nos hace que juguemos a ser aprendices de brujo. Nos costará caro, psicológica y políticamente.

En resumen: en el presente, al padre se le acepta en la medida en que se le identifica con la madre. Ésta es la razón por la que se ha buscado feminizar al hombre hablando de papás-gallinas, creyendo que el padre puede jugar el papel de la madre. Ahora bien, el niño tiene necesidad de que su madre le «materne» y que su padre juegue su papel y le «paterne». Cada psicología depende de una simbólica singular. La madre representa la relación que el niño tendrá con los otros y con los objetos de la realidad. El padre representa, en desquite, la autonomía psíquica a la que el niño tiene que acceder, el sentido de la ley y de los límites, puesto que el padre es distinto de la madre en el punto en el que el hijo se confunde con ella. El niño se vive en un vínculo que lo mantiene fusionado con la madre y necesitará años para liberarse de este tipo de relación que puede intentar trabar con los otros hasta llegar a la relación amorosa o a la búsqueda del igual a él. Es por esto por lo que sólo el padre puede diferenciar al niño de su madre y permitirle que se inscriba en el orden de la filiación y que reconozca su identidad sexual. El chico es confirmado de esta manera en su masculinidad y a la hija se la muestra su feminidad gracias a la función paterna. Este proceso, en su conjunto, se ha desdibujado actualmente en la medida en que el único pariente psíquico al que se valora es la madre. Un proceso que será complicado y que perjudicará los intereses del niño en caso de adopción en un contexto homosexual del que está ausente la alteridad sexual del hombre y de la mujer. Creer que se podrá compensar esta doble carencia invitando a personas de los dos sexos a defender socialmente al niño es una manipulación del lenguaje. En el niño faltará siempre la base psíquica de la alteridad sexual que no existe en la vida íntima de los dos hombres o de las dos mujeres que se ocupan de él.

Después de los años setenta, en la mayor parte de los países europeos, el legislador ha hecho desaparecer progresivamente la función paterna de los textos de ley y ha retenido la función materna. Estamos en vías de construir una sociedad sin padres y, por ello, sin diferencia sexual. Esto es lo que explica la confusión de las identidades sexuales, los problemas de la filiación de los que se quejan muchos chicos y la necesidad de disfrutar con los primeros estadios de la vida afectiva. Los chicos varones lo tienen peor a la hora de afirmarse en su masculinidad y de representarse en su función paterna. Hay que señalar que históricamente cada vez que las sociedades han estado dominadas por el matriarcado educativo y que el papel de las mujeres se ha sobrerrepresentado, hemos asistido a un predominio social de la homosexualidad.

Encerrarse en la fusión del parecido con uno mismo es una manera de luchar contra la invasión maternal. El padre, habiéndose ausentado, no juega ya su papel de separador que es el que, precisamente, permite al niño diferenciarse de la madre. Por su parte, ésta no puede cumplir, por sí sola, lo que al padre le corresponde. Ésta es la razón por la que todos los tipos de familia no son psicológicamente de la misma naturaleza y no tienen el mismo valor en el plano psicológico y social. Al contrario, ese hacerse añicos de la imagen de la familia es fuente de duda afectiva y de inestabilidad en el comportamiento de muchos jóvenes. La familia constituida entre padre y madre, el concubinato, la llamada relación monoparental y sin padre conocido, la relación de los padres después de un divorcio, un nuevo hogar con los hijos de los nuevos compañeros (y no una familia recompuesta, lo que no tiene ningún sentido porque un niño no tiene más que un padre y una madre) o incluso homosexuales que quieren ser padres, no producen los mismos efectos en la psicología de los sujetos y de la sociedad. Si cada uno ha de ser libre para conducir su vida como le parezca, o como pueda, a la sociedad le toca, sin embargo, saber el modelo de vida conyugal y familiar que quiere privilegiar y las ventajas que concede a lo que resulta más beneficioso para ella. Este modelo depende de características universales que se encuentran en la relación de pareja formada por un hombre y una mujer que se comprometen en la institución del matrimonio. Si no, el vínculo social, que tiene su origen en la célula familiar, será caótico y agresivo. La crisis de la educación y la multiplicación de los hechos de violencia juvenil nos lo demuestran.

La educación

En el espacio de cuarenta años hemos perdido el sentido de la educación como acto de transmisión, dejando que los niños y los adolescentes se las arreglen solos, sin el apoyo de los adultos. A éstos se les ha reprochado que ejerzan influencia en los niños, hagan opciones en su nombre y les impongan una moral o una religión. En vista de ello, los adultos se han prohibido a sí mismos cada vez más manifestarse frente a los chicos. Pero resulta que la educación pasa por el aprendizaje de relaciones y de códigos sociales, por la necesaria transmisión de conocimientos y por la aceptación de coacciones múltiples para despertar la libertad. Olvidarlo es fabricar personalidades sin consistencia, sin referencias y violentamente agresivas.

Esta ideología de la no-influencia es como mínimo perversa y deja creer que el niño posee en sí mismo todo lo que le hace falta para desarrollarse. La libertad absoluta no existe, se adquiere gracias a la educación, a la cultura y a la vida religiosa. El estallido de la familia ha contribuido también a este abandono educativo. Cuando los padres se separan, se separan también de sus hijos. Favorecen rupturas internas que

cuesta mucho soportar en el destino psíquico de un niño. Se manifestarán posteriormente, cuando los sujetos se hayan hecho adultos. Los padres divorciados buscan a veces desarrollar relaciones de seducción con sus hijos para conservar su afecto más que jugar su papel educativo. Otra moda ha querido hacer de los jóvenes autónomos precoces mientras que lo que necesitan es el apoyo y la guía educativa de los adultos. Se les ha remitido a sí mismos para resolver dificultades, pretendiendo que descubran la realidad absolutamente solos, la asuman sin referencias y aprendan por sus propios medios. Extrañamente, los adultos, que no saben ya cómo educar a sus hijos, terminan por explicarles su psicología. «Como yo no sé qué decirte y enseñarte sobre la vida y sobre el sentido de la vida, voy a contarte lo que pasa en tu cabeza». Muchos jóvenes se encuentran saturados de clichés psicológicos, normalmente explicados por su madre, pero que no les sirven para mucho. Cuando se vive así la infancia, sin una real relación pedagógica, el adolescente se hace frágil y el postadolescente no sabe tener confianza en sí mismo ni orientarse. La mayoría de las personalidades que han salido de este sistema son frágiles, les faltan estructuras interiores, buscan relaciones de apuntalamiento y retrasan los plazos para comprometerse en una vida profesional, social, conyugal y familiar. Este fenómeno se traduce en todas las conductas adictivas como la droga, las parejas precoces de adolescentes y los desastres alimenticios que van de la bulimia a la anorexia, el alcoholismo juvenil y toda la gama de las conductas de riesgo.

Otros síntomas también expresan las deficiencias educativas de la época actual: dificultades en la concentración intelectual, las conductas impulsivas y la asocialidad. Se nos ha olvidado, bajo la influencia del sentimentalismo del mayo del 68, que un niño se educa, que necesita aprender por la intermediación de los adultos y que antes de poder adquirir el autocontrol, necesita ser sostenido por la relación que tiene con sus padres, los códigos sociales que descubre y los valores morales a partir de los que su vida psíquica y su relación con los otros se va a regular y a madurar.

Por lo tanto, ¿cómo sorprenderse del aumento de la violencia en la sociedad?

Violencia y delincuencia juveniles: estamos recogiendo lo que hemos sembrado. Ambas testimonian una falta de educación, y no sólo de una carencia afectiva, y la ausencia de una estructura relacional a partir de la que los niños pueden construirse. Esto se realiza, en el mejor de los casos, en la vida familiar en la que el niño crece entre padre y madre. Las dos figuras —paterna y materna— son indispensables para el desarrollo de la personalidad y para saber introducirse socialmente. A veces pueden compensarse con el compañero de su padre o de su madre pero, cuando su ausencia es masiva y la sociedad minusvalora la simbólica paterna, el individuo se

encuentra en dificultad para franquear etapas psicológicas. Repitámoslo de nuevo: estamos ante un matriarcado educativo en el que los niños se encuentran solos con su madre y a menudo rodeados exclusivamente por mujeres en el entorno social. Esta situación es fuente de violencia en la medida en la que los jóvenes buscan liberarse y afirmarse en comparación con la madre. Este desapego se realiza la mayor parte de las veces gracias a la presencia masculina y a la del padre. Cuando el padre está ausente, cuando los símbolos maternales dominan y el niño está solo con mujeres, se engendra violencia. No hay que olvidar que las sociedades matriarcales han sido siempre sociedades en las que las mujeres excitaban a los hombres a guerrear. El famoso dicho: «Fóllate a tu madre» expresa bien que estamos ante una relación incestuosa y hechizadora que suscita violencia y necesidad de destruir para afirmarse contra ella y contra todos los corolarios que representa. La falta de hombres en la escuela es fuente de violencia, sobre todo cuando la ley y las reglas no las expresan y significan los adultos. Hay jóvenes a los que se les deja solos consigo mismos con la idea de que les conviene expresar sus envidias, sus sentimientos y frustraciones tal como se presentan. En este caso su personalidad es impulsiva y busca relaciones de fuerza. A estos jóvenes no se les pone límite en su psicología, lo que se realiza normalmente a través de la presencia de la función paterna y de la interiorización del sentido de la ley. Y como no saben cómo pertenecer, roban, saquean, agreden para ocupar, a la manera primitiva, un territorio.

La agresividad es inherente a la psicología juvenil y el adolescente proyecta en el mundo exterior la agresividad pulsional que experimenta, sin tener conciencia de ella, en su interior. Ahí está el origen de la violencia y el papel de la educación es precisamente utilizar esta fuerza a fin de que el joven la transforme para aprender en la escuela, aprender a vivir relaciones positivas y encontrar vías de salida en la realidad. La violencia juvenil se desarrolla cuando los adultos y la sociedad no saben situarse ante los jóvenes. Ellos no tienen que hacer la ley, ni en la escuela ni en casa. Los adultos no se atreven a afrontar a los adolescentes, ser firmes con ellos y plantearles límites. La moda ha consistido en culpabilizar a los padres y a descalificarles en su papel. Han terminado perdiendo el sentido de su función educativa como adultos, por cierto. La única autoridad que resiste para los jóvenes es la autoridad de la policía y la del juez. Fuera de estos dos representantes de la sociedad, los adultos están ausentes. El problema de la violencia en la escuela no se debe al paro, ni a la sobrecarga de los programas escolares, ni a la falta de conexión con el resto de la sociedad, sino al hecho de que la mayor parte de los adultos ya no saben lo que es una actitud y una relación educativas. Podremos transformar la organización de la escuela cuanto queramos: no servirá para nada si los adultos no adoptan un espíritu educativo. Raramente se aborda este problema de fondo. Los adultos, ante los jóvenes, están perdidos. Y como no saben educar, se dirigen hacia

ellos para preguntarles lo que deben enseñar en la escuela, cómo deben comportarse con ellos y cómo se les puede ayudar para integrarse en la sociedad. Un joven tenía mucha razón cuando decía, respondiendo a una encuesta sociológica realizada a adolescentes sobre lo que debían aprender en el instituto: «Eso lo tienen que decir los adultos, no nosotros». El mundo funciona al revés. Las relaciones entre adultos y jóvenes están trastocadas. Todavía nos encontramos en la lógica de las pedagogías en las que el proceso educativo debía reposar en el niño, situándole en el centro del sistema educativo. Es perjudicial hacer del niño una referencia para su propia educación porque los contenidos que hay que transmitir constituyen la ley y se sitúan en el centro de la relación pedagógica de la que dependen, por una parte, los padres, los maestros y los educadores y, por otra, los chicos.

Con nuestra mentalidad culpabilizadora y moralizante, no por eso paramos el curso de la historia y de las generaciones precedentes, aunque estemos ciegos para tomar decisiones que tendrán consecuencias nefastas en la relación social. Nos lamentamos por la pérdida de las referencias que, no obstante, existen. Eso sí, pasamos nuestro tiempo alterándolas, sin tener en cuenta las lecciones de la historia. Lo que verdaderamente nos debe inquietar no son los problemas que se revelan a lo largo del día, sino aquellos que se juegan, entre otras cosas, en la concepción problemática que tenemos de la pareja, de la familia, de la educación y de la sexualidad. De esta forma, comprometidos en un mundo oscuro, lleno de desatinos, serán las generaciones del futuro las que vendrán a exigirnos a las generaciones precedentes que hagamos las cuentas con el hecho de haberles dejado en heredad un universo humana y simbólicamente desmantelado. Frente a este riesgo es posible luchar liberándonos de ideologías y de movimientos sociales que alteran el sentido de la pareja, de la familia y de la educación. Este libro tiene la ambición de querer dar significado a los conceptos a partir de los cuales es posible salir del universo cínico, asfixiante y liberticida para abrir un futuro que tenga en cuenta las exigencias de humanidad a partir de las cuales la vida humana se construye y florece.

Tony Anatrella
Febrero de 2008

Introducción
¡TODOS IGUALES!

¡Qué paradoja este comienzo de siglo! Cuando la reivindicación de las diferencias no ha sido nunca tan importante, parece que todo se organiza para hacer que el individuo rechace la diferencia, para que busque siempre en el otro un otro sí mismo. Último ejemplo, una película que se exhibe con el título: *El hombre es una mujer como las otras*. Expresión típica de la época actual: se busca la proximidad, la igualdad y la indistinción de sexos, como si cada uno fuera el otro, en la confusión de todos iguales.

La sociedad, tan fascinada por sí misma, se mira en un espejo roto y fragmentado por la ausencia de alteridad. Y cuando la semejanza no aparece, viene la ruptura, la quiebra, porque reconocer la diferencia se hace entonces inaceptable. La moda es encerrar al otro en la propia representación para hacerlo existir en la prolongación de la propia imagen. Esta deconstrucción, bajo la influencia del individualismo, se inscribe en una historia en la que los acontecimientos de mayo del 68 tienen su parte, pues han contribuido, a lo largo de cuarenta años, a una implosión continua del vínculo social y a la dispersión del individuo.

Mayo del 68 es la negación del padre

La relación hombre-mujer, la pareja, la familia, la educación, la sexualidad (como placer y como procreación), son otras tantas realidades que se han desarticulado después de mayo del 68. El contestatario quería «liberarse». Se ha impuesto desde entonces la dictadura de las palabras y se ha negado la mayor parte de las mediaciones institucionales y simbólicas. El marxismo ha forjado paralelamente un modelo de pensamiento totalitario. Si, en otro tiempo, había que negar al otro para ser uno mismo, en adelante habrá que ser como el otro para ser uno mismo. Ser como los otros, en tribu, y no unido socialmente al conjunto del grupo. De hecho, mayo del 68 inauguró una concepción mágica de la palabra y del pensamiento a imagen de lo que imagina el niño: basta con hablar para que el proyecto se realice por sí mismo o que tal problema se resuelva sin tener que intervenir.

Al negar las funciones simbólicas que le permiten unirse socialmente a los demás, el

individuo se ha desocializado progresivamente, y, por tanto, se ha desinstitucionalizado. Por no haber sabido cómo ser un ser sociable, recurre hoy a la solidaridad y prefiere ser asistido, incluso verse liberado de responsabilidad, mediante los cuidados maternos de la sociedad que se ponen en marcha, aunque se presente como una simple víctima de la sociedad. Yo lo había mostrado en *Interminables Adolescences*, al hablar de la «sociedad adolescéntrica» que se ha creado desde la fractura de mayo del 68. El individuo no desea salir de la infancia, que es propicia a todas las conductas de dependencia, y los mismos adultos no siempre manifiestan su voluntad de favorecer la maduración de los jóvenes. En cuanto a los postadolescentes (los que tienen 25-30 años y a veces más), tienen dificultad para abandonar las actitudes inherentes a la adolescencia.

En mayo del 68 había que rechazar la herencia y, por lo tanto, renegar de la función paterna que permite sin embargo resolver el complejo de Edipo y diferenciarse de la madre y, de este modo, aceptar la realidad. El adolescente contestatario de mayo del 68, al creerse en un universo sin límites ni coacciones, interpretó el ideal del yo de la madre contra el del padre. El odio al padre se tradujo mediante la fórmula: «Los enemigos de mi padre son mis amigos». Pero cuando el Edipo no está integrado, y la relación con el padre sigue siendo conflictiva, y al mismo tiempo inconsciente, el individuo es incapaz de una relación objetal tanto con el otro como con su propio yo. Este rechazo del padre ha favorecido al mismo tiempo un yo ideal, y por tanto narcisista, en el que el sujeto se considera la referencia de todo. A esto debemos el nacimiento de la filosofía del *hombre-Dios*[1]: la realidad y los demás no cuentan. Se pretende en vano compensar esta negación mediante lo humanitario que es una manera de redimirse del rechazo del padre reconociéndose hermano. Porque se olvida de esta manera que una fraternidad que no depende de una filiación y, por tanto, de una pareja parental en la que el padre está presente y reconocido, no es fraternal. La contestación y el rechazo del padre marginan y excluyen del vínculo social y las fraternidades que se constituyen no son más que comunidades horizontales fundadas sobre tendencias psíquicas y parciales. Así, cuanto más se habla de «comunidades», sean sexuales, de toxicómanos, corporales, musicales, etc., tanto más se subraya la fragmentación del vínculo social.

Es verdad que la negación de las diferencias no es nueva, pero lo inquietante es que, desde los años sesenta, este comunitarismo de nuevo cuño se ha desarrollado considerablemente. Al multiplicar los grupos minoritarios mediante ficciones identitarias, parece que nuestra sociedad tolera la diferencia cuando lo que hace es negarla.

Al dejar de lado la implicación edípica, el individuo no capta de manera narcisista

más que aquello que se le parece. Este callejón sin salida lleva al sujeto indiferenciado a buscar su clon (un supermercado ha propuesto fabricar una muñeca que se parezca a las niñas que lo deseen, a partir de su foto...). El individuo solitario, sin filiación, sin tradición y sin posibilidad de inscribirse en una historia se vive a sí mismo en lo inmediato, sin preocuparse de las consecuencias, para los demás y para la sociedad, de sus hechos y de sus gestos. Privado de paternidad, no tiene vida por delante, y el futuro está cerrado si, a su vez, no acepta ejercer la función paterna. Es entonces cuando la sociedad se encuentra enfrentada a la violencia de sus hijos. En el siglo III antes de Jesucristo, Platón evocaba ya este problema: «Cuando los padres se acostumbran a dejar hacer a sus hijos, cuando los maestros temen a sus discípulos, y prefieren lisonjearlos, cuando finalmente estos jóvenes desprecian las leyes porque no reconocen ya, por encima de ellos, la autoridad de nada ni de nadie, entonces se hace presente, en toda su belleza y en toda su juventud, el comienzo de la tiranía[2]».

Una de las consecuencias de mayo del 68 ha sido imponer a la sociedad modelos adolescentes: desde la relación con la autoridad (rechazo del padre), a la ley (sólo sería subjetiva y de ninguna manera objetiva, como a través del Edipo), a lo institucional (no es posible comprometerse en el tiempo, hay que representar el papel del individuo contra la institución), a la familia (reducida a la función materna), a la realidad (al servicio del individuo), a la sexualidad (en la que el sujeto se convierte en su propio objeto de deseo). La confusión ha alcanzado el ámbito espiritual. Influida por la *New Age*, la religión ha soñado con el sincretismo, tomando de aquí y de allí, como si las diferentes concepciones de Dios fuesen lo mismo y no implicasen concepciones diferentes del hombre. En resumen, a lo largo de cuarenta años, todas estas tendencias se han impuesto, se han infiltrado a veces en las leyes y han contribuido a organizar la sociedad sobre la base de la confusión y de la inmadurez.

La pareja, la sexualidad, la familia, la educación y el marco simbólico de la sociedad están particularmente tocados en este mundo indiferenciado. No faltan ejemplos y es precisamente a partir de detalles de la vida cotidiana como se revela lo implícito que estructura nuestros comportamientos.

«¡Tú eres yo!»

Cuando sólo está basada en los sentimientos, es decir, cuando no dispone de otras perspectivas para inscribirse en la historia, la relación de pareja es frágil, incluso peligrosa, tanto para la familia como para los hijos que ella pone en peligro. La representación actual de la pareja, que aspira esencialmente a buscar y cultivar individualmente satisfacciones narcisistas, no favorece la relación con el otro. La

pareja no puede ser el lugar en el que cada uno busque su felicidad personal sin tener en cuenta la presencia de su partenaire ni la dimensión relacional en la que la pareja está comprometida. Con tales antecedentes, es fácil comprender que nada pueda mantenerse en pie y que los divorcios aumenten.

La pareja actual se contempla en un espejo en el que todas las diferencias son abolidas con el pretexto de que hay que tener sentimientos idénticos. Ahora bien, si el sentimiento favorece un vínculo, es un vínculo fusional que sólo se trasforma en relación si se mantiene una distancia, una separación y una diferencia, que son necesarias al amor. Cuando no se da este proceso, el hombre se confunde con la mujer que quiere ser la réplica idéntica del otro: al no faltarles nada al uno y al otro, se hacen intercambiables, siendo incluso padre y madre al mismo tiempo, como dejan suponer algunos clichés a la moda. Pero cuando la semejanza sentimental se viene abajo, y el otro se revela tal cual es, los miembros de la pareja están perdidos y no saben cómo tratar la irrupción de esta alteridad salvo diciéndose que se han equivocado o que sus caminos divergen. El compañero no responde ya «a las exigencias de la construcción de sí mismo» y, en estas condiciones, lo mejor es acabar. Tiene lugar entonces la ruptura, aunque sea por preocupación por el otro: «No quiero seguir haciéndote sufrir, puedes recuperar tu libertad», o por autenticidad: «Ya no siento nada por ti». De hecho, esta preocupación por el otro y esta autenticidad son otros tantos tapujos que disimulan mal la ausencia de elaboración de vidas afectivas, todavía edípicas, que no superan el narcisismo de autoconservación de la adolescencia. En tal economía afectiva, el individuo no soporta más que relaciones de apoyo que no reúnen las condiciones del amor, que sólo es posible en la disimetría. ¿Qué pasa entonces con el hijo para quien parentalidad rimaba hasta ahora con conyugalidad?

El niño en el espejo del adulto

El niño contemporáneo no escapa a esta ola de lo indiferenciado. Esperado como un clon psíquico del adulto, es programado, seleccionado, dependiendo su existencia únicamente de un «proyecto parental». De esta manera se pretende que sea mejor amado que niños nacidos en otro tiempo, y asegurarle mejor también una vida más alegre y con más éxito... La experiencia muestra que no es así y que nunca han sido los niños tan prisioneros como hoy de las intrigas psíquicas de sus progenitores. Para algunos adultos, el deber de educarlos no es ya ni siquiera una prioridad. Se extiende poco a poco en nuestra sociedad una concepción del niño puramente instrumental, corroborada por las técnicas médicas y por un discurso que no quiere interrogarse sobre la pertinencia de las prácticas eugenésicas actuales. A propósito de esto, es

revelador que los comités de ética estén bajo el dominio de los científicos. ¿Cuál es el lugar exacto del hijo en el proyecto de los padres, qué relación educativa poner en marcha? Son cuestiones que tendremos que abordar aquí ampliamente. ¿No expresa también una negación de la fecundación natural y un desprecio a la vida humana el fenómeno de las madres de alquiler, la donación de ovocitos y de espermatozoides, incluso su comercialización, y la clonación humana, posibilidades todas que valoran el deseo del hijo a cualquier precio, y de un hijo seleccionado a semejanza propia? La disociación entre sexualidad y procreación, permitida por los métodos anticonceptivos y abortivos, reduce la reproducción humana a una visión puramente narcisista. El niño, salvado por verdadero milagro del sistema, se ha convertido en el rehén del adulto que se mira en aquel que él quiere a imagen suya pero que no reconoce por sí mismo. Preso de esta intriga, el niño aparece sin sexo puesto que no puede ser separado del adulto que lo concibe a imagen suya.

Babel se reconstruye

Signo de los tiempos, uno de los principales fabricantes de cunas para bebé, que vendía hasta ahora cunas azules para los niños y rosas para las niñas, acaba de poner en el mercado un producto unisex. El bebé ya no tiene sexo, en efecto, y esta «evaporación» del sexo del niño, que lo deja así en la indiferenciación, se une a la negación de la diferencia de sexos que es una de las características de la época actual.

La historia muestra que las sociedades viven mal la dualidad de sexos. Pero actualmente, todo transcurre como si esta diferencia no existiese y en lugar de la simbología de la diferencia de sexos, que no logramos expresar, ni simbolizar socialmente, se situase la homosexualidad en las representaciones sociales. Se plantea sin embargo la cuestión de saber de quién y de qué palabra depende el devenir sexual del individuo, que, al nacer, está inacabado y sin elección de objeto predeterminado. Como vamos a mostrar, esta tarea concierne a la función paterna, puesto que la de la madre lo único que hace es mantener la semejanza.

El padre es justamente el que expresa la diferencia, la individualidad sexuada de cada uno, el que fundamenta el sentido de la alteridad.

Como ya lo había subrayado G. Devereux[3] asistimos en nuestras sociedades a la depreciación del macho, del hombre, del padre: lo que lleva consigo, al mismo tiempo, la depreciación de todos los productos de la evolución, incluidos la cultura, el lenguaje y la condición humana a secas. En los Estados Unidos, la moda de lo

políticamente correcto quiere que se designe a los hombres y a las mujeres sin mencionar su sexo, puesto que las palabras que se refieren al sexo del individuo son consideradas un signo de discriminación. Sin embargo, el género gramatical femenino-masculino no se confunde con el género sexual de los hombres y de las mujeres, de la misma manera que la denominación de los títulos y de los roles sociales no se confunde con la persona sexuada que los ejerce. Es la torre de Babel la que se reconstruye cuando ya no sabemos vivir con la diferencia de sexos: la comunicación se hace disonante y la oposición pre-edípica y púber de los sexos reaparece de una forma agresiva. En este caso, el solo hecho de ser designado como hombre o como mujer, incluso de utilizar el lenguaje en masculino o femenino, suscita un complejo de inferioridad. Cuando este complejo psíquico se traduce en términos de realidad en la escena social, no se sabe ya de qué se habla y, cada vez que se produce esta transferencia de un campo a otro, hay que temer la desaparición de la simbolización y la desvinculación social.

La diferencia está prohibida: lo primero que se niega es la función paterna, la que expresa la separación y la que hace que exista de manera autónoma y que funcione el sentido de la alteridad, que se niega. De ahí la cuestión: ¿Qué ocurre con el padre en la sociedad actual? Si se lo ignora, la educación y la transmisión dejan de darse, y cada uno se convierte en su propio creador. ¿Cuáles son los retos de la crisis de la educación actual? Si el individuo no consigue diferenciarse, ¿es posible que ocupe su espacio interior para ser verdaderamente él mismo? En este terreno los problemas de la interioridad acaban encontrando una respuesta ilusoria en la toxicomanía. Esto afecta a la misma sexualidad, que pierde su dimensión relacional y se hace cada vez más narcisista. ¿Cuáles son los modelos actuales que dominan en las representaciones sociales y cuáles son los problemas sexuales a los que nos enfrentamos? Veremos que la indistinción sexual que prevalece hoy se manifiesta mediante la valorización de la bisexualidad y de la homosexualidad. La cuestión está en saber si conviene legitimar socialmente la homosexualidad e inscribirla en la ley, bajo la forma de un contrato de unión o de un pacto. Cada uno es libre de vivir como desee o como pueda, pero no hay que confundir, como se hace muy a menudo, la cuestión individual de la homosexualidad y la cuestión social. Una cosa es respetar y aceptar a las personas que viven así y otra inscribir esto en el derecho. El funcionamiento y la regulación de la sociedad dependen en primer lugar de las diferentes significaciones antropológicas a partir de las cuales se ha construido; no se pueden reducir a una cuestión de derechos. Finalmente, estadio último de esta crisis de la función paterna, la fragmentación de las relaciones desemboca en la violencia; una violencia muy primaria que se afianza tanto más cuanto que ya nada une al individuo con la vida y con la sociedad.

Vamos a abordar estas diferentes cuestiones a partir de las representaciones sociales y de los discursos que circulan actualmente. No se tratará en primer lugar de acontecimientos en cuanto tales sino de lo que los provoca e interpreta. Estamos enfrentados a un retorno de lo reprimido y a regresiones que yo había comenzado ya a estudiar en mis obras precedentes. Este libro es una continuación de ellas y prolonga temas ya abordados en otra parte. Viene a confirmar un proceso de dispersión de las psicologías y de fragmentación de tendencias en una sociedad que no sabe lo que quiere ni en qué dirección piensa construirse. Mientras tanto, nos hacemos la ilusión de aprovechar lo inmediato, pero hemos perdido toda conciencia histórica. Hay que iniciar profundas revisiones, que sabemos en qué perspectivas deben realizarse. ¿Pero pueden ser aceptadas sin dolor y sin que se pase por una crisis y por una reinstauración en la violencia? Aparecen signos premonitorios; esta obra quisiera intentar ponerles nombre y situarlos. Cuando se acepta abordar de frente honestamente las cuestiones que se plantean y a las que se pone nombre, se hace uno realista y capaz de saber cómo actuar.

Capítulo 1
PADRE ESCAMOTEADO, FAMILIA DESESTABILIZADA

Desmembración de la familia, ausencia del padre: he aquí las palabras que, sin ninguna duda, emplearía más a menudo cualquiera de nuestros contemporáneos si se le preguntase cuáles son los rasgos más característicos de la familia actual. Dos problemas que, porque implican a la familia, implican al mismo tiempo al hijo, ya que, cuando se trata de la famosa «pérdida de referencias», es al primero que conciernen. La educación en general, y la vida familiar más en particular, determina, muy claramente, el comportamiento futuro de todo individuo. No es extraño por consiguiente que el psicoanalista oiga a menudo a sus pacientes hablar de sus relaciones familiares. Ellos evocan sobre todo la experiencia subjetiva que han tenido de su padre y de su madre, así como de sus hermanos y hermanas, a partir de cuyas personalidades han ido creciendo. En efecto, para un hijo, la vida familiar entre padre y madre es el fundamento de lo real y el lugar en el que surge la forma en la que él iniciará más tarde su vinculación social. Es por tanto necesario volver sobre este momento fundador en cuanto un individuo tiene dificultades para vivir.

Muchos se quejan de la ausencia del padre y los periódicos, en sus titulares, se hacen a menudo eco de esta ausencia, incluso de esta desaparición. Los padres podrán entonces interrogarse con razón sobre este miedo expresado en la sociedad a verlos desaparecer cuando en realidad están físicamente bien presentes y se manejan más o menos bien con la realidad. Veremos que el problema no se plantea en estos términos. Los padres siguen efectivamente estando presentes, pero es sobre todo la función paterna la que ha sido devaluada, al no aceptar ya la sociedad hacer que siga funcionando esta dimensión simbólica.

La ausencia de la función paterna, cuya constatación venimos haciendo desde hace varios años, tiene consecuencias sobre la estructuración psíquica y social de los individuos: debilitamiento de la imagen masculina que no puede formarse fuera de la simbología paterna, trastornos de la filiación, aumento de las conductas adictivas, pérdida del sentido de los límites (toxicomanías, bulimia/anorexia, prácticas sexuales reaccionales), pero sobre todo dificultades para actuar en la realidad y para socializarse, es decir, institucionalizarse, para adquirir una conciencia histórica y, por

último, para desarrollar un vínculo social. La simbología paterna está en efecto del lado de la historia mientras que la simbología materna está del lado del instante infinito.

¿Cuál es, pues, el estado de la familia? ¿Está el padre definitivamente excluido de la escena familiar y social o debe intentar todavía asumir el papel que ha sido siempre el suyo, en una sociedad invadida por lo femenino? He aquí las cuestiones a las que vamos a intentar responder en nuestro estudio sobre las condiciones actuales de la vida familiar, intentando mantener siempre en el centro de nuestras reflexiones al niño, para quien la vida de familia será determinante.

La queja familiar

La primera constatación que se puede hacer, al observar el estado de la familia en nuestras sociedades, es la retirada de los adultos de la relación educativa. En nuestras sociedades predomina un discurso de no asunción de responsabilidades tal que sus efectos se notan en todos los ámbitos de la vida familiar contemporánea, al asumir los adultos cada vez con mayor dificultad el papel que les corresponde, que es educar y transmitir. Pero la familia es también un lugar de experiencia en el que se despiertan la vida psíquica y la manera que tiene cada uno de percibir a los demás. Por supuesto, hay situaciones que son objetivamente perturbadoras para los niños. Pero yo quisiera insistir sobre todo en la forma en que cada uno puede vivir y representarse su experiencia familiar.

El discurso y la vivencia

De la experiencia familiar nacen conflictos psíquicos y representaciones que forjan a la vez una determinada concepción de uno mismo y de la existencia. Pero las representaciones que el individuo ha elaborado son, la mayoría de las veces, la expresión de lo que ha vivido en su experiencia familiar más que la sola traducción de hechos objetivos. Hay así un desequilibrio entre lo que ha pasado realmente (en la historia del individuo) y la forma en que el niño o adolescente ha podido interpretar un hecho en función de sus expectativas y de sus frustraciones afectivas. Esta misma distancia se observará en el adulto del que se percibe que ha reconstruido imágenes parentales, relaciones familiares y acontecimientos en función de sus propias intrigas subjetivas. Un acontecimiento, una palabra, un gesto podrían alcanzar importancia y adquirir una coloración singular a los ojos del individuo mientras que, tomados en sí mismos, por los demás miembros de la familia, revelan una situación banal. Cuántos adolescentes y adultos reprochan a sus padres o a sus educadores actitudes y

carencias que son, de hecho, el indicador de sus conflictos internos... La proyección de estos conflictos en la escena familiar o social provoca incomprensiones, malentendidos y fracturas relacionales, a veces irreparables. Así, muchos adultos toman conciencia tarde, entre treinta y cinco y cuarenta años, de su desorientación durante la adolescencia (toxicomanía, delincuencia, robo y marginalidad) y acaban acusando a sus educadores, incluso a sus padres, como si no llegasen a asumir y a integrar su propio fracaso y se negasen a considerar la causa de sus tormentos en el interior de sí mismos.

Estos adultos, cuando sean padres, tendrán tendencia a adoptar actitudes rígidas respecto a sus hijos, como para intentar «recuperarse». Pero el hijo percibe inconscientemente el contenido psicológico de la relación, a través de la cual recibe sobre todo un mensaje reaccional, destinado a resolver una incertidumbre. El funcionamiento de estos padres se traduce en comportamientos bien conocidos: las relaciones con los hijos son estrictas mientras que el resto de la vida de familia está relativamente desorganizado; así, la relación con el tiempo no está controlada. El hijo es remitido sin cesar a sí mismo en nombre de la demasiado famosa frase «¡Es tu problema!». Semejantes personalidades seguirán siendo conflictivas y se enfrentarán a todo el mundo mientras no logren liberarse de sus problemas infantiles.

Si escuchamos sus quejas, lo que se representa es la obra de la víctima y del perseguidor, síndrome que se encuentra a veces detrás de la representación imaginaria que se hace el hijo de los «malos padres». Pero si, en el marco de la psicoterapia, el especialista trabaja con el sentimiento de su paciente, sin tener que intervenir sobre la realidad de los acontecimientos relatados, no debe dejarse engañar por las ambigüedades del discurso. Al recibir a padres de adolescentes o de adultos toxicómanos, se mide regularmente la distancia que existe entre la forma en que cada uno presenta y vive la situación.

Otro ejemplo de esta «reinterpretación» del pasado: la valoración de ciertos recuerdos, que siguen estando presentes en la conciencia de manera insistente, descansa en el mecanismo del recuerdo-pantalla. Se trata muy a menudo de un recuerdo al que el sujeto da una importancia desmesurada cuando, al mismo tiempo, es capaz de «olvidar» otros recuerdos, sin duda más significativos, para comprender lo que ha llegado a ser y lo que expresa en el presente. Intenta de esta manera ocultar acontecimientos en los que se ha implicado, con riesgo de reprochárselos a los demás. El recuerdo-pantalla tiene por tanto una función de soporte que enmascara experiencias reprimidas o deseos irrealizables que el individuo cree haber vivido. Por esto, cuando el sujeto habla de sí mismo, de sus padres, de sus hermanos y hermanas, de su infancia y de su educación, conviene saber de qué habla: ¿de su

imaginario, de sus reconstrucciones mentales o de acontecimientos reales? El sentimiento individual es la expresión de la verdad subjetiva de cada uno, que debe ser confrontada con la realidad.

¿Quién hace qué?

El pasado familiar puede estar cargado de sufrimientos y de carencias graves. Pero, incluso cuando se consideran situaciones «normales», existen problemas, surgidos en gran parte de la falta de coherencia de los padres que no ejercen como adultos, adoptando conductas reaccionales a las que pueden arrastrar a sus hijos.

Muchos jóvenes adultos se quejan así, actualmente, de sus padres de la generación del 68. Tienden a desvalorizarlos, recordando las veladas entre amigos en las que sus padres fumaban *cannabis*, discutían como «chiquillos» o se enrollaban en conversaciones interminables sobre sus estados de ánimo. Estos jóvenes adultos tienen hoy el sentimiento de que sus padres no eran finalmente diferentes de la mayoría de los adolescentes; por eso se quejan de ellos, de la sociedad, del tedio existencial, lo mismo que se quejan de sus padres, porque no son capaces de integrarse en la realidad. Es lo que expresa Virginia, veinticuatro años: «Mis padres no me aventajan aunque sean mayores. Descubren las realidades y los problemas al mismo tiempo que nosotros. Debemos hacer el camino para ellos».

Esta falta de diferencia entre los adultos y sus hijos, característica de la época actual, puede dar la impresión de una mejor comunicación entre generaciones, pero no representa sin embargo una relación estructurante para el hijo. Bajo la influencia de la equiparación mediática, confundimos en efecto comunicación y relación; sin embargo, la una no favorece necesariamente a la otra. Establecer una comunicación para transmitir un mensaje es una cosa, otra es construir diariamente una relación que tenga en cuenta las necesidades del niño y las necesidades del adulto, así como también las reglas y las leyes de la vida. No hay igualdad psíquica entre adulto y niño. Los niños de hoy están además obligados a recordárselo a los adultos cuando subrayan que son todavía demasiado pequeños para hacer frente a ciertas situaciones o decisiones.

Esta inmadurez de los adultos es una de las razones que explican las dificultades a las que se enfrenta la familia contemporánea. La familia aparece todavía en efecto en los sondeos como el valor citado en primer lugar, prueba de las múltiples expectativas que suscita. Sin embargo, parece bastante maltratada en nuestra época, y sufre problemas que lejos de ser abordados siempre, son negados a veces, lo mismo que las consecuencias que pueden tener sobre el desarrollo del niño.

La familia debilitada

Las rupturas

¿Ofrecerá la familia en el futuro suficiente seguridad para ser un lugar privilegiado en el que se edifique la vida conyugal y parental y favorezca la educación del niño? Ésta es la cuestión que podemos plantearnos al constatar el aumento de algunas cifras que son el signo de una gran inestabilidad. En Francia, uno de cada tres matrimonios acaba en divorcio, un 30 por ciento de niños nace fuera del matrimonio, hay cerca de 730.000 nacimientos al año y se cuentan más de 180.000 abortos. Estos comportamientos, que tienen mucho peso en una sociedad, pueden dar lugar a un sentimiento de inseguridad hasta el punto de hacer dudar al individuo no sólo del futuro de la familia, sino también de su futuro personal.

¡Sin embargo, al considerar estas nuevas prácticas que se han manifestado sobre todo a lo largo de cuarenta años, no hay que olvidar que la mayoría de parejas se casan, que el 70 por ciento de los niños nace en el seno de parejas casadas y que frente a 1.700.000 parejas concubinas, 1.490.000 relaciones monoparentales, 1.512.000 familias reestructuradas, cerca de 11 millones de parejas están casadas! Estas cifras son impresionantes pero estamos en una época que tiende a negar los fenómenos mayoritarios para valorar las prácticas minoritarias en todos los ámbitos de la vida social. Acabamos modelando las representaciones colectivas y considerando estas situaciones, más bien problemáticas, como una perspectiva de futuro.

Sigue pendiente la cuestión: ¿Por qué las rupturas?

La inestabilidad creciente de los vínculos familiares manifiesta ante todo las dificultades para insertarse en la existencia: sólo se sabe abordar las crisis mediante comportamientos de ruptura. El más mínimo problema o la acumulación de experiencias y de cuestiones que han quedado en la incertidumbre parecen resolverse únicamente mediante una separación. La ley francesa de 1974 sobre el divorcio por consentimiento mutuo tiene efectos perversos. Esta ley influye en los comportamientos en la medida en que, ahora, deja entender que en caso de dificultades basta con divorciarse sin que los individuos tengan la posibilidad o los medios de comprender lo que pasa en su vida. El aumento constante de los divorcios plantea en primer lugar un problema de sociedad y no es únicamente el reflejo de un error de elección de los miembros de la pareja o de una evolución divergente de las personalidades. La ley, los modos de vida y la representación de la pareja sentimental que tenemos actualmente crean las condiciones objetivas para acelerar las rupturas. Es lo que explica el atasco de los tribunales, y el problema no se arreglará mediante un divorcio

civil decidido con precipitación. Problemas que no se han percibido en el momento de la separación corren el riesgo de aparecer más tarde y de complicar más las relaciones entre los miembros de la pareja. Las psicologías superficiales y la afectividad a flor de piel y no elaborada hacen que los individuos no sepan la mayoría de las veces abordar las dificultades con las que se encuentran. A un buen número de nuestros contemporáneos les falta en efecto una reflexión psicológica que les haga capaces de superar las diferentes crisis de la vida conyugal y familiar que naturalmente se les van a presentar. Algunos se encierran en el tedio existencial mientras que otros se lanzan a estrategias de ruptura. Se puede llegar a decir que esta necesidad de separación manifiesta una dominante psicótica de la psicología contemporánea. Expliquemos esto. Oímos hablar a menudo de fractura social para designar diferencias sociológicas dentro de la misma población. Esta noción puede ser pertinente pero yo prefiero la de desvinculación social, que ya he utilizado, y que da cuenta mejor del clima de ruptura del vínculo social que reina en la actualidad. No se trata de que el individuo, cuando se encuentra frente a un conflicto, una dificultad o una crisis, intente abordar el problema en cuestión; es mejor romper, agredir a los demás cada vez más íntimamente, imponerse de manera muy primaria. La fractura social, de la que se habla tanto, hasta el punto por lo demás de hacerle encubrir una de las realidades menos claras, aparece más como una consecuencia de este estado de espíritu de «rompedor de vínculo» que como una causa. En otros términos, la pulsión de muerte sería más activa en las psicologías que la pulsión de vida, la de Eros que intenta hacer alianzas de vida y que encuentra su placer en construir más que en destruir. Asentir a esta morbidez significa encerrarse en la propia impotencia para actuar sobre las realidades y no ver los problemas que se plantean. El hombre realista y confiado es el que acepta afrontar los interrogantes de la vida para examinarlos y, por ello, vivir mejor.

Hay que tener cuidado sin embargo con no caer en la trampa consistente en creer, ingenuamente, que los problemas y las crisis de la vida conyugal y familiar pueden solucionarse gracias únicamente al sentimiento amoroso. El amor —en el sentido objetal del término— no es en primer lugar un sentimiento, es ante todo el deseo de construir una relación común que se inscribe en el tiempo. Los sentimientos, por muy nobles que sean, son uno de los elementos de la relación amorosa, pero ellos solos no la definen. Con la relación amorosa se confunden igualmente la relación de apego, la relación sentimental, la seducción sexual. Los sentimientos no tienen su sentido en ellos mismos, son relativos a la naturaleza de la relación y dependen también de un proyecto de vida en cuyo interior alcanzan sentido.

La inmadurez de la pareja amorosa es otra de las grandes razones de ruptura. Las exigencias afectivas son tales que exigen en efecto una capacidad para reflexionar

sobre la propia personalidad y sobre la historia personal, para identificar los sentimientos y los deseos, para discernir los signos que hacen auténtica una relación amorosa. Semejante actitud exige tener recursos interiores que la mayoría no siempre tienen, lo que les deja indefensos ante estas expectativas legítimas. Ahora bien, la educación contemporánea tiene poca preocupación por este aprendizaje: la interioridad. Además, los modelos afectivos actuales, que valoran la necesidad de estar constantemente recomenzando porque es difícil inscribirse en una historia, alimentan la inmadurez. El modelo de referencia de la pareja contemporánea, el que aparece en las revistas y en la publicidad, es la pareja juvenil, que es, por definición, inseguro y transitorio. La necesidad de identificarse para mantenerse —inconscientemente— en esta afectividad juvenil presenta además otro problema, el del envejecimiento. Se observa que hay hombres o mujeres que se enamoran de personas mucho más jóvenes que ellos, a veces de la edad de sus propios hijos adolescentes, y tienen tanta ilusión por comenzar una vida nueva que no saben hacer frente a los años que pasan y que marcan su historia. Esta trasgresión de generaciones hace decir a numerosos jóvenes que no saben por dónde andan los adultos. Muchas son las parejas que encuentran dificultades en el momento en que sus hijos se hacen adolescentes y reavivan su propia adolescencia y cuestiones que nunca han sido abordadas. A menudo, en lugar de tomar conciencia de ellas, intentan despejarlas en la acción hasta el punto de «recaer en la adolescencia». A veces trasferirán agresivamente estas cuestiones a otros, sus padres en particular, a quienes reprocharán su propia inmadurez, sus deseos ocultos, sus fracasos y su impotencia.

Si muchos adultos llegan, felizmente, a realizarse en su vida de pareja, otros, como consecuencia de los fracasos, pierden el gusto por hacer proyectos a largo plazo. Se contentan con vivir día a día, sin poder confiar en relación afectiva alguna. En cuanto a los hijos, viven las separaciones como amenazas que minan su personalidad. Algunos están así marcados por desórdenes de la filiación y, por esto, tienen muchas dificultades para aceptar su identidad sexual y para socializarse. Los hijos sufren siempre el divorcio de sus padres. No basta explicar la situación para que el hijo acepte decir adiós a una relación familiar que necesita para construir su personalidad y descubrir la realidad. Es ingenuo creer que basta explicar a un niño que papá y mamá se separan pero que, si ya no se aman, continúan amándolo a él para que acepte esta situación. Estas palabras simplistas no quieren decir gran cosa para el hijo y constituyen un callejón sin salida para su irracionalidad afectiva. En efecto, para el hijo, el amor de sus padres pasa esencialmente por su relación conyugal, que es la que manifiesta la relación parental. En caso de separación, y a pesar de un discurso tranquilizador, el hijo no podrá decir más que: «¡Si ya no os amáis, entonces no podéis amarme!». El hijo se siente amado porque los padres se aman dentro de su relación conyugal; y a partir de esta relación parental él construye su identidad. El

hijo debe finalmente organizar su relación entre el riesgo de un amor de simbología incestuosa y un amor conyugal que no existe. En caso de divorcio, no sabe lo que es el amor parental, que, en este caso, no tiene base y corre el peligro de ser vivido como un amor de seducción. Es pues preferible, en una separación, decir al hijo que podrá siempre y en todas las circunstancias contar con su padre y con su madre, y que van a continuar ayudándole y viviendo con él muchos momentos, antes que subrayar una dimensión «amorosa» que no tiene sentido.

Las consecuencias de la multiplicación masiva de rupturas tienen un coste enorme en el plano psicológico, social y moral, pero también financiero y médico. Es enorme para los individuos pero también para la sociedad, y habrá que tener un día la valentía de medirlo en cifras y de evaluar todas las consecuencias sobre el tejido social y sobre el equilibrio de los individuos. Dificultades escolares, desorientación de ciertos adolescentes, pérdida de la autoridad y de la solvencia de los adultos, falta de puntos de referencia en la existencia son otros tantos índices de un disfuncionamiento psíquico debido a la separación de los padres. Estos problemas no aparecen en los recientes estudios que dan cuenta de las consecuencias del divorcio, del concubinato o de la relación monoparental. La mayoría de ellos insisten esencialmente en la recomposición de las relaciones y en las transacciones múltiples puestas en práctica para asegurar la relación parental. ¡Ponen de moda conceptos como el «démariage[*]», la «democracia familiar», la idea de que la «autoridad parental» debe ser concedida al nuevo compañero del padre o de la madre cuando él (o ella) no es el progenitor, llamándosele por otra parte a este mismo compañero «padrastro» o «madrastra», lo que no corresponde evidentemente en absoluto a la verdadera situación relacional, porque, en una palabra, el hijo no es ni el yerno ni la nuera de este nuevo compañero afectivo! Esta desviación del lenguaje deja suponer una semejanza, incluso una filiación, que no existe y sirve para enmascarar una confusión que no se quiere clarificar.

Estas investigaciones constituyen un embrollo para la intersubjetividad y para el contenido psíquico de lo que viven verdaderamente los individuos. No nos queda más remedio que constatar que la sociología de la familia se queda muy a menudo en los modos de clasificación y en el simple registro de lo que pasa en la actualidad. De manera que se corre el riesgo de ver que se inscriben en la ley situaciones relacionales problemáticas que no pueden ser normativas.

Sabemos bien por otra parte que la inestabilidad del vínculo conyugal y la indiferenciación de los roles parentales son factores de una inseguridad afectiva que puede aparecer varios años después de la separación parental. Cuanto más haya vivido el hijo bajo la dependencia tranquilizadora de sus padres, más rápidamente,

cuando sea adolescente, se mostrará capaz de ser autónomo. Por esta misma razón, hay que desconfiar de prácticas que consisten en querer hacer autónomos a los hijos cueste lo que cueste. La ausencia de seguridad puede favorecer posteriormente conductas de dependencia como la toxicomanía o los desórdenes de las prácticas alimenticias en las chicas. La inseguridad afectiva explica también en parte por qué algunos adolescentes se precipitan precozmente en las relaciones de pareja. Aunque se hayan beneficiado de una relación parental sólida, cuando descubren a lo largo de la adolescencia los modelos afectivos vividos por los demás adultos y valorados en las representaciones sociales, sienten inconscientemente una incertidumbre frente a la inmadurez ambiental e intentan protegerse en relaciones más sentimentales que amorosas. He inventado la noción de «bebé-pareja[1]» para definirlas, porque los sentimientos y los afectos que experimentan no son todavía del orden del amor en el sentido objetal; son más bien los signos de la búsqueda de sí mismo a través del otro y de la necesidad de ser amparado. Son ante todo relaciones de «conservación».

La inseguridad afectiva que invade nuestra sociedad es también la alteración del vínculo de confianza que une tradicionalmente a los miembros de la pareja conyugal entre sí. Cada vez más a menudo, en efecto, cada uno duda de la lealtad del otro y duda, por consiguiente, si concederle su confianza. Con mayor razón, la fidelidad es hoy un valor en alza y una garantía que cada miembro de la pareja exige del otro antes de aceptar la vida común.

El matrimonio devaluado

Sabemos que el aumento de los divorcios conduce a una actitud de desconfianza respecto al matrimonio. Este fenómeno no es nuevo en la historia. Se manifiesta desde el momento en que no se consigue unir relación amorosa y matrimonio. Sin embargo, la cuestión del matrimonio reaparece cuando se plantean problemas de parentesco o de filiación que obligan a reflexionar sobre la dimensión conyugal que, habitualmente, precede a la del parentesco. Durante siglos eran los padres los que elegían al cónyuge y casaban a sus hijos. Después, bajo la influencia del cristianismo, que ha valorado el sentido del amor y del erotismo en la relación conyugal, oponiéndose en esto al estoicismo (hablaremos de ello después), los esposos han tenido libertad para elegir y comprometerse en el matrimonio por amor, con independencia de sus padres. Aunque el matrimonio seguía siendo anunciado por los padres, eran los novios los que tomaban la iniciativa y la libertad de casarse. A este propósito, no es raro hoy ver a los hijos anunciar la boda, y por tanto «autorizar» a sus padres a casarse, como para hacerlos tomar conciencia de la dimensión conyugal de su unión. Aquí también hay que preguntarse si no son una tarea y una responsabilidad demasiado pesadas hacer

jugar a los hijos un papel que —aunque simbólico— no les corresponde, y por el que ellos se convierten en guardianes de la unión matrimonial. De hecho, algunos padres solicitan el acuerdo de sus hijos antes de casarse igual que, en el pasado, el futuro yerno iba a su suegro para hacer su petición.

El miedo a los fracasos afectivos y al divorcio inclina a algunos a desconfiar del matrimonio mientras que otros se preguntan qué relación puede existir entre los sentimientos y la necesidad de casarse. Piensan que es suficiente estar unido sentimentalmente al otro, y que no hay ninguna necesidad de declararse socialmente ni de institucionalizar su relación afectiva. El malentendido viene del hecho de que se confunden amor y sentimientos. Más tarde, cuando se desarrolla el deseo de tener un hijo en el seno de la pareja, los miembros piensan en el matrimonio —lo que muestra bien, por otra parte, que lo conyugal y lo parental están aún estrechamente asociados al acto social del matrimonio—. En efecto, mientras la relación se mantiene en un plano únicamente sentimental, la cuestión de la identidad conyugal no se plantea: los individuos viven bien juntos y permanecen en el ámbito de una afectividad primera que se vive sin tener que comprometerse, incluso si llegan a ser padres. La relación de pareja es vivida como el lugar en el que cada uno intenta individualmente encontrar sus gratificaciones afectivas. No se trata en primer lugar de construir juntos sino de sentirse uno mismo a través del otro. Los sentimientos deben responderse en eco en ausencia de toda mediación para estar satisfechos. Y si no es así, entonces se separan. La sexualidad no llega tampoco a adquirir psicológicamente su dimensión social e histórica. Pero, desde que se adquiere una madurez temporal, el tiempo no se reduce ya a la instantaneidad de los sentimientos: se desarrolla el deseo de construir una existencia común que no sea una simple cohabitación, siempre provisional, aun cuando se instale uno en ella. Se accede al sentido conyugal de la relación para crear una comunidad de vida que se asienta en el tiempo y que pasa por el parentesco. A partir de este momento se plantea el problema del matrimonio. Sin embargo, para institucionalizar su unión, es decir, para inscribirla en el tiempo y socializar su vida afectivo-sexual, los miembros de la pareja tienen necesidad de tener la certeza de que su relación va a durar. La falta de confianza en sí mismo y en los propios sentimientos, o el repliegue de la sexualidad en un ámbito puramente individualista e intimista, impiden franquear esta etapa.

En la actualidad se espera a estar seguro de uno mismo y del otro para casarse, cuando en los años sesenta se afirmaba, al casarse, que el divorcio formaba parte del contrato si la relación fracasaba. La desunión estaba inscrita en la unión. Hoy encontramos lo contrario; el divorcio no es considerado como un valor o una alternativa, sino como un fracaso cuyos numerosos daños han visto los jóvenes a su alrededor. Se toman entonces su tiempo, aun cuando el divorcio continúe siendo

trivializado, siendo considerado como una forma de abordar las dificultades o los conflictos conyugales. El divorcio da miedo y la sociedad, erróneamente, lo valora hasta el punto de imaginar que sería bueno festejarlo como el matrimonio. Es sorprendente, por lo demás, constatar que la ley protege cada vez menos la institución del matrimonio.

En realidad, el rechazo del matrimonio se debe menos a una prevención ideológica que a una falta de confianza en sí mismo. Las cuestiones que se plantean los miembros de la pareja son: «¿He encontrado la persona con la que puedo asociarme, construir una vida común?», «¿Tenemos suficientes puntos comunes y referencias comunes para entendernos?». Estas cuestiones merecen ser planteadas, en efecto, porque no basta con experimentar sentimientos y «amor» respecto del otro para que la relación sea posible. Hemos visto así a algunos amantes hacer tabla rasa de todas las referencias en nombre de los sentimientos, y pagarlo caro después. Es importante tener correspondencias afectivas, de edad, de medio, de mentalidad, de cultura, de religión, de sentido de la educación, etc. Muy a menudo, observamos que, en las parejas en las que los dos miembros tienen convicciones u orígenes diferentes, uno de los dos abandona una dimensión importante de su existencia antes de comprometerse afectivamente. Esta renuncia es también, en ciertos casos, un empobrecimiento intelectual, cultural o religioso. Hoy estamos más atentos a estos aspectos porque sabemos que la realidad no puede basarse únicamente en sentimientos, contrariamente a lo que el idealismo de la liberación sexual ha querido hacernos creer. A veces surgen otros interrogantes: «¿Seré capaz de ser fiel toda mi vida? ¿Estoy preparado para asumir responsabilidades familiares, para educar a los hijos?». Todas estas cuestiones manifiestan más una falta de confianza en sí mismo que el rechazo del matrimonio, que, muy al contrario, es tomado en serio, en consideración a estas múltiples implicaciones. Los sentimientos han sido valorados de tal manera, desde los años cincuenta, que no se sabe ya lo que significa el amor: amar, ser amado y casarse, es decir, asentar en el tiempo una relación que sólo puede ser durable si se basa en un futuro que hay que construir.

Pero persisten otros ejemplos, más clásicos además. Muchos jóvenes se han visto obligados a desenvolverse solos muy pronto, sin el apoyo de sus padres, incluso viviendo en su presencia; otros, privados de imagen paterna o materna, no saben cómo viven dos adultos y cómo evolucionan afectivamente el uno en relación al otro, ni cómo un padre debe ocuparse de su hijo. Para éstos, la relación conyugal es en el mejor de los casos una tierra desconocida por descubrir, cuando no es una ilusión. No es raro recibir en consulta a jóvenes adultos, que desean casarse, y que tienen necesidad de marcar sus diferencias en relación con sus padres para estar seguros de no repetir sus fracasos. Otros sienten pánico ante la idea de ser padres y quieren

poner en práctica todo para no fallar en la educación de sus hijos. Ni su educación ni la sociedad les han transmitido el material simbólico necesario para que puedan asumir su propia posición.

En otros, la reacción es más radical; algunos, por ejemplo, rechazan la idea misma del matrimonio. Por reacción inconsciente a sus propias imágenes parentales, no se permiten acceder al mismo estatuto conyugal que sus padres. Con una desconfianza totalmente edípica, se implican de tal manera respecto de la pareja parental que no pueden crear y declarar socialmente una vida conyugal. Su rechazo puede tomar la forma de una posición ideológica que les librará de tener que afrontar la angustia que los embarga cuando piensan en casarse. Algunos llegarán hasta afirmar que casarse encadena la libertad, o afianza una forma de sociedad que no aceptan. Estas posturas alientan una ficción de modernidad que enmascara mal los conflictos intrapsíquicos reprimidos. Otros, por el contrario, utilizan el matrimonio para probarse a sí mismos que son «alguien» y emanciparse de sus padres. Pero, en los dos casos, el resultado será el mismo, sobre todo si los individuos están enfrentados a las incertidumbres de su identidad y al falso *self* que han acabado por crearse artificialmente. Ni unos ni otros serán capaces de acceder afectivamente a una dimensión conyugal y parental. En otras palabras, el hecho de casarse no tiene nada de mágico. Sólo es creador si la personalidad de cada uno está relativamente liberada y desembarazada del conflicto de las imágenes parentales, y si el matrimonio está considerado socialmente como un rito que ratifica una relación y una identidad nuevas. Introduce en una historia, una historia solidaria con la sociedad. El no casarse es así el signo de la desocialización de la vida afectiva, una forma de ponerse al margen, de excluirse de la vinculación social.

El retorno de las «nuevas» familias

Cada vez son más numerosos los que pretenden que se puede disociar perfectamente la vida parental de la vida amorosa, y dejar al padre o a la madre de sus hijos para desarrollar una vida sentimental con otro, sin liberarse de su relación parental, incluso siendo igualmente progenitor en la nueva pareja. Esta voluntad de poner distancia entre la vida amorosa y la vida parental incorpora modelos que ya hemos conocido en la historia, en particular entre los estoicos. Lo que resurge aquí es nada menos que la poligamia. Sin atrevernos a decirlo, estamos, de hecho, en el seno de una sociedad que se acomoda poco a poco a esta tendencia. El legislador se ha implicado en esto, introduciendo numerosas confusiones en el derecho de familia, y promulgando leyes que se contradicen y no simplifican el trabajo de los notarios y de los abogados especializados en cuestiones familiares. Si se continúa así, el derecho

no estará pronto en condiciones de definir la familia. Ésta será abandonada a la apreciación subjetiva de cada uno; cualquier situación podrá así recibir el nombre de familia. En la psicología de los individuos se introduce una nueva divergencia que no favorece la maduración afectiva puesto que se niega a la fecundidad el derecho a formar parte integrante de la sexualidad. No habrá que extrañarse, en este contexto, de que los adultos que no se encuentran a gusto en su rol de padres favorezcan conductas de dependencia en los hijos que no han podido apoyarse en un entorno más tranquilizador.

La difusión del modelo de la unión libre ha dado nacimiento a las concepciones actuales de la vida familiar. ¿Pero por qué no reconocer que estas ideas y estos modelos ambientales, en contradicción con las necesidades afectivas pero también al margen de una reflexión antropológica, son desestabilizadores para los individuos y desestructuradores para la sociedad? A Simone de Beuavoir y Jean-Paul Sartre les era fácil preconizar la transparencia y la libertad para cada uno, ellos negaban al mismo tiempo todo compromiso y el nacimiento del hijo. Esta negación del vínculo social amoroso expresaba el comienzo del cuestionamiento de todos los ideales a partir de los cuales el discurso amoroso se había construido.

Pero este modelo de unión libre se asienta igualmente en la historia de la evolución de la relación amorosa, iniciada desde hace siglos por el cristianismo, que se ha reducido a la relación sentimental a lo largo de los sesenta últimos años. El intercambio de pareja entre Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, debidamente controlado por esta última, ya que ella mantenía relaciones homosexuales con chicas jóvenes destinadas a su amante, muestra bien el poco valor que se daba en esta pareja a la dignidad y a la calidad del otro. Pero los dos sufrieron esta situación, sin atreverse a reconocer los celos que los embargaban. Fueron «estafados», como afirmaba Simone de Beuavoir al final de su vida. La unión libre, es decir aquella que no se declara oficialmente, no es más libre que la otra. Se podría hablar, en rigor, de unión privada.

De la unión libre hemos pasado a tres concepciones que coexisten actualmente con el matrimonio heterosexual monógamo, que fundamenta la familia sobre lazos de sangre y de alianza conyugal: el concubinato, el matrimonio provisional y la relación monoparental.

El concubinato

El concubinato no es de hecho más que la cohabitación clásica tal como se la conocía ya en la Roma antigua; los estoicos desconfiaban de los sentimientos asociados al

matrimonio porque, decían ellos, corrían el peligro de complicar las relaciones. El matrimonio era un acto cívico, controlado por la sociedad, basado en un contrato, para concebir hijos. Ya en la época, como lo han mostrado los trabajos del historiador Michel Rouche[2], existía el divorcio por consentimiento mutuo y el concubinato era una relación definida únicamente por el placer, apartando este estado de no-declaración a la sexualidad de toda dimensión social. Los romanos tenían una concepción pesimista del amor, del matrimonio y de la mujer. De la misma manera, el concubinato ha conocido un nuevo impulso en nuestras sociedades cuando se ha comenzado a dudar del amor y de la sexualidad comprometidos en el matrimonio: la división pagana de la sexualidad, entre procreación y placer, se ha actualizado de nuevo con todos los problemas del deseo sexual que se conocen hoy y cuyo fenómeno ya he analizado en otra parte. Por supuesto, sabemos que existen muchos padres que viven en concubinato, y a veces desde hace mucho tiempo. Constituyen *ipso facto* una familia bastante parecida a aquellas en las que el padre y la madre están casados. Pero la opción de mantenerse en situación de concubinato muestra sin embargo una desconfianza: hacia la sociedad (ésta no tendría «nada que ver» con la historia personal de los individuos, como si viviéramos lo mismo que tantos electrones libres) y hacia sí mismo (pero la ruptura, si llega un día, no sería menos dura por la razón de que no hay que divorciarse: cuando se ha vivido largo tiempo juntos, se tiene hijos en común, ninguna separación es fácil de vivir). Este tipo de concubinato se convierte por la fuerza de las cosas en una forma de matrimonio que no dice su nombre, con una diferencia decisiva: el paso por el ayuntamiento afianza una historia en el tiempo —hay un «sí» inaugural que marca un querer vivir y permanecer juntos— mientras que la cohabitación que se hace siempre «a prueba», aunque se prolongue, como hemos visto, no supone el compromiso solemne del individuo que elige en plena libertad y responsabilidad.

El matrimonio provisional

En una de sus novelas[3], Yves Simon sugiere que, lo mismo que en el mundo moderno vamos a ser emplazados a trasladarnos, a viajar y cambiar de oficio varias veces en una vida (cosa que está por probar), podremos vivir sólo de relaciones provisionales y cambiar de compañero según nuestra situación o nuestra edad. Retoma por otra parte, sin saberlo, una proposición audaz de la condesa de Ségur, que escribía en su tiempo: «Instauremos un matrimonio quinquenal renovable o no cada cinco años». Pero otros[4] van más lejos y proponen instaurar este matrimonio quinquenal por el placer de cambiar, evitando las molestias administrativas del divorcio, si llega el caso. Finalmente, se trata de mantener una institución que decae: si hay menos matrimonios, al menos éstos podrían ser mejores, aunque esto fuera provisional. La

pérdida de confianza en la idea de que el amor entre un hombre y una mujer puede durar participa de un pesimismo ya conocido en la historia y sobre el que el cristianismo ha vuelto en varias ocasiones. Lo hemos encontrado en la época romana, pero es recurrente. Así, en el siglo XIII, el desarrollo del amor cortés es uno de sus signos paradójicos: piénsese por ejemplo en el *Roman de la rose*, que reanuda con una imagen pesimista de la mujer y con la idea de que el verdadero amor no puede ser más que adulterino, acabando por otra parte con la muerte. En el lenguaje moderno, se diría que «el matrimonio mata el amor» y que es mejor vivir como amantes, sin descubrirse a los demás.

La relación monoparental

Esta estructura familiar no es inédita en la historia: siempre ha ocurrido que como consecuencia de una enfermedad o de una guerra uno de los padres se encuentra solo con el hijo, o bien que una mujer vive sola con su hijo natural. Pero este modelo, en otro tiempo considerado como accidental o circunstancial, es ahora buscado por sí mismo y reconocido en igualdad con la familia clásica que se compone de padre, madre e hijos. Al querer ayudar legítimamente a las madres solas que crían uno o varios hijos, la sociedad acaba por hacer de ello un modelo de vida. No es por otra parte raro que estas «familias» llamadas monoparentales se beneficien de privilegios fiscales y de una protección social mucho mejor que las parejas legítimamente constituidas.

¿Pueden estas tres tendencias, que actualizan de nuevo prácticas ya conocidas, representar modelos de referencia susceptibles de mantener y enriquecer el vínculo social? ¿O bien son posibles porque pueden descansar sobre la relación afectiva entre un hombre y una mujer, declarada públicamente, institucionalizada y reconocida mediante el matrimonio? La cuestión sigue siendo hoy saber qué institución garantizará la unión matrimonial, en la medida en que ella no será ya la referencia y la norma de la sociedad si el legislador reconoce todas las formas de unión por igual. Lo veremos al abordar los problemas que plantean a este propósito las reivindicaciones de los homosexuales.

La angustia de ser padre

En nuestra sociedad, no sólo hay miedo a casarse, hay miedo también a tener hijos. Esta angustia no es nueva, pero alcanza una dimensión distinta con el desarrollo de la anticoncepción y del aborto.

Se han creado muchos mitos en torno al nacimiento y han circulado en las sociedades primitivas para calmar la angustia que viene del desconocimiento del proceso de procreación pero también, y es verdad todavía hoy, para expresar una resistencia respecto del acto fundador de la procreación y de la parentalidad. Cuatro razones pueden dar cuenta de esta resistencia.

1. La relación sexual, que da nacimiento a otra generación, reactiva la escena primitiva, es decir, por una parte el acto sexual que ha dado lugar al propio nacimiento, y del que cada uno está excluido, y por otra parte la interacción entre lo masculino-paterno y lo femenino-materno, pero que recuerda también una supuesta unidad primordial. La separación de los sexos es una realidad a la que los hombres han resistido a menudo: en la mitología griega, encontramos lo que se llama ahora el «complejo de Diana», que expresa el rechazo de la condición femenina, y el «complejo de Urano», negación de la condición masculina.

2. El acto de procrear puede despertar una rivalidad con los propios padres hasta el punto de que algunos rechazan serlo a su vez. Al ser padre o madre, se prueba que se es capaz a su vez de identificarse con este poder procreador. Los móviles inconscientes del deseo de procrear son diferentes según los sexos. «El hombre debe siempre su existencia a su madre hasta el punto de querer agradecérselo mediante la procreación, decía un psicólogo, mientras que la mujer espera que su padre la haga madre». La mujer está pues más comprometida que el hombre en una cuestión identitaria. El hombre, en efecto, no siente ese deseo irresistible de plenitud corporal que se encuentra a menudo en las mujeres de hoy, y en particular en las mujeres solas, que sienten angustia, entre treinta y cuarenta años, ante la idea de no haber tenido hijos después de haber vivido una sexualidad anticonceptiva.

3. El sentimiento de omnipotencia que se desprende de la posibilidad del acto procreador —se sea progenitor o no— intenta vencer un aspecto del complejo de castración en la medida en que estaría reservado a los propios padres que prohíben el acceso a él, al menos en el pensamiento infantil. En algunos mitos o representaciones psíquicas, el niño que va a nacer debe venir de otra parte, lo que permite evitar el temor de considerarse origen de una vida y tener un deseo totalitario sobre el hijo. Sin embargo, acceder a este deseo es una manera de consolidar su identidad sexual masculina o femenina.

4. Dar a luz un hijo, es también anunciar la propia muerte y aceptar la sucesión de generaciones. Los celos primarios entre padres e hijos del mismo sexo comienzan siempre con esta angustia de negación: el que nace después no es en primer lugar el que asegura la continuidad y produce el sentimiento de que se sobrevive a través de

él; es en primer lugar el intruso. El sentimiento de no existir y de no realizar la propia vida en un adulto a causa del hijo-importuno puede traducir la angustia de la propia finitud.

Al limitar los nacimientos, nuestra época tiende a desarrollar en las representaciones la idea de que el hijo podría no nacer, que los adultos tienen un poder de vida y de muerte sobre él o que es un «accidente», incluso un superviviente. Algunos individuos llegan a culpabilizarlo de la existencia y manifiestan que no deberían estar ahí, reanudando así con el fantasma del abandono de Pulgarcito. Desde entonces, la identificación sexual ya no es posible, y todavía menos la integración del poder procreador: en la medida en que los padres no son significativos, el hijo no puede en efecto identificarse con ellos; él inventará pues modelos de sustitución.

Rupturas, miedo a casarse, miedo a tener hijos: he aquí tres problemas, íntimamente ligados entre sí, a los que se enfrenta la familia contemporánea. Pero el problema omnipresente, deplorado sin cesar desde hace años, que puede ser considerado a la vez como el origen y como la consecuencia de todos los que acabamos de mencionar, es el de «la ausencia del padre». Este problema aparece sin cesar, como una queja, cuando la mayor parte de los hombres-padres, de los progenitores, están en su lugar y se preocupan por el bienestar y por la educación de sus hijos, es decir, no han desertado. ¿No es porque ya no se ejerce la función paterna? ¿Porque el padre está ausente de las imágenes psíquicas? ¿O porque su papel, en particular en la procreación, es constantemente devaluado? De todos estos elementos de explicación, el primero es sin duda el más importante. Porque, desde que ya no se concede ninguna importancia al lugar y al papel simbólico del padre, los individuos ya no son invitados a comprometerse en la búsqueda de vínculos, sociales o amorosos. Preguntemos cuáles son las causas de esta desaparición progresiva de la función paterna.

¿Qué es un padre?

La misma palabra «padre» no designa al progenitor, al individuo padre, sino lo que concierne a la «función paterna», es decir, el papel simbólico que va asociado al nombre de esta figura. El padre del niño podrá así hablar y actuar desde este lugar, pero también toda persona que viva cerca del niño. La función paterna permite al hijo individualizarse separándolo de la madre. Ella le obliga a situarse en su lugar en el orden de la filiación, entre padre y madre, y por tanto a enfrentarse a su identidad sexual. Finalmente, esta función introduce al hijo en la cultura y el lenguaje. En la mentalidad individualista que es la nuestra, son muchos los que tienen dificultad para

situarse en relación a semejante papel simbólico. Así algunos padres, hace unos años, pedían hacerse llamar por su nombre y no por su título parental, conducta que, entre otras, participa de la desimbolización de las psicologías.

«La imagen del padre» es el resultado de una alquimia psíquica elaborada por el individuo desde su infancia. Se forma a partir de varios elementos: en primer lugar el padre real, el progenitor, o también el padre que se ocupa del niño; a continuación el padre psíquico tal como el niño lo percibe y lo vive subjetivamente, a menudo independientemente, por otra parte, de lo que es el padre real. Finalmente el padre imaginario, cargado de expectativas, de decepciones y de temores que están más en relación con los conflictos intrapsíquicos del individuo que con la realidad. Es evidente sin embargo que la actitud del padre en la realidad influirá en la organización de esta imagen que sigue siendo, pues, esencialmente una imagen compuesta.

«El padre real» es el hombre-progenitor, el padre que se ocupa del hijo, aquel de quien procede el hijo, con el que crece y junto al que encuentra materia de identificación. El hijo arraiga en esta presencia física del padre que le da un sentimiento de seguridad y de alteridad, le permite adquirir el sentido de los límites, ayudándole así a acceder a la simbología paterna y a tratar sus «imágenes paternas».

De estas tres nociones, la función paterna es la que se revela más importante, y su ausencia se deplora muy a menudo. Es en efecto indispensable para el desarrollo del hijo. Se valora mucho la importancia de la madre. Es verdad que ésta trae al mundo, acepta la unión primordial, parasitaria por así decir, gracias a la cual el hijo puede despertar sus funciones. La madre ocupa el espacio imaginario a partir del cual el hijo se forja la ilusión de actuar sobre el mundo. Es una fuente de seguridad que permite contener la angustia del abandono. Pero este universo de la madre y del hijo funciona como un mundo cerrado, de ahí la importancia de la función paterna: el padre tiene una función de separación, es decir de desunión, indispensable para que el hijo pueda conquistar su autonomía y sea capaz de tomar iniciativas, porque él ocupa una posición de tercero, de compañero de la madre, y no de madre bis. Así una mujer se convierte en madre cuando su hijo procede de un padre. Si no ella forma una pareja con el hijo que impide a este último hacerse autónomo, acceder a las realidades y a la simbología del lenguaje.

El padre es el que dice no (tanto al hijo como a la madre, lo que permite justamente diferenciar a los dos padres), el que introduce la negatividad y el que declara la prohibición, es decir el límite de lo posible. El papel de la función paterna fundamenta la ley simbólica de la familia y sitúa al hijo en su lugar cuando él tiene

tendencia a tomarse por el falo de la madre, por el representante de su omnipotencia.

La ley

El padre viene a liberar al hijo del sentimiento de omnipotencia que proyecta sobre su madre, que simboliza para él la «pura potencia del don»: ella sería capaz de dar todo, hasta las expectativas más imaginarias. Cuando la madre no se da, priva al hijo de un objeto imaginario, definitivamente perdido, porque ningún otro sería capaz de remplazarlo. Poco a poco, el hijo descubre que su madre desea «algo» más allá de él mismo y que ella no tiene acceso al poder más que a través del padre. Ella prepara así la función paterna, porque es el padre[5] quien tiene el poder y el uso legítimo del falo, es decir, que puede privar al hijo de su madre como objeto de sus primeras aspiraciones sexuales. Dicho de otra manera, el hijo descubre que no es él el que dicta la ley, sino que la ley compete a otra dimensión exterior a él. Va pues a renunciar a su propio sentimiento de poder para recibirlo de otro que le va a permitir ser. En la mentalidad individualista y subjetiva de hoy, esta realidad no se entiende fácilmente; se defiende la idea de que la autoridad procede de uno mismo. Esta concepción, que se encuentra en la ficción del *hombre-Dios*, da lugar a personas asociales y es una fuente de violencia primaria. El padre concede al hijo acceder al mundo simbólico situándose entre su madre y él; le permite de esta manera adquirir su autonomía psíquica: en resumen, le da la posibilidad de realizarse como sujeto. La clase de «matriarcado» social y educativo en el que estamos instalados —volveremos sobre ello más tarde— desemboca en una verdadera pérdida de contacto con la realidad y favorece la formación de psicologías narcisistas, que pueden alcanzar, en casos extremos, un carácter psicótico y delirante: los sujetos se muestran entonces incapaces de distinguir lo virtual de lo real. Esta confusión se encuentra en los esquemas lingüísticos y corporales de los adolescentes pero invade igualmente la novela, la canción contemporánea y ciertas producciones cinematográficas.

En el mejor de los casos, la madre ama a su hijo a través del padre, y el padre, a través del deseo que tiene de su hijo, desea a la madre enteramente. La madre dirige el hijo hacia el padre y el padre manifiesta al hijo que existe por él mismo. El padre se sitúa como mediador, entre el hijo y la realidad, consistiendo su papel en introducirlo en la realidad, lo que favorece el despertar de lo racional y del sentido de las relaciones con el mundo exterior: la palabra va pues a primar sobre el sentido.

La función parental no se ejerce nunca en una relación dual con el hijo, sino siempre mediante el subterfugio de una demanda inconsciente dirigida al otro padre. El hijo no se sitúa pues en una relación dual con cada uno de sus dos padres, sino en una

confrontación con su deseo común. De ahí las dificultades que se encuentran en el divorcio cuando los padres quieren imponer una posición irreal al hijo, pidiéndole que establezca una relación dual con cada uno de ellos. La unidad interior del hijo es tanto más frágil cuanto que él interioriza la desunión parental. Esta desunión lo sitúa a menudo en una posición de reparador de los vínculos conyugales de sus padres cuando lo que ellos quieren es organizar una separación hermética entre ellos. Cuando la relación no existe, él intenta crearla, como esa niña de cinco años que, viviendo sola con su madre, le habla sin cesar de los amigos de su entorno con los que podría casarse. Al querer casar a su madre, ella expresa la necesidad de introducir un tercero entre una y otra para que ambas no se muevan en la semejanza y no formen una pareja igualitaria. El peligro es que el niño se crea obligado a ser el compañero del adulto, lo que no le ayuda a mantener el orden de la filiación. Quiere jugar un papel de ayuda al adulto y se agota.

El árbol genealógico

La primera tarea de la función parental es fijar los lugares respectivos del padre y de la madre en la institución genealógica. Si el padre no consigue situarse como tal porque no logra tratar su complejo paterno, y si lo mismo le ocurre a la madre con su complejo materno, todo el mundo corre el riesgo de encontrarse en una posición de hijo. Es la puerta abierta a la confusión de lugares y de generaciones que es «mortal» en el sentido de que ella alcanza una forma de omnipotencia sin límites. La función paterna simboliza los límites en cuanto que tiene un papel de «separación». Remite al hecho de estar castrado, es decir limitado e incompleto en un cuerpo sexuado, obstaculizado en su deseo de ser el todo de la madre o del padre. El padre dicta una ley cuyo objeto es imaginario, interviene como frustrador. Él es el preferido de la madre. El hijo acepta esta privación en el sentido de que no ha elegido lo que tiene, y lo reconoce. Así podrá acceder a su lugar en la genealogía y encontrar un estatuto que lo sitúe en igualdad con el adulto.

La tarea materna es pues aquí doblemente esencial en la medida en que, recordémoslo, indica que hay otro que ha precedido y determinado el lugar del hijo, y que éste proviene así de un misterio, el deseo parental, al que no tiene acceso; al volverse hacia el padre, ella manifiesta también al hijo que no puede satisfacerle sola; lo introduce de esta manera en la experiencia de la carencia.

La identidad sexual

La diferencia de sexos encarnada por el padre juega por otra parte un papel de

revelación y de confirmación de la identidad sexuada. Tanto la chica como el chico tienen en efecto tendencia, al comienzo, a identificarse con el sexo de la madre, y es el padre, en la medida en que es reconocido por ella, el que va a permitir al hijo situarse sexualmente.

Sobre esta base se desarrolla la integración de la identidad sexual, que es un elemento importante de la identidad global: los primeros desórdenes identitarios son a menudo los de la identidad sexual. El sujeto se interroga sobre su sexo, lo acepta o lo rechaza y llega a veces a constituir su problemática sexual en torno a la certeza de querer cambiar de sexo o de orientación sexual a partir de la experiencia vivida que ha tenido de su padre y de su madre. Pero el hijo se ve igualmente chica o chico a través de la manera en que los padres lo perciben. Los padres deben reconocer el sexo que la naturaleza ha dado a su hijo para que éste pueda verdaderamente fundar su identidad sexual. Así la opción de una identidad contraria a la anatomía muestra hasta qué punto la identificación puede estar ligada al deseo parental: el hijo se identifica entonces con el sexo deseado por los padres, aunque los padres en cuestión no se den cuenta y no tengan plenamente conciencia de ello.

El padre va a ser solicitado por todas las manifestaciones primitivas de la sexualidad infantil. La desnudez del hijo, su forma de jugar con su cuerpo y de valorar ciertas zonas pueden despertar sus pulsiones parciales y molestarlo mediante representaciones cargadas de erotismo. Al no querer identificar lo que siente, el padre podrá desarrollar defensas y negarse a ocuparse de su hijo, remitiéndolo a su madre. Si debe luchar él mismo contra pulsiones homosexuales y pederastas, no podrá estar atento a las demandas del hijo y permanecerá a distancia sintiéndose apurado por los cuidados parentales. Esta molestia o esta ausencia paterna puede estar en el origen de una cierta confusión en la constitución de una identidad, sobre todo sexual.

La cultura

El papel del padre interviene habitualmente en la «transmisión» de saberes familiares, de códigos de conducta, de valores morales. Pero actualmente esta función está más bien descuidada, lo que no facilita el acceso a la realidad, la concentración, las operaciones lógicas y el pensamiento lineal. Los hijos de este siglo se ven a menudo forzados a desenvolverse en la soledad. Deben hacer frente a las realidades, como adultos (y erróneamente se les deja entender que esto es posible), sin que se les den los medios de crecer, y como el entorno actual es menos favorable, cada uno es remitido a su subjetividad; todo hace creer que el individuo se hace a sí mismo creador de un orden de referencias. Se coloca a la familia «tradicional» en una

posición delicada: cuando ella educa al hijo según los valores que transcienden al individuo, se sitúa en contradicción con los modelos ambientales. Pero juega sin embargo un papel fundamental en la medida en que permite al niño, desde la más tierna infancia, el descubrimiento de la ley objetiva del Edipo. El hijo se descentra y puede así hacer funcionar la simbología paterna.

El padre, investido de estas diferentes funciones, juega pues un papel primordial en la elaboración del psiquismo del individuo. No es extraño por tanto que haya sido siempre el objeto de recriminaciones y de reproches, y la supuesta causa de muchos problemas. En efecto, por una parte él no puede corresponder a la idealización que el sujeto ha construido, por otra es el lugar en que se proyectan las frustraciones que experimenta el individuo frente al sentido de la ley y a las coacciones inherentes a la existencia. El padre juega también un papel clave en el seno de la familia y su ausencia (o al menos la ausencia de la función que representa), real o sentida, es crucial para comprender la crisis actual de la familia y del desarrollo psíquico y social del individuo. Intentemos en primer lugar ir más lejos mostrando por qué se ha impuesto poco a poco en nuestra sociedad esta idea de la «ausencia de los padres».

El padre despedido

Representaciones colectivas del padre

Vivimos en una sociedad que ha devaluado progresivamente y rechazado la imagen del padre. Los padres tienen dificultad para luchar contra esta representación social. En efecto, si ejercen su paternidad respecto de sus hijos y son capaces de recurrir a la simbología paterna, no pueden luchar contra el modelo dominante, difundido por los medios de comunicación, del padre ausente, humillado, indigno o incompetente. Así, en la mayor parte de los guiones de las series televisivas, es presentado como incapaz de situarse en la relación educativa, de ocuparse de adolescentes, menos todavía de proclamar las exigencias necesarias a la vida en sociedad, incluso de reprender cuando es necesario. La que está valorada sobre todo es la relación madre/hijo y el padre cree que tiene que ser una segunda madre para hacerse aceptar. Pero hay que subrayar igualmente aquí que muchas mujeres reprochan a los hombres no cumplir con el papel de padre cuando, más o menos conscientemente, ellas se las han arreglado para no dejarles el lugar que les corresponde. La madre aleja así al padre, con el riesgo de culparlo en un proceso perverso que le permite confirmar su poder y su sentimiento de omnipotencia sobre los hijos, sobre el hombre y sobre el padre.

Una cierta literatura psicológica, ampliamente difundida por semanarios femeninos,

tiene una parte de responsabilidad en esta devaluación del hombre y del padre. En el momento de la procreación y después en la maternidad, su presencia, su acción en el proceso vital que lleva al nacimiento del hijo han sido considerados secundarios, incluso parte despreciable. La madre y el hijo se han encontrado supervalorados y si el padre se siente hoy más o menos obligado a acompañar a su mujer hasta en la sala de parto, es sobre todo porque cede al papel dominante de la madre. Algunos de ellos, condicionados por este conformismo, han llegado a identificarse con la madre y llevan, a su vez, al bebé sobre su vientre. Lo que predomina es también el modelo de papás gallinas, es decir, no un padre, sino más bien un gran hermano o un tío... El padre está totalmente infantilizado, no se le reconoce ni se le autoriza a ejercer de padre. Es el inoportuno, el indeseable, el que no tiene su lugar entre la madre y el hijo; debe ser el espectador condescendiente de la pareja madre-hijo. Señalemos que, en el pasado, la función paterna no era totalmente asumida por el padre individual, sino por un «colectivo» de padres sociales que procedían a las iniciaciones sucesivas. No era pues el padre del niño el que estaba encargado de iniciarle en la sexualidad. Pero la desmembración de la sociedad tradicional ha dejado un gran vacío en la identidad masculina, un vacío que el padre individual está llamado a colmar solo, pero respecto al cual se siente indefenso. Desde entonces, muchos padres prefieren presentarse ante sus hijos como compañeros...

Alrededor de los años setenta, la mayoría de los estudios sociológicos trasmitían una imagen tan mala del padre que aparecía como un antimodelo. En la época, en efecto, se hablaba de anti-educación, de anti-psiquiatría, de la muerte de la familia, e incluso de la muerte de Dios... En el umbral de los años ochenta, la negación se ha invertido: se ha comenzado a hablar de los nuevos padres, de los nuevos filósofos, de los nuevos novelistas, de la nueva canción francesa. De esta manera hemos pasado de una imagen depresiva a una imagen maniática. Desde el final de los años ochenta, se nos anunciaba la vuelta del amor, de la fidelidad, de la familia e incluso de Dios. La imagen del padre, de mala ha pasado a ser borrosa; después ha venido la imagen del padre humillado hasta el punto de que se ha hecho imposible identificarse con él. Si la representación de la relación con el padre es sin duda menos agresiva, más amistosa que antes, hace referencia a alguien «perdido», que no sabe desenvolverse bien fuera de su trabajo, que lo ocupa mucho.

Esta alteración de las imágenes parentales se inscribe en una historia, como lo ha mostrado ya Gérard Mendel[6]: el adolescente constata que el mundo no es maleable a la voluntad del padre, puesto que éste se ha mostrado incapaz de dominar el progreso tecnológico dándole un sentido. El padre y los adultos son percibidos como impotentes y dominados por una entidad exterior a ellos, «la revolución tecnológica», que no está puesta al servicio de los «valores» sino que lleva a la humanidad a una

carrera loca y fatal. Escribe así: «En el universo psíquico inconsciente del adolescente contemporáneo, la fuerza y el prestigio del padre de familia dependen ciertamente de las características personales de este padre, pero el poder social, las instituciones socioculturales, son vividas como la expresión de un padre impotente ante la omnipotencia tecnológica, es decir, en el inconsciente, de un padre impotente ante la omnipotencia materna [...]. Impotencia del hombre, omnipotencia de una entidad exterior a él: encontramos ahí los términos mismos que caracterizan a los primeros estadios de la historia de la humanidad y del pasado infantil de cada individuo en que el personaje captado como todopoderoso era la madre [...]. Esta imagen materna es la de la nueva tecnología creadora, ante nuestros ojos, de una nueva naturaleza ante la cual el hombre se siente tan impotente como pueda serlo el primitivo en la jungla ante la omnipotencia, caprichosa y arbitraria: madre Naturaleza original».

La imagen que los adolescentes tienen de su padre es demasiado a menudo la de un padre débil, impotente ante la madre (la nueva Naturaleza tecnológica) con la que todo parece posible. Ellos están dominados por sus imágenes maternas. Su único ideal de felicidad es de tipo materno, es decir, un retorno a la beatitud del niño de pecho harto, a la fusión primitiva del yo-todo, sin carencia, donde todo está en todo. Por esto ellos buscan tan a menudo la evasión en la droga o el calor del pequeño grupo. Es lo que explica también cómo un teórico como Marcuse, al proponer como ideal la creencia en un paraíso de amor universal realizable por la simple abolición de las coacciones sociales, pudo tener tal éxito entre los jóvenes de mayo del 68. Sin embargo, el problema no está solucionado: la agresividad que los jóvenes han acumulado a lo largo de su infancia, esté ligada a las experiencias maternas o paternas, acaba siempre por cristalizar en una conjunción de las dos imágenes malas: la de la madre arcaica (ligada al horror del incesto) y la del padre castrador. El problema para ellos es desembarazarse de esta agresividad que se proyecta sobre la herencia cultural, el poder y las instituciones convertidos en el soporte de los aspectos más desestructurados del padre y de la madre. Así la herencia, en la que se ve el mal absoluto, es rechazada. El único contacto tolerado con la sociedad es el del gesto que entra en contacto con ella para destruirla absolutamente, ayer a través de la contestación, hoy a través de la indiferencia y el consenso difuso, y mañana usando la violencia-trasgresión con la que se trata de destruir para afirmar la propia existencia, como veremos más tarde.

Paternidad y procreación

Si la función paterna no representa ya el papel que debería representar, es también y

sobre todo porque, por diversas razones, muchos niños son educados en la ausencia o el desconocimiento de su padre. La situación más frecuente es la de los niños del divorcio, cuya custodia, la mayor parte del tiempo, está confiada a la madre. Es verdad que ocurre también que hombres, convertidos en progenitores sin tener conciencia de lo que representa la paternidad, se encuentran desamparados y prefieren huir ante una situación que les angustia demasiado. Pero tampoco es raro que algunas mujeres se aprovechen de ello para alejar progresivamente al hijo de su padre y perjudicar a este último. Otras ven una ocasión para «encargar» (lo que no tiene el mismo sentido que la concepción) un hijo que educan ellas solas, sintiéndose entonces omnipotentes: «¡He tenido un hijo sola!». Esta confusión entre procreación y maternidad remite al fantasma femenino de la partenogénesis (es decir, de la fecundación sin macho). La sociedad ha confirmado demasiado fácilmente este fantasma acreditando la idea de que, al no concernir la procreación y la maternidad más que a la mujer, ésta puede educar a un hijo sin padre, lo que corresponde de hecho al deseo arcaico de tener un hijo del propio padre o de creerse investida de la potencia de los dos sexos para bastarse a sí misma.

El desarrollo de los anticonceptivos y la trivialización del aborto han contribuido ciertamente a sostener esta ilusión de que la mujer domina ella sola la procreación. De tal manera que ha surgido este otro eslogan al menos discutible: «Mi cuerpo me pertenece». Esta afirmación es ante todo el signo de una psicología púber típica del momento en que el adolescente descubre e interioriza los cambios de su cuerpo, que vive ante todo subjetivamente. Ahora bien, no es siempre sencillo aceptar el propio cuerpo sexuado, en particular en sus posibilidades procreadoras: los adolescentes se preguntan a menudo si podrán ser un día padre o madre. La chica debe integrar la maternidad que está ya inscrita en su cuerpo mediante los ovarios y el útero, lugar de la gestación del niño. Una vez que ella está en coherencia consigo misma y que acepta psicológicamente ser un día madre, aunque no lo sea nunca, ya no tiene necesidad de reivindicar la apropiación de su cuerpo. Al afirmar «mi cuerpo me pertenece», el adolescente indica que no ha realizado con éxito esta operación. Pero este eslogan se desplaza y se trasforma en la plaza pública donde recibe otras interpretaciones. Una consiste en separar y en aislar la maternidad de la sexualidad femenina aun cuando le es intrínseca —aunque, evidentemente, cada uno sabe desde hace tiempo que la sexualidad no se reduce únicamente a la procreación—; la otra es el signo de un intento inconsciente de seducción edípica del sujeto hacia el padre a quien hace brillar su cuerpo, diciéndole que no lo tendrá, y de un rechazo de la madre a la que agrede en nombre de su omnipotencia corporal. En resumen, este tipo de eslogan engaña y paraliza a todo el mundo al mismo tiempo que elimina aspectos completos de la realidad. El cuerpo es ciertamente la persona, que debe integrarlo y trabajarlo en su vida psíquica; pero afirmar que «mi cuerpo me pertenece» es sobrentender que

«la procreación me pertenece». El hombre-padre tiene entonces el derecho de decir no a este fantasma totalitario que está sin duda en el origen de la angustia de exclusión que asusta a algunos.

Ya he tenido la ocasión de decir que no se hace un niño, sino que se lo concibe en el seno de una relación. La idea de «fabricar un niño» participa sin duda de la representación mecanicista que tenemos del cuerpo; esta idea manifiesta también la desaparición del padre cada vez más devaluado desde el punto de vista biológico: así, se afirma, en nombre de un psicologismo reductor, que el espermatozoide no tiene en modo alguno el poder de hacer un padre, y que es el padre simbólico el que cuenta, es decir el que ejerce la función de padre. Desencarnar hasta este punto la paternidad significa sencillamente «instrumentalizar» al padre biológico. Se llega incluso hasta proponer el reconocimiento de un niño por un hombre que no es el padre real, y algunos sociólogos piden que se legalice la responsabilidad paterna del nuevo cónyuge. La situación es mucho más complicada cuando los padres no están casados: el parentesco depende entonces esencialmente de la voluntad, es decir, del proyecto parental, y no de la concepción y de los vínculos biológicos que unen al padre con el niño; en caso de separación, el padre natural no tiene ningún derecho sobre su hijo. Algunas mujeres, puesto que ellas han decidido solas el momento de su fecundidad, consideran de hecho al niño como su bien propio, y se ha creado todo un conjunto de leyes para mantener esta ilusión, dando a nuestro derecho un aspecto casi matriarcal. Examinemos más de cerca estas leyes.

Los derechos del padre

Las leyes de 4 de junio de 1970 y de 3 de enero de 1972 han contribuido indirectamente al debilitamiento de la figura paterna en Francia, aun cuando ellas tenían como objetivo promover que la autoridad fuese compartida de manera más justa.

La ley del 4 de junio de 1970 sustituye el poder paterno por la autoridad parental: el padre y la madre están colocados en pie de igualdad. Pero la ley de 3 de enero de 1972 confiere la autoridad parental exclusivamente a la madre en caso de que no haya matrimonio: el padre puede reconocer a su hijo, pero no puede ejercer la autoridad parental a no ser que haga petición expresa al juez, procedimiento costoso, largo y aleatorio que se desarrolla ante el juzgado de primera instancia; siendo necesario, en este caso, el acuerdo de la madre.

Las leyes del 22 de julio de 1987 y de 8 de enero de 1993 aportan nuevas disposiciones, que parecen corregir esta situación desigual: desde la promulgación de

la ley de 22 de julio de 1987, en efecto, los padres pueden hacer una declaración conjunta ante el juez competente, y esta misma ley ha generalizado el principio de mantenimiento del ejercicio conjunto de la autoridad parental en caso de divorcio. Mejor aún, la ley de 8 de enero de 1993 facilita este ejercicio conjunto en la familia natural si los dos padres han manifestado, mediante su comportamiento, la voluntad de asumir su responsabilidad: en este caso, ya no hay necesidad de una intervención del juez, a condición sin embargo de que el niño haya sido reconocido por sus dos padres antes de la edad de un año, y que los dos padres hayan vivido juntos en el momento de los reconocimientos, cuando son concomitantes, o en la fecha del último reconocimiento.

El ejercicio en común de la autoridad parental está pues subordinado, por una parte, a un acto de reconocimiento y, por otra, al hecho de que los padres vivan juntos. Así, los derechos del padre dependerán de las buenas o malas relaciones que tenga con la madre. En el caso de una separación conflictiva de su concubina, el padre natural descubrirá pues que no tiene ningún derecho y deberá iniciar la vía judicial para obtener un derecho de visita. Cuando la filiación de un hijo natural no está establecida más que en relación con un solo padre, éste ejerce solo la autoridad parental. Ahora bien, si la filiación de un hijo natural está establecida esencialmente por un acto de reconocimiento, sea un acto realizado ante el alcalde o cualquier otro acto auténtico, el acta de nacimiento que contenga la indicación de la madre, sirve como reconocimiento desde el momento en que está corroborado[7].

Por el contrario, en caso de divorcio, la evolución de la ley indica que hay sustitución y refuerzo de la indisolubilidad del matrimonio por la indisolubilidad del vínculo parental. La indisolubilidad del vínculo parental ha sucedido pues a la indisolubilidad del matrimonio al apoyarse en una disociación de lo afectivo-sexual y de la procreación. Sin embargo sigue existiendo un problema psicológico para el hijo, puesto que él sólo integra su vínculo de filiación y de parentesco a través de la relación conyugal de sus padres. Psicológica y socialmente, parece difícil que podamos mantener largo tiempo esta incoherencia.

Los mismos problemas se plantean en caso de divorcio. En Francia, alrededor del 15 por ciento de los padres obtienen la custodia de sus hijos después del divorcio; se estima en un 55 por ciento el porcentaje de los hijos de divorciados que dejan de tener contacto con su padre. Las decisiones de la justicia no son siempre equitativas, al confiar sistemáticamente la custodia del hijo a la madre. Lo mismo ocurre con la mayor parte de las investigaciones sociales, cuya objetividad se puede poner en cuestión, y que, ignorando todas las garantías ofrecidas por el padre, vienen sobre todo a confirmar una ideología según la cual las mujeres son más aptas para la

educación de los hijos. No se trata de negar que la relación primera del niño pequeño se apoya en su madre, que le nutre y atiende; pero esto no invalida en absoluto que el padre pueda ser educador.

La justicia llega a tomar decisiones como mínimo extrañas cuando uno de los cónyuges se separa por causa de homosexualidad. Así el tribunal de apelación de Metz, mediante un fallo con fecha de 25 de julio de 1995, consideró que la homosexualidad del padre no podía ser suficiente para privarle de un derecho de visita y de alojamiento, estipulando que, teniendo en cuenta el hecho de que no sería beneficioso proponer al niño semejante modelo de vida, este derecho se ejercería en casa de los abuelos maternos. El Tribunal de apelación de Angers, por el contrario, decidió el mismo día, a pesar de la aptitud educativa satisfactoria del padre, fijar la residencia habitual de los hijos, de tres y cinco años de edad, con la madre, cuya relación homosexual estaba clara.

Lo que se juega más allá de estas decisiones es el proceso de la paternidad[8]. ¿Pero en qué sentido hay que entenderlo? La función paterna no se confunde con el hombre ni con el progenitor, aunque este último es el mejor situado para simbolizarla, se diga lo que se diga hoy. El progenitor que asume esta simbología le da toda su coherencia. Pero este progenitor se ha encontrado, en los años setenta y ochenta, con que se le han negado sus derechos en concreto mediante leyes sobre las filiaciones naturales, y a continuación con las procreaciones médicamente asistidas. La paternidad se ha convertido en una función, y no en una autoridad. El padre se ha encontrado legalmente excluido de la relación de derecho sobre el niño. La autoridad parental conjunta aparece sobre todo como «un enredo» jurídico porque, al colectivizar esta autoridad, se ha hecho esencialmente materna. Las madres y las mujeres se quejan también de ello, sobre todo cuando se encuentran solas frente a sus hijos en el momento de la adolescencia, sin mediador paterno. Ellas buscan entonces una voz masculina para hacer entender la realidad a hijos en continuo enfrentamiento con ellas. Más que hablar de autoridad parental conjunta, sería preferible hablar de la autoridad del padre y de la autoridad de la madre.

Hay que añadir finalmente que también el hijo es penalizado por la ley, que hace de él un desarraigado; ¿no se ha creado, al privilegiar los derechos de la madre, una doble categoría de excluidos, por una parte los padres biológicos rechazados, por otra los hijos, propuestos a un padre de sustitución tras otro, o incluso confiados a terceros especializados, «hijos-objeto», «hijos-capricho», «hijos-prótesis», que se ofrecen como valedores?

El poder de las mujeres

Los hombres casi han desaparecido hoy de ciertos sectores de actividad. El mundo escolar, socioeducativo, médico, y también el de la justicia, se feminizan cada año más. El problema no está evidentemente en que las mujeres tengan su puesto y ejerzan tal o cual trabajo. Las mujeres por otra parte han estado siempre presentes en la mayoría de los sectores de actividad profesionales e incluso religiosos. En su tiempo, una madre-abadesa podía incluso tener más poder que un obispo. Las mujeres también han trabajado siempre en el campo, en los talleres o en las empresas. ¿De dónde viene esta idea extraña de que las mujeres no habrían comenzado a trabajar, a ejercer responsabilidades sociales y a tener poder hasta mediados del siglo XX? Alimentamos a veces falsos debates con estos desvíos ideológicos de la historia con fines más psíquicos que realmente sociales. ¿Sabemos de qué hablamos cuando nos complacemos en complicar, a modo de culpabilidad, esta situación con la noción de «paridad»? Esta voluntad, por no decir esta racionalización intempestiva, evita interrogarse sobre «lo que quieren las mujeres[9]» y cómo los hombres están fascinados, paralizados y se identifican a veces con las mujeres en su «protesta viril», según la fórmula de Hélène Deutsch. La idealización actual de la feminidad lleva a hacer de la mujer un ser acabado, que puede «ser todo», sin carencia. El culto de la mujer «como enigma» alterna a menudo en las sociedades con el odio a la mujer «como mistificación». Este doble culto es una reacción ante el hecho de haber creído que la mujer es como un hombre, sin reconocerla por sí misma. Así se le reprocha haberse presentado como lo que no es; en particular haberse dado un poder tan fuerte que se la imagina misteriosa y sin límites.

La cuestión es también saber por qué los hombres son cada vez menos atraídos por tareas de orden social. Podemos plantear una hipótesis, entre otras: cuando las mujeres llegan masivamente a un sector de actividades, los hombres abandonan la tarea, como es el caso de las profesiones de carácter social: justicia, sanidad, enseñanza. Esta necesidad psíquica de rivalizar con los hombres, desde cualquier punto de vista, se basa en «el deseo de ser como un hombre»[10]. De ahí una lucha de poder, alimentada principalmente por la mujer, que comienza desde la infancia en la relación entre la hija y su padre. En efecto, la hija, para desprenderse de su madre, se identifica con su padre y quiere afirmarse como él para marcar su diferencia. Ella tendrá que renunciar después a esta figura masculina para aceptar su feminidad. Ella podrá sin embargo conservar la nostalgia de este período que se encontrará, eventualmente, convertido en reivindicaciones culturales.

Una sociedad matriarcal

La madre en solitario

La negación del padre no es en verdad un hecho estrictamente francés. El informe general de la ONU, con ocasión de la conferencia de El Cairo en septiembre de 1994 sobre la demografía mundial, trata de la procreación y se dirige únicamente a las mujeres, como si la relación conyugal y parental no existiese. Este texto confunde también maternidad y procreación. Hay que decirlo de nuevo: si la maternidad concierne a la mujer, la procreación es compartida por el hombre y la mujer: no es sólo competencia de la mujer. Los países occidentales han influido en este informe con su concepción del *padre excluido* de la procreación. En este informe, la realidad de la pareja heterosexual y de la familia no existe, aun cuando no dejamos de constatar los problemas planteados por la desmembración de la familia, por las madres solas con sus hijos, por la «ausencia» de los padres en la procreación y en la filiación y por el disfuncionamiento de la relación educativa. En este mismo informe, todas las asociaciones afectivas son calificadas como «familia», sin que tengan el mismo valor psicológico y social: el concubinato, la relación monoparental, la familia recompuesta pueden ser opciones individuales o situaciones impuestas, pero no pueden en ningún caso ser modelos comparables a la unión estable de un hombre y de una mujer casados. Sería más justo hablar de experiencias y de tendencias de asociaciones afectivas que de «pluralismo» de los modelos familiares hoy. Cada uno es libre, o cree serlo, viviendo como quiere o puede; ¿pero la sociedad puede organizarse legitimando todas las situaciones que quieran presentarse como otros tantos modelos cuando son más bien el síntoma de una fragmentación de la vinculación social?

Desde un punto de vista económico[11], sociológico e incluso psicológico, la unión duradera de un hombre y una mujer que tienen el proyecto de tener y educar hijos debe ser privilegiada, aunque sólo sea por la reproducción, sin la que la sociedad no se desarrolla. Además, cuando una unión es estable y la relación de los esposos es coherente, la educación es más fácil. El hecho de privilegiar la pareja de un hombre y de una mujer casados indica a partir de qué modelo y de qué norma se construye la sociedad. Cada uno es libre de elegir, e incluso de vivir una unión sin pasar por el matrimonio. Pero resulta extraño entonces que los que no quieren que la sociedad reconozca su unión pidan a esta misma sociedad que los reconozca unidos, con las mismas ventajas que las parejas casadas. La libertad se expresa siempre mediante contratos, y no todas las uniones implican los mismos derechos. Tengamos la valentía de admitir que no todo es válido.

Nos damos cuenta si nos interesamos más de cerca por las consecuencias que puede tener, para el niño, el hecho de haber sido educado en una relación monoparental. Es

en efecto «peligroso» para el niño vivir solo con su madre. En los Estados Unidos, según encuestas del año 1994[12], un niño tiene seis veces más de riesgo de crecer en la pobreza y dos veces más de abandonar la escuela si ha sido educado por una madre sola que si pertenece a una familia constituida por dos padres, capaces de ofrecerle puntos de referencia, valorarlo y darle confianza en sí mismo. Los hijos de padre ausente que se encuentran en un cara a cara fusional con su madre recrean a menudo una relación de pareja en la que, considerados confidentes, deben sostener al adulto que no tiene otro partenaire. Algunos niños aceptan esta posición, tanto más costosa cuanto que no les ayuda a resolver su complejo de Edipo. La primera consecuencia es que se sienten en igualdad con su madre, sobre todo si las presiones y las exigencias de la vida cotidiana son continuamente negociadas, a modo de mercadeo, trueque y chantaje, como ocurre a menudo. Por ejemplo, el caso de ese niño de diez años que aceptaba ir a clase sólo si su madre le pagaba (¡cosa que ella hacía todos los días, dándole esta paga para tener paz!). La segunda consecuencia, muy grave, es que los chicos, una vez adolescentes, no tienen otro medio de probar su virilidad más que el de oponerse a la mujer. Karl Zinsmeister, especialista en estos problemas en Washington, hace ver con mucha razón que «todas las canciones de música rap que hablan de violencia y de torturar a las mujeres han surgido de un medio del que los hombres desgraciadamente están ausentes[13]». Las madres se quejan de no poder hacerse obedecer, de ser agredidas[14] por su hijo e impotentes para reaccionar frente a él. Pensemos en la frase «fóllate a tu madre» salida de los suburbios americanos y recuperada en Francia (muchos se han preguntado sobre el significado exacto de la expresión; por mi parte, me quedo con una explicación literal): expresa una agresión incestuosa y sádica, la voluntad de afirmarse y de destruir el objeto arcaico que, en ausencia de tercero, en su caso el padre, sólo ofrece como alternativa el encierro en la relación primera. Los «folla a tu madre» quedan engullidos en un Edipo destructor y autodestructor a la vez. Señalemos que, más tarde, estos niños tendrán a su vez dificultad para ser padres y formarán parte de los que se llama en Estados Unidos los «padres superfluos». De hijos sin padre pasan a ser rápidamente padres sin hijo. Es el fenómeno de los embarazos de adolescentes con, como consecuencia, una multiplicación de los nacimientos ilegítimos. Cuando, por el contrario, estos *padres prematuros* intenten educar a sus propios hijos, se muestran a menudo torpes, brutales e incapaces de respetar a la madre.

La última consecuencia de la ausencia del padre se manifiesta en el aumento de la violencia. Al no llegar, por falta de mediación y del sentido de la ley del padre y de los límites, a conquistar lo real, los hijos se rebelan y multiplican los actos de violencia contra la sociedad. Hemos visto que gracias a la función paterna el hijo se libera de la madre; ahora bien, ¿cómo acabar con este apego materno, si el padre está

ausente? La agresividad se vuelve contra uno mismo y se convierte en autodestrucción, una de las formas de violencia de las que he hablado antes y que se encuentran más a menudo en la actualidad.

En el mejor de los casos, los jóvenes salidos de la relación monoparental buscan en otra parte el equilibrio familiar que no han conocido; pueden encontrarlo en la camaradería de un grupo cerrado y duro, pero también, de manera más positiva, en el marco de movimientos asociativos, muy particularmente cuando los adultos se ocupan de ellos. Se agarran entonces a ellos físicamente, manifestando incluso, si son hombres, el deseo del contacto corporal: tienen necesidad de recibir la «masculinidad» de hombres adultos para compensar la que no han recibido nunca de su padre. Llegan incluso a agredir físicamente a fin de sentir su frágil poder. Esta identificación es tanto más vital para adquirir una coherencia y una identidad masculina cuanto que el padre progenitor o los padres sociales, es decir los educadores o profesores, se han negado muy a menudo a representar este papel. Esta insuficiencia puede favorecer posteriormente la homosexualidad.

Una humanidad asexuada

Hemos visto que el padre obliga al hijo y a la madre a entrar en la temporalidad, a salir del callejón sin salida de la fusión, porque es el signo del otro. Así pues, un mundo que fuera homogéneo y asexuado, que se moviese en la dependencia femenina y en la simbología materna, perdería el resorte motor que representan los dos sexos cuya coexistencia constituye la humanidad.

Es difícil admitir que la existencia de dos sexos condiciona el desarrollo de la personalidad y la relación con el mundo. Toda una corriente filosófica, venida de Estados Unidos, considera la diferencia sexual como biológicamente importante para la reproducción pero no determinante en el ámbito de la personalidad. Sus teóricos proponen partir del hecho de que nosotros somos ante todo «humanos» antes de ser hombres o mujeres, y pretenden que tenemos que liberarnos en primer lugar de los modelos y de los roles sociales que alienan. Insistiendo en la evidencia de una humanidad común, olvidan que la disimetría de los cuerpos sexuados favorece el desarrollo, en cada sexo, de una psicología singular. El hecho de que no somos todo viene precisamente de que somos singulares y de que reconocemos la carencia que constituye la castración simbólica. El fantasma de la totalidad, de ser masculino y femenino confundidos, o la mitad que otro vendría a completar, ha alimentado numerosos mitos que tienen que ver con la bisexualidad. En la mayoría de ellos lo que aparece es la negación del macho, del padre, sin que se encuentre el mismo fenómeno

en lo que concierne a la madre. El mito ejemplar es evidentemente el de las amazonas, que se sirven de los machos para la reproducción, pero eliminan a todos aquellos que nacen en su tribu.

El argumento según el cual la mujer es un ser humano antes de ser una mujer esconde también otro sofisma, muy revelador en la medida en que niega indirectamente la irreductibilidad de la existencia de los dos sexos[15]. No se puede, en efecto, ser humano antes de ser hombre o mujer; porque es imposible ser humano sin ser lo uno o lo otro. Ser macho o hembra es inherente a la vez al concepto y a la realidad de los seres humanos. Es, además, desde el punto de vista operativo, ilegítimo decir que el concepto «humano» es más «general» o más «comprensivo» que el de «macho» o «hembra» puesto que una característica fundamental de la masculinidad remite a un conjunto de modelos de comportamiento que representan una respuesta a la mujer, y por tanto presuponen la existencia de las mujeres, aplicando el mismo razonamiento, claro está, a la feminidad. Si estos modelos de comportamiento conjugados dejaran de existir, masculinidad y feminidad (es decir, el hecho de tener un sexo) no tendrían ya sentido operativo. En resumen, no se puede ser humano sin ser al mismo tiempo sexuado, hombre o mujer. Tanto la masculinidad como la feminidad presuponen la existencia de un sexo opuesto y representan respuestas significativas a su existencia. En un sentido, se podría incluso decir que la existencia de los hombres «crea» la feminidad, lo mismo que la de las mujeres «crea» la masculinidad.

La sociedad, para entrar en la historia, y el individuo, para desembarazarse de la relación inicial con la madre, pasan siempre por el proceso de diferenciación que abre al individuo el acceso a su identidad. La valoración actual de la indiferenciación, por la búsqueda de la similitud que remite a la fusión original con la madre, impide acceder al campo simbólico de la palabra y de la ley, y engendra la violencia. La igualdad, desde un punto de vista psicológico, no está en la similitud sino en la reciprocidad que implica un lugar y un papel diferentes. No se puede omitir el sexo real del hombre o de la mujer si se desea que puedan comunicar a través de la simbología de los sexos que ellos encarnan en su cuerpo sexuado[16].

Ya he tenido ocasión de mostrar que la mezcla de sexos[17], y en particular la mezcla de sexos en la escuela, no tiene en cuenta las necesidades de los dos sexos. Al mezclar chicos y chicas sin ninguna reflexión previa, hemos creado un ser híbrido y asexuado, una especie de tercer sexo: el alumno. ¿Pero cómo pueden los jóvenes diferenciarse y tomar posesión de ellos mismos en esta mentalidad de lo unisexuado, de «todos juntos»? ¡La relación fusional, buscada durante la infancia y la adolescencia, se encuentra valorada hasta convertirse en una referencia cuando es antirrelación por excelencia, porque, a fuerza de estar todos juntos, ya no hay nadie! En realidad, los

profesores se dan claramente cuenta de que les falta conocimiento de las psicologías respectivas de la chica y del chico, y una verdadera pedagogía de la mezcla de sexos. Tanto una como otra forman parte de su demanda en las jornadas de formación pedagógica sobre los adolescentes y la psicología del joven adulto que yo animo. Esta mezcla de sexos se añade a la confusión de sexos en el ambiente y no ayuda a los jóvenes a interiorizar su identidad sexual ni a madurar afectivamente. Muy pronto, en efecto, bajo la presión de sentimientos que no están identificados y bajo la influencia de las representaciones sociales, imitan, entre ellos, las relaciones de pareja. Después de los adolescentes, son ahora los alumnos de las escuelas infantiles los que están presos de estos clichés que bloquean su imaginario y empobrecen su vida afectiva y sexual posterior, cuando tienen necesidad de desarrollarse de forma diferente a la de calcar su vivencia sobre la del adulto. Están en una edad en la que deben poder soñar, imaginar, experimentar diversos estados psíquicos y sentimientos, y vivir emociones corporales que den amplitud a su vida afectiva futura. La actual mezcla de sexos incita a los adolescentes a vivir relaciones de pareja, sin que den lugar, sin embargo, a una expresión sexual. Falsea la relación social (confundida, lo veremos más tarde, con la relación intersubjetiva) y la necesidad de situarse en relación al objetivo de un grupo. Dicho de otra manera, la finalidad de la escuela no es la relación afectiva entre chicos y chicas. Esta proximidad no ayuda a la diferenciación de los sexos y explica por qué, en el momento de la postadolescencia, muchos jóvenes sienten la necesidad de encontrarse con compañeros de su propio sexo para confirmarse en su identidad sexuada, cosa que el medio social no favorece.

El miedo a la autoridad

Desde que los franceses decapitaron a su rey, sin saber lo que hacían ni por qué lo hacían, arrastran respecto a la autoridad una culpabilidad que se vuelve contra todas las formas de autoridad. Algunos militantes se han tomado la tarea de mantener esta neurosis colectiva negando y denunciando permanentemente el retorno de la autoridad: el mismo discurso mediático está condicionado por estos grupos de presión que fabrican en laboratorio encantamientos que invaden las ondas para mantener la ficción. Tómese como ejemplo el famoso «orden moral». ¿Quién puede decir lo que es este orden moral? ¿Ha existido alguna vez? ¿Puesto que estaría de «vuelta», cuándo se ha ido? ¿No está cada uno conminado a respetar las leyes cívicas y morales por la misma razón que se debe respetar el código vial? ¿Qué objetivo se quiere conseguir, con esas fórmulas totalmente hechas, que aporrean al ciudadano y acaban haciéndole creer que la cosa existe, sin ninguna duda, puesto que se la nombra? Sin duda, a la fuerza, se acabará por darle una forma. Basta por otra parte que una banda de extremistas políticos, asociativos o religiosos manejen algunas

obsesiones bajo la cobertura de la salvaguarda de una política más bien francesa, de tradiciones por lo demás poco compartidas, de una moral más bien puritana para que vuelvan los mismos estereotipos: la autoridad está de vuelta, es opresora y hay que temer cualquier cosa. Se fabrican de esta manera miedos, sin darse el tiempo de medir el origen fantasmal, cuando no se ven llegar los verdaderos males.

Tenemos sin duda razón de tomar conciencia, más de setenta años después, de la actitud de nuestros «padres» y de lo que se puso en juego con el nazismo y con el marxismo, y de perpetuar el recuerdo de lo que desfiguró la conciencia humana para que sirva a la educación de las generaciones futuras. Pero, al estar obsesionados por este retorno de lo reprimido, al ajustar todos nuestras cuentas después, acabamos proyectando sobre situaciones presentes las interpretaciones de ayer y, finalmente, no vemos lo que se juega en nuestra sociedad. Abrimos los ojos sobre el pasado pero los mantenemos cerrados sobre el presente. Así, aceptamos un cierto número de situaciones como evidencias, pensando que no hay nada que hacer; que es la evolución de la sociedad, como si la sociedad evolucionara independientemente de nuestros hechos y gestos y de nuestras decisiones implícitas o manifiestas. En este sentido, volvemos al dejar-pasar, a los abandonos sucesivos, a los «detalles» que parecen sin importancia, pero que, a fin de cuentas, son destructores. El hombre a lo largo del siglo XX habrá sido su propio predador.

El Terror que siguió a la Revolución —ella misma inspiró muchas otras revoluciones sangrientas— fue una verdadera locura colectiva y mortífera. ¿Pero qué se quería matar, y por qué? ¿Al padre, por qué crimen? ¡Cayó su cabeza, haciendo de cada ciudadano un asesino feliz! ¿Sería hoy absuelto o condenado? El historiador François Furet ha mostrado que esta revolución había sido determinada más por un discurso político y por un arrebato irracional que por injusticias notorias o por problemas sociales reales. La sociedad sigue aún prisionera de este crimen contra sí misma y ligada a un complejo que se vuelve a hacer presente en este principio de siglo. Ahora bien, se está reproduciendo el mismo argumento: algunos, para servir a su causa, «diabolizan» situaciones, grupos y personas, llevando el universo mediático a un discurso paranoico. Lo más llamativo es que esto funciona. Un día, la sociedad se despertará para preguntarse: ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

El padre no está ausente, ni olvidado, ni muerto; la función paterna, por el contrario, aunque esté presente, está constantemente devaluada y no se puede poner en práctica. Este trabajo de negación de la función paterna tiene consecuencias que ponen en peligro toda la sociedad. Sin embargo, el problema de la ausencia del padre, aunque tenga su especificidad, no puede ser disociado del problema más general que constituye la desmembración de la familia tradicional que hace posible el desarrollo

del niño. La familia se rompe, en efecto, sobre todo bajo la presión de la pareja actual en la que los individuos, en cuanto tales, no buscan más que su beneficio a través del otro. Se rompe también porque, muy a menudo, omite su papel educativo. Ahora bien, desde que éste ya no está asegurado por la familia, sino delegado en un conjunto de agentes, aparecen los desórdenes en la filiación que se constatan ya en muchos jóvenes. Si la familia no puede existir ya como una microsociedad en la que se viven la experiencia del parentesco y la diferencia de generaciones, se convierte en un simple medio indiferenciado, con miembros adultos en papeles difusos que se sitúan en pie de igualdad con los hijos. Este tipo de organización lo único que hace es debilitar las psicologías. Por otra parte, hay que constatar que, cuanto más pierde la familia el sentido de la educación, tanto menos se desarrollan los grupos educativos, que la acompañaban en esta tarea...

La familia sin embargo tiene un buen futuro por delante. Si la crisis de la familia ha sido ampliamente confirmada por la publicación regular de cifras sobre los divorcios, las separaciones, el concubinato, los nacimientos fuera del matrimonio, continúa jugando un papel esencial en la formación psicológica, moral y espiritual de las personas. Son pues esencialmente las representaciones sociales de la familia las que plantean el problema.

La experiencia de la familia depende de la concepción que tenemos de ella; no es innata, y procede por tanto de una voluntad y de un proyecto de vida. No nos podemos quedar en los simples movimientos de las primeras representaciones y de los sentimientos, sin regulación social alguna, y sin que se reconozca una jerarquía entre las diferentes organizaciones afectivas y sexuales que favorecen el vínculo social, el desarrollo y la perennidad de la sociedad. Si la relación sexual sigue siendo una expresión íntima del individuo en la que él se realiza, implica también consecuencias sociales que comprometen al individuo más allá de sí mismo. Ella lo registra en un lenguaje simbólico, que concierne al cuerpo social. Tomando forma a través de una pareja, constituida por un hombre y una mujer que se convierten en padre y madre para sus hijos, la familia nuclear atraviesa la historia y las culturas y continúa siendo una referencia de base para permitir el desarrollo de la interioridad de cada uno. Por eso la familia es un proyecto cargado de expectativas que compromete el destino del individuo pero también el de la sociedad. Si la pareja actual destruye el sentido de la familia, si se niega la función paterna y si el hijo es tratado en igualdad con el adulto, entonces se pierde el sentido de la educación que confirma a la familia en su papel primero —es ésta una de las crisis mayores de la sociedad—.

Capítulo 2
PROBLEMAS Y RECURSOS DE LA RELACIÓN EDUCATIVA

La educación es hoy una inmensa tarea tanto por la amplitud de los problemas como porque, cuando se piensa «educación», se engloba a la vez el papel de los padres, el de la escuela y el de la sociedad en general, teniendo los unos y los otros como objetivo común asegurar el desarrollo y la socialización del niño. Ahora bien, ¿si nos atenemos a la escucha de nuestra sociedad, qué es lo que se nota? Los adultos se quejan a menudo de no saber situarse y de no ser capaces de reaccionar ante los niños y los adolescentes. Están muy ávidos de consejos pedagógicos y los medios de comunicación, comenzando por los periódicos femeninos, se proponen ayudarles vulgarizando, con más o menos pertinencia, los datos de la psicología juvenil. Los mismos facultativos reciben en consulta a jóvenes a quienes los padres o los profesores han diagnosticado ya y preconizado, por así decir, un «tratamiento» psicoterapéutico: en ausencia de referencias educativas y de competencias psicológicas, algunos padres, en efecto, interpretan la menor dificultad de comportamiento o de relación como un desorden de la personalidad, incluso como patología. En cuanto a los jóvenes, aunque la mayor parte reconoce vivir relaciones afectivas satisfactorias con los adultos, una gran proporción de ellos se manifiestan abandonados y tienen el sentimiento de no encontrar adultos que se ocupen de ellos, mientras que otros se quejan de padres demasiado invasores, que no respetan suficientemente su espacio, hasta el punto de tener dificultad para tomar posesión de su existencia. Por su parte, la escuela es objeto de numerosas quejas, lo veremos, y, a causa de toda una serie de bloqueos, no cumple ya correctamente su función, que no es solamente transmitir conocimientos, sino también códigos de comportamiento y códigos morales indispensables para la estructuración del joven. En fin, de una manera general, los modelos que circulan en nuestras sociedades muestran que ya no se sabe educar, o al menos que la sociedad no se presenta como educadora. Esto quiere decir que muchos padres o profesores saben todavía hacer funcionar la relación educativa pero que hay, como siempre, un desequilibrio entre lo que se vive y las representaciones que se han hecho de ello.

Parece pues claro que la prioridad no es multiplicar los créditos, medios técnicos y personal vigilante, aunque este aspecto no sea despreciable: lo que está en juego es el

comportamiento de los adultos y la manera en que la sociedad se presenta a los jóvenes, porque estos últimos se desarrollan a imagen de lo que les ha sido transmitido. Los padres no tienen que volver a aprender, como se oye a menudo decir, sino aprender a ser padres; los adultos en general tienen necesidad de saber situarse frente a los niños y descubrir las actitudes educativas necesarias en su relación con los más jóvenes. La persona humana no puede en efecto surgir ni desarrollarse sin el concurso de los padres o de la sociedad.

No son los principales responsables de este abandono educativo, del paro y de la precariedad económica, aunque ellos amplían el fenómeno. Es más bien el resultado de teorías pedagógicas recientemente adoptadas, que desembocan todas en un individualismo que hace del niño la medida de todo. Qué forma toma pues este abandono educativo y cómo responder a él, éstos son los puntos que vamos a abordar en este capítulo.

¿Qué es el abandono educativo?

El abandono educativo es el resultado de toda una serie de abandonos por parte de los diferentes agentes de la relación educativa. Comenzando por el abandono físico, que conocemos bien, el de los padres, que plantea de una forma particularmente aguda la cuestión del lugar del niño en la sociedad. Examinemos más de cerca lo que fue la suerte de muchos niños, desde la Antigüedad hasta un pasado cercano[1].

Breve historia del abandono

Ya no nos choca oír decir hoy que el «bebé es una persona». Sin embargo la aceptación del niño y el reconocimiento de sus necesidades específicas no han sido siempre una cosa evidente. Nuestra sociedad ha tardado incluso siglos en aceptar que el niño es una persona sujeto de derechos desde el nacimiento. La fuerte proporción de abandonos de recién nacidos fue durante largo tiempo la mejor prueba. Durante muchos siglos, en efecto, ha sido preciso luchar contra el abandono físico de los niños. La Iglesia jugó un papel importante en esta lucha, incitando a los padres a tomar sus responsabilidades y luchando para obtener este reconocimiento del niño como una persona. Es así, en nombre del sentido de la dignidad humana, como poco a poco surgió la idea de que la persona humana debía ser reconocida desde su origen, es decir, a partir de su concepción. Sabemos que esta idea continúa siendo combatida hoy.

En esta lucha la Iglesia tenía que habérselas con un adversario temible. Ya en la

época romana no era raro, y esto en los medios ricos o pobres, preguntarse, cuando un niño nacía, si merecía la pena aceptarlo: se admitía eliminar a los recién nacidos considerados no aptos. Dos criterios prevalecían: el sexo y la buena o mala constitución del recién nacido. Si no correspondía a las expectativas de sus padres, era eliminado o «expuesto», es decir, abandonado en un lugar en el que podía ser devorado por los perros o morir por falta de cuidados, a menos que, si tenía más suerte, fuese recogido con vistas a ser esclavo, o adoptado. Pensándolo bien, esta práctica pagana del derecho de vida y de muerte[2] sobre el niño no ha desaparecido hoy, aunque se expresa de otras formas, tan selectivas como en otro tiempo: hay que recordar que en nuestro país hay de 180.000 a 200.000 abortos al año, y la amniocentesis, que permite detectar sobre todo la trisomía 21[3], plantea de forma crucial la cuestión del eugenismo.

Entre los romanos[4], la mayor parte de los moralistas admitían la «exposición», porque el hecho de engendrar un hijo no implicaba en absoluto la obligación de alimentarlo y de educarlo. Los primeros y los únicos en condenar esta práctica fueron los autores cristianos Clemente de Alejandría[5] y Tertuliano[6]. Ellos denunciaron igualmente, señalémoslo, los comportamientos sexuales de los adultos para con los niños, así como la prostitución infantil, que hacía estragos ya en esta época.

En el 374, el emperador Valentiniano I publica un decreto que condena el abandono del niño sobre el conjunto del territorio del Imperio, y en el siglo VI el Código de Justiniano obliga a los padres a educar a sus hijos, siendo el abandono castigado por la ley. Esta práctica continuó a pesar de todo: el cuidado del «hijo abandonado» siguió siendo hasta los comienzos del siglo XX una de las mayores preocupaciones de la sociedad. En la Edad Media, eran los señores feudales los que mantenían a los niños abandonados. Pero, al ser tan pesada esta carga, los cuidados dados a los niños eran, se sospecha, más bien insuficientes.

En 1326 fue fundado en París un hospicio para niños abandonados que se llamó los Niños azules y después, en 1537, a sugerencia de Margarita de Angulema, reina de Navarra y hermana mayor de Francisco I, fue fundado el de los Niños rojos. Pero hubo que esperar a san Vicente de Paúl para que la asistencia a los niños comenzase a organizarse. Así en 1633 él crea la Congregación de las Hijas de la Caridad. El «Señor Vicente» mostró en particular la espantosa miseria de la célebre Casa Cuna, en la calle Landry, en París, en la que de doscientos a trescientos niños estaban abandonados a los cuidados de una sola mujer y dos sirvientas que hacían con ello un comercio escandaloso. Cansadas de sus gritos y faltas de medios, los vendían por 15 o 20 monedas a mendigos que los lisiaban para provocar la caridad pública; se dice que en la época no sobrevivía más que uno entre trescientos cincuenta. En 1638 nace

la obra de los Niños expósitos, que va a beneficiarse de importantes subsidios de Luis XIII, y después de Luis XIV. Gracias a este dinero, Vicente de Paúl puede por fin crear en 1647 el hospital de los Niños expósitos, formado por la Casa Cuna y la casa del suburbio Saint-Antoine y ligado al Hospital general de París.

Este hospital obtuvo tal éxito que estuvo inmediatamente abarrotado. A pesar de un edicto de Enrique II que, en 1556, obligaba a las mujeres a declarar el embarazo y presumía el homicidio si el niño moría después de un embarazo no declarado, los abandonos de niños, en tiempos de Luis XIV, eran todavía muy numerosos. En provincias sólo contaba con algunos hospitales u hospicios: los bebés eran enviados a menudo al hospital de los Niños expósitos de París. Pero la mayoría de ellos viajaban en condiciones lamentables. Eran confiados a cocheros, sin precaución y sin nodriza, en todas las estaciones, con la certeza de que morirían si el viaje era demasiado largo. Si no eran enviados a París, se les ponía al cargo de los bienes raíces, porque en esa época se consideraba a los niños abandonados como un fruto de la tierra. Según una tarifa fijada en 1785, se alquilaban a los que los cogían por una suma de 72 francos por año hasta la edad de nueve años, suma que decrecía a medida que el niño, al crecer, podía prestar más servicios.

Los niños eran abandonados en las escaleras de las iglesias o depositados, durante la noche, en una especie de armario cilíndrico que daba vueltas en torno a un pivote, situado generalmente en la entrada de los hospicios y de los conventos, que se llamaba «el torno». Los abandonos de niños en el torno se hacían a cualquier hora del día; no daban lugar a ninguna búsqueda ni a ninguna pregunta. Atraída por los gritos, una religiosa, la hermana tornera, venía a recoger al recién nacido; se le bautizaba, se le daba un nombre (a menudo el del santo o la santa del día) y se le registraba con algunos detalles, concernientes sobre todo a la vestimenta, que permitían, si la madre tenía remordimientos, reencontrarlo. Si se dejaba algún signo, se podía en efecto volver a pedir al niño varios años después de haberlo abandonado pagando 100 libras por cada año pasado. He aquí un ejemplo, tomado de los registros de un hospicio civil en el siglo XIX: «Hoy treinta de junio de mil ochocientos treinta y dos, a las dos horas y media de la mañana, ha sido encontrado, en el torno del hospicio civil, una niña recién nacida; tenía un gorrito nuevo de indiana de varios colores, adornos de la misma tela, una camisa de calicó, tres paños, una toca, todo usado. Ha sido bautizada en el hospicio con el nombre de Joséphine». En el margen, se puede leer: «Ha sido confiada a una nodriza el cuatro de julio de mil ochocientos treinta y dos». Rápidamente, los niños eran confiados a nodrizas, a ser posible en el campo, y se hacían esfuerzos por hacer que se quedaran allí de manera estable. Llegados a la edad de dieciséis años, eran admitidos a permanecer en la familia al mismo título que los hijos de quienes los habían criado.

Pero los poderes públicos no se desinteresaban del niño acogido o confiado a una nodriza. Los controles eran numerosos y el servicio de Niños expósitos se mostró vigilante desde el siglo XVIII a través de sus inspectores provinciales. Cuando el niño era puesto en aprendizaje, quien lo tomaba al cargo, labrador, artesano, manufacturero u otro, debía cumplir un cierto número de obligaciones; el compromiso se hacía ante el inspector y cofirmado por el alcalde.

Entre 1750 y 1789, en Lyon, uno de cada tres niños era abandonado y en la misma época, en Toulouse, esta suerte estaba reservada a un niño de cada cuatro. ¿No abandonó Jean Jacques Rousseau[7] a sus cinco hijos en los Niños expósitos de París sin intentar conocer la fecha de su nacimiento?

En la Revolución, una ley del 28 junio 1793 organizó en cada provincia la asistencia a las madres solteras y a los niños expósitos «que tienen derecho a las mismas ayudas que los demás ciudadanos». En cada distrito se debía establecer una maternidad para madres solteras. La ley de 4 julio 1793 da a los niños expósitos el título de «hijos naturales de la patria» y estipula que serán criados en los hospicios nacionales hasta la edad de doce años, y después colocados en casas de aprendizaje.

El Directorio, a su vez, legisló sobre este punto y una ley del 16 Vendimiario del año V (octubre 1796) decidió que, en adelante, los hospicios civiles deberían recibir gratuitamente a los indigentes y a los niños abandonados. A éstos se los llamaría «huérfanos de la patria» y serían confiados a una nodriza en el campo; a la edad de doce años, serían puestos en aprendizaje entre labradores, artesanos, manufactureros o embarcados como grumetes. Pero, por falta de medios, los hospicios no pudieron cumplir su tarea; en el año VI (1797), la mortalidad de los niños expósitos alcazaba el 91 por ciento.

Bajo Napoleón, se promulgó toda una serie de decretos y estuvieron en vigor, en su mayor parte, durante más de un siglo. Es el caso del decreto del 9 enero 1811 que reguló la asistencia a los niños expósitos mediante la constitución en cada barrio de un hospicio destinado a recibir solamente niños abandonados, porque hasta entonces estaban mezclados con personas de edad y con enfermos. Como consecuencia de las dificultades financieras, este decreto no pudo ser aplicado y otro decreto de 19 enero 1812 decidió que mientras se creaban estos hospicios los niños expósitos deberían ser colocados en la medida de lo posible en casas de nodrizas en el campo. En resumen, en dos siglos, las cosas apenas habían evolucionado.

Entre las dos guerras, el servicio de Niños expósitos tomó sucesivamente el nombre de servicio de Niños asistidos y después de Asistencia pública. Los niños seguían

siendo confiados a otros. Algunos tuvieron la dicha de ser bien tratados y considerados como hijos de la familia, otros, con menos suerte, mal alojados, mal alimentados, heredaban los trabajos más duros y constituían sobre todo una mano de obra barata[8].

Desde 1953, se puso en marcha en cada provincia un servicio de Ayuda a la infancia, encargado de diferentes categorías de niños abandonados o en peligro; los niños admitidos se encontraban entonces colocados bajo su protección o bajo su tutela.

Este breve recorrido histórico saca a la luz dos cosas; en primer lugar, que la sociedad, desde el día en que reconoció el problema del abandono con san Vicente de Paúl, tuvo empeño en aportar una respuesta; en segundo lugar, que las estructuras que se pusieron en marcha progresivamente tuvieron como primer objetivo ayudar a los niños y adolescentes mal integrados socialmente y con cierta desorientación para integrarse, aunque fuera mediante una pedagogía particularmente sostenida. El tema de la infancia en peligro, incluso de la infancia peligrosa, que marca la literatura del siglo XIX, no es por lo demás un «mito». Aunque fue a veces exagerado, tenía sus raíces en hechos bien reales. Los niños y los adolescentes abandonados a sí mismos planteaban enormes problemas, y la violencia juvenil no tiene comparación con la que nosotros conocemos. Ya en el siglo XIX, era aconsejable no entretenerse en determinados barrios de París, como los alrededores de la plaza Saint-Michel o del bajo Belleville. Eran frecuentes las manifestaciones y las agresiones. La Guardia nacional, por lo demás, podía intervenir en ciertos establecimientos escolares para poner orden en ellos. En resumen, en relación con estos tiempos movidos, los jóvenes de hoy son más tranquilos...

Por razones de seguridad —responder a esta desorientación de los jóvenes— se han puesto en marcha pedagogías de la vigilancia y no, como lo ha dejado entender una lectura ideológica de los tres siglos pasados, en virtud de algunas teorías filosóficas. La reactivación educativa —al hacerse poco a poco obligatoria la escolaridad— y la preocupación sanitaria eran en efecto rigurosas pero su primer objetivo era ayudarles a construirse y a insertarse socialmente. Es cierto que esta firmeza educativa ha podido producir excesos que han sido justamente denunciados a lo largo de este siglo. Sin embargo, por muy autoritaria que sea, esta forma de educación tenía al menos el mérito de atacar de frente el problema y rechazar que alguien quedara fuera de la sociedad.

El abandono educativo

Se ve pues que muchos niños han conocido, en el pasado, un estatuto poco envidiable. Por el contrario, los de hoy están superprotegidos afectivamente por padres que quieren mimarlos, colmarles de bienes, ofrecerles ocios diversificados, incluso una enseñanza que está a veces más allá de sus competencias intelectuales. Los medios de comunicación les dedican emisiones de acuerdo con sus centros de interés, todo esto bajo la égida de especialistas de la infancia. En apariencia, todo contribuye a su bienestar, son deseados y los adultos quieren amarlos. Y puesto que se dan todas las condiciones, no debería haber dificultades, ni problemas psíquicos, en particular. Sin embargo, los hechos vienen a desmentir estas conclusiones optimistas: es cierto que los niños no han sido nunca tan deseados —los abandonos de niños son cada vez más raros y las familias deseosas de adoptar cada vez más numerosas—, pero sigue habiendo muchos problemas, comenzando por el maltrato, que plantean la cuestión del derecho del niño a ser reconocido y respetado por sí mismo. De forma que, poco a poco, pasamos del abandono físico al abandono educativo, con efectos más insidiosos.

Esta otra forma de abandono no es, en los padres de hoy, el signo de una mala voluntad; es más bien el hecho de una sociedad que, por querer ser totalmente igualitaria, se niega a diferenciar al niño del adulto. Los modelos sociales dominantes no incitan a actuar como educador, con lo que esto implica de distancia necesariamente mantenida con los jóvenes. Sin embargo, los niños y los adolescentes, repitámoslo, no son como los adultos.

¿No son los síntomas de una ausencia educativa el vagabundeo de los jóvenes en las ciudades, la violencia en la escuela, bajo todas sus formas, comenzando por el desconocimiento de las reglas de vida en colectividad y la falta de control de sí mismos? Cada vez son más los niños y los adolescentes abandonados a sí mismos sin el apoyo y la vigilancia de sus padres. Ya he tenido la ocasión de describir, hace algunos años, los tipos de delincuencia que se desarrollaban entre los niños de ocho a doce años. Estas violencias son hoy más masivas, cuando habitualmente esta edad es la de la interiorización de códigos, de normas y de valores morales y religiosos, eventualmente, de una sociedad. Hemos olvidado sencillamente decir, como conviene hacerlo a cada generación, puesto que este conocimiento no es innato, que un niño debe obedecer a sus padres, que debe trabajar en la escuela respetando al profesor, a los adultos, a los demás niños y los lugares de acogida, es decir, que debe integrar las leyes de la sociedad. Es también necesario enseñar a un niño a ordenar sus cosas, a ser limpio (en algunas escuelas infantiles, se comienza la mañana lavando a algunos niños), a respetar los horarios (en este caso no es raro que haya niños que lleguen a clase con una falta flagrante de sueño que les impide estar atentos, y «desconectan»). Estas prescripciones son evidentemente difíciles de respetar si los padres mismos las

han olvidado y si algunos profesores no tienen el deseo real de situarse como adultos. La verdad es que cuando se pierde el sentido de la educación de los jóvenes, el significado que aparece es que no hay preocupación por su futuro.

Ahora bien, si lo que constituye la familia es la voluntad de educar conjuntamente a los hijos, como hemos visto en el capítulo precedente, lo que fundamenta la relación educativa es también el hecho de haber inscrito su existencia de adulto en un proyecto de vida. ¿Cómo es posible tener una preocupación educativa sin estar comprometido en la existencia? Este proyecto de vida será una fuente de inspiración para transmitir los materiales que van a servir al desarrollo del niño, a permitirle que haga adquisiciones progresivas en los ámbitos intelectual, cultural, moral, que tenga deseos de crecer y de ritualizar las diferentes etapas de su vida psicológica y social. Los jóvenes tienen necesidad de oír un discurso parental, de confrontarse con él y de situarse en los límites que les permitan desarrollar sus posibilidades. Muchos adultos que sobreprotegen a los jóvenes temen en realidad no ser amados, ser rechazados si forman parte de su desacuerdo, y se extrañan totalmente, después de haber tenido que mantener tal o cual exigencia, de verlos volver hacia ellos, sin la menor animosidad. Esto supone pues que el adulto tiene que tener suficiente confianza en sí mismo y estar bastante seguro afectivamente para no estar esperando reconocimiento y gratificación de parte de los niños y de los adolescentes a cuyo cargo está.

Los adultos tienen por tanto necesidad de aprender y de ser apoyados en su tarea de padres. A veces es la sociedad la que sustituye la carencia educativa de los padres, pero, en el espacio de cuarenta años, ha perdido los medios de hacerlo. Contrariamente a lo que se podría creer, esta carencia educativa se observa en todos los medios y no exclusivamente en los barrios difíciles o en los ambientes desfavorecidos. Estas zonas sensibles son de hecho los indicadores de lo que pasa más globalmente en el conjunto de la sociedad. La multiplicación de asistentes sociales y de animadores no cambiará gran cosa al problema. No es así como se cortará la falta de civismo y la delincuencia juvenil. La cuestión es de otro orden y concierne a la forma en que la sociedad concibe al niño y la responsabilidad de los padres.

La polémica que se desató a lo largo del verano de 1997 es reveladora de este callejón sin salida. Alcaldes de varios municipios tomaron la decisión de prohibir la circulación de menores de doce años no acompañados entre medianoche y la seis de la mañana. Hallados en flagrante delito, estos niños debían simplemente ser reconducidos por la policía a sus casas o entregados a sus padres. Esto es lo que nos interroga. ¿Debe la policía trasformarse en asistente social, en mediadora, en animadora social, en educadora? Seguro que no. Una vez más, se constata la confusión

de papeles y de funciones. Pero el problema sigue. Es frecuente encontrar, tanto en invierno como en verano, niños jugando en la calle a una hora tardía. Además de estar en juego su seguridad, provocan a menudo molestias por un ruido constante, a veces pillajes. Para algunos de ellos es el comienzo de actos delictivos y de la marginalidad. Los hechos muestran en efecto que los niños cometen delitos cada vez más graves y cada vez más pronto. Estas órdenes, sin ninguna duda, no solucionarán los problemas de la miseria de los alojamientos, de la tristeza de la arquitectura de los suburbios, de la pobreza económica y afectiva de muchas familias, la falta de estructuras y de actividades socioculturales, las dificultades de la integración, la delincuencia juvenil, el fracaso escolar y el paro de los jóvenes. Sin embargo, estas órdenes son un síntoma y señalan por eso mismo un mal que hay que identificar. Tienen, además, el mérito de recordar a los padres su papel y a la sociedad que debe dejar claras sus leyes. No hay pues ninguna razón para interpretar estas órdenes como las pruebas de una voluntad liberticida y de proyectar una vez más sobre esta situación otros momentos de la historia hablando de «redada de niños». Lo que se intenta es enmendar problemas de ayer sin comprender los verdaderos retos de los de hoy. Ahora bien, en una gran mayoría, la población ha apoyado este género de decisión, porque las personas son testigos todos los días de problemas que les envenenan la existencia y dificultan a los jóvenes su desarrollo y su inserción social.

Las tomas de postura de los políticos sobre la cuestión son desconcertantes y manifiestan una falta de análisis y de comprensión que no hacen más que añadir confusión, sobre todo si se creen obligados a expresar una opinión contraria a la de sus oponentes. Pierden credibilidad y no hacen más que irritar a la sociedad con sus debates estériles. Han tropezado con la cuestión de saber si hay que recordar o no a los padres sus deberes y sus responsabilidades educativas, y si hay que dejar clara o no la ley, es decir, el límite de lo posible. Algunos adultos han dado incluso el espectáculo, exhibiendo ante las cámaras sus propias ambivalencias respecto a lo parental y a la ley edípica. Si los adultos y la sociedad no tienen una visión coherente a este respecto y esto sigue siendo un tema de debate, o más bien de discusión del Café Comercial, los niños están perdidos y justificados en su comportamiento. El lugar de los padres no debería estar sometido a discusión. Representa un posicionamiento psicológico y social que hay que respetar. Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos.

El colmo es oír que «no hay que culpar a las familias que ya están desestabilizadas». Esta voluntad de no «levantar olas» y de no plantear los problemas es anestésica a más no poder. La inocencia gazmoña que quiere que nada dependa del individuo y todo de la sociedad no tiene otro nombre que irresponsabilidad. El comienzo del sentimiento de culpa es el comienzo del sentido de sus responsabilidades. Entiendo

bien que no hay que simplificar las cosas a ultranza: es verdad que la mayoría de los adultos (padres, profesores, educadores) se sienten culpables en cuanto aparece un problema educativo. Pero las razones no siempre son las más evidentes. ¿Qué decir? Sencillamente que el adulto teme ser considerado como un «mal padre», reanudando así con el fantasma infantil de la «buena o mala madre» o «del buen o mal padre». Puede expresarse así: «Si el niño del que me ocupo tiene dificultades, es que yo no soy capaz de ser un buen padre, y he debido cometer errores». Este pensamiento-reflejo no es sin embargo siempre válido: los padres no están necesariamente en el origen de todas las dificultades de su hijo.

Estas ambivalencias revelan claramente que los niños, desde que son confundidos con los adultos, no son reconocidos y estimados por sí mismos. Y esto puede llevar muy lejos. Se podría decir que reina incluso en nuestra época un ambiente anti-educativo. Como prueba, la idea cada vez más extendida de que lo parental no existe en sí mismo, pero podría ser negociado por contrato. Ahora bien, es justamente cuando los adultos se niegan a hacer las distinciones oportunas cuando surge la impotencia educativa, cuando lo parental no está en su sitio y se quiere que la relación sea únicamente afectiva.

Ya no hay niño

Una sociedad narcisista como la nuestra tiene dificultad para considerar al niño por sí mismo y no como un beneficio para el adulto, un doble en el que se reconstruye o se prolonga. El niño es vivido en el instante como si no tuviese que crecer. Tiene una simple función psicológica; desprovisto de toda dimensión social, no concierne verdaderamente a la sociedad.

La ausencia de una verdadera política con, sobre todo, la supresión de los subsidios familiares, en junio de 1997, por encima de un cierto techo de ingresos es claramente el signo de que el niño no tiene valor en sí mismo en la sociedad. Peor, el niño no tiene siquiera un valor idéntico en todos los medios, porque su reconocimiento social está sometido al importe de las ganancias de sus padres. Es reducido a una evaluación económica. La sociedad no puede pensarse únicamente en términos económicos; si no, los hechos nos lo recuerdan, se deshumaniza.

Los subsidios familiares son un envite simbólico, y hacer política es también saber tener en cuenta las simbologías de una sociedad. La supresión de los subsidios familiares ha sido decretada al mismo tiempo que se anunciaba la posibilidad de legalizar la relación homosexual y establecer así una paridad con la pareja hombre/mujer comprometida en matrimonio. Esto revela una confusión sobre la que

volveremos al estudiar los problemas planteados por el Pacto de Interés Común (PIC). En nombre de las famosas obligaciones económicas, se quiere que todo sea mercancía, incluso las realidades humanas, mientras que al mismo tiempo, bajo capa de generosidad, se provoca el efecto inverso: el tejido social se encuentra fuertemente unido. Los subsidios familiares simbolizaban el apoyo y la ayuda de la sociedad acordada a la familia para el hijo, y no directamente a los padres. Más allá de su aspecto económico, esta financiación era la contribución, totalmente legítima, de la sociedad a la existencia y al desarrollo del joven. Esta supresión se añade a innumerables detalles que se creen sin importancia pero en los que se deshacen los vínculos invisibles que tenían por objeto mantener solidariamente la sociedad. En nombre de la solidaridad, extrañamente, la sociedad dice a los niños: «no podemos ser solidarios con vuestra existencia». Y a los adultos, está confirmado que el niño no tiene más que un valor subjetivo e individual; no tiene dimensión objetiva y social.

Una escuela sin medios

El abandono educativo se manifiesta finalmente en el ámbito escolar: las carencias del sistema educativo son deploradas constantemente, y con razón: ¿no ha sido remplazada la educación por técnicas de aprendizaje y por un conjunto de actividades sin coherencia y sin unión entre ellas, dejando a los niños abandonados a sí mismos? ¿En qué se han convertido los profesionales de la educación, comenzando por los profesores?¿Qué tipo de pedagogía se ha favorecido? ¿Qué lugar ocupan los adultos? ¿Cuáles son los efectos sobre los jóvenes de una educación que no siempre sabe cómo expresarse?

Los métodos de enseñanza han evolucionado considerablemente en estos últimos treinta años. Hoy, estos métodos valoran la vivencia del niño en detrimento del enfoque del objeto de estudio —lo que no ofrece siempre el mejor modo de despertar y de alimentar la racionalidad de los alumnos—. Está claro que es pertinente y útil estar atento a lo que vive y siente un niño y tenerlo en cuenta en la educación. Pero la relación pedagógica se ha encontrado destronada por la concepción según la cual el profesor se habría convertido en un «técnico de aprendizajes». ¿La voluntad de «enseñar a aprender» según centros de interés inmediato, la idea de que lo lúdico debería remplazar al esfuerzo intelectual, y la mayor atención dada a las relaciones afectivas en el interior del grupo-clase han favorecido verdaderamente la transmisión de conocimientos, objetivo primero de la escuela, el aprendizaje de reglas de vida en sociedad, y han permitido finalmente una mayor calidad del vínculo social en la escuela y en la ciudad? Evidentemente, el resultado es más bien mediocre y la escuela está en un callejón sin salida.

Ella no puede responder a todo lo que un niño necesita y en ningún modo remplazar a los padres en la educación primera que deben dar a los hijos. Pero en su misión de enseñar y de transmitir códigos y normas de la sociedad ha fallado en muchos aspectos. Cuando el mismo profesor desconoce las reglas, ¿qué puede transmitir? Ejemplo típico aportado por un formador: un joven profesor (veintisiete años) en IUFM (Instituto Universitario de formación de profesores), que llega tarde por la mañana sistemáticamente, es reprendido por el inspector responsable de la formación. ¡El aprendiz de profesor no aceptó esta sencilla amonestación y trató incluso, ante sus colegas, a este inspector de «facha»!, reprochándole también «infantilizarlo». ¡Este comportamiento lo dice todo sobre la amplitud del trabajo educativo! Por esto el problema de la enseñanza, como el de la educación, no es sólo el de la estructura, el de los programas y el de la transmisión de conocimientos —sin que haya que despreciar sin embargo estos aspectos—, sino que es también el de la misma persona del profesor, de su madurez afectiva y social, de su capacidad para transmitir los códigos y las referencias, de su conciencia de las responsabilidades, de su posicionamiento adulto respecto de los jóvenes y de su competencia educativa. La educación es esencialmente una actitud, antes que una técnica y unos medios. Es la personalidad misma del adulto la que hace la educación y no la multiplicación de medios pedagógicos que se pueden inventar para ocultar las carencias. Se puede educar con pocos medios y los ejemplos no faltan en las familias o en los movimientos de jóvenes. Hemos perdido, en muchos aspectos, este hábito educativo y es comprensible que los jóvenes profesores se presenten con esta desventaja sin saberlo. Esta constatación no justifica sin embargo sus insuficiencias, pero indica al menos en qué sentido conviene trabajar.

Los niños sufren estas carencias y estas incoherencias ¿Cómo articulan el saber que reciben? Están a menudo muy informados, pero no saben jerarquizar o integrar las informaciones en un conjunto. Al mismo tiempo, no dominan los conocimientos elementales y los instrumentos de la comprensión de la realidad. No sirve de nada, por ejemplo, volcarse en la informática, que es especialmente en este contexto un añadido, mientras el analfabetismo progresa. El instrumento no vendrá a remplazar lo que lo niños no han aprendido: ¡se comprueba más tarde en los bancos de las universidades! El pretendido «aumento de nivel» no se verifica en la realidad. El nivel de información de los jóvenes de hoy es sin duda más importante que el de ayer, puesto que las informaciones y el progreso técnicos están más ampliamente difundidos. Por el contrario, el estudio cualitativo del funcionamiento intelectual y de la asimilación de conocimientos de base revela graves lagunas. El bachillerato se ha devaluado y no tiene siquiera valor en cuanto certificado de las competencias que debiera poseer el futuro estudiante.

Por su parte, los profesores que representan un potencial pedagógico se encuentran limitados y paralizados por una administración bloqueada por los sindicatos. Los ministros se suceden, imponiendo cada uno «su» reforma, sin tener en cuenta lo que se sabe ni los remedios que se podrían aportar. Estas reformas no son más que la expresión de una impotencia, porque desde hace cuarenta años nada cambia y se mantienen los mismos males. ¿Frente a tal fuerza de inercia, cómo puede la institución responder a las necesidades y darse los medios de crear? Es significativo constatar que todo el lenguaje utilizado hoy por la enseñanza pública (tomemos como ejemplo el término de «comunidad educativa») es un lenguaje que no le pertenece, que no es el fruto de su experiencia, sino que ha sido tomado de otras estructuras diferentes de la suya. La enseñanza debe liberarse de construcciones ideológicas acentuadas por los clichés mediáticos que perjudican a menudo a los espíritus porque no corresponden a las necesidades y a las realidades, y aceptar un verdadero trabajo pedagógico en unión con la psicología del niño y del adolescente sin tener que depender de las modas de una época que falsean la comprensión de los retos educativos.

Del niño-rey al niño referente

Acabamos de hacer una constatación de los problemas ligados a la educación en nuestra sociedad; pero estos problemas no han surgido totalmente solos: son en gran medida la consecuencia de las teorías pedagógicas que han florecido a lo largo del siglo XX, particularmente después de mayo del 68, que pretendían poner al individuo en el corazón de la relación educativa favoreciendo ante todo su desarrollo personal. La educación depende ampliamente del movimiento de las ideas, y vamos a intentar ahora trazar la evolución de este movimiento mostrando las consecuencias.

La educación limitada

Sin duda Philippe Aries nos ha inducido a error al hacer nacer el sentimiento de la infancia y el sentido de su educación en el siglo XVIII[9]. La preocupación por la educación y la actitud de ternura de los padres y de los adultos para con el niño no comienzan con este período; han existido siempre[10]. El amor a los niños no es una actitud reciente. En las iconografías más antiguas se encuentran escenas de ternura entre los padres (tanto la madre como el padre) y sus hijos[11]. Esto no quiere decir que todo iba lo mejor posible en el mejor de los mundos, pero prueba que la educación no es una preocupación reciente, como se ha querido decir. El mito del «amor sobrante»[12] sirve principalmente para justificar el presente y para releer el pasado a la luz de la superprotección afectiva contemporánea del niño.

No es menos verdadero que son los religiosos, los filósofos y los pedagogos los que supieron defender el estatuto singular del niño en la sociedad y hacer recular cada vez más pronto la edad en que se comenzó a respetarlo como tal. En Atenas y en Roma, la escolaridad comenzaba a los cinco años, mientras que más tarde se estimó que la educación del niño no podía comenzar más que a partir de siete años: Montaigne tuvo palabras severas para reprochar a los adultos jugar con los niños como «si se divirtiesen con pequeños monos». No ha habido nunca edad de oro de la educación: en ciertos períodos de la historia, la preocupación por la educación fue sostenida por la familia y la sociedad, en otras fue olvidada. Los pedagogos del siglo XIV provocaron un nuevo auge educativo e institucional, que permitió a su vez el de los siglos XVIII y XIX. Muchas novedades pedagógicas, alimentadas por el buen sentido común de las necesidades del niño y los descubrimientos de la psicología, han permitido avances reales en materia de educación. Gracias a este patrimonio acumulado a lo largo de los tiempos se ha podido, estos últimos dos siglos, hacer progresar la educación, el respeto y los derechos del niño. El sentido de la educación se inscribe igualmente en una historia, es decir, en el movimiento de las ideas y de las representaciones sociales que una sociedad se da. Intentemos trazar rápidamente la evolución, para comprender mejor aquello a lo que hemos llegado.

El final del siglo XVIII, lo he evocado ya, corresponde sobre todo a la puesta en marcha de un sistema educativo muy coactivo, para responder al impulso de una población juvenil a la que no se daba educación. Estas dos actitudes de «vigilancia» y de encuadramiento han acabado por servir de modelo a todos los medios de la sociedad francesa: no hay más que mirar, en particular, las novelas de Roger Martin du Gard, de François Mauriac y de Hervé Bazin, ciertas descripciones de Jean-Paul Sartre en su autobiografía *Les Mots*, para captar el ambiente ¿Reflejaban estas descripciones la realidad, o la forma en que la relación era vivida o imaginada según el guión de la «novela familiar»? La propia vida familiar de la mayor parte de estos autores estaba en perfecta oposición con sus escritos, como lo atestiguan los que los conocieron en su momento. Sea lo que fuere, lo que resalta de su discurso es que el individuo no era tenido en cuenta en esta educación austera y fría. A diferencia de generaciones precedentes, muchos en esta época se prometieron no volver a hacer con sus hijos lo que sus propios educadores habían hecho con ellos. La interrupción de la trasmisión comenzó así.

Será necesaria, entre otras cosas, la perspicacia de la psicóloga italiana Maria Montessori y del pedagogo inglés, fundador del escoutismo, Baden Powell para formalizar otra alternativa, teniendo más en cuenta al niño y sus relaciones con el entorno parental, social y cultural. Fueron de los primeros en proponer la iniciativa de los «métodos activos» que abrirá el siglo XX a una educación personalizada. Hay que

tener en cuenta que se encontraban ya huellas de estos descubrimientos en la literatura griega antigua, y, más tarde, en los autores cristianos[13].

La relación educativa se ha trasformado también bajo la presión de situaciones objetivas. Los padres, o los adultos, no han cometido «falta» o «error»[14] pero socialmente han visto que su papel se restringía. El desarrollo de la sociedad industrial que obligó a los padres a dejar su residencia para ir a trabajar lejos de su hábitat y la creación de un universo escolar que aislaba a los niños de los adultos van a acelerar el proceso haciendo de la educación menos una transmisión de conocimientos, de saber hacer, de costumbres, de una moral y de una religión que una formación reducida a la enseñanza. Han venido a unirse a estos hechos nuevas concepciones educativas, influidas por corrientes ideológicas (consideración del individuo y contestación de la autoridad) y algunos descubrimientos en materia psicológica[15].

La contestación de la autoridad culminó en el episodio mítico de mayo del 68 y alcanzó a la mayor parte de los grupos sociales. Si permitió una flexibilización y progresos gracias al desarrollo de un espíritu de diálogo y a un mayor respeto del individuo, su abandono en el plano educativo es más bien nefasto. La generación del *baby-boom* (los «yé-yé») tuvo una relación ambivalente con los adultos de la época. Estos últimos estaban dentro de un sistema de valores sociales, familiares, escolares, educativos y religiosos que trasmitían sin creer ya en ellos; los *baby-boomers* se dieron cuenta de la contradicción e hicieron efectiva la ruptura de la trasmisión. ¿No fue mayo del 68 la demostración más evidente de la ausencia de los adultos? ¡Los adolescentes tomaban el poder!

Así nació el niño-rey. No se puede negar que la voluntad de tener en cuenta la personalidad singular y los ritmos del niño, y de desarrollar por consiguiente una actitud educativa personalizada para reaccionar contra una educación colectiva de principios rígidos y sin preocupación por adaptarse al niño, ha sido el punto de partida de una renovación pedagógica. Sin embargo, esta perspectiva se ha visto progresivamente reducida a la sola primacía dada al individuo y a su desarrollo buscado como un fin en sí mismo. Desde entonces, el niño-rey ha pasado a ser el niño-compañero del adulto, y el niño-referente único del adulto y de la sociedad.

Abolir las fronteras entre las edades

Se ha dicho que los niños están sobreprotegidos afectivamente. Son adulados por la sociedad y se convierten incluso en la referencia de los adultos por un curioso

proceso de identificación: habría que mantenerse joven y adolescente en la forma de pensar, de comportarse, de hablar y de vestirse. ¡He aquí a nuestros niños valorados por el narcisismo de los adultos, al mismo tempo que abandonados a sí mismos, sin el apoyo de una real relación educativa! Difícil de encontrarse en ello... Los adultos, por el contrario, no sienten ninguna molestia en infantilizarse. Así la moda en el vestir permite a serios hombres de negocios llevar corbatas y zapatos adornados con los motivos más fantasistas: el ratón Mickey, Tintín y demás lobos de Tex Avery. Más ambivalencia todavía, peleles para adultos, idénticos a los peleles para bebé, hacen su aparición en el mercado. El consumo de bombones aumenta fuertemente[16], sobre todo entre las mujeres jóvenes de veinte a treinta años. Los publicistas saben bien que el joven es el que manda en la familia y se dirigen por consiguiente a él prioritariamente. Los jóvenes de dieciocho a treinta años representan la mayoría de los compradores de consolas de juegos destinadas a los niños de ocho a trece años, e incluso de juguetes como el «Tamagotchi», animal de compañía virtual japonés del que hay que ocuparse, como si estuviera vivo, hasta que muera[17]. Otros se divierten construyendo casas de muñecas, coleccionando coches en miniatura o personajes de películas fantásticas, que van desde los dinosaurios hasta los héroes de *La Guerra de las Galaxias*. La lectura de dibujos animados sigue más allá del período juvenil y a veces en detrimento de los libros. Los adultos se lanzan así sobre actividades reservadas en otras épocas a los niños. El fenómeno Disneyland enmarca y amplifica esta normalización en una sociedad que, afectivamente, se infantiliza cada vez más. Si hay que seguir siendo joven en una sociedad que es también adolescéntrica, hay que seguir igualmente los modos de expresión de la infancia, para hacerse la ilusión de no crecer. ¿Es la falta de niños en nuestras sociedades lo que incita así a los adultos a jugar como niños? En todo caso, durante este tiempo, los niños intentan saber dónde están los adultos y dónde pueden oír una palabra de adulto.

• Los niños crecen demasiado deprisa

Pero hay más. No sólo los adultos ocupan el terreno de la infancia, sino que se la roban también a sus hijos haciéndoles jugar un papel que no es el suyo. El niño se ha convertido así en el confidente, el consejero y el apoyo del adulto. A menudo, en las parejas separadas, es él el que representa la unidad de la pareja. Intenta entonces mantener una relación parental aunque no tenga dimensión afectiva, se encierra en una actitud de «reparación» respecto a sus padres, actitud que corre el riesgo de reproducir cuando comienza su propia vida sentimental con el otro. Sabemos que el niño se siente responsable desde el momento en que una dificultad aparece en la vida de sus padres. Así una niña de ocho años que vive sola con su madre, sin haber conocido a su padre, cuenta a quien quiera oírla que su padre se ha ido de casa porque ella no era «simpática». Otra cuenta a su maestra: «Cuando mis padres riñen,

es triste. Yo intento hacer reír a todos. Pero no funciona». El niño interpreta la vivencia familiar únicamente a partir de su pensamiento egocéntrico relacionando sus experiencias con la deuda que siente en relación con sus padres. Cuando los adultos no lo protegen de este fantasma de reparación diciéndole que no tiene que mezclarse en su vida, el niño intenta representar un papel y encontrar soluciones. El problema, es que queriendo decir todo y mostrar todo a los niños, cuando no tienen las capacidades psicológicas para comprender y asumir, incubamos problemas de personalidad que aparecerán en el momento de la adolescencia. No es extraño ver después a postadolescentes de veinticinco a treinta años seguir con historias infantiles, como para actualizar una infancia que no han conocido. Sus historias sentimentales se fundamentan más en la economía afectiva de la infancia que en la de la libido objetal. Intentan remedar a «papá» y a «mamá» en una sentimentalidad totalmente edípica que los conduce a callejones sin salida.

Lo que es al menos extraño es que, cuando los adultos no saben ya qué pensar o qué hacer, se vuelven sobre los niños y los adolescentes como si éstos tuvieran la solución. Las series de televisión están llenas de estos clichés en que los niños y los adolescentes son los preceptores de los adultos. Se encuentran también en el cine: citemos por ejemplo la película *Ponette*, en la que una niña de cuatro años hace reflexionar sobre la muerte a adultos que no consiguen hablar de ella. En lo que concierne a la violencia en las escuelas, ahí también los adultos dimiten creando «comités de expertos» para saber lo que conviene hacer. Es cierto que la idea de responsabilizar al niño no es mala en sí, pero el adulto no debe en ningún momento dar la imagen de un incompetente: «¿Es preciso que yo proponga al niño una concepción de la existencia, que le dé referencias?». Como muchos adultos de menos de cincuenta años tampoco las tienen, las respuestas siguen en espera, escondidas tras la famosa fórmula: «Él elegirá más tarde». Está claro que le toca a cada uno construir su vida y elegir, en tanto sea posible, sus orientaciones. ¿Pero cómo elegir cuando no se han recibido informaciones?

Muchos jóvenes llegan así al estadio de la adolescencia mucho más debilitados que en el pasado y emplean más tiempo en madurar, al ser remitido cada uno a sí mismo. La ilusoria fórmula de responsabilización: «Es tu problema», significa también: «¡Arréglatelas, yo no tengo nada que decir, tú no me interesas, yo te abandono a tu suerte!». El niño se encuentra abandonado aunque buscado en una gran proximidad afectiva: es la paradoja de nuestro tiempo. Un joven de diecinueve años me decía recientemente: «No tengo la sensación de haber sido educado por mi padre y mi madre sino la de haberme hecho yo totalmente solo. Me gustaría que ahora alguien se ocupara de mí, me enseñara, me guiara. Yo creía que mi amiga podía ayudarme, inútil. No hay que mezclar todo. Yo la he dejado. Yo esperaba de ella un papel de

adulto. Me gustaría encontrar adultos a partir de los cuales yo pudiera construirme». Necesitamos situar de nuevo la relación educativa, puesto que en función de ella se organiza la relación entre el niño y el adulto. El adulto debe reencontrar el sentido de la sucesión de las generaciones; una madurez que no es sin duda fácil de alcanzar, porque implica tener una relación positiva con la propia infancia, haber resuelto el conflicto con las imágenes parentales y aceptar ser el representante simbólico del sentido de la ley ante el niño.

• Yo soy la medida de todo

El individuo se ha convertido en el objetivo supremo de la relación educativa. En esta mentalidad, las realidades no sirven en primer lugar de referencia, ellas son sencillamente relativas al sujeto. La realidad no aparece ya como un principio en las representaciones sociales a las que el niño y el adolescente van a encontrarse enfrentados. Las consecuencias no se harán esperar, porque la prueba de la realidad será mucho más dura para aquellos que creían que los seres y las cosas se podían manipular en función de los sentimientos del momento. El niño que cree que todo es flexible según sus deseos, que puede «zapear» a voluntad con las realidades, sin haber hecho la experiencia del esfuerzo a largo plazo, chocará, cuando llegue al comienzo de la adolescencia, con resistencias insospechadas, con una escolaridad cada vez más exigente, con deseos imposibles; sintiéndose impotente, se dispersa y se manifiesta en todas las direcciones posibles. Se mantienen así comportamientos de impotencia, al no saber el individuo cómo actuar sobre realidades diferentes de aquellas que son lúdicas. Estamos en pleno delirio civilizado. En nombre de la buena convivencia, de la tolerancia y de la proximidad, estamos destruyendo en la sociedad actual el vínculo social, la relación institucional, el sentido de la autoridad y de la diferencia. En esta vida desritualizada, los individuos, al encontrarse solos y sin normas, se destruyen. Muchos adolescentes se hacen dependientes y desarrollan, más frecuentemente que en otro tiempo, secuencias depresivas o ideas suicidas que pueden ser tenaces. El discurso subyacente puede ser el siguiente: «Tú puedes drogarte, suicidarte, marginarte, habrá técnicos para repararte o policías para custodiarte si tú lo deseas». Hemos destruido así en el espacio de cuarenta años todo el dispositivo simbólico que permitía canalizar la violencia juvenil en la escuela, y ahora pedimos a los jóvenes que asuman el «desastre» de la generación precedente[18]. Al nacer el ser humano está inacabado y tiene necesidad de las limitaciones vitales de su entorno para desarrollar sus funciones aunque su sentimiento de omnipotencia le dicte lo contrario. La educación va a la par de una cierta frustración. Es así como se puede formar el deseo en el niño.

Concebido como la referencia principal y decisiva, el individuo, además, no tolera la

relación de autoridad. Se considera el fin de todas las cosas y se constituye en autoridad. Sólo cuentan sus intenciones y su sentir subjetivo, único criterio de verdad, en nombre de la sinceridad consigo mismo. La opinión se coloca en el mismo plano que una verdad apoyada intelectualmente, y cada uno puede decidir lo que es o no es ley. La verdad y la ley son pues, una vez más, relativas a cada uno. No son realidades a partir de las cuales el reconocimiento de las verdades y los valores comunes y la comunicación social sean posibles.

La economía de la vida psíquica se asienta en el placer, pero sin relación con los objetos exteriores no puede haber placer: es la cultura la que hace aparecer el «yo». Se abandona la sublimación, y se anima al individuo a expresar y a vivir sus representaciones primarias sin ningún trabajo de elaboración[19]. Ahora bien, la tarea de la sublimación y la del ideal del yo juegan un papel de vínculo importante entre la economía interna y el mundo externo. La sublimación es una realidad psíquica mal comprendida, que el entorno no ayuda a utilizar, prefiriendo dejar al individuo solo consigo mismo antes que animarlo a beber en el patrimonio cultural con el fin de encontrar recursos para su actividad de elaboración interna. Al mismo tiempo, el trabajo de sublimación, de asociación y de transformación de las representaciones primeras de las pulsiones parciales en actividades superiores es esencial. Hay que recordarlo: lo que se trata de sublimar son las producciones de las pulsiones parciales, y no la pulsión en sí misma ni la genitalidad, es decir, el apetito sexual, que no tiene nada que ver con la sublimación; se manifieste, inmediatamente o no, o no se manifieste, por abstinencia, por algún disfuncionamiento o simplemente por la edad. La sublimación va a servir para reconstruir la fragmentación inherente al estatuto económico de las pulsiones parciales de la vida psíquica[20], sin llegar a una completa unificación, en la economía objetal. Es beneficioso transformar, por ejemplo, la crueldad y la desvaloración sadomasoquista en voluntad de no hacer sufrir al otro, de comprender su sufrimiento, de aportarle eventualmente una ayuda. Los deseos de no sufrir ayudan en cambio a resolver las propias dificultades, o en todo caso a no buscar personalmente el sufrimiento bajo cualquier forma. Igualmente, sublimar el exhibicionismo y el voyeurismo es una tarea indispensable si se quiere buscar y pensar, es decir, mantener la curiosidad sobre la base de esta pulsión primaria (que, tomada en sí misma, no es viable en la realidad) con el fin de progresar. Sin embargo, en el contexto actual, se deja oír que la verdad por sí misma está más en la expresión primera de la pulsión que en su elaboración. Se favorece así, como he comenzado a evocarlo antes, la formación de caracteres psicóticos. Se comprende que el cambio de la adolescencia venga a hacer que la personalidad salte hecha pedazos, si no dispone de los medios necesarios para integrar las nuevas exigencias pulsionales y las necesidades de la existencia.

Son en efecto estas personalidades deshechas las que acogemos más a menudo en la consulta. Están dispersadas, son inseguras y volubles, y se quejan de ser incapaces de concentrarse intelectual, relacional y afectivamente. El compromiso angustia como una castración porque conviene elegir, es decir, renunciar a todos los otros posibles. Para estas personalidades, este duelo es un equivalente de su propia muerte, y por eso prefieren esperar sin saber cómo insertarse en la historia ni tomar posesión de su vida... o vagan, a veces, con ideas suicidas.

La valoración de las representaciones de las pulsiones parciales, y al mismo tiempo del narcisismo, ha sido pues inducida por la relación educativa que estimula a las personalidades a funcionar de un modo primario. Se abandona la sublimación, las representaciones pulsionales se toman en el primer grado y se anima al individuo a vivir en la inmediatez de su deseo.

La educación imposible

• Los efectos perversos de la no-directividad

Los comportamientos que acabamos de describir recuerdan la polémica alrededor del libro de A.S. Neill *Libres Enfants de Summerhill*[21]. Es verdad que Neil había reaccionado en su tiempo vivamente para criticar las deformaciones que se hacían de su método pedagógico y exigir más rigor y responsabilidad. Ha dado incluso una verdadera lección en materia de educación al escribir su libro *La Liberté oui, l'anarchie non*.

Quienes han querido una mayor libertad en la educación se han apoyado también en la noción de no-directividad desarrollada por Carl Rogers[22]. La no-directividad era en principio una actitud utilizada en psicoterapia, que se extendió a continuación a la animación de grupos y a la educación. Como ella implica principalmente el respeto al sujeto y la necesidad de no hablar en su lugar, ha sido empleada rápidamente como una técnica de escucha, y finalmente de no-intervención y de observación. Los educadores pasan así a menudo mucho tiempo escuchando en el silencio más completo; la palabra maestra es «la escucha», pero ésta no sirve para mucho si las declaraciones, a veces las confidencias, no son trabajadas e interpretadas en el momento adecuado. La no-intervención del educador, que se coloca en posición de observador pasivo, no es eficaz ni estructurante. El educador-observador se considera a menudo el sol a cuya sombra la planta se desarrolla sin otra forma de presencia. Pero un ser humano no es ni un vegetal ni un animal. No posee en él el material necesario para hacer desarrollar sus funciones si el entorno no le da los medios.

También Carl Rogers denunció a menudo la desviación de esta actitud que desemboca en un «dejar de la mano», porque la escucha no es un fin en sí misma.

Los padres y los educadores han adoptado pues, poco a poco, una actitud de «psicoterapeuta» respecto de los jóvenes, y este modelo ha suplantado al de educación. Ahora bien, la no-directividad psicoterapéutica no se comprende más que en un marco terapéutico. El facultativo no tiene que ponerse delante u orientar la palabra de su paciente, aunque sea él el que dirige la terapia. Por el contrario, le corresponde al educador intervenir en la vida del niño, hacer propuestas, y a veces estimularlo para que se motive en su trabajo escolar o en una actividad que el adulto juzga importante. El niño puede no tener deseos, por ejemplo, de aprender su lección de historia. El adulto encontrará un medio pedagógico para que comprenda que no se trata en primer lugar de una cuestión de deseos, sino de una necesidad. En la medida en que las resistencias no provengan de inhibiciones serias, el pedagogo debe saber hacer frente a ello antes de dejar que el individuo navegue a impulso de sus deseos o de sus conflictos. El hecho es que el adolescente va a menudo a poner mala cara al trabajo porque no sabe «para qué sirve». Para intentar responder a este interrogante, se multiplican las estancias en empresas, se valora el aprendizaje para todos aquellos que han roto con la escuela, se subraya de manera más o menos forzada los vínculos que pueden existir entre los conocimientos adquiridos en la escuela y su aplicación, se ponen en práctica los medios técnicos más modernos, etc. Todo esto no es negativo en sí (buen número de adolescentes estarían mejor como aprendices que escolarizados forzosa e ineficazmente), pero no responde a la cuestión recurrente a esta edad de la vida. Hasta la adolescencia, el niño trabaja para agradar a los adultos (sus padres o profesores), después, en el momento de la pubertad, debe comprometer su persona para cualificarla a través de su propio trabajo. Al tener dificultad para aceptar otra imagen de él, plantea la famosa pregunta «¿Para qué sirve esto?». Mientras no llegue a estimarse en su justo valor, a asumir su propia imagen y a tomarse como objeto de interés para adquirir capacidades, a pesar de las frustraciones que esto representa, tendrá dificultades para trabajar. Es lo que explica los desenganches escolares entre Quinto y Tercero[*] de muchos alumnos que, por lo demás, tienen buenos resultados en las pruebas de inteligencia.

Si la no-directividad ha sido valorada en la época de los años sesenta/ setenta, es también porque correspondía a una necesidad y a unas posibilidades. Las personalidades estaban más enraizadas y eran culturalmente más ricas que hoy. Con un gran patrimonio intelectual, cultural y religioso relativamente interiorizado y enraizadas en una pertenencia social a las normas bien integradas, estas personalidades tenían materiales a partir de los cuales podían hablar, actuar y crear. Los años que han seguido a la explosión de mayo del 68 han sido fructíferos en este

sentido. Los adolescentes y los adultos de la época se acuerdan sin duda de los tiempos de búsqueda y de reflexión tanto más fecundos cuanto que partían de nada. Pero hoy, a muchos jóvenes les faltan conocimientos y referencias de base y se encuentran finalmente en expectativa respecto a los adultos. La no-directividad ha podido convenir a las psicologías hasta el momento en que las personalidades han comenzado a perder el vínculo que une a cada generación con el patrimonio de la sociedad, vínculo a partir del cual los individuos construyen su existencia, descubriendo nuevos saberes.

• La ilusión de la libertad

A medida que se imponía la idea de que había que dejar a los hijos libres y favorecer ante todo su desarrollo personal, el ambiente de los jóvenes se ha ido haciendo cada más laxo. Las asociaciones han cesado progresivamente sus actividades, y los locales y el material han sido menos cuidados, en particular en los establecimientos escolares públicos. Estos últimos han visto disminuir su personal de enseñanza. Se han suprimido también muchos puestos de vigilantes en las escuelas y, por el contrario, la violencia escolar ha aumentado.

Pero si el niño no es el objeto de una «influencia educativa», no se ve muy bien cómo podrá despertarse. No se elige a los padres, ni la lengua, ni un sistema de valores; negarse a transmitir o a recibir todos estos elementos manifiesta sobre todo este viejo fantasma: ser de ninguna parte, haberse hecho a sí mismo, sin padre ni madre, sin vínculo social. Sueño de un nacimiento insular, en un país desconocido y exótico, sin raíces y sin historia.. Al separarse de las referencias de la infancia para afirmar que no son necesarias para la vida, al negarse a transmitirlas a sus propios hijos, al hacer opciones opuestas a lo que han aprendido, los individuos intentan de hecho agredir a sus propios padres. Pero la personalidad no puede desarrollarse sin fundamentos culturales[23]. Es justamente lo que falta hoy en los jóvenes adultos que no saben cómo educar a un niño.

En cuanto a la libertad, no existe en sí. Es esencial que los padres y los adultos deseen por sus hijos, porque es justamente a partir de este deseo cómo el individuo podrá aprender a desear y por tanto a ser libre. El niño percibe claramente que a través de sus deseos, los adultos, centrados en su persona y en su futuro, se interesan por él. El deseo del otro es aquí estimulante para el niño y lo despierta a él mismo. Adultos que se niegan a desear por el niño no lo enriquecen y lo violentan. El niño no puede desarrollarse más que «parasitando» el deseo del adulto por él. Es así como ciertos educadores juegan felizmente el papel de mediador entre el niño y las realidades; en este caso, son en el sentido fuerte del término «iniciadores». Por muy

entusiasmante que haya sido el profesor del *Club de los poetas muertos*, no sería un modelo. Seductor, manipulador, militante del «Carpe diem», hace contra-educación, que desemboca por otra parte en un suicidio.

El espíritu de negociación que ha prevalecido en la educación intentaba reanudar con la exigencia de diálogo necesario para la comunicación: pero el resultado en materia de educación es más bien nefasto. La negociación es un procedimiento válido únicamente entre adultos. El niño no tiene que ser considerado como un interlocutor, y habituarlo a la negociación es habituarlo a un universo en el que piensa que todo será negociable. Por el contrario, habituar a los jóvenes a saber intercambiar ideas, gestionar actividades e iniciarse en la vida en común es un triunfo para su inserción social. En este clima de negociación igualitaria, los padres se creen obligados a explicar todos los actos, a justificar sus exigencias y sus decisiones y a responder, de manera detallada, a todos los interrogantes de sus hijos, cuando lo que habitualmente quieren estos últimos es sencillamente estar seguros de que los adultos conocen la respuesta.

El niño no está en igualdad psicológica y física con el adulto. Su enfoque de la realidad y su modo de comprensión son muy diferentes de los nuestros. Su mentalidad egocéntrica condiciona su lenguaje, que sirve menos para comunicar informaciones o pensamientos que para afirmarse a sí mismo[24]. Es difícil en estas condiciones tener conciencia de los límites a partir de los cuales la libertad puede justamente desarrollarse y se hace imposible, para ciertos adolescentes, encontrar un tope que limite su expansión narcisista. La violencia que se desarrolla así en el medio escolar o urbano es un efecto de esta falta de estructuración interior de los individuos.

Es por tanto la doble ausencia de lo parental y de lo educativo en la sociedad la que plantea un problema en la relación entre los jóvenes y los adultos. En este caso, cada uno se apoya en lo afectivo para estar seguro de conservar un vínculo. Cuando ya no se sabe qué decir, son las emociones las que sustituyen a la palabra. ¿Pero para qué?

• Las sinrazones del corazón

Lo psicológico ha suplantado pues a lo pedagógico. Los niños están solos y son remitidos a sí mismos como si fueran la medida de todo y tuvieran suficiente experiencia de la vida para hacer mejor que los adultos. Se han asentado pedagogías afectivas en las que se subraya, sin fundamento teórico, la necesidad de amar a los niños, y particularmente a los que se consideran «difíciles». Sin embargo, estos jóvenes no sufren en primer lugar de carencia afectiva sino de falta de relación educativa con los adultos que no saben ocuparse de ellos. Retomar una verdadera

relación educativa con ellos es difícil, pero no imposible si tienen enfrente adultos firmes, coherentes y que los enfrentan con la realidad. Un trabajo pedagógico que les ayude a reencontrar realidades y a revelarse a sí mismos muestra que los resultados son posibles. En educación, es determinante no equivocarse de objetivo al querer privilegiar, por error, el desarrollo fuera de todas las limitaciones de la realidad. La predominancia de la afectividad aparece como una compensación a relaciones demasiado aisladas entre jóvenes y adultos. Lo que se llama la búsqueda afectiva o las experiencias sexuales precoces ocultan de hecho problemas educativos importantes: los niños o los adolescentes están faltos, se dice, de ternura en su familia o carentes de afectividad en parejas divorciadas. Estas lagunas explicarían por qué, desde la escuela primaria, afirman estar enamoradas de un compañero o de una compañera. Pero no es tan simple. El análisis de estas conductas muestra que buscan sobre todo relaciones de apoyo a causa de la falta de la presencia educativa de los adultos, e incluso si tienen sentimientos, no son capaces de inscribir estas relaciones en la economía objetal. No están frustrados afectivamente porque es raro, en el caso del niño, no ser amado por sus padres. Pero la falta de interés educativo por él puede traducirse en su espíritu en una falta de amor. Sin embargo no conviene tratar esta carencia afectiva como tal: hay que situarla, por el contrario, en el terreno educativo, es decir, en el del aprendizaje, de la enseñanza de las reglas relacionales, de la iniciación y de la transmisión. No se trata de tomar el síntoma (afectividad) por la causa (educación). A través del conjunto de estas tareas objetivas se mediatiza la afectividad, porque no puede ser tratada en línea directa so pena de ser erotizada —como se constata muy a menudo—.

Muchos educadores fundamentan su práctica en una concepción puramente afectiva y toman como argumento la noción del «amor ausente» o del «amor reparador». Se sitúan pues en posición de amar a los jóvenes, de estar a su escucha y de responder a sus necesidades sin interrogarse sobre su legitimidad. Ahora bien, este postulado que hace de los jóvenes unos mal-amados remite más bien al fantasma de los educadores y al contenido de su relación educativa a través de la cual se transparenta un deseo de regresión infantil, pudiendo incluso significar, en ciertos casos —que no habría que generalizar— el retorno de una inhibición pederástica. Es cierto que algunos jóvenes pueden haber sido abandonados afectivamente, y éstos necesitan una atención muy particular. ¿Hay que mantener por ello relaciones regresivas con ellos? El objetivo es por el contrario poner en marcha una relación que les ayude a insertarse en la realidad, y no desarrollar un vínculo esencialmente afectivo. A través del interés que se tiene por él y los aprendizajes a los que se le inicia un niño o un adolescente reconoce que es estimado por sí mismo. Se siente valorado a través de la mirada y el apoyo del adulto y puede así sacar un beneficio afectivo.

Propuestas

Educar: para qué

• Proteger

El maltrato y las agresiones de los que son víctimas los niños y los adolescentes nos recuerdan que el papel del adulto es, entre otros, proteger al adolescente de sí mismo y de su entorno, sin infantilizarlo por ello. En muchos casos, él no conoce el sentido de los límites o de la ley, como tampoco sabe controlarse siempre cuando corre el peligro de ser desbordado por lo que siente y tiene necesidad de estar seguro. Un chico de diecisiete años me decía recientemente: «No hay nadie para protegerme y darme seguridad cuando voy mal». Y sin embargo hay que enseñarle, a su edad, a encontrar por sí mismo los medios de garantizar su seguridad psíquica mejor que contar con los adultos para ser protegido.

• Ser mediador

El papel del adulto y de la relación educativa es ser un mediador entre el adolescente y el mundo exterior. No conviene hacer en su lugar, o decirle lo que debe hacer o decir, sino comunicarle lo que le permitirá actuar en la realidad: enseñarle, iniciarlo, trasmitirle aquello de lo que tiene necesidad para construirse y realizarse. En el mundo actual, envuelto y alimentado por la influencia mediática, no siempre es evidente para los adultos situarse así. La mayor parte de las informaciones que los adolescentes reciben les son en efecto dadas desde fuera de los adultos por mediación de los medios de comunicación que les privan a menudo de su papel, devaluándolos y dándose, por esto, un poder de uniformización de los espíritus mucho mayor que la relación educativa.

Educar: cómo

• Permitir al niño individualizarse

Conviene respetar el espacio psíquico de cada uno. Si la escucha es importante en la relación educativa para oír, comprender y actuar, no significa que haya que incitar todo el tiempo al niño o al adolescente y entrar en su intimidad con el fin de que todo sea verbalizado. Esta intrusión edípica es mal vivida. No sirve para nada, no es una ayuda sino que proviene de una curiosidad de voyeur. Por el contrario, hay que saber estar atento a los signos que el niño o el adolescente dirige al adulto para hablar,

entregarse, pedir una información o un consejo.

Hay que ayudar también al niño a encontrar su lugar y, para esto, señalar claramente la diferencia que existe entre sus padres y él. Sólo esto le permitirá ser autónomo, etapa difícil pero indispensable. El adolescente en efecto debe modificar sus imágenes parentales, pero tiene dificultades para hacerlo. Es la razón por la cual se compromete a menudo en una relación de pareja, y ahí reside la paradoja de las parejas-adolescentes; el joven intenta unirse a alguien para mejor separarse de él, porque no consigue hacer este trabajo en su vida psíquica con sus imágenes parentales. Por esto introduce en su vida familiar la presencia del «amigo-a» vivido-a por los padres como el yerno o la nuera futuros. Mientras que, para el joven en cuestión, la relación no compromete hasta este punto y no es de esta naturaleza. Estos bebés-parejas mantienen relaciones fusionales, al no llegar los adolescentes a vivir las diferenciaciones entre ellos y el mundo de la infancia. El proceso separación/individuación, que permite a cada uno desarrollar y delimitar su autonomía psíquica, no es favorecido en el contexto actual y desemboca en todos los problemas y las patologías del *self* observados en los jóvenes adultos. La angustia de la separación les impide ser autónomos y buscan al mismo tiempo relaciones de apoyo que son esclavizantes o bien se sienten incapaces de dejar a sus padres.

• Saber fijar los límites

Hay que saber fijar los códigos y las normas que favorecen la vida. Los adolescentes se construyen en función de un marco de vida regulado por los adultos, cuyas normas transcienden a cada uno. Ellas no dependen de nuestros humores sino de las necesidades de la vida. Es importante que los padres, los adultos, y la sociedad señalen sus límites a los adolescentes, sino ellos creen que todo es posible y que no hay peligro. Y cuando esto no ocurre, tienen el sentimiento de ser abandonados y de no interesar a los adultos. Es estructurante definir lo que está permitido y lo que está prohibido y hacer tomar conciencia de que hay, respecto de los demás, actos graves y perjudiciales. Hay que saber intervenir, con buen sentido pedagógico, en el caso de la higiene, por ejemplo, o de la actitud adoptada en colectividad. Hay que controlar también las salidas, con flexibilidad, en función de su calidad, de la armonía de la vida familiar, del trabajo escolar. La vida social es un apoyo en esta edad puesto que a través de la mirada de los demás el adolescente va a aprender a estimarse y a desarrollar relaciones. Uno de los signos positivos de su integración social, con jóvenes de su generación, se manifiesta cuando los invita a su casa.

• Saber decir no

La capacidad de decir «no» equivale a saber diferenciarse, distanciarse, separarse y separar las propias necesidades de las de los adolescentes. Habría que poder decir «sí» a todo. El adolescente tiene necesidad de saber que existen puntos de referencia para construirse. El adulto está ahí para señalarlos, pero no debe adoptar una actitud intransigente ni encerrarse en un autoritarismo obtuso. Ahora bien, frente a la agresión contra las personas y objetos, contra el robo, la injuria o el insulto, hay que saber decir «no» de forma categórica. El bien y el mal deben ser nombrados. El relativismo ambiente, en el que todo vale, no ayuda a los adolescentes a estructurarse puesto que no se les da el sentido de la ley. Desde el punto de vista de la psicología individual olvidamos que cuando un niño o un adolescente sabe decir «no» comienza a existir separado de los adultos. Y cuando los adultos o la sociedad saben decir «no» a un niño o a un adolescente, le permiten diferenciarse y saber lo que institucionalmente favorece la vida.

• Asumir su función educativa

El adolescente tiene necesidad de saber que los padres y los adultos están presentes aunque parezca que él no manifiesta interés o apego por ellos, o se niega a saber lo que piensan. Podrá chocar con ellos y contestarles precisamente en la medida en que son significativos y representan una realidad. En la mentalidad individualista actual, los adultos tienen a veces dificultades para representar su papel y para actuar en una función parental y educativa. Quieren aparecer como individuos iguales a los adolescentes. Este fenómeno de desocialización y de desimbolización se manifestó hace algunos años cuando se lanzó la moda de hacerse llamar por el nombre, como ya he evocado en el capítulo precedente, en lugar de por el título parental. Esta actitud de falta de reconocimiento de lo parental, que al mismo tiempo devalúa la relación educativa, no permite funcionar a su simbología singular de transmisión y de sucesión de generaciones. El adulto, debido a su estatuto, entra en una función educativa que puede angustiarlo porque va a tener que jugar el mismo papel que sus propios padres. Algunos pueden negarse a ello.

• Aceptar al adolescente por sí mismo

El adolescente tiene necesidad de ser aceptado y reconocido por sí mismo. A los adultos les chocan a veces los comportamientos de los adolescentes que quieren ser originales, por su actitud excéntrica (corte de pelo, vestimenta, lenguaje, música, baratijas, etc.), por sus pensamientos apasionados y su entusiasmo por novedades que serían superiores a todo lo que se ha vivido y reconocido a lo largo del tiempo. La mayor parte de estas manifestaciones no son inéditas, aunque alcancen una tonalidad diferente en cada generación. Corresponden a la necesidad de afirmar, más o menos

correctamente, una autonomía. Los adolescentes creen hacerlo, a veces, tomando opciones opuestas a las de los padres, o transgrediendo los ideales trasmitidos durante su infancia. Esta actitud sólo es inquietante si se prolonga en la vida adulta. Los jóvenes pueden hacer intentos, que se revelarán a veces como errores, ser demasiado sumisos a la influencia de las modas o de los compañeros. Es preciso que queden persuadidos de que no pierden por ello la estima, el interés y el amor de sus padres. Pueden ser aceptados por sí mismos sin ser desvalorizados o necesariamente penalizados (salvo en caso de delitos) a causa de sus errores o de sus ingratitudes. Esta confianza indefectible les ayudará a desarrollarse.

* * *

El niño de comienzos del siglo XX debe contar sobre todo consigo mismo para desarrollarse, más que con los adultos de su entorno, con la sociedad o con una institución. Dejado cada vez más a sí mismo, está un poco desolidarizado del mundo de los adultos. Pero los adultos no tienen que dejar de existir por sí mismos ni abdicar de sus responsabilidades. Se pretende que a partir de los quince años el adolescente pueda desenvolverse por sí mismo, pero hay que recordar que un adolescente está lejos de estar realizado y tiene todavía necesidad de ser guiado. Los adultos deben ser capaces de decir: «No es propio de tu edad». Además, los adolescentes de hoy, al contrario que los de los años sesenta, lejos de rechazar a los adultos, los buscan de muchas maneras, aunque la característica constante de la adolescencia sea distanciarse del adulto: este distanciamiento indispensable supone naturalmente, por lo demás, que el adulto esté presente.

Sin embargo, la personalidad no puede depender únicamente de la relación educativa, por muy importante que sea para la formación del yo. El psicoanálisis ha mostrado con claridad que la vida y las tareas psíquicas son relativamente autónomas en relación con las realidades externas. Existe una realidad intrapsíquica, dotada de una cierta permanencia, contra la que puede venir a «chocar» la relación educativa, que, en realidad, no hace todo. El sujeto es también el resultado de la forma en que actúa combinando las necesidades externas y las influencias que recibe con sus necesidades internas. Por esto, a pesar del entorno, cada individuo tiene capacidades de reordenación y posibilidades de adaptación que hacen fracasar la mayor parte de las evaluaciones y pretensiones. Un individuo no es únicamente el fruto de una educación, y sus padres no son sistemáticamente la causa de sus problemas. Una de las tareas principales de la educación es permitir a los niños ocupar su espacio interior y llegar a ser, de hecho, autónomos. ¿Pero, precisamente, qué ocurre hoy con esta interioridad que es uno de los aspectos esenciales de la personalidad?

Capítulo 3
LA CRISIS DE LA INTERIORIDAD

Uno de los problemas que nos parece más importante en nuestra época, puesto que muchos otros se derivan de él, es el de la crisis de la interioridad: vacío psicológico, incapacidad para instalarse en una continuidad, descomposición de la personalidad... pueden tener consecuencias trágicas, como la toxicomanía e incluso el suicidio. El arte contemporáneo, al marcar bien esta impulsividad inmediata del gesto que no construye nada y permanece en el estado bruto, pegado a la inmediatez del objeto, es un signo muy evocador del estado de nuestras psicologías: piénsese en la pintura, con sus colores abigarrados, sus gestos «espontáneos» considerados significativos, que no son más que un simple reflejo del vacío... La escultura, reducida al amontonamiento de objetos usuales, a construcciones formales y repetitivas, a ensamblajes primitivos, no tiene nada original. ¡Estas dos formas de arte sólo pueden hacer pensar en «obras» de niños de escuela infantil a los que se enseña a jugar con las formas y los colores!

¿Qué pasa? Lo que vamos a intentar probar es que la crisis de la interioridad es ante todo una crisis de recursos. Sabemos cuánto dependen los recursos interiores de la calidad de las identificaciones y por tanto, más ampliamente, de la relación educativa; ahora bien, como ya hemos subrayado, ésta padece graves carencias que no permiten al niño constituirse ni mantenerse. El vacío dejado abierto en el imaginario del niño por la ausencia parental está invadido por representaciones que provienen de los medios de comunicación que, volveremos sobre ello, no hacen más que empobrecer la vida psíquica del individuo. La crisis de la interioridad es pues una nueva manifestación del disfuncionamiento social que sitúa cada vez más a los individuos en la confusión. Pero antes de enumerar todos los problemas creados por la pobreza de la interioridad contemporánea, vamos a intentar comprender cómo se construye la personalidad de un individuo. Los fallos de nuestra sociedad aparecerán más patentes.

La construcción de la interioridad

La interioridad se desarrolla cuando el niño es capaz de iniciar un diálogo consigo mismo. Pero antes, debe despertarse, revelarse a sí mismo, entre padre y madre, y

alimentarse psicológicamente utilizando el proceso inconsciente de la identificación en contacto con ellos. De esta primera relación con el mundo exterior, a través de los padres y de las imágenes parentales que él construye, va a depender, por una parte, su destino psíquico. Por esto nos es preciso observar un poco más de cerca las diferentes etapas de lo que se podría llamar la «puesta en marcha» de la interioridad.

Relación fusional y diferenciación

El niño mantiene al principio con las personas y los objetos una relación fusional, vivida como una simple extensión de la relación materna. No se distingue ni de las personas ni de los «materiales» que utiliza para activar su vida psíquica, es el uno y el otro, el uno como el otro, el uno en el otro. Se confunde en la semejanza. Tiene necesidad de asimilar los objetos para constituirse, y su sexualidad está dirigida ante todo hacia la incorporación. Amar, es devorar, y, en la primera infancia, el objeto del amor es canibalizado. En efecto, ¿cómo vivir la diferencia, teniendo en cuenta que el espacio interior no se distingue todavía del mundo exterior (el no-yo), que el propio yo (instancia de unión entre las pulsiones, y entre el inconsciente y el mundo exterior) está insuficientemente formado y que la vida pulsional es vivida sin ninguna coordinación interna? Está claro que un día habrá que diferenciarse del otro, para conseguir la propia autonomía psíquica; pero cada uno conserva siempre la nostalgia de ese estado de fusión, de confusión primordial, cuya muerte es sin embargo indispensable. En el momento del despertar y del reajuste de la libido en la época de la pubertad, algunos adolescentes manifiestan el deseo inconsciente de retorno nostálgico al objeto perdido, y esto se experimenta en su vida sentimental; muchos adultos hacen la misma experiencia. El individuo espera entonces sobre todo de su compañero que le permita reactualizar este sentimiento de apropiación del primer objeto, a menos que busque la propia imagen a través de la mirada de la madre o del padre (lo que predispone a la homosexualidad), o simplemente que prolongue la relación edípica (lo que hace las relaciones de pareja imposibles de vivir).

Hay que señalar igualmente que muchas frustraciones vienen de este período oral, período en el que el sujeto no soporta la carencia y no acepta tener que diferir la realización de sus deseos. Es sin duda lo que explica, más tarde, las conductas sexuales impulsivas, la búsqueda alocada de partenaires, o, a veces, el recurso a la prostitución. No se trata tanto de un problema sexual cuanto de una necesidad fusional irresistible. Podemos pensar también en las grandes concentraciones musicales, en las que el ambiente es fuertemente «fusional».

Por la mediación de los objetos (es decir, de los demás y de las realidades de la

vida) el niño comienza a establecer un vínculo consigo mismo. En efecto, no hay relación directa consigo mismo, ni con otro tampoco, sin la intervención de un objeto mediador — a no ser que se encuentre en el aislamiento del psicótico que no sabe recurrir a un tercero—. Pero, antes de que se forme el yo, sólo existe una vida sensorial y emocional que se articula en un pensamiento animista y mágico. Por esto Freud escribe: «Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya[1]». El niño, al tomarse como objeto de deseo y de interés en el narcisismo, va a tener que afirmar y diferenciar su propio yo al mismo tiempo. Esta «nueva acción psíquica» que va a presidir el desarrollo de la subjetividad, es la formación del ideal: «Se añade al autoerotismo y da forma al narcisismo»[2]. Esta instancia del yo se refuerza en lo esencial en el período edípico, cuando el niño interioriza la prohibición del incesto y la prohibición de la trasgresión de las generaciones, su género sexuado y su lugar en la filiación y en la sociedad.

• El ideal

El ideal tiene una doble función. Por una parte, es el ideal del yo, permanente referencia inconsciente, formada por aspiraciones narcisistas perdidas de la infancia así como por la idealización de las figuras parentales —o de sus prolongaciones sociales—. Al comienzo el niño era su propio ideal, pero la renuncia a la omnipotencia infantil y a su delirio de grandeza, de megalomanía, produce el narcisismo infantil, hace posible la aparición de otro ideal. Aparece a medida que el niño se somete a las prohibiciones expresadas por las figuras parentales, entronizadas en posición de modelos.

Por otra parte, el ideal del yo es una función de auto-observación del yo, que permite evaluar sus relaciones con este ideal. El sujeto va a instalar en este lugar el objeto amoroso, el jefe colectivo, el líder a quien entrega su confianza y toda clase de divinidades (políticas, artísticas, culturales y religiosas) que toman el relevo de sus ideas de grandeza. Mediante esta instancia la dimensión social entra en la vida psíquica. Si el ideal del yo no se desarrolla, el vínculo social se hace difícil, precario; los problemas de sociedad no sirven entonces más que de elementos desencadenantes y amplificadores de la fragilidad estructural de las personalidades.

La formación del ideal del yo lleva consigo un desplazamiento. El narcisismo es desplazado del yo real del niño, que era amado y sobreestimado, en la dirección del ideal a partir del cual va a regularse y liberarse de su suficiencia anárquica. El sujeto

renuncia así a una parte de su narcisismo, y a una parte de su sentimiento de omnipotencia. Acepta la distancia entre lo que es y lo que no es, sin echar de menos el estado primitivo en el que se consideraba el ideal; en esta distancia, el debate interno se hace posible. Pero si no da este paso, querrá conservar su narcisismo infantil cuyas huellas reencontrará cuando llegue a adulto, a través de la depresión, señal de un luto imposible, de la homosexualidad, o de todas las conductas sadomasoquistas de moda actualmente.

• Las identificaciones necesarias

Hemos visto que el niño constituye y mantiene su interioridad a partir de sus identificaciones. Para desarrollar su propia vida psíquica, tiene necesidad de apoyarse en la de sus padres y apropiarse inconscientemente de un aspecto, de un atributo del otro. Se asiste por otra parte en el proceso, «que es conocido en psicoanálisis como la manifestación más precoz de una adhesión afectiva a otra persona[3]», no sólo a una apropiación de ciertos aspectos de la vida psíquica del otro, sino también a su restitución en un mismo movimiento. En esta dialéctica, el niño adquiere progresivamente su autonomía; si no la consigue o se le impide, no puede pertenecerse y se instala en una confusión relativa entre el yo y el no-yo.

La primera identificación (identificación primaria) señalada por Freud es la del niño que muestra un interés muy particular por su padre. Freud nos indica, en su estudio sobre la identificación, que el niño desarrolla con su madre una relación de objeto de tipo anaclítico (por apoyo) y con su padre una relación de identificación. Estos dos vínculos, los dos esenciales para el niño, coexisten juntos «sin influencia ni perturbación recíproca». Pero, a medida que progresa la unificación de la vida psíquica, «acaban por encontrarse y de esta concurrencia nace el complejo de Edipo». Esta relación de ser al padre, tanto en la chica como en el chico, está también atravesada por una relación de tener y se articula en torno a un doble deseo que expresa la economía pulsional del niño: el padre es lo que se quiere ser (el deseo de llegar a serlo, de serlo) y, como consecuencia de una inversión, el padre es lo que se quiere tener (la carga del padre como objeto de la ambivalencia pulsional oral: devorarlo con los ojos, beber sus palabras). En un Edipo invertido, de forma inconsciente, el padre es considerado como el que espera una satisfacción del niño. Este querrá servir de objeto al coito del padre. Freud enlaza esta actitud sexual en dirección al padre con la intensidad de las pulsiones anales que se encuentran en la homosexualidad).

El trabajo de identificación es una operación esencialmente narcisista puesto que sirve a los intereses del yo. El yo es entendido, aquí, como la figura originaria del

objeto, el prototipo de su relación con el objeto. Dicho de otra manera, cada uno está en relación con el mundo exterior según el modelo de inversión de su propio yo, puesto que este último es el objeto primero del conjunto de pulsiones. El desarrollo será dinamizado bajo la influencia del narcisismo primario en que el niño es objeto de su inversión, mientras que será más restringido y detenido en el narcisismo secundario cuando se retira de sus inversiones objetales. En esta retirada, una posición más bien defensiva y protectora, el sujeto acaba encerrado en la «prueba de realidad» y, a falta del «amor del objeto», la unificación del yo se encuentra reducida. El niño lo mismo que el adolescente, al mantenerse en un estado anobjetal, que no le permite interiorizar los objetos del mundo exterior, hace difícil su relación vital con la realidad y con su interioridad, lo que favorece a la adolescencia el recurso a la droga. La droga remplaza todo lo que el adolescente no puede interiorizar de la vida social.

• Vincular y unir contra la confusión

La aspiración principal del yo es la unidad. Al hacer esto, él adopta el mismo objetivo que Eros, reunir, enlazar. El trabajo del yo, el trabajo de unión, de lucha contra la fragmentación y el estancamiento buscados por la pulsión de muerte (Thanatos), se lleva a cabo esencialmente por la sublimación de las pulsiones; la sublimación es pues una de las tareas más vitales y más estructurantes del yo, indispensable para sus relaciones con la realidad exterior. Pero el yo puede actuar también contra el Eros, agredirse con la negación de las pulsiones o con el rechazo de la realidad, de los demás y de la sociedad; el campo está entonces abierto a toda clase de conductas contradictorias e incoherentes. Lo perverso se codea con lo sublime, como en la película *Las Noches salvajes*, de Cyril Collard, en la que la expresión de las pulsiones parciales, a través de la violencia destructora de la analidad, intenta, al final del guión, alcanzar una búsqueda espiritual que evoca el *new age*. Pero esta especie de divino, símbolo de unidad interna, sin Dios y sin palabra, sólo remite a la autocelebración. Indica sin embargo la necesidad de instalarse en una realidad significativa para desarrollar su interioridad y acceder a lo real.

La identificación imposible

Pero si la función parental y los símbolos fundamentales sobre los que se apoya la sociedad no existen, si se ofrece al niño una imagen de la realidad externa que remite al estado primero de las representaciones pulsionales, divididas, fusionales, el trabajo de identificación, iniciado a pesar de todo, se hace mucho más difícil.

Llegados a la adolescencia o a la postadolescencia, algunos se vienen abajo por falta de estructuras internas y se quejan de falta de imágenes-guías en su vida psíquica. Las imágenes parentales son pobres, la vida sexual está a menudo impregnada de representaciones y de expresiones pre-edípicas, el *self* permanece incierto y la personalidad impulsiva.

La sociedad actual, al desestimar la identificación con las figuras parentales y con las diversas funciones simbólicas invita a tomarse a sí mismo como objeto, fin y medida de todo. Esto está en el origen de los estados depresivos y también, por ejemplo, de muchas adhesiones a sectas.

• El narcisismo

Cuando el ideal del yo no se realiza, el individuo se enfrenta a un narcisismo invasor que no permite el desarrollo del espacio interior. Estas personalidades tienen a menudo mucho aplomo e influencia sobre el otro, pero son en realidad manipuladoras y peligrosas porque son incapaces de ponerse en cuestión. Su narcisismo las hace intolerantes para con la vida social, sus leyes, sus valores y las obligaciones inherentes a su existencia. Ellas apelan a la solidaridad, pero no saben unirse a las demás; reprochan todo a la autoridad, pero son muy intransigentes con sus propios hijos; rechazan el funcionamiento jerárquico, pero cuando detentan una parcela de poder, son de una autoridad inflexible. Conminan a las instituciones a cuestionarse, pero son incapaces de interrogarse sobre sí mismas y de recibir la menor crítica; instruyen constantemente el proceso de los demás en la perfecta inconsciencia del sentimiento de culpabilidad que las anima; no pueden impedirse devaluar, criticar, destruir lo que han adorado. De hecho, estas personas son prisioneras de los sentimientos edípicos de odio y de amor, que no han sido nunca modificados. Por diferentes razones, no han sabido introducir la negatividad en su vida psíquica, comenzando por la castración simbólica que coloca al individuo en los límites de su cuerpo sexuado y en los límites de la filiación. Dirigen esta negatividad contra los demás y se apuntan a todas las causas que reúnen a los frustrados de la existencia.

Estas personas están a menudo presentes en los movimientos y en las asociaciones, por deseo de contestar; pero algunas de ellas acaban dejando caer sus defensas psíquicas, y, más tarde, llevan una vida ordenada, descubren la religión, así como el placer de casarse y de ser padres. Muchos líderes asociales se desarrollan a partir de este modelo, fuera de los marcos institucionales.

• La confusión

Si el ambiente actual favorece fuertemente el narcisismo, impide también,

paradójicamente, un verdadero movimiento de individuación incitando a permanecer en la confusión del «Todos juntos». Las imágenes y el discurso que se ofrecen en el campo social participan en esta regresión. Ciertamente, no son, en cuanto tales, la causa de las patologías psíquicas cuyo origen es, la mayoría de las veces, intrapsíquico; pero se presentan como otros tantos disfuncionamientos culturales capaces de desencadenar y de acentuar los problemas. En efecto, el «confusionismo» ambiental no anima a alcanzar las realidades. Más grave es que la confusión puede presentarse bajo la forma de desórdenes de la percepción, de donde surge una desorientación en el tiempo y en el espacio, una imposibilidad de fijar la atención, la reflexión, el juicio, pero también, en casos extremos, alucinaciones polisensoriales (ver el éxito de los fenómenos «más allá de lo real») o de comportamientos delirantes acompañados de agitación ansiosa (señalemos que la música techno alimenta esta forma de delirio). Si el delirio es civilizado, no es por ello menos inquietante. Permite de hecho a personalidades frágiles, hasta con caracteres psicóticos, no venirse abajo completamente. Cuando el entorno no trasmite los materiales necesarios para el trabajo simbólico de la vida psíquica, los individuos se mantienen en la autoconservación y buscan en sus escasos recursos de qué ocuparse interiormente. El rechazo que instituye el yo al expulsar el inconsciente explota más fácilmente en este contexto. Al no haber sido trabajado en la cultura, pasa por la valoración de lo arcaico. Pero la idealización de los estados primeros y la explotación de las pulsiones parciales son una negación de la cultura y de la historia, puesto que a partir de ellos no se crea nada, y su expresión directa sólo puede ser desestructurante. En este modelo roto de tipo esquizoide[4], cada uno confunde sus representaciones y lo que experimenta con lo de los demás y experimenta las mayores dificultades para alcanzar lo real siendo uno mismo.

Una sociedad que se deshace

La crisis de la interioridad continúa pues desde hace ya varios años, como ya he tenido la ocasión de señalar en *La Société dépressive*. Ella perturba la vinculación social, de manera que el individuo, al encontrarse solo, está más predispuesto a conductas de dependencia como la toxicomanía o las perturbaciones de las conductas alimenticias; desemboca también en una mayor inestabilidad en el terreno sentimental y en la necesidad de darse un «cerebro auxiliar», función ejercida por los medios de comunicación social y muy particularmente por la televisión. Porque pensar y trabajar sobre el sentido «pone la cabeza a estallar». ¿Pero qué hacemos cuando sabemos ya interiorizar? Nos exhibimos, desvelamos lo íntimo, y por eso mismo somos incapaces de tomar posesión de nosotros mismos. La sociedad pierde así completamente sus puntos de referencia entre lo social y lo íntimo. ¿En qué se convierte la persona?

¿Cómo puede apoyarse sobre sí misma si falta la sociedad?

El tiempo reducido al instante

En primer lugar, recordemos que el trabajo sobre la interioridad exige tiempo y paciencia. Hacen falta años para que una persona humana pueda disponer del conjunto de sus capacidades y llegue a la madurez, es decir, a la realización de sus funciones de base. El desarrollo psicológico, lo mismo que la formación intelectual, cultural, moral y religiosa, exige tiempo. Lo que se recibe a los doce años será a menudo puesto en práctica mucho más tarde. Por eso es importante enseñar a vivir a los niños desde los primeros años: entre cinco y doce años, por ejemplo, el niño tiene necesidad de oír lo que es la ley (la reclama muy a menudo en sus juegos); descubre que es necesaria para regular las relaciones y los comportamientos, lo que le ayuda progresivamente a dominar sus relaciones con los demás y su acción sobre las cosas. Pero no es necesario en este período querer explicarle el cómo del porqué: no puede entenderlo. Tiene en primer lugar necesidad de vivir y de hacer la experiencia de la ley; lo demás vendrá más tarde. Es por tanto ilusorio creer, como se hace, que desde los primeros años el niño debe comprender la vida, actuar y hacer frente a los envites de la existencia como un adulto. Tiene necesidad de tiempo para constituirse.

¿Tiene el hombre actual la misma conciencia del tiempo que las generaciones precedentes? Parece evidente que no es éste el caso. En primer lugar, los medios de transporte han reducido las distancias geográficas; es agradable poder desplazarse tan rápidamente. Pero cuando las demoras se imponen de nuevo, por ejemplo como consecuencia de intemperies, no se soporta. Sin embargo, un medio técnico, por muy perfeccionado que esté, no dispensa de tener conciencia de lo que son las limitaciones de la realidad. Al mismo tiempo, las técnicas de comunicación nos acercan al saber y a los acontecimientos. ¿Pero tenemos los medios de hacer frente a todas las informaciones dadas por la radio, la televisión y la prensa escrita? Cuando una información sustituye a otra, sin jerarquía, ¿estamos siempre suficientemente formados y experimentados para integrarla y comprenderla? Cuando los telediarios muestran la vida como un espectáculo, con una fuerte carga emocional, el tiempo es reducido de manera obsesiva a lo factual. La sobreinformación del mundo contemporáneo es fuente de ansiedad porque no permite poner en perspectiva lo que cada uno aprende.

La mentalidad del «zapping», que hace pasar de una cosa a otra sin perseverancia y sin entrar en un desarrollo, no favorece la concentración y el proceso de elaboración que exigen habitualmente tiempo y esfuerzo. Esta mentalidad repercute sobre la vida escolar, y algunas pedagogías que valoran el placer instantáneo desembocan de hecho

en un callejón sin salida.

En estas condiciones, es muy difícil pensar en un futuro que se construye en el tiempo. Señalemos también que con el abandono de los rituales que dan ritmo a la vida y los grandes momentos de la existencia, algunos de nosotros pierden el sentido de su pasado y de sus raíces.

Esta dificultad de acceder al sentido del tiempo da a algunos el sentimiento de que la vida humana comienza con ellos. Tienen dificultad para recibir el producto de otras generaciones, para ser el descendiente de una filiación familiar, social, cultural, religiosa y de una tradición, para inscribirse en proyectos, para concebir opciones y un compromiso durable. El tiempo es reducido a uno mismo y, en esta posición narcisista, toda relación institucional se hace penosa o inaceptable. Es lo que pasa por ejemplo con el matrimonio. En efecto, cuando una persona tiene el sentido de la historia, desea situar en el tiempo lo que vive; si no, el amor es reducido a los sentimientos, que son variables y se modifican según las edades de la vida. Muchos no consiguen diferenciar una relación sentimental de una relación amorosa, porque no consiguen acceder a una conciencia histórica.

En torno a nosotros, el sentimiento de que no hay que envejecer es constantemente recordado por los modelos publicitarios juveniles. Tiene consecuencias sobre la forma en que vemos el comienzo y el final de la vida: en este clima, en efecto, el nacimiento del hijo es más la expresión de un deseo destinado a valorarse uno y a confirmarse a través de otro, que un signo de esperanza y futuro. En cuanto a la muerte, no aparece como el final de la vida y la realización de la existencia, sino como un accidente. ¿El éxito de la reencarnación, confundida por otra parte en las mentalidades actuales con la resurrección, no corresponde a la necesidad de darse otra vida cuando no se ha sabido comprometer su existencia en el tiempo? Hoy se planta, se cultiva, se construye para el momento. Se hace además con materiales como el vidrio y el metal, que envejecen mal.

Transmitimos vacío

Si el ideal del yo no funciona y no encuentra identificación para estructurarse, es también y ante todo porque la simbología paterna y la educación en general han perdido toda importancia, lo que nos lleva a los temas de nuestros dos primeros capítulos. Muchos jóvenes adultos vienen a la consulta psicoterapéutica a expresar un sentimiento de desorientación. No saben cómo asirse a la realidad fuera de una codificación conformista, como su actividad profesional, o su vida afectiva o sexual. Algunos temen incluso casarse y ser padres, lo hemos visto ya. Está claro que este

sentimiento de desorientación puede ser trabajado en un marco psicoterapéutico, pero los retos transcienden una simple problemática individual y son el signo de un disfuncionamiento en el interior mismo de la sociedad actual que plantea problemas diferentes a los evocados por Freud en *El malestar en la cultura*. En efecto, la sociedad no está ya en una función de transmisión, y pronto ya no habrá herederos. La sociología, marcada en los años sesenta/setenta por la ideología marxista, procesaba a los «herederos» y a la «reproducción social» con encuestas y estudios. Estudios que se limitaban a observar lo inmediato, sin ninguna perspectiva histórica, han influido en las prácticas y en las decisiones en materia escolar, universitaria, y también educadora en el marco familiar o asociativo. El ejemplo más típico, como hemos dicho precedentemente, es el de la relación educativa que remite al niño a sí mismo. Transmitimos vacío en un ambiente saturado de informaciones. La comunicación y las técnicas de comunicación sustituyen así a las relaciones sociales que funcionan cada vez menos. Ante todo hay que comunicar; ahora bien la comunicación no es la *relación* que implica un estatuto, un papel, una función, una jerarquía fundada en símbolos.

La sociedad se niega a traducir en términos de cultura la ley edípica. No hay pues que extrañarse de ver instalarse los síntomas de una sociedad incestuosa: tomemos el ejemplo de esa mujer joven, muy a la vista en la sociedad, que vive en concubinato, que, después de haber concebido un hijo con su concubino, no quiere que éste dé su apellido al niño. Ella prefiere que lleve el apellido de su propio padre, y por tanto su apellido de soltera, visto su prestigio, su notoriedad y la admiración que ella le tiene. Desea que este hijo se identifique con su abuelo y esté orgulloso de él. El verdadero padre, presentado así al hijo, es el abuelo: nos encontramos aquí con la realización del fantasma primitivo de la niña, que desea un hijo de su propio padre, lo que lleva a su culmen la confusión en el orden de la filiación. ¿Qué pasa con el hijo real en esta manipulación? ¿Qué pasa con la prohibición del incesto que permite liberar su sexualidad del padre incestuoso para expresarla con un extraño? Este niño no viene de su abuelo, sino del hombre que ha aceptado dar y asociar sus gametos con los de su concubina. ¿Hay que recordar esta definición de gameto: «Célula reproductora sexuada que posee la mitad de los cromosomas de otras células del organismo, y que, al unirse a otra célula reproductora del sexo opuesto, forma el huevo del que saldrá un nuevo ser vivo»? Hemos dicho que a fuerza de querer valorar la función simbólica del padre, que no depende únicamente del progenitor, se devalúa a este último y se le priva del recurso de la función paterna, por tanto del símbolo mismo. Es paradójico que, en las representaciones sociales, el cuerpo sea sobrevalorado (lo que oculta un cierto desprecio del cuerpo), mientras que el cuerpo físico del padre y su presencia en el proceso de procreación se han hecho ausentes. El niño viene únicamente por el consentimiento de la madre. ¿Caminamos hacia una mentalidad desencarnada que

establecerá la filiación en función de las fantasías individuales? Comenzamos a orientarnos en esta locura. Disponemos de medios técnicos inéditos para controlar la procreación. Pero son vividos muy a menudo a través de representaciones de la sexualidad infantil más bien que a través de una psicología adulta y de una ética capaz de fundar la filiación. En nombre de los buenos sentimientos, «manipulamos» la procreación y la filiación preocupándonos únicamente de la prestación técnica. Se quiere ver en estos descubrimientos un signo de «modernidad», de promoción femenina y una perspectiva de futuro, cuando no sirven más que para reactivar el «complejo de Diana», tan presente en las reivindicaciones feministas.

Estos gestos son los de una sociedad que se hace incestuosa, como los que nos encaminan hacia una sociedad polígama, a través de los divorcios, la multiplicación de las relaciones de concubinato o de las relaciones extraconyugales hasta el punto de que, en ciertas familias, las mujeres de primero y segundo rango cohabitan, o comparten los niños. Todo esto evidentemente se hace en nombre del amor, de la generosidad y de la tolerancia. ¿Pero al precio de qué sufrimiento afectivo para el partenaire abandonado? ¿Y de qué amor se trata?

La sociedad no sabe ya hacer funcionar la simbología del padre, de la familia y de la educación. La transmisión de los valores y el funcionamiento simbólico son reducidos a la esfera de lo privado. La sociedad priva pues a los individuos de los medios de vida, de construir y de durar juntos, y al mismo tiempo no deja de lamentarse de la «pérdida de puntos de referencia». Los puntos de referencia no se pierden de la misma manera que se pierde un objeto. Son nuestras ideas y nuestros comportamientos los que, en el espacio de cuarenta años, han contribuido a hacerlos olvidar. Lo esencial se ha alcanzado realmente: la relación hombre/mujer pierde su sentido, las simbologías paterna y materna se confunden, la procreación y el niño son instrumentalizados y la relación educativa ya no se considera necesaria. Pero lo más grave, es que las decisiones se toman sin que se busque coherencia alguna con los fundamentos antropológicos del sentido del hombre que se ha construido a lo largo de los siglos.

El sujeto-rey

Las mentalidades contemporáneas, preocupadas por su individualidad, viven con un sentimiento de pertenencia social más débil que las generaciones precedentes: actualmente, el vínculo institucional es abandonado en beneficio del sujeto-rey, que tiene miedo de ser desposeído y limitado si acepta la necesaria castración simbólica. Este fenómeno no es nuevo: desde hace dos siglos el privilegiado ha sido el

individualismo igualitario, al no ser el objetivo el bien común sino los intereses del individuo. Esta valoración de la persona no es negativa, constituye incluso uno de los fundamentos de la libertad, de la autonomía y de la responsabilidad de cada uno, a condición de ser vivida como un factor de refuerzo del vínculo social. Pero la reducción de los fundamentos de la sociedad y del bien común a las solas necesidades individuales, sin ninguna evaluación, pone la estructura social en manos del individuo y desemboca en la división de la sociedad en tribus y en el aislamiento de unos y otros. Cada uno se toma por modelo de identificación y por referencia moral.

El filósofo que «navega» sobre las mentalidades actuales da un paso más al pasar del concepto de sujeto-rey al de «hombre-Dios»: discurso de circunstancia intelectualmente seductor, pero de un narcisismo omnipotente, y simbólicamente mortífero. En efecto, el hombre se atribuye simplemente todo lo que está reservado a Dios, convirtiéndose así en la Referencia; ocupa el lugar del tercero. Señalemos en primer lugar que esta pseudo-moral no se constituye más que a partir de la herencia dejada por el cara a cara con el tercero; pero lo que hay que recordar ante todo, es que la ley civil no tiene la misma función que las leyes simbólicas y la ley moral, y que tiene también una extensión más restringida. No puede sustituir a la ley moral, en cuyo caso se entra en el «orden moral» típico de los países totalitarios y de las teocracias. Lo legal no es en sí moral: así nosotros podemos estar en presencia de leyes inicuas o inmorales. Lo legal se esfuerza simplemente en decir lo que es justo al organizar el orden público. ¿Pero en función de qué sentido del hombre y de qué ética social? Por el momento, es el liberalismo económico el que ocupa el lugar del tercero, desembocando en el liberalismo de las ideas y de las costumbres, que parece imponer sus concepciones, antes que el sentido de la persona humana que ha dado su estructura a nuestra civilización.

Por otra parte, este concepto del «hombre-Dios» no es en realidad más que una reactualización de la vieja idea de una religión civil que sería utilizada por la sociedad con fines exclusivamente morales y políticos. Estamos siempre en el círculo de Voltaire y Rousseau que, siendo creyentes a su manera, han reducido la religión a la moral, lo que no es, queriendo trasformar a los sacerdotes en «oficiales de la moral». Toda religión tiene consecuencias morales, pero es ante todo una relación mística con un Otro. Hoy todavía, las mentalidades condicionadas por esta representación tienen dificultad para reconocer la dimensión religiosa por sí misma e interpretan la religión como un discurso moral. La fuente de numerosos malentendidos reside en esta reducción.

Cada individuo estaría pues en condiciones de elaborar, sobre la base de sus experiencias, su identidad y sus valores, sin ningún apoyo. El sujeto, sin tener en

cuenta las normas de la sociedad, tendría las suyas propias, y las impondría incluso a las instituciones encargadas habitualmente de trasmitirlas y regularlas. La cuestión es saber si, a partir de esta constatación, se puede concluir que los individuos han llegado a ser verdaderamente autónomos. Ahora bien, esta visión optimista parece un poco abandonada: en efecto, se llena uno de palabras al afirmar que los individuos crean sus normas cuando aparecen justamente sin códigos y sin puntos de referencia. No inventan nada que no exista ya en el patrimonio espiritual y moral de la civilización; lo encuentran. Lo que llaman «valores», son a menudo elementos de imitación con los que intentan conformarse con un personaje o una idea mediática. Estas «normas» no son más que experiencias subjetivas, sentimientos pasajeros, incluso tendencias psíquicas erigidas en principio, sin ninguna dimensión universal. Pero también la dimensión universal es justamente lo que califica un principio de vida, un precepto moral. En efecto, lo que a menudo se afirma como principio «moral» a los veinte o a los veinticinco años no lo es algunos años después. Las normas no dependen de las construcciones de la subjetividad, sino de otra dimensión, objetiva, que transciende la singularidad del sujeto y de sus experiencias.

El individuo no fabrica pues normas, y ése es su drama. De ahí la necesidad que tienen a veces los jóvenes, que son los hijos de la generación precedente, anti-institucional y que ha roto el hilo de la trasmisión, de ponerse en manos de gurús. En la sociedad actual, cada uno es remitido a sí mismo en un recorrido solitario y sin el apoyo de la sociedad. Las generaciones jóvenes buscan unirse social, política, cultural e incluso religiosamente, bajo la mirada de los adultos perdidos ante estas actitudes. El discurso social es anti-institucional. Se dirige al individuo que devalúa la relación institucional, es decir, lo que une socialmente y a la historia. Los medios de comunicación amplifican este fenómeno haciendo constantemente, con razón o sin ella, el proceso de la institución: esta actitud favorece la ruptura y la violencia. Al no transmitir nada, los adultos pensaban hacer personas libres, y ha sido un fracaso. Los sucesos que se multiplican no cesan de mostrar la ausencia de sentido cívico y moral. La enseñanza del uno y del otro ha sido suprimida en 1969, porque se creía que el hombre civilizado estaba realizado. Cuarenta años después, el resultado no necesita comentarios. La civilización no acaba nunca y, sin normas ni referencias sociales, culturales, morales y religiosas, el individuo reencuentra reflejos primarios. Los jóvenes han sido así desarraigados. Cuando la interioridad es pobre, deja lugar a la impulsividad y permite a las primeras representaciones expresarse en la transparencia, puesto que nada permite estructurar el interior. Una prueba de ello es la importancia considerable que se da hoy al cuerpo, erigido en el primer principio identitario del individuo. Cuando no se sabe qué decir, se exhibe el cuerpo y, en ciertos casos, se traviste o se desnuda. Desvelar tan rápidamente la desnudez es más el signo de una incapacidad de ser uno mismo que la manifestación de una nueva

libertad. Es una forma de conjurar la angustia del vacío y de la incertidumbre interior.

Fragmentación de la sociedad

La «deriva democrática» salida de esta apología del sujeto-rey, que deja oír que todo se discute y está a libre disposición del individuo, llega a hacer creer que el orden jurídico de una sociedad consiste simplemente en registrar lo que quiere una mayoría o lo que se ha convertido en un hábito. El hombre no se define a partir de la política, de la economía, de su etnia, de su psicología, de su biología, de sus genes, de sus humores o de sus tendencias, etc. Todos estos puntos de vista particulares no dan cuenta de su globalidad. Ahora bien, si el hombre no se asienta sobre verdades objetivas que le conceden su dignidad, todas las manipulaciones son posibles sin que tenga uno que preocuparse por significación alguna. ¿Las estructuras de la vida estarían a libre disposición de cada uno? El nazismo y el comunismo han ensayado este juego: ¡conocemos el precio! Acabamos de pagarlo hace poco. Peor, sin darnos cuenta, hemos asimilado incluso principios contra los que nuestros mayores se han batido. ¿Porque no es la selección de los seres la que se reactualiza en un eugenismo rampante? ¿No se encuentra el concepto de una «raza» pura y sin defecto, confirmado por las manipulaciones biogenéticas? Igualmente, al parecer la vida inútil y sin valor, la idea de eutanasia (igual que la de purificación étnica) se impone insensiblemente. Si no tenemos una verdad sobre el hombre, sólo tenemos que dejar hacer. Por el contrario, si somos capaces de sacar de los recursos de una civilización que ha sabido, no sin esfuerzo, elaborar un sentido para la persona humana, reconocida como tal desde su concepción hasta el final de su existencia, entonces es posible reflexionar, decidir y actuar en función de una norma objetiva.

Por el contrario, sin norma objetiva para reflexionar sobre el sentido de la persona humana, nos encaminamos hacia una fragmentación tribal de interés que va en contra del mantenimiento de una sociedad fundada sobre el bien común. En este caso, el Estado no es ya el garante de leyes y valores que se apoyan sobre fundamentos antropológicos sino simplemente el gestor de reivindicaciones y de tendencias dispersas expresadas por individuos o grupos de presión. El Estado pierde así su credibilidad cuando se pone al servicio de estas «tribus» que reclaman ventajas particulares que no tienen nada que ver con el bien común de la sociedad. El ejemplo más típico es el de las asociaciones homosexuales que quieren obtener la misma legitimidad para una relación entre personas del mismo sexo que para una pareja hombre/mujer. ¿Cómo no se ve que hay una diferencia de naturaleza que hace imposible esta igualdad? De la misma manera, lo parental no dependerá de las múltiples maneras de formar «pareja» propias de una época particular, como

aconsejan sociólogos que toman el presente y lo inmediato como referencia. Con esta mentalidad, ¿por qué no suprimir el divorcio culpable en beneficio de un divorcio querido por una sola de las partes, favorecer un contrato de unión o un pacto entre personas del mismo sexo, liberalizar la eutanasia, las drogas llamadas blandas, conceder legalmente derechos paternales al compañero del concubino y reconocerle legalmente responsabilidades paternas? ¡Según un informe remitido en 1997 al ministro de Asuntos Sociales[5], el «padre impuesto» podría, por ejemplo, firmar el carnet escolar del niño mientras que sería necesaria la firma del «padre progenitor» en caso de intervención quirúrgica! Corremos el peligro de encaminarnos hacia un padre «a la carta», un «papá-puzzle», signo de una paternidad fragmentada. Sin embargo, en nombre de un discurso dominante entre algunos sociólogos, habría que encontrar nuevos modos de pensamiento, fuera de lo conocido, evidente y habitual para favorecer la emergencia de una nueva sociabilidad fundada sobre el tribalismo. Señalemos que este discurso no es inédito: cada vez que síntomas y fenómenos de la realidad escapan a la comprensión, la *intelligentsia* apela, de manera seductora, a la invención de nuevos modos de pensamiento —sin poder, por otra parte, definirlos—. ¿Es una confesión de impotencia, o la manía del «Está bien porque es nuevo»?

Esta fragmentación de una sociedad sin punto de referencia se traduce, muy visiblemente, en una fragmentación de las culturas. La noción de «cultura» recibe hoy acepciones muy variadas. Yo entiendo por mi parte por «cultura» lo que permanece a través de la historia y lo que constituye un pueblo: su lengua, la matriz y los valores que han presidido su origen, sus ritos sociales, los símbolos de parentesco y de filiación que ha adoptado, y su espiritualidad, elementos todos que unifican una sociedad y le dan una dimensión trascendente, es decir, que atraviesa la historia y supera al individuo. Son el fruto de una lenta elaboración y constituyen el patrimonio que hace solidarias a las generaciones entre ellas, sintiéndose las nuevas deudoras de las que les han precedido por haberles trasmitido esta herencia. Una cultura se recibe pues, enriquecida por la experiencia de cada generación, sobrevive a cada individuo, a no ser que el grupo organice progresivamente su decadencia o su suicidio colectivo. En una sociedad, la cultura es única, aunque esté compuesta de tradiciones variadas y singulares según las regiones del país. Pero en la fragmentación social actual, se produce un deslizamiento del lenguaje al calificar cualquier práctica de «cultura». Así se hablará de «cultura juvenil», de «cultura del motorista», de «cultura del toxicómano», «cultura de empresa», de «cultura musical», etc., cuando habría que hablar de hábitos, de tendencias, de modas, de estilos o de comportamientos. Esta ampulosidad del lenguaje manifiesta la parcelación de las mentalidades y de una sociedad que no tiene centro común capaz de reunir a todos sus miembros. La efervescencia mediática se suma a esta confusión, encerrando a la sociedad en lo que ella cree que son sus problemas. Los medios de comunicación y en particular la

televisión no tienen los instrumentos para intentar comprender lo que pasa realmente detrás de los acontecimientos, a pesar de su pretensión de ser el espejo de la sociedad: este pretendido «espejo» no hace más que reconstruir las apariencias. El lenguaje periodístico, al desear ser comprendido por el mayor número, está repleto de términos reductores, en detrimento de la veracidad y de la calidad de los discursos. Existe también la triste experiencia de los *micros-trottoirs*[*], que creen completar la información a partir de una multiplicación de sentimientos subjetivos. Hay por fin las emisiones tipo *talk show*, construidas sobre el modelo de asambleas generales de los institutos de los años setenta. El público —jóvenes esencialmente— sirve de referencia, los debates no llevan a nada; a veces, incluso, están trucados y toman aires de tribunal popular en que alguien (en general, una autoridad en su materia) se hace destrozar por algún insolente ignorante... En este ágora no se descubre nada, no se dice nada, porque se puede decir todo y cualquier cosa. La relación con los medios de comunicación escritos es diferente, ya que implican una distancia —lo que no les impide forzosamente mantener los conformismos a la moda—. La lectura de varios periódicos y semanarios permite, a veces, matizar la manera en que está relatado un acontecimiento. Pero sin esta distancia, el consumidor de medios de comunicación se deja fascinar por la imagen, que lo posee y lo inmoviliza.

La transparencia

El trabajo de la interioridad se ha hecho también difícil por esta nueva obligación de «transparencia», que confunde las esferas del interior y del exterior, de lo privado y lo público, de lo íntimo y de lo social, participando en la confusión general en la que nos movemos. Personas que no se conocen tendrán tendencia, bajo la presión ambiental, a despreciar todas las convenciones que caracterizan los diferentes tipos de relación. La relación profesional no es la relación de camaradería, lo mismo que la relación amistosa no es la relación amorosa. Se sueña con la proximidad allí donde se tiene la ilusión de la simplicidad y de la gratificación afectiva, mientras que la relación no es posible más que en la separación, en la distancia y en la inscripción de una simbología. La noción de transparencia está pues abusivamente valorada. Piénsese simplemente en la arquitectura hialina, que deja ver al quitar paredes, como es el caso de las oficinas actuales. ¿Pero por qué recurrir a este concepto mejor que a otros, como la información, o el saber? Informar, enseñar tienen como objetivo hacer públicos los datos que conciernen a la vida social y asegurar el respeto del derecho. Implican un trabajo de inteligencia, una preocupación metodológica y una exigencia moral. Ahora, examinamos más de cerca el concepto de transparencia. No tiene la misma precisión y no implica límites. Es un concepto impreciso que deja pasar todo y no retiene nada. Pretende hacer visible lo que es invisible —ahora bien, el

descubrimiento es una posesión si no está regulado por otra cosa distinta que el deseo individual—. Posee en sí mismo una connotación perversa e incita a la trasgresión de papeles y funciones, de espacios y lenguajes. ¿Puede confundirse la transparencia con la verdad? Aunque la verdad se deja acercar, se revela, se deduce y se verifica a veces, no se posee: está del lado del ser y no del tener. La noción de transparencia deja entender que se podría tener acceso a toda la verdad de una cosa sin alterarla. ¿Se puede pasar a través de los seres y de las cosas como si fuesen límpidos y la prolongación de uno mismo?

Las relaciones personales

Pongamos como ejemplo las relaciones sociales. Se quiere que las relaciones sean sinceras: se puede decir todo y se puede oír todo. Cada uno debería ser un libro abierto y se confunde lo público con lo íntimo al aplicar los códigos de la vida íntima a la vida social. Personas que no se conocen tienen tendencia, bajo la presión ambiental, a abolir rápidamente las diferencias entre ellos. En este mundo, las personas son preferentemente nombradas por su nombre, se tutean, se saludan besándose. Bajo el efecto, entre otros, del modelo mediático y de una cierta infantilización de la vida afectiva, se quiere que todas las relaciones sean cercanas. Así, cuando los padres reciben a los amigos de sus hijos que no conocen, ¿qué hacen estos hijos o estos adolescentes para saludarlos? Los besan. ¿Cómo pueden comprender que las relaciones no tienen siempre el mismo sentido?

Sin embargo, se ha dicho, la verdadera relación sólo es posible en la distancia. Si los gestos de la vida íntima son aplicados a la vida social, ¿qué gestos quedarán para expresar y ritualizar la vida amistosa, familiar y amorosa? La relación amorosa debe tener en cuenta estas mediaciones necesarias con el fin de que los partenaires puedan todavía, al cabo de varios años de vida común, abordar conjuntamente cuestiones esenciales. La proximidad afectiva en la que se encuentran puede en efecto inhibirlos e impedirles expresarse, imaginando cada uno que el otro va a adivinar, comprender, sin que haya necesidad de hablar. Esta es la paradoja actual del individuo: él quisiera hacer aparecer todo y, al mismo tiempo, sigue siendo incapaz de vivir las relaciones en su variedad y en sus diferencias de naturaleza.

Al mismo tiempo que se suprimen las barreras entre los individuos, se insinúa la costumbre de desvelar todo, en nombre de la eterna transparencia. En la esfera de la intimidad, la psicología de cada individuo está atravesada por imágenes, representaciones y fantasmas que no es útil contar a otros. El fantasma, que es un argumento inconsciente, al subtender pensamientos y acciones, no tiene vocación de

realizarse; no es por tanto útil contar los propios fantasmas, aunque sean directamente accesibles mediante la razón —pero precisemos inmediatamente que en el marco psicoterapéutico es saludable trabajarlos—. Además, es esencial que un niño descubra que él tampoco tiene que contar todo a sus padres. Durante la infancia y la adolescencia, el individuo, al tomar más posesión de sí mismo, se hace púdico y marca su espacio físico y psíquico al mismo tiempo que su personalidad aprende a mantenerse en sus límites. Aprende también a conjugar su existencia con las tres esferas que componen el espacio mental: la pública, la privada y la íntima. En el interior de cada una de ellas, es indispensable una parte de secreto, porque éste permite al individuo poseerse y distinguir entre lo que viene de él y lo que viene de los demás.

Sin embargo hay que evitar una confusión: todo lo que no se puede decir no tiene que ver con el secreto. Es particularmente verdadero para el espacio íntimo dominado por la sexualidad. Los descubrimientos ligados al deseo y al placer no pueden ser trasmitidos por el lenguaje. El individuo trabaja y asume este tipo de interioridad sin tener que expresarlo en cuanto tal, porque no es de ninguna utilidad para actuar en la realidad. Es incluso una molestia para actuar. No se dice a los demás lo que le pasa a uno. Es indispensable, para hacerlo, disfrutar de un espacio simbólico y de un tipo de lenguaje: el del médico, el del psicoterapeuta, el del abogado o el del sacerdote, etc. La voluntad de exponer lo íntimo responde a una actitud perversa que intenta tomar posesión del otro o manipularlo explotando algunas de sus pulsiones parciales como el voyeurismo o el exhibicionismo. Aquel al que casi se le podría llamar el «perverso-activo», en los casos más graves, intenta, bajo capa de verdad, de sinceridad y de relación, desvelar, mostrar y exhibir lo más íntimo de lo íntimo de manera impúdica para arrastrar al otro a su universo narcisista, dominado por la relación especular con la madre. El «perverso-pasivo» desea ver en el otro lo que no quiere identificar en él.

En este ambiente, sucede a veces que personas, nuevamente comprometidas en un trabajo psicoterapéutico, se creen obligadas a establecer con su cónyuge o los miembros de su familia, incluso sus amigos, la misma relación que con el psicoterapeuta. Ellos hablan y cuentan partes de sí mismos revelando interrogantes que les conciernen íntimamente. A veces inciden en secuencias de la historia familiar, recuerdos o acontecimientos, interpretados únicamente en función de sus problemas personales. Ahora bien, ni padre ni madre, ni hermanos ni hermanas, ni cónyuge ni amigos se encuentran en esta interpretación. Lo hemos evocado a propósito de la vivencia familiar: cuanto más reprocha un adulto a sus padres o a cualquier compañero educativo un acontecimiento, una palabra o una acción, tanto más corre el riesgo de enmascarar un deseo invertido. Así, al rechazar ciertas pulsiones parciales,

algunos individuos las atribuyen a los demás para mejor acusarlos, agredirlos. Dicho de otra manera, querer exponerse en la transparencia y creer que se puede así expresar la intimidad de las intrigas psíquicas es la peor de las alienaciones. Por eso «decir todo» y «decirse todo» es de hecho el peor de los engaños. La abolición de códigos, de papeles, de funciones y de estatutos simbólicos no ha favorecido nunca la relación ni la vinculación social. El no reconocimiento de la simbología del padre, en el discurso social, deja a los individuos prisioneros de la simbología de la madre. Esta domina los espíritus mediante el mantenimiento de la relación de fusión y de espejo, sin diferenciación posible: los espacios psíquicos se confunden y los individuos se encuentran aún más solos y «vacíos», como se oye decir a menudo.

Las confidencias

Los medios de comunicación han jugado un papel en esta confusión general entre el espacio público y el espacio privado. No se puede hacer público todo, aunque el derecho de saber sea legítimo en una cierta medida. ¿Pero en nombre de qué principios se arrogan ellos el derecho de revelar la vida privada de un hombre político, de un comediante o de cualquier otro personaje conocido? Es verdad que el fenómeno no es nuevo, pero no podemos dejar de preguntarnos por el conformismo y el moralismo mediático que hace y deshace la honorabilidad de una personalidad, haciendo públicas, a través de la manipulación de las imágenes, las historias amorosas, reales o supuestas, de princesas —coronadas o desposeídas—. Los *paparazzi* son ladrones de vida personal. Su necesidad de penetrar en los secretos de alcoba remite al voyeurismo más primitivo de la psicología infantil: ver la vida íntima de los padres. Se quiere encontrar en los demás lo inaccesible, lo que alimenta los fantasmas y favorece la transgresión de espacios psíquicos.

De la misma manera, hay emisiones de radio que se prestan al juego perverso de la «falsa confidencia»: es el caso de las emisiones llamadas, precisamente, «de confidencias» o de «libertad de hablar», destinadas a los adolescentes. Plantean un verdadero problema porque, en una marejada de pseudo-consejos, manipulan los espíritus. No estamos en un trabajo de escucha, sino en la captación de la vivencia del otro para asegurar la autopromoción de los animadores. ¡Es el tuerto que guía a los ciegos! Algunos individuos tienen incluso la ilusión de haber sido ayudados de esta manera. Han sido más bien manipulados y vampirizados por alguien que se concede el derecho de descubrirlos, de ponerlos al desnudo, ante oyentes fascinados por tener acceso a zonas necesariamente prohibidas.

La televisión juega también un papel preponderante en la interferencia entre lo

público y lo privado cuando juega el papel de confidente: los *reality shows* y las sesiones de confesión en la pantalla, así como las emisiones que parten de un problema de sociedad para expresarlo a través de historias individuales —cuando un caso individual no se trata de la misma manera que un problema social— trasforman la relación entre el individuo y su propia palabra. Plantean sobre todo el problema del estatuto del interlocutor y de su función simbólica (¿quién habla a quién, desde qué perspectiva, dónde?). El título de una antigua emisión de televisión *Fuera máscaras*, en la que los invitados, bajo la influencia de la seducción maliciosa de la animadora, debían contar su vida según temas elegidos, es el ejemplo típico de la actitud mediática perversa. Es la del voyeur que descuartiza, entre llantos y sufrimiento, y se apodera de la vivencia íntima de las personas queriendo, pregunta a pregunta, saber siempre más. La emoción intensa que se desprende de algunos testimonios está amplificada por el tubo catódico y deja suponer que la sinceridad es el equivalente de la autenticidad, cuando se puede sinceramente no tener razón. Muchas personas van a estar tentadas de asimilar a esta caricatura de encuesta psicológica, en la que las reglas de escucha son transgredidas, el trabajo del psicoterapeuta. Estamos por el contrario en las antípodas de esta forma de trabajar. El psicoterapeuta no se permite plantear cuestiones tan brutales y desestabilizadoras ni entrar por intrusión en la vida de su paciente, como tampoco intenta husmear en su intimidad y en su historia sin que éste tome la iniciativa y esté en condiciones de asumir lo que dice y descubre él mismo al hablar. Aun cuando no basta simplemente escuchar y pararse en lo que se dice: es importante tener todo en cuenta entre los recuerdos-pantalla, lo que la persona siente, y lo que ha pasado realmente, como hemos visto a propósito de la vivencia familiar. En una emisión como *Fuera máscaras*, todo lo que se cuenta de la historia de un individuo se cuenta en primera persona. No son las personas que aportan su testimonio las que están en cuestión, aunque se presten a un juego sin saber lo que hacen, sino lo que se hace de ellas. El juego es además gratificante para ellas, porque les proporciona el sentimiento de que su vivencia es finalmente reconocida, cuando ellas mismas tienen dificultad para identificarla, para comprenderla y para asumirla en su intimidad psíquica. «Salir en la tele» concede legitimidad sin que haya que probar lo bien fundado de su discurso. Así es como cualquiera puede decir cualquier cosa. Esta necesidad de hacer hablar y de interesarse por la vida psíquica del otro es más inherente, en nuestra cultura, a la psicología femenina que a la masculina. De la relación social a la relación amorosa, la palabra de la mujer expresa la necesidad de saber y de entrar en el otro, de superar las fronteras y los umbrales con, por otra parte, una cierta seguridad. Los hombres no sienten esta necesidad, salvo algunas excepciones, o al menos no así, puesto que no tienen la misma relación con la palabra y con la intimidad que las mujeres. Muchas dificultades de comprensión provienen de esta diferencia. Pero algunos hombres, aun cuando resisten interiormente, acaban por hablar de sí mismos, porque si no lo hacen,

tienen la impresión de no ser aceptados. Otros permanecen en su reserva, o se callan para no tener que entrar en este juego. Lo que hace decir a muchas mujeres que «verdaderamente los hombres no son comunicativos». Ellos hablan, pero no allí donde las mujeres los esperan... Si los *talk shows* intentan compensar el aislamiento de los individuos y el empobrecimiento de la vinculación social, dan lugar en realidad a psicologías dependientes. No sólo no ayudan a la clarificación de problemas, sino sobre todo no sirven a los animadores, que se arrogan el derecho de transgredir alegremente los papeles; hacen creer que son el único medio para que las personas comuniquen entre ellas, cuando en la «vida verdadera» no es posible hablar de esa manera. Este exhibicionismo y este voyeurismo expresan claramente la dificultad para ocupar el espacio interior y la necesidad de compensar las carencias de la interioridad alimentándose de las confidencias de los demás. ¡Escuchar testimonios sobre el incesto, la pederastia, la violación, los problemas sexuales, la diversidad de prácticas y de tendencias sexuales no facilita nada la comunicación o la reflexión! Una buena película, una obra de teatro hacen un papel de mediador, enseñan más y permiten reflexionar de otra manera que asistiendo permanentemente a estas «hemorragias psíquicas». Los animadores manipulan la vida del otro, ocupan su espacio psíquico e invaden su imaginario. Hay que señalar que estas emisiones utilizan todavía los métodos de dinámica de grupo, en boga en los años setenta, que tenían como objetivo hacer «abrirse» a las personas haciéndolas hablar. ¡Que hablen cada vez más, que lloren, que griten, para hacer creer que se han liberado y han llegado a la comprensión de sí mismas! Este tipo de métodos es siempre utilizado en sesiones propuestas en el marco de la formación permanente de cuadros de empresa. Son una verdadera explotación de los mecanismos de regresión de los individuos, sin que se traten y aborden los verdaderos problemas.

Las consecuencias de este vacío de la interioridad

Lo televisual se apodera del imaginario y controla la interioridad

No está ahí la única acción dudosa de la televisión. El otro problema es que propone modelos de identificación muy fuertes, que vienen a sustituir a los antiguos, pero se revelan nefastos para el buen desarrollo de la personalidad. Los niños se identifican con lo que ven, y no es extraño encontrar en su imaginario y en sus conductas huellas de esta influencia, sin poder discutirlas ni criticarlas. La vida psíquica necesita imágenes para desarrollarse, tanto las que ella produce como las que recibe. Pero estas últimas, en ciertas condiciones, pueden muy bien apoderarse del funcionamiento de la vida subjetiva, invadir su campo e incluso sustituirla. Tomemos el ejemplo de

las series televisivas: las emociones están, lo sabemos, en el fundamento de la razón, y la percepción de estas emociones orienta la conciencia y las conductas del sujeto; ahora bien, las series televisivas suscitan un flujo de emociones que, a diferencia de las vividas en la realidad con los seres y con las cosas, fijan el imaginario. Ellas influyen en la psicología y en el comportamiento de los jóvenes, pero también en el de los adultos, y les sirven de modelos para actuar en la realidad. Pero los jóvenes no se dan cuenta y muchos estudios han mostrado este hecho[6]. Así, muchos niños, de infantil a primaria, retoman los gestos y las palabras de las «comedias de situación» (o *sitcoms)* que ponen en escena adolescentes: ellos van a jugar así a la relación amorosa que han visto. Porque el psiquismo del niño está construido de tal forma que debe imaginar primeramente las realidades antes de conocerlas y después confrontar sus producciones con el mundo exterior. Es así como recuperará la escena imaginaria imitando, fuera de él, a tal o cual personaje. El peligro es olvidar la distancia entre la representación y lo real. Puede que algunos no tengan conciencia de transgredir las prohibiciones o de hacer mal a otro. Cuando el niño se alimenta de escenas de violencia, arraiga en él la idea de que la ley del más fuerte es la más verdadera. En algunos casos, los jóvenes, incapaces de evaluar las consecuencias de sus actos, adoptan actitudes violentas, a veces mortíferas, como han visto hacer en la televisión. Así, un adolescente de diecisiete años, sintiéndose agredido por la «sonrisa burlona» de un compañero de clase, tiró sobre éste con una escopeta de perdigones, matándolo en el acto. Es verdad que no quería matarlo, no tenía conciencia, al tirar, de que el golpe podía ser fatal. El doble argumento utilizado para justificar su comportamiento era por una parte que tenía necesidad de responder a lo que había interpretado como una burla contra él —lo que habla ampliamente del componente paranoico de su imaginario— y, por otra, que no hacía más que imitar lo que había visto en la televisión.

En estos ejemplos, encontramos los primeros aspectos —afectividad y agresividad— de la psicología humana. En primer lugar, la necesidad de ser amado y reconocido, que se encuentra en la mayor parte de las expectativas infantiles y juveniles. A continuación, la angustia primera de ser destruido, tan presente en la mayoría de los guiones de películas y de series. Si el entorno no aporta respuestas positivas a esta necesidad de amor y a este miedo a ser destruido, la personalidad podrá vivirse en la inseguridad y hacerse agresiva. La mayoría de las series, en las que domina la violencia más cruel, explotan y confirman este fantasma primitivo y juegan con la inseguridad básica del individuo. Además, la multiplicación e intensificación de estas escenas en la televisión o en el cine normalizan los comportamientos y sirven de referencia a las representaciones pulsionales sadomasoquistas que son solicitadas como tales.

Nadie permanece insensible a estos modelos. También es verdad en el caso del adulto que, sabiendo que pierde su tiempo viendo una «serie», continúa haciéndolo y se encuentra casi paralizado para cambiar de cadena o apagar su televisor: ¡es el poder hipnótico que representa el centelleo de las imágenes! Para los jóvenes que no tienen formación de base desarrollada, que no han aprendido al contacto con sus padres a controlar de manera crítica el útil mediático y no disponen de actividades variadas, estos modelos ejercen una influencia aún mayor. Muchos jóvenes confunden lo imaginario y lo real y muestran una falta de autonomía total en relación a los modelos con los que se identifican. Se asemejan así, sin darse siquiera cuenta, a sus héroes, vistiendo, hablando, comportándose como ellos. Basta observar, en Francia, las numerosas «psicocopias» de un Johnny Halliday, de un Elvis Presley o de un Claude François. Los jóvenes se apoderan de estos modelos para desaparecer a través de ellos y existir mediante su imagen, sin intentar aparecer por sí mismos. El sociólogo David Reismann anunciaba ya, al final de los años cincuenta, en *La Foule solitaire*[7], que nos encaminamos hacia personalidades extradeterminadas, impregnadas y guiadas por imágenes sociales dejando poco espacio al trabajo intrapsíquico. Tomemos el último ejemplo de los *Guiñoles de Canal Plus:* se diga lo que se diga, son, para muchos jóvenes, la única fuente de información. Estos jóvenes retoman así fórmulas y estereotipos y están a veces extrañados de descubrir el desequilibrio que existe entre una marioneta y la persona real a la que se supone que caricaturiza. Su imaginario está más condicionado de lo que piensan.

El útil mediático tiene también efectos incitantes. La actualidad reciente ha sido marcada por la denuncia del delito de pederastia, con muchos detalles, bajo capa de información. ¿Es necesario saber tanto, o más bien se busca alimentar un voyeurismo fundado en la erotización inconsciente del niño? Algunos pacientes reconocen que cuanto más oyen hablar, más deseos tienen de ver y de obrar de esta manera. ¡Estamos muy atentos a la calidad de los productos que consumimos; pero no tenemos el mismo rigor con lo que miramos! Los individuos se convierten así en lo que miran.

El problema actual es relativamente inquietante en la medida en que las generaciones jóvenes no desarrollan suficientemente un imaginario individual. Su espacio psíquico es indigente, de ahí la necesidad de llenarlo con series, juegos de roles y actividades virtuales. La distancia que implica la lectura, el relato de una historia, una obra de teatro o incluso una película dejan un espacio a partir del cual el imaginario individual puede desarrollarse. No ocurre lo mismo con los medios televisuales e informáticos. Utilizarlos como instrumentos de formación de base, es confundir el útil con los materiales culturales y sociales que transmitir. Nos preparamos a los mismos desengaños que con la lectura global que, al promover el conjunto a costa de lo analítico, favorece el desarrollo de la dislexia. Para evitar las carencias del

imaginario durante la infancia, es necesario proponer al niño lecturas, cuentos y leyendas, etc. Por el contrario, al pegarse demasiado a las realidades de la vida reconstruida por el útil mediático, corremos el peligro de asistir a una premaduración del yo y al mismo tiempo a una relativa dependencia del imaginario televisual. Este último se apodera de los individuos hasta el punto de agotarlos: escuchamos a menudo responder a la pregunta: «¿Qué has hecho este fin de semana?»: «¡Nada, he visto la tele, estoy reventado!». El desarrollo del imaginario individual es esencial para la autonomía y para el ejercicio de la vida psíquica.

La búsqueda de otro lugar

Los individuos, reventados, van a buscar otro lugar por diversos medios, siendo la droga y el suicidio los más trágicos. Se puede citar en primer lugar las grandes fiestas en que se reúnen jóvenes de países diferentes, en una atmósfera de fusión, como la Gay Pride, la Love Parade de Berlín, o el Concert techno de Zurich, ocasiones de manifestarse —y de frivolizar la droga en nombre del amor, de la libertad, de la paz y de la tolerancia—. Estas fiestas, en que los individuos se disfrazan de criaturas cada vez más raras, no son un buen presagio para el vínculo social porque esta exaltación, considerada como convivencia, oculta una depresión importante. Asistimos de hecho al retorno de las fiestas tribales y paganas, en que uno se encierra en una pulsión parcial (exhibicionismo, sadomasoquismo, travestismo, etc.). Muchos vuelven tristes de estas reuniones porque no han encontrado lo que habían previsto, lo que no sería el caso si hubiesen participado en reuniones basadas en pertenencias políticas, asociativas, educativas o religiosas. Son estas pertenencias las que establecen y animan la vinculación social, mientras que las reuniones de tendencias fragmentarias vienen por el contrario a dispersar. La Love Parade es quizá un acontecimiento simpático, pero la aspiración a la fusión que se expresa a través de una emotividad a flor de piel, y un poco delirante, no tiene nada que ver con el amor, sea colectivo o individual. Es más bien la fiesta de los clones, puesto que las personas se reagrupan más en función de un determinismo o de una tendencia psíquica que en función de una verdadera pertenencia social.

La atracción actual por las filosofías y las sabidurías orientales muestra también el vacío de la interioridad. Hay en esta búsqueda una necesidad de encontrarse pero abandonándose. El camino de estas sabidurías es muy exigente, pero la forma en que son presentadas en el mundo occidental es más reveladora del estado de nuestras psicologías que de la voluntad de llevar a cabo un trabajo real sobre uno mismo; así, los discursos del dalai lama son a menudo presentados de manera simplista y con candor. Estas espiritualidades que tienen su propio valor, son utilizadas en nuestro

contexto contra la psicología y contra el cuerpo, con el fin de mantener una visión irreal de uno mismo y del entorno. Se busca más la extinción de los afectos que su elaboración. El recurso a estas filosofías ha acentuado el malestar entre algunos y ha contribuido a la disociación de psicologías animando experiencias más allá del cuerpo, en una salida de sí mismo para disolverse. Esta actitud manifiesta la necesidad de mantener a distancia el cuerpo que parece molestar al hombre occidental, del que también el toxicómano intenta desprenderse.

La medicalización de la vida

En un estudio de 1996, la Organización Mundial de la Salud[8] ha definido la depresión como la enfermedad de los países ricos. Según las previsiones de este organismo, las afecciones psíquicas y las patologías no transmisibles van a aumentar el 15 por ciento en el horizonte de 2020 y ser cada vez más importantes. Las enfermedades más amenazadoras no son las que se cree. Este resultado expresa el malestar cada vez más experimentado en los países ricos, y el hecho de que las nuevas condiciones de vida favorecen la aparición de perturbaciones psíquicas. Al encontrarse el hombre solo consigo mismo y sin recursos, va a buscar a la farmacia, a la estantería de los psicotrópicos, las soluciones. Un sentimiento de vulnerabilidad interior, más o menos explícito, desarrolla una mentalidad asistencial. Los medicamentos o las drogas se convierten en medios para intentar darse posibilidades, o para regular los caracteres y los comportamientos. El individuo no sabe cómo organizar su existencia. Además, en muchos casos, no se sabe dónde comienzan los trastornos del carácter que anuncian una patología: muchas personas se encuentran en una nebulosa, ¿pero están enfermas, o tienen dificultad para soportar las dificultades de la vida?

A esto hay que añadir que hoy se está extendiendo fuertemente la tendencia a expresar los propios problemas en términos únicamente psicológicos. Las personas codifican sus interrogantes y su malestar en un lenguaje psicológico o psicopatológico, y la respuesta en términos de producto les permite aliviar sus sufrimientos. Se espera del producto que ayude a estar disponible interiormente con el fin de no estar ocupado por sensaciones y percepciones con las que no se sabe qué hacer. No hay que reflexionar sobre uno mismo. A falta de otras referencias, se lanza uno sobre la medicina.

Así, medicamentos concebidos en primer lugar para curar trastornos psíquicos y psicopatologías se convierten en productos buscados sólo por el confort subjetivo. El Prozac —medicamento utilizado, entre otras cosas, para los estados depresivos y los trastornos compulsivos obsesivos— fue peligrosamente presentado como «la

felicidad por receta», lo que está lejos de ser el caso: es más o menos bien soportado o eficaz según las personas. Pero en Estados Unidos, muchas personas lo utilizan para sentirse bien. En ciertos medios, el Prozac ha remplazado al consumo de cocaína, sin que se conozcan todavía sus efectos secundarios sobre el cerebro cuando se toma durante un largo tiempo sin control médico. La idea de encontrar el producto o la «píldora» milagro que resuelva todas las dificultades de la existencia existe desde la noche de los tiempos. Pero esta forma de toxicomanía medicamentosa suscita una reflexión importante. ¿Vamos a considerar que el individuo no es más que una fábrica de moléculas, que sus alegrías, sus decepciones, sus conflictos, sus fracasos y sus esperanzas resultan sólo de su interacción en el interior del cerebro? ¿Caminamos hacia una sociedad bajo tranquilizantes, falta de interioridad, cuando sabemos que los individuos y las sociedades no progresan más que si llegan a tratar los problemas de la existencia y a tener en cuenta los límites de lo real, con el riesgo de sufrir? Hay que tener igualmente en cuenta el sufrimiento existencial para que sea aliviado y tratado. Querer evitar las realidades de la existencia dejando creer que se puede aprender sólo por placer y en el juego, que nada obliga, que las leyes simbólicas, morales o sociales son relativas al individuo, que la violencia, al ser la expresión de un sufrimiento y de una exclusión social, es justificable, impide tomar posesión no sólo de sí mismo, sino también progresivamente de la realidad. Una vida así concebida bajo tranquilizantes para no sentir ni experimentar nada restringe la interioridad. Después del yoga y del *jogging* a través de los cuales se intentaba «eliminar», las sustancias químicas —útiles cuando se trata de curar estados depresivos— van a aparecer cada vez más como las drogas funcionales que permiten vivir.

Asistimos también en Estados Unidos a otra deriva psiquiátrica. Consiste en dar tranquilizantes a niños que son etiquetados hiperactivos, impulsivos o con falta de concentración. ¿Por qué? Sencillamente porque los padres y los profesores se quejan de su comportamiento y son incapaces de controlarlos. Cerca de un millón de jóvenes americanos (el 43 por ciento de ellos menores de nueve años) serían tratados con metilfenidato, un medicamento cercano a las anfetaminas y más conocido con el nombre de Ritaline. Provoca muchos efectos secundarios a largo plazo (anorexia, anemia, insomnio y depresión). En torno a este medicamento se ha constituido una verdadera industria farmacéutica y médica, y se organizan regularmente prestigiosos actos con el fin de promoverlo y de confirmar a los educadores y a los facultativos en su acción. Esta actitud pragmática consiste en poner bajo camisola química a niños que no se sabe educar. Los educadores, es decir, los padres, los profesores y los trabajadores sociales, al no saber ya lo que es una actitud educativa, transforman esta carencia en patología, con el producto como única respuesta. El producto viene a ocultar la incompetencia y el fracaso así como también la incomprensión de la psicología infantil, que no es la de un adulto. Un niño está sometido a diversas

presiones internas que va a aprender a organizar y a controlar en parte gracias a los puntos de referencia educativos que se le van a dar. Los padres tienen el deber de fijar los límites; en este marco tranquilizador, el niño puede desarrollarse y aprender por sí mismo a controlarse. Cuanto más llega un niño a controlarse más satisfacción tiene por estar en la realidad, eficaz, precisa y adaptada a lo que hace, si no, se produce el aumento de la excitación, como para encontrar los límites que desconoce y que los adultos no saben manifestar. El niño no puede tomar posesión de su vida interna ni jerarquizar sus reacciones ni seleccionar las buenas conductas. El recurso a la química es entonces una solución fácil que evita interrogarse, pero es al mismo tiempo una confesión de impotencia.

La toxicomanía

Hemos asistido, estos últimos años, al desarrollo de patologías de la interioridad, debidas al hecho de que el individuo no sabe cómo alimentarse simbólicamente y no tiene modelo de identificación para construirse: podemos citar la bulimia, la anorexia, los trastornos de la concentración, las depresiones, las conductas sexuales adictivas, las pérdidas de deseo, etc. La toxicomanía se inscribe en este paisaje psicológico. Recordemos, antes de ir más lejos en el examen de las causas de la toxicomanía, que ha existido siempre. Pero en la sociedad occidental, la utilización de productos ilícitos era sobre todo cuestión de adultos y, a veces, correspondía a una búsqueda estética. A partir del final de los años cincuenta, la droga ha comenzado a ser consumida por jóvenes que querían vivir «un viaje interior» —lo que era también una forma de negarse a entrar en una sociedad que ellos contestaban por otra parte—. Después, muy deprisa, se ha extendido y frivolizado entre los jóvenes, y no necesariamente entre quienes tenían problemas psíquicos, familiares o escolares. Su consumo se ha hecho recreativo; se toma con la esperanza de tener un sentimiento de bienestar y de placer, de liberación y de aumento de las posibilidades.

Los adolescentes, que no tienen todavía una personalidad afirmada, dependen de la opinión dominante del grupo y tienen tendencia a conformarse con él. ¿Si la mayor parte de los miembros del grupo de una velada «fuman», por qué no intentarlo? ¿No se dice que hay que experimentar todo para no morir idiota? La mayor parte de los adolescentes comienzan así y se paran porque no experimentan nada particularmente interesante. Pero otros continúan, cogiendo gusto a este ambiente difuso que les da la impresión de que comunican más fácilmente con los demás. Este bienestar y esta alegría relacional no duran. El producto hace desaparecer simplemente inhibiciones, o mantiene despierto durante largas noches, pero no favorece ningún progreso durable y no desarrolla competencias inéditas en la personalidad. Los individuos están en un

ambiente mezclado de fusión, de exhuberancia y de una pseudo-inquietud en el que las tensiones internas parecen desaparecer; reanudan, como consecuencia, sus relaciones cotidianas y las limitaciones de la realidad, con más dificultad a veces. A partir de aquí la droga se puede convertir en un recurso habitual para quienes piensan que lo que no consiguen vivir, hacer, asumir, va a realizarse por sí mismo gracias a la acción del producto. Ahora bien, éste participa más bien en la desprotección progresiva de la interioridad y provoca problemas de personalidad.

Algunos jóvenes consumen estupefacientes porque tienen problemas, psíquicos o «concretos», mientras que otros, que no tienen dificultades particulares al comienzo, acaban por desarrollar disfuncionamientos psíquicos después de haber usado productos. Un fenómeno tanto más rápido cuanto que la organización psíquica de estas personalidades es frágil y está insuficientemente apuntalada. Por el contrario, jóvenes capaces de encontrar recursos en el interior de ellos mismos o fuera, en su entorno cultural, y capaces de asumir sus frustraciones no tienen apetencia particular por la droga. Pero la educación actual no enseña a los niños a conocerse, a controlarse interiormente y aún menos a saber evaluar las consecuencias de sus actos a largo plazo. Viven según la idea de que no hay límite, que les deja suponer que todo es posible, lo que corresponde bien a la psicología juvenil. Los niños y los adolescentes cada vez más jóvenes consumen droga y la comercializan. Circula en las escuelas y en las ciudades ante la mirada impotente y silenciosa de los educadores superados por el fenómeno y descorazonados antes incluso de intervenir. Ahora bien, la mayor parte del tiempo, el producto da lugar a una dependencia tal que el toxicómano no vive más que para procurársela, lo que plantea todos los problemas sociales y económicos que se conocen.

Frente a esta impotencia, algunos llegan a querer adoptar una actitud pragmática e higiénica. Se dejan influir por militantes toxicómanos que, bajo el pretexto de la falsa distinción entre drogas duras y blandas, proponen legalizar los productos que no llevan consigo dependencia bioquímica, cuando tanto unas como otras revelan problemas idénticos. Se distribuyen, en los momentos de grandes manifestaciones y de reuniones, estuches sanitarios, para tomar, como se dice púdicamente, sus «precauciones» y prepararse a gestos de autodestrucción, limpios y sin peligro. Hay también distribución de octavillas para poner en guardia a los jóvenes explicándoles los riesgos del consumo de éxtasis[9] y de otros productos que circulan en el curso de estas veladas. La única visión de la existencia que da la sociedad a estos jóvenes es sanitaria e higiénica. La sociedad maternalista, además de asistencialista infantil, promete a los jóvenes acompañarlos en una muerte limpia y bajo control médico. El mensaje es claro: «¡Podéis, a pesar de todo, drogaros, habrá siempre alguien para ayudaros o curaros, aunque cueste una fortuna a la colectividad!». Trabajadores

sociales y hombres políticos, unidos para la causa de la liberalización, piensan que será más fácil seguir y controlar, de esta manera, a los toxicómanos, lo que equivale a curar el mal por el mal. Pero si no todos los productos crean dependencia en la biología del cuerpo, todos provocan contra-reacciones del organismo, dando lugar a pérdidas de atención, reducciones del tiempo-reflejo, alteración del sentido de las realidades... Todos causan también problemas psicológicos. Y sobre todo, sea cual sea el producto, lo que está en cuestión en primer lugar es el sentido del comportamiento de la persona. La distinción entre droga dura y droga blanda no tiene sentido puesto que su consumo se basa en las mismas estructuras psíquicas. No nos engañemos: el toxicómano intenta anularse, fundirse, desembarazarse de su sentimiento cotidiano. Estar «cool», estar «zen», estar bien consigo mismo, esto quiere decir no sentir nada, no experimentar nada. La toxicomanía es una ascesis de la era del vacío de la interioridad. Lo que produce la toxicomanía, no es únicamente el producto, sino la persona que va a sentir necesidad de ella. Legalizar ciertos productos sería una confesión de incapacidad para afrontar los problemas que están en juego. Las cuestiones se complican si, además, se ponen en el mismo plano que la droga otros productos, de consumo corriente, que pueden crear una dependencia toxicomaníaca, como el tabaco y el alcohol. En efecto, no están codificados de la misma manera y no están en relación directa con la crisis de la interioridad como la toxicomanía. Acabamos también por creer, según los estereotipos convencionales, que cuanto más compartida está una actitud, más valor tiene. Una legitimidad fundada únicamente en el número no tiene ningún valor. El que la toxicomanía sea masiva no quiere decir que sea benéfica para quien la utiliza. En 1997, la Organización Mundial de la Salud[10] se inquieta por el problema, por otra parte, y lanza una seria advertencia a los poderes públicos de sus países miembros para luchar, en el plano educativo, contra esta pandemia toxicomaníaca. La legalización de ciertos productos corre el peligro de producir efectos inversos a los buscados. La experiencia llevada a cabo en algunos países no es un modelo de éxito. Además, a través de la legalización de la droga, no es sólo el producto el que se encuentra liberalizado y legalizado, sino las razones que conducen a consumir estas sustancias. En las mentalidades, la ecuación es sencilla: lo que es legal se convierte en normal, y por tanto en moral. Estamos ante una contradicción suplementaria de nuestra sociedad, que frivoliza la toxicomanía y los problemas de fondo que la acompañan, liberaliza las costumbres, permite prácticas suicidas, y se pregunta a continuación cómo reducir sus efectos nefastos. ¿Hasta cuándo aceptarán los ciudadanos dilapidar sus impuestos para mantener problemas que han creado, y que ahora se intentan curar? La despenalización de las drogas blandas tendría como única ventaja invitar a la sociedad y a los adultos a mostrarse indiferentes ante los problemas de quienes son prisioneros de ellas. La sociedad debe proteger también la libertad del individuo, que corre el riesgo de perderla si no hay prohibiciones que vengan a manifestar los límites que hacen

posible la vida. La toxicomanía no está sólo en relación con la salud, la educación y la vida en sociedad, plantea también cuestiones éticas.

Algunos afirman que la sociedad debe aprender a vivir con las drogas reglamentándolas y sin penalizar a los consumidores, lo que podría evitar así el tráfico de estupefacientes y haría disminuir su uso. No es esto lo que piensa la Organización Mundial de la Salud y la Agencia del control de drogas de la ONU, que tienen una visión global de los problemas de salud pública, de los problemas sociales, familiares y psicológicos provocados por las drogas en todo el mundo. Estas instituciones aconsejaron por el contrario a los Estados miembros que «desanimaran la aceptación de la toxicomanía en la sociedad[11]». La droga, comenzando por el *cannabis*, hace estragos considerables en la psicología de los jóvenes y hacen falta a menudo años para ayudarles a salir de ella y reparar todas las consecuencias que se derivan de ello. En la mayoría de los países en que se mantiene la prohibición, la toxicomanía y la delincuencia, que está asociada a ella, han disminuido, como en Suecia. No es el caso de Estados Unidos, ni de Holanda, en donde se han abierto cafés en los que se puede fumar *cannabis* y se puede obtener heroína bajo control médico. Entre 1988 y 1993, los homicidios aumentaron un 30 por ciento, los robos de coches un 90 por ciento y los robos a mano armada un 100 por ciento. En Francia, la delincuencia, los problemas sociales y psicológicos en relación con el consumo de droga no hacen más que aumentar; pero no se quiere abordar el problema teniendo en cuenta esta realidad. El problema está mal planteado cuando algunos afirman que la libertad de opinión está reprimida e impide cualquier debate sobre la droga. Ahora bien, no es el o los productos los que están en cuestión, sino más bien las razones por las que se entra en esta alienación. La experiencia clínica entre los toxicómanos y su familia me ha mostrado que era siempre más o menos un drama comenzar a fumar un «porro», gesto que no es nunca banal. Los pudientes de la *jet-set* mediática que han publicado en la prensa una petición para liberalizar el uso de drogas son irresponsables y minan todo el trabajo de prevención entre los jóvenes. Los medios de comunicación que aceptan entrar en este juego participan en la propaganda de una nomenclatura que toma como rehén una población psicológicamente vulnerable. ¿Al recibir mensajes contradictorios, cómo puede entonces dicha población oír el necesario rechazo social de la droga? Esta es más bien incitada a continuar, y en particular sus miembros más frágiles, que no tienen ni el estatuto social, ni los medios, y menos aún la agenda de direcciones mundanas que les permitirían salir de ello de otra manera. Estos militantes les condenan a estar bajo dependencia. No hay que pensar o repensar el uso de productos estupefacientes, sino más bien interrogarse sobre la necesidad recreativa, sobre la miseria social, la desorientación psíquica y el desarraigo que permiten pensar que se puede encontrar apoyo en un producto. Conviene sobre todo aportar una respuesta más humana a todos estos problemas mejor

que eliminarlos químicamente y recordar una prohibición a propósito de la droga que es estructurante cuando fija límites favorables a la vida. Hay que confiar en uno mismo para saber decir no a la droga.

La sociedad denuncia de forma vehemente los suicidios colectivos (o más bien las matanzas) en las sectas, mientras que acepta como una fatalidad ver a sus propios hijos matarse; es el precio a pagar por un recorrido en solitario, sin el apoyo de la transmisión y de la vinculación social. El individuo-rey, al querer ser su única referencia, se convierte en su propio censor, y rechaza el derecho a vivir. Las alienaciones de ayer eran políticas: piénsese en el comunismo, en el nazismo y en el fascismo; las de hoy son psíquicas, y la toxicomanía es una de las primeras. Inscribir la droga en la ley vendría a confirmar el clima suicida de la sociedad; lo mismo ocurre con otros problemas de conducta, considerados como tales hasta ahora, pero que, bajo la presión de minorías activas, quieren que se acepten como prácticas viables. Nos encontramos con el «moralismo sentimental» que circula en el cuerpo social. ¿De dónde viene esta indulgencia que hace pasar el mal y la patología por un bien —o al menos por «otra manera de vivir»—, al policía por un peligro público, y al delincuente por una víctima? Los buenos sentimientos no han cumplido nunca una función pedagógica, y esto es verdad tanto para el problema de la droga como para el de, por ejemplo, los jóvenes de los barrios que manifiestan incapacidad para integrar los códigos y las normas de la sociedad en la que viven y que sufren visiblemente de graves carencias educativas. Hay cosas que hacer por ellos, con pedagogos formados a propósito. Pero no se les ayudará utilizando un discurso demagógico consistente en no emitir ninguna crítica hacia ellos y en culpar al ciudadano honesto. Estas ideas ejercen una alienación progresiva e insidiosa sobre los espíritus; frente a esta influencia, los padres y los educadores se sienten a menudo vencidos por lo que les parece más fuerte que ellos en el ágora mediática; así, ellos no quieren que sus hijos se droguen, mientras que hay quienes luchan por legalizar la venta y el uso de productos que favorecen la toxicomanía.

La verdadera cuestión a plantear, si se busca un comienzo de solución, es ésta: ¿por qué se droga un joven? Vaciándose desde el interior, gracias entre otras cosas a la toxicomanía, las personalidades contemporáneas se privan de contacto con ellas mismas, como si no se soportaran en su individualidad y en su subjetividad. Están encerradas en una actitud de omnipotencia digna del narcisismo infantil. El recurso a la droga tiene como objetivo mantener esta posición de autosuficiencia en un clima de depresión oculta. La droga es el objeto de la infancia, el yo idealizado al que el adolescente no quiere renunciar. Pero para los adolescentes, la droga es también a menudo un medio de huir de un cuerpo no-querido y embarazoso. El adolescente, angustiado por sus modificaciones corporales y la aparición de nuevos afectos, tiene

tendencia a huir de ellos en diversos comportamientos, de naturaleza diferente, entre los cuales está el recurso a la droga. Muy a menudo, en la adolescencia, el cuerpo es maltratado y dividido entre un cuerpo idealizado e inaccesible, y el cuerpo real y apremiante del que el individuo no desea hacerse cargo inmediatamente. Así, las chicas anoréxicas viven una verdadera fractura entre el cuerpo de niña que ellas quieren conservar y su cuerpo que se feminiza y que ellas rechazan hasta morir. Es aquí donde la toxicomanía se sitúa entre un disfuncionamiento cultural y una problemática psíquica unida a la adolescencia pero que se prolonga en el adulto. La situación de ruptura consigo mismo que representa la droga priva al individuo del contacto con su propio cuerpo, con su piel y con la del otro, con sus capacidades para sentir y para imaginar. Lo mismo ocurre en el plano psicológico: nada debería pasar por la cabeza y por el cuerpo que no fuera inmediatamente encubierto por el ruido de los decibelios o extinguido por el consumo de un producto con poder de insensibilizar. Las psicologías son anestesiadas con la droga, a menudo en el marco de grandes manifestaciones colectivas como la Love Parade. Estas personalidades han tenido a menudo dificultad para aprender a mantenerse en sus fronteras psíquicas y a adquirir el sentido de sus límites en el momento de la pubertad. Ellas los rechazan, y la droga es utilizada para confirmar una posición defensiva, que el entorno cultural viene a favorecer. El mensaje implícito es el siguiente: «Tenemos el derecho de no sentir nada de la vida y de darnos un 'cerebro auxiliar' con las drogas. Además, nos es agradable morir simbólicamente a nosotros mismos, vaciándonos desde el interior, esperando extinguirnos físicamente». La utilización de la droga es el síntoma de la pérdida de contacto consigo mismo que el individuo intenta desesperadamente establecer.

En conclusión, yo diría que hay que prevenir la toxicomanía, por razones psicológicas, sociales y antropológicas. Si el toxicómano se pone enfermo, no hace más que repercutir en su personalidad el disfuncionamiento de la sociedad. Por eso estamos equivocados al querer sólo medicalizar este problema. Es verdad que el toxicómano tiene necesidad de ser curado y, si lo desea y es capaz, iniciar un trabajo psicoterapéutico. Pero la dependencia de los productos presenta muchos más problemas de educación y de regulación del vínculo social. Ahora bien, la sociedad, a no ser que un drama amplificado por los medios de comunicación le abra los ojos unos instantes, no ve que la droga está del lado de la muerte. La pulsión de muerte, que es sin duda más activa en la vida psíquica que la pulsión de vida, cuando vemos cuán predador es el hombre para sí mismo, los demás y la naturaleza, logra, gracias a los productos, hacer su trabajo. El deseo de vida es una conquista, pero nace también del deseo de los adultos y de la sociedad en relación con el niño. ¿Tiene la sociedad un deseo de vida o de muerte sobre sus hijos?

El suicidio

En Francia, hay aproximadamente 12.000 muertos por suicidio al año, de todas las edades, por 140.000 intentos de suicidio. Sin contar los «accidentes» no registrados como intentos de suicidio. Entre los menores de veinticinco años se han registrado 40.000 intentos de suicidio, de los que 80 por ciento no han sido objeto de admisión hospitalaria. Sin embargo, un individuo de cada tres reincide, un tercio de ellos en el año siguiente. Estas tentativas de suicidio acaban con 800 a 1.000 muertes por año, al menos respecto a las que están oficialmente registradas, haciendo del suicidio la segunda causa de mortalidad de los adolescentes después de los accidentes de carretera. Las chicas son tres veces más numerosas en intentar el suicidio que los chicos, pero ellas se salvan más a menudo. El porcentaje de suicidios en este tramo de edad se ha multiplicado por cinco desde 1960. Las formas de suicidio más utilizadas actualmente son la horca y las armas de fuego, sobre todo entre los jóvenes. El suicidio de los jóvenes, pero también el de las personas de edad que no encuentran su lugar en la sociedad, alcanza a la mayor parte de los países desarrollados. En Québec, que yo conozco por haber reflexionado allí sobre estas cuestiones con equipos especializados muy sensibilizados al problema, el porcentaje de suicidios entre los jóvenes de quince a veintinueve años está alcanzando cotas sin equivalencia a lo largo del mundo, representa la primera causa de mortalidad: Dos veces más de chicos ponen fin a sus días en Québec que en Francia. Las campañas de información organizadas a este propósito no han visto sin embargo disminuir el porcentaje de suicidios.

El aumento constante de los suicidios de adolescentes plantea un problema social. En una sociedad, el suicidio es siempre el barómetro del estado de las psicologías. Las preguntas quedan sin respuesta. ¿Por qué esa joven adolescente de catorce años se ha arrojado del tercer piso de su instituto? ¿Por qué una de sus amigas de trece años, presente entonces a su lado, la ha seguido inmediatamente lanzándose al vacío a su vez, sin matarse, pero sin conservar tampoco el recuerdo de lo que pasó? ¿Por qué ese joven de dieciocho años que había venido a quejarse a un amigo de la familia de ideas suicidas se ha ahorcado finalmente quince días después, a pesar de las conversaciones casi diarias que tenía con esta persona? ¿Por qué ese estudiante de instituto, que «tenía todo», como dicen los que lo conocían, la belleza, la inteligencia, el sentido de las relaciones, ha decidido desaparecer de la vida? Las respuestas no llegarán nunca. Toda intención suicida debe ser tomada en serio y no hay que creer que el sujeto no pasará a la acción simplemente «porque habla de ello demasiado». El gesto suicida es el signo de un desajuste personal, pero es también una forma de agredir al otro amenazándole con la propia muerte, y una forma de dejar la sociedad. Cada vez es el mismo choque, la misma decepción, la misma angustia que se imponen

tanto en la familia como entre los jóvenes, además con un contagio suicida siempre posible. Pero la mayor parte del tiempo este acontecimiento provoca, al menos entre los jóvenes, un deseo de vivir: se toma conciencia de que hay que aprender a afrontar las cuestiones de la existencia.

Cuando un joven se suicida, todos los que lo conocen, y los miembros de su familia en primer lugar, no pueden resignarse a aceptarlo sin reprocharse cruelmente haber pasado al lado de un interrogante, de una espera, de un sufrimiento escondido, de una llamada que se les había dirigido. Un vivo sentimiento de culpabilidad invade a cada uno, como si se hubiera cometido una falta, y se buscase, con posterioridad, reconstruir toda la historia para comprender y persuadirse de que la relación hubiera podido ser de otra manera. La parte de responsabilidad que puede tener el entorno es difícil de definir, y es a menudo peligroso hacer de ello una causa primera. Pero ocurre que una situación mal vivida y una injusticia flagrante llevan al individuo a un callejón sin salida. Hay también gestos y palabras que llegan a matar al otro socialmente: piénsese en los rumores, por ejemplo. El acto suicida es, en estas condiciones, una reacción y ocurre muy rápidamente después de los hechos. Pero hay que ser más circunspecto cuando se suicidan personas a causa de acontecimientos acaecidos varios años antes: se tiene aquí todavía el proceso del recuerdo-pantalla, que sirve para enmascarar problemas psíquicos inherentes a la personalidad. El sujeto, al no llegar a reconocerlos ni a aceptarlos, les atribuye una causa ajena. El entorno se deja coger en la trampa de estas razones aparentes. Nos concierne siempre el suicidio del otro porque él nos dirige un mensaje sobre las relaciones que manteníamos con él, y al mismo tiempo sobre la evolución de nuestra sociedad en general. Pero el acto suicida es siempre obra de un impulso, de un rapto.

Si a pesar de todo se intenta comprender, se debe decir en primer lugar que el suicidio aparece como otra respuesta al fracaso del trabajo de la interioridad. El suicidio, desde un punto de vista psicopatológico, es a menudo la consecuencia de un estado depresivo: antes de ser el síntoma de una patología, es el signo de un malestar. En la mayoría de los casos (30 a 40 por ciento de suicidios), los sujetos son presa de neurosis no tratadas. Las razones que conducen a querer darse la muerte son complejas. Encontramos a menudo en las motivaciones de quienes han intentado el suicidio (TS) las dificultades psíquicas propias de la adolescencia, conflictos personales con el entorno o situaciones insoportables de vivir. Así, uno de cada tres jóvenes que intenta suicidarse proviene de una familia marcada por conflictos conyugales o por el divorcio, que desemboca a menudo en la vida común con el nuevo compañero del padre o de la madre. Cuando los padres se separan, el hijo, cualquiera que sea su edad, tiene a menudo el sentimiento de estar pulverizado interiormente y pierde la confianza en la vida. Un adolescente de diecisiete años se quejaba de la

partida de su padre del domicilio familiar en estos términos: «Cuando un padre llega a dejar su familia, es un poco como si la casa perdiera su tejado. Espero que usted no haga esto nunca a sus hijos», me dice tomándome aparte. Pero muchos suicidios de jóvenes quedan sin explicar en la medida en que, aparentemente, no presentaban problemas particulares en los planos escolar, familiar o psicológico. Una de las hipótesis que se puede avanzar para explicar es la falta de estructuras psíquicas y del material cultural necesario para distinguir los objetos de la realidad de los de la vida imaginaria. Uno se acuerda de esas dos adolescentes que se suicidaron juntas identificándose con el cantante Kurt Cobain[12], que se había suicidado poco antes. ¿Qué había pasado en ellas? ¿Por qué esta fascinación por lo mórbido cuando ellas estaban, según sus allegados, «alegres y vivas»? Al comienzo, ellas hablaban de ello divirtiéndose y, progresivamente, se engancharon a su argumento, como en un juego de roles. Prepararon seriamente este gesto fatal y, prisioneras de una relación fusional entre ellas y su ídolo, actuaron por autosugestión, mimetismo o en un último impulso de seducción amorosa destinada al cantante. Divididos entre el imaginario y la realidad, los adolescentes basculan y se encierran en un mundo de sueños que les parece más atractivo que la vida. Así, las palabras de una canción son equivalentes a las cosas, lo que constituye una carencia básica del sentido de la realidad, típica del pensamiento esquizoide. Una película, el texto de una canción e incluso una novela son la realidad. Se puede encontrar esta regresión en algunos novelistas o guionistas, que evitan caer en el delirio psicótico al escribir. Esta producción les ayuda a aceptar el desfase existente entre la representación de las palabras y la representación de las cosas. El toxicómano y el suicida viven la misma confusión. Perderse en el imaginario como ellos hacen es una forma de reencontrar el estado primero de la relación humana siguiendo el modelo de la relación fusional con la madre, cuando el niño no sabe todavía diferenciarse de lo que no es él. La tentativa de suicidio es pues un episodio psicótico agudo, en la medida en que el adolescente no tiene ya representación objetiva de la realidad ni conciencia de lo que vive; pero tampoco tiene conciencia de la muerte: busca más reunirse con un ídolo que morir.

En efecto, ni los niños ni los adolescentes, cuando juegan con la muerte, tienen conciencia de su carácter irreversible. En este contexto, tienen a menudo tendencia a adoptar ideas que circulan en la sociedad para intentar dar un sentido a sus experiencias íntimas. En los años sesenta/setenta, los adolescentes expresaban su malestar personal recurriendo a ideas políticas; hoy, se agarran sobre todo a percepciones psíquicas. Kurt Cobain expresaba, en sus textos, un mal de vida juvenil y manifestaba deseos de autodestrucción. El desprecio de sí mismo y el deseo de morir son a menudo el reflejo de tendencias sádicas anales que son reactualizadas en la adolescencia: la pérdida del sentido de sí mismo se manifiesta en la desvalorización y a veces en la crueldad. Esta agresividad, aunque tome a veces el

pretexto de un rechazo de la sociedad y de la vida, no es más que la expresión de una lucha intrapsíquica contra la persona. Es síntoma de la dificultad para aceptarse, para hacer frente al mundo interior y a la subjetividad. La atracción por lo irracional «en las fronteras de lo real» y por todo lo que es asocial coloca al adolescente en un mundo mágico, en el que puede encontrar causas ocultas para su comportamiento, cuando es sencillamente dependiente de disfuncionamientos de su vida psíquica. El rechazo de sí mismo es manifiesto en algunos adolescentes mientras puede estar latente y enmascarado en otros, lo que le hace invisible para el entorno y a veces para el mismo sujeto. Puede sin embargo aparecer furtivamente a través de conductas incoherentes.

La adolescencia es una edad en que se es particularmente frágil; un simple resultado escolar puede ser la fuente de un sentimiento de destrucción. Así, se puede citar la historia de ese joven a quien uno de sus profesores había devuelto un trabajo con una puntuación baja comentándolo ante los demás alumnos con ironía. El tuvo la impresión de venirse abajo y que nada tenía ya importancia. «Al volver a casa —dice —, yo quería tirarme debajo de las ruedas del autobús porque tenía miedo de presentar mis notas a mis padres». La adolescencia marca en efecto el comienzo de un proceso de trasformación física y psicológica. El joven que entra en este cambio tiene el sentimiento de perder sus puntos de referencia y su seguridad de niño. Va a perder su cuerpo de niño, a cambiar sus relaciones con sus padres y su entorno, a experimentar sentimientos, pensamientos y deseos desconocidos hasta entonces. En breve, lo mismo que la oruga que se cambia en crisálida y después en ninfa de lepidóptero antes de dar nacimiento a una mariposa, el adolescente vive una trasformación y una crisis cuya intensidad es más o menos variable según las personalidades. Los cambios de humor, la modificación de las estructuras de la inteligencia, las presiones internas de las pulsiones sexuales, la dificultad de asumir los plazos necesarios para la realización de sus deseos, de asumir igualmente las frustraciones inherentes a la existencia son a veces agotadores para individuos que se creen realizados cuando están todavía en formación. Algunos adolescentes evocan el retorno al vientre de su madre en el momento en que deben encontrar su seguridad en ellos mismos. Reviven fijaciones de la infancia encaminadas al fracaso en la realidad. Son reactivadas en la adolescencia en el momento en que el individuo se enfrenta al final de las gratificaciones infantiles. Pero para renunciar a un bien, a una gratificación, hay que estar seguro de pasar de un estado a otro. La frustración es aceptable si, en compensación, se puede esperar un «bien futuro» real; si no, los suicidas se sienten sometidos a una violenta frustración, a una privación, a un fracaso. Nuestras sociedades fabrican jóvenes que son precoces durante la infancia y parecen poder desenvolverse por sí mismos, sin el apoyo de los adultos, pero que se descubren frágiles en la adolescencia y en condiciones de venirse abajo en el contacto

con las realidades. No están protegidos por los adultos, porque, lo hemos visto, la relación educativa contemporánea está más preocupada del confort afectivo del niño que de su adaptación a la realidad. El desarrollo inmediato se ha adelantado a la lenta elaboración y a la realización de las funciones de la personalidad.

Los adultos se encuentran a menudo perdidos frente a esta actitud psíquica que es, hay que recordarlo, parte de la experiencia de la adolescencia. Están preparados para diagnosticar una patología cualquiera en lugar de ver en ello un período de transición y de cambio. Están paralizados, olvidando su propia adolescencia, cuando deberían confiar, actuar para dar seguridad, estimular, recordar los puntos de referencia y las exigencias de base de la existencia. Tenemos demasiada tendencia, una vez más, a medicalizar estos estados, cuando conciernen a la relación educativa. No hay que negar sin embargo que, en los casos más graves, el suicidio es el último síntoma de una patología grave como la esquizofrenia, que se manifiesta mediante secuencias delirantes en que el sujeto, presa de pánico ansioso, tiene el sentimiento de vivir una desintegración de su personalidad. Puede ser igualmente el signo de una psicosis maníaco-depresiva en la que el sujeto es llevado a una profunda melancolía, a un intenso sufrimiento moral atravesado por la culpabilidad.

Si no se encuentran explicaciones para cada suicidio, podemos al menos intentar enumerar los signos clínicos: reconocerlos podría quizá evitar numerosas muertes. Tres situaciones deben llamar particularmente nuestra atención respecto a los adolescentes. La primera es la existencia de una sintomatología funcional repetitiva: dolores de cabeza, dolores abdominales, trastornos del sueño. En efecto, el adolescente utiliza a menudo el lenguaje del cuerpo para expresar un malestar que no puede manifestar de otra manera. La segunda es un repliegue relacional, un mutismo y un aislamiento, el adolescente se encierra en su habitación y no quiere ver a nadie, rechazando incluso, a veces, alimentarse. Estos fenómenos constituyen una señal de alarma que puede evocar el comienzo de una depresión o de una esquizofrenia. En fin, comportamientos marginales como el absentismo escolar, las fugas, los robos, las borracheras repetidas y, naturalmente, la toxicomanía, manifiestan un gran desamparo.

Repitámoslo, los padres no son sistemáticamente los responsables de las dificultades psicológicas de sus hijos. Es cierto que sus actitudes provocan a veces, como reacción, comportamientos. Pero la forma en que el hijo organiza su vida psicológica no depende únicamente de la educación, puesto que el adolescente es dependiente de la elaboración de sus tareas psíquicas.

Hemos comprendido que el problema del suicidio está en el cruce del desarrollo de una personalidad, de las situaciones que vive, y de su relación con el entorno y la

sociedad. Los adolescentes están implicados en un nuevo trabajo de unión con el núcleo de su vida pulsional, mientras que la sociedad les envía un mensaje contrario valorando las rupturas en todos los ámbitos y las pulsiones parciales, lo que va en contra del trabajo de unificación del yo. La historia muestra que, en los períodos de desorganización social, étnica, cultural, religiosa y moral, los individuos no saben ya a qué agarrarse. Hoy, estamos, en ciertos aspectos, en una «civilización de la muerte» que deja entender que la mejor forma de vivir, es destruir y romper. La prevención contra el suicidio es por tanto en primer lugar del orden de la educación. Les toca a los adultos saber señalar la realidad, ser coherentes consigo mismos, provocar en los adolescentes deseos de crecer en lugar de encerrarlos en una edad estática, ayudarles a comprender sus emociones interiores con el fin de que puedan controlarlas, y enseñarles a jerarquizar y diferenciar las relaciones y las realidades con el fin de evitar la confusión en todos los ámbitos.

El trabajo de interiorización se hace difícil y sin embargo es vital estar en unión consigo mismo. ¿Cómo puede entonces realizarse esta unión en el clima que acabamos de describir? El individuo, a falta de imágenes parentales significativas y de imágenes guía, debe tomarse muy pronto como objeto de identificación; al refugiarse en un narcisismo protector, corre el peligro de estar sometido de forma íntima a sugestiones que lo despojan de sus pensamientos y de sus actos. El deseo se normaliza, como el imaginario y las aspiraciones, estando extradeterminado por la psicología tribal que comienza por el lenguaje mediático. El hecho de interesarse por la vida íntima del otro muestra hasta qué punto, más allá de la perversión del voyeur, es difícil ocupar el propio espacio interno de otra manera que transgrediendo el del otro. La interioridad tiene necesidad para desarrollarse de recibir mensajes y materiales exteriores a sí misma. Padres y educadores tienen, es verdad, la preocupación de transmitir a los hijos lo necesario para despertar sus posibilidades y anclarse en la sociedad; pero esta transmisión no se da en las psicologías y en las relaciones; los individuos tienen el sentimiento de saber, pero no retienen más que un poco de información. Falta a las personalidades, para hacer este trabajo de unión, la finalización de su estructura psíquica, porque el ideal del yo y del super-yo no progresa. Están igualmente privadas de un conjunto simbólico, de un pedestal, de una base antropológica, es decir, de reglas fundamentales a partir de las cuales integrar los saberes. Se pueden decir muchas cosas, pero resbalan sobre el espíritu; esta estructura que falta, que se forma al contacto con una cultura, no permite tampoco a las personalidades asirse a la realidad. Los mensajes sociales son también demasiado incoherentes, divergentes, y, al socializarse cada vez menos el individuo convertido en rey, las mentalidades siguen siendo planas y superficiales. De ahí esta necesidad reivindicada sin cesar de autenticidad, de sinceridad, de libertad, de amor e incluso de interioridad. Todas estas realidades no pueden ponerse en marcha y son tanto más valoradas cuanto más

faltan y hay muchas personas que no las viven. En efecto, el individuo queda despojado de su interioridad en esta doble sociedad, por una parte liberal, de pensamientos reducidos al mínimo y de productos y de especies, entre otras animales, tan normalizados que empobrecen su variedad, y por otra mediática, que modelan los espíritus sin que nosotros sepamos de dónde vienen los mensajes que nos condicionan. La sexualidad sufre las consecuencias porque la vida pulsional, al no estar trabajada psíquicamente, ni en relación con la cultura, permanece limitada y fragmentada en sus primeros estados.

Capítulo 4
EL SEXO FRAGMENTADO

Durante un curso de biología, en clase de tercero, una alumna interroga a su profesor en estos términos: «¿Por qué los hombres y las mujeres tienen relaciones sexuales?». Ella no es ingenua hasta el punto de ignorar que son necesarias para la procreación y que constituyen uno de los modos de expresión del amor. Pero se declara decepcionada por no obtener respuesta a su pregunta. La profesora precisa simplemente que ella respeta el programa, y que la alumna podrá encontrar por sí misma otras perspectivas, sobre todo mediante el estudio de la filosofía. Esta alumna quiere oír hablar del sentido de la sexualidad humana mientras que su profesora se limita a describir su biología.

Toda la problemática sexual actual está resumida en este hecho banal de la vida escolar que pone a la luz dos miradas diferentes sobre la sexualidad. La adolescente se sitúa en el universo del sentido, en una visión relacional y simbólica, pero el adulto se acantona en el de «cómo funciona eso». Bajo la presión de la racionalización de las estadísticas y de las observaciones sociológicas, que no pueden ser más que puntuales y formales, asistimos a una lenta deconstrucción de los montajes simbólicos que organizan la sexualidad humana. Esta deconstrucción favorece la expresión de las representaciones primeras de las pulsiones y una atención acentuada a las diversas «perversiones» sexuales. Todo ocurre como si lo primitivo en el hombre, así como la prehistoria de su vida psíquica, fuera más digno de interés que lo que se ha elaborado progresivamente a lo largo de su historia. Hemos sabido que una radio nacional ha dedicado toda una emisión al fetichismo del pie, y que ha habido vivas reacciones por parte de los oyentes.

La época actual, fascinada por los arcaísmos psicológicos, parece complacerse en una mentalidad pregenital, que corresponde a la sexualidad naciente del niño. Si este último descubre progresivamente su cuerpo sin vincular las diferentes partes que lo componen, se implica sin embargo en un trabajo psíquico de relación hasta el momento en que es capaz de tener una visión global de sí mismo. Accede entonces a la sexualidad genital (entre tres y cinco años, y después de nuevo en la pubertad, entre doce y diecisiete años). Por el contrario, el adulto que no considera más que un

aspecto del cuerpo erotizado, para él mismo, adopta una conducta llamada perversa en la medida en que, por medio del fetiche, una parte de la personalidad se encuentra aislada y anclada en lo infantil. Sabemos que el fetichismo es el síntoma defensivo de una angustia de separación. El individuo invierte en demasía en un objeto portador de su indestructibilidad que prolonga su cuerpo, pero separado de él. Es una sustitución de la madre, el equivalente del objeto transicional (ropa, peluche, succión de los dedos, etc.) que el niño utiliza para asegurar la presencia materna. Sin embargo, en el adulto, el fetiche permite al individuo darse como espectáculo a sí mismo, siendo a la vez actor y espectador. Bien a pesar suyo, el sujeto se ve «obligado» a aplicar sus argumentos en una lógica compulsiva que va de la histeria de angustia a conductas agresivas que pueden ir hasta el asesinato. De la forma que el individuo tiene de organizar su vínculo sexual franqueando las diversas etapas psíquicas inherentes a las edades de la vida depende su eventual tendencia al fetichismo. La causa no es por tanto social; sin embargo, el entorno mediático, si valora estas prácticas al establecer una igualdad con la relación genital hombre/mujer, induce conductas conflictivas y patológicas. Invitar a los individuos a vivir lo más cerca posible del estado primero de sus pulsiones y de sus conflictos sexuales está pues cargado de consecuencias sobre el vínculo social y sobre su seguridad afectiva.

En nuestras representaciones sociales se impone una concepción exclusivamente biológica de la sexualidad. Cada uno estaría bajo el dominio del poder irresistible de las pulsiones sexuales que conviene expresar en cuanto tales. Esta visión, que vacía la dimensión psíquica de la sexualidad humana, se ha encontrado reforzada por el discurso anticonceptivo y abortivo pero también por el de los descubrimientos genéticos. En la mentalidad corriente, éstas dejan creer que nacemos con una sexualidad organizada de forma innata, cuando el vínculo sexual es, en parte, adquirido, y se construye en una interacción entre el niño, sus padres y su entorno. Querer insistir sobre lo biológico, es una forma de decir que nuestros deseos cuentan poco. Una actitud que despersonaliza el funcionamiento de la sexualidad humana contribuye a querer mantener en el exterior de uno mismo o a eliminar las presiones internas de las pulsiones sexuales. Buscamos así enmascarar las angustias nacidas de estas pulsiones, sobre todo creyendo que el placer puede ser infinito. «Hemos pasado de la sexualidad objeto a la sexualidad placer», titula una revista, anunciando una pseudo revolución sexual. Este tipo de discurso lisonjea las representaciones actuales pero no da cuenta de lo que se vive en la realidad. No vivimos a imagen de esas series televisadas que remiten a las representaciones primeras de la sexualidad, agresivas y devoradoras, no vivimos tampoco como en las películas publicitarias que erotizan el conjunto de la vida para imponer mejor los productos que nos invitan a consumir.

Breve historia de nuestro universo sexual

Durante estos últimos cuarenta años se ha puesto en marcha un sistema de representaciones de la sexualidad, que codifica una identificación con las preferencias sexuales marginales, valora la expresión de las pulsiones parciales y neutraliza la dimensión subjetiva de la sexualidad para hacer de ella una simple realidad pública. Estos desplazamientos explican por qué numerosos adolescentes y jóvenes adultos tienen dificultad para trabajar interiormente su propia vida fantasmal y no se refieren más que a representaciones colectivas. Hemos visto que uno de los síntomas de esta alteración del trabajo subjetivo es la multiplicación de emisiones de confidencias y de consejos en la radio y en la televisión. La puesta en escena mediática de la sexualidad participa en su despersonalización y en una inhibición para poder profundizar en esta vivencia interna. Todo el mundo se ocupa de la sexualidad de unos y de otros y todas las generaciones se confunden hasta el punto de mezclar la sexualidad de los adultos con la de los niños.

¿Liberación sexual o miedo al sexo?

El mito de la liberación sexual habrá marcado la segunda mitad de este siglo. No se ha inventado nada, la mayor parte de las prácticas sexuales han existido siempre y para convencerse de ello, basta con leer los autores antiguos e inclinarse sobre una iconografía bien hecha. Pero la revolución sexual ha nacido como reacción a una actitud de desconfianza en relación con el sexo que se ha desarrollado a lo largo de todo el siglo XIX. La severidad del discurso social a propósito de él encontraba en parte sus razones en las incertidumbres vividas por el conjunto de los países europeos desde el final del siglo XVIII. Las revoluciones, las guerras, los niños y los adolescentes abandonados o confiados a su suerte, la inestabilidad de las familias como consecuencia de los primeros divorcios (en 1793 había, en Francia, más personas que se divorciaban que matrimonios) eran otras tantas rupturas a evitar que han contribuido a desarrollar un síndrome antisexual. Después del desenfreno del siglo XVIII, cada uno deseó, para sí mismo y para los demás, una disciplina más estricta. La sexualidad ha sido entonces disimulada y la información sexual, que era trasmitida por los sirvientes y los compañeros de la misma edad, era en adelante enseñada por un adulto formado a este propósito y considerado apto para comunicarla. Las tesis de Rousseau *(Emilio*, 1762) que incitaban a no fiarse de la sexualidad juvenil y a reprimir la masturbación iban a marcar el pensamiento sobre el sexo durante todo el siglo XIX. Se ha operado un retorno en el siglo XX y se pregunta uno en este momento si no son más bien las opiniones del Marqués de Sade las que han ganado. De extraña y peligrosa, la sexualidad se ha convertido en una actividad

lúdica, recreativa y fuente de placer, puramente biológica. Ambas perspectivas llevan a un callejón sin salida.

La revolución sexual ha sido presentada como un modo de vida que permite a cada uno realizar su libertad individual. Para esto, la actividad sexual no debería ser regulada por ninguna ley. Si este modelo impregnó las representaciones sociales, no fue sin embargo vivido más que por una pequeña minoría, a veces con retornos inesperados. ¿No se dice que los libertinos anarquistas «caen» más pronto o más tarde en el matrimonio? Es verdad, la liberación sexual ha permitido un descubrimiento de las exigencias subjetivas de la sexualidad humana, pero al mismo tiempo, ha ocultado otros interrogantes más graves que no han sido reconocidos ni tratados por sí mismos.

¿A quién se exigió esta libertad, de quién se esperó? Porque el sentido de esta pregunta es: si alguien puede negarnos esta libertad, también hay alguien que puede dárnosla. Este es el señuelo de esta libertad sexual: creer que los padres pueden dársela a sus hijos o que hay un «super-padre» que puede también darla a los adultos. Si los jóvenes están a veces a la espera de una autorización para expresarse sexualmente, los adultos no tienen necesidad de ello. A cada uno le toca tomar posesión y asumir su vida afectivo-sexual. Se puede preguntar, sin por ello minimizar el peso de los códigos sociales y de los estereotipos que limitaban las personalidades, si quienes reivindicaban la libertad sexual no chocaban con un sentimiento de impotencia unido a la negación de la castración[1] que no conseguían resolver por sí mismos. No hay sin embargo que exagerar estos códigos y estos estereotipos porque cada uno se crea también sus propias alienaciones interiores, para conjurar sus fantasmas, con riesgo de reprochar después a los demás su falta de libertad.

Cuando en las sociedades tribales o de clanes la expresión sexual pasa por iniciaciones, heridas en el cuerpo y ritos de control social, en nuestra sociedad personalista, salida del cristianismo, la sexualidad es una conquista y una afirmación de sí mismo. Le toca al individuo resolver los conflictos y las expectativas ligadas a las representaciones edípicas de la sexualidad e interiorizar códigos y valores morales a partir de los cuales podrá elaborar su vida sexual y su relación con el otro. El individuo es pues remitido a sí mismo e invitado a comprometerse interiormente a fin de tomar posesión de sí mismo. Debe por esto aceptar afrontar la amenaza y la angustia que pesan sobre su sexualidad. Amenaza de ser desbordado por sus pulsiones que no están coordinadas en el inconsciente. Estas angustias perduran mientras la castración simbólica no esté integrada.

El adolescente se encuentra así sometido al despertar y a la presión de las pulsiones sexuales que acepta más o menos en el momento en que rechaza el papel de «continente» de los padres y de los adultos sin llegar a contenerse él mismo. Algunos jóvenes se hacen entonces tímidos y se expresan poco, por miedo a ser desbordados por sus deseos, o sus emociones. Se mantienen en un mutismo propio del adolescente hasta el momento en que confíen suficientemente en sus límites y en su personalidad para manifestarse. Es inútil forzar este mutismo o dramatizarlo, basta vivir y estar con los demás, llevado por la verbalización de estos últimos con el fin de aprender a manifestarse. El adolescente puede intentar igualmente contener sus pulsiones sexuales a través de conductas ascéticas, negarlas mediante actitudes de introversión (mediante la música, los dibujos animados sadomasoquistas, un lenguaje codificado, el repliegue sobre la banda o la atracción por los lugares oscuros y subterráneos) o liberarse de ellos en la provocación, sobre todo sexual. A esta edad, el sexo es vivido como peligroso en la medida en que implica emanciparse de su sexualidad edípica e integrar la diferencia de sexos. El retorno de la parte rechazada de las pulsiones iniciales es siempre posible, en particular en el desencadenamiento de la pasión. Pero recurrir al placer es también rechazar toda esta angustia, tensión vanamente contenida. Por el contrario, si se mantiene y acepta la tensión, entonces se trasforma en ideal del estado amoroso a la búsqueda de una asociación posible. No se trata ya de liberarse de una angustia, sino de intentar establecer y mantener una relación. Cuando el adolescente (¡o adulto!) ha integrado esta perspectiva, no está ya en una posición defensiva respecto a su sexo. Las prácticas de masturbación cesan por sí mismas y las relaciones con los demás se hacen posibles. Se asumen entonces las tensiones, las frustraciones y la capacidad para diferir la realización de los deseos.

¿Qué viene a hacer la libertad sexual en este guión tan clásico? Ella pertenece a los numerosos mitos de liberación nacidos al final de siglo XX, que dicen más sobre la alienación de los espíritus que sobre su libertad. Quienes han reivindicado alto y fuerte esta libertad sexual, proclamando que cualquier gesto, cualquier acto era posible, luchaban con su propio miedo sexual. Ellos han hecho responsable a la sociedad, a sus padres y a la educación de su aislamiento sexual. Ellos mismos se han revelado incapaces de elaborar y de desarrollar su deseo, prefiriendo mantener una sexualidad infantil, en la que todo parece posible y queda indeterminado, y evitando así enfrentarse a la realidad. En este clima ha aparecido la toxicomanía juvenil y, en Katmandú, algunos han buscado en una última peregrinación la extinción del deseo. Ser estimulado por el placer o, por el contrario, establecerse en una calma difusa gracias a la droga son dos alternativas extremas de la liberación sexual. No se trata ya de placer, sino de ser o no ser, existir sin tener que sentir tensiones. Este «pacifismo» es una negación de la experiencia humana y el rechazo de asumirla como tal. Ahora bien, el miedo a comprometerse y a implicarse sexualmente respecto al otro

representa el miedo a separarse de un estado anterior, a diferenciarse y a dejarlo. Es también la amenaza de separación y de pérdida que pesa sobre los amantes, la amenaza del «no ser», es decir, la separación integral, la pérdida de su propio ser. Darse a otro significa también renunciar a una parte de sí mismo, a rechazar una parte de su narcisismo para hacer un lugar al otro. Una operación difícil para muchos miembros de la generación del 68, que se han hecho individualistas, y cuya sexualidad constituye un medio banal de afirmarse y no una modalidad de la relación humana, la que conjuga lo íntimo de uno con lo íntimo de otro. Los temas de la liberación sexual han querido disminuir la gravedad de esta experiencia de compartir que es una amenaza para cada uno. Sin embargo, nadie puede hacer economía de este riesgo.

Desde la revolución sexual, los modelos de la sexualidad juvenil son los que han tomado el poder sobre las representaciones sociales a través, entre otras cosas, de la inestabilidad relacional y de la dificultad de tratar las tareas psíquicas e históricas inherentes a la relación amorosa. La multiplicación de las rupturas y de los divorcios expresa el fracaso de este trabajo psíquico. No se puede vivir de relación transitoria en relación precaria como adolescentes. Por esto, *a contrario*, se ha desarrollado la idea de que no es necesario casarse. Sin embargo, la representación cristiana de la relación amorosa, cuyos herederos somos, ha insistido justamente en la igualdad del hombre y de la mujer, en la libertad de la elección amorosa y ha contribuido a forjar la idea de que, cuando un hombre y una mujer se aman, tienen el deseo de hacer durar esta relación. ¿Es el concubinato algo distinto al miedo a comprometerse y a dar una dimensión social a la vida afectivo-sexual? Al expresar el miedo inconsciente de «darse» al otro, remite a la ambivalencia de la relación primitiva del niño con su madre, dividido entre el deseo imposible de la fusión y la angustia de ser devorado por el otro. La relación amorosa sólo puede asentarse en el tiempo y en la duración y por tanto institucionalizarse; lo que no ocurre con la relación sentimental, como veremos más tarde. Semejante compromiso angustia y da miedo al adolescente que vive en lo inmediato mientras no acceda al mismo estatuto que sus padres sin que por ello rivalice con ellos. Es entonces cuando él se da el derecho de asumirse sexualmente, sin haber sido autorizado como lo reivindicaban los militantes de la liberación sexual.

Una sexualidad higienista

Una mejor comprensión del funcionamiento de la sexualidad humana y el descubrimiento de nuevos medios técnicos que permiten regular la fecundidad han coincidido con esta revolución sexual. Desde entonces las cuestiones del sentido han sido eliminadas en beneficio de un discurso sanitario e higienista nacido al final del

siglo XVIII. Para aprehender la sexualidad, se parte de lo que es técnicamente posible, más que de una evaluación psíquica de lo que se ha vivido, de las necesidades sociales o de una reflexión moral.

La desarticulación de estos discursos (psicológico, social y moral) ha contribuido a parcelar la sexualidad en representaciones sociales, hasta el punto de llegar hoy a una valoración de representaciones sexuales y de prácticas más bien marginales, voyeurismo, sadomasoquismo, homosexualidad, etc. Son pues las tendencias más arcaicas y las más conflictivas las que nos son servidas sin la menor elaboración ni sublimación. No todas las elecciones de objetos o las preferencias sexuales tienen el mismo valor en la realidad, aunque sea porque no todas tienen el poder de crear un vínculo social. Así, los individuos que se viven a través de un régimen tan parcial intentan reagruparse según tendencias sexuales (pederastas, homosexuales, transexuales, sadomasoquistas, etc.). El efecto inducido es el fenómeno del «ghetto», apelación como mínimo mórbida. Es llamativo que unos y otros se refieran a ella sin cuestionarse, a no ser que se sientan al abrigo, como detrás de una ciudadela...

Las prácticas marginales han existido siempre, pero el discurso valoraba entonces una sexualidad genital heterosexual. Es decir que la organización de la sexualidad colocaba las representaciones de las pulsiones parciales bajo el primado del estadio genital, lo que permitía facilitar el paso de una psicología de lo perverso polimorfo (las atracciones parten en todas las direcciones), atributo de la sexualidad infantil, a la de la relación objetal y global con el otro. Lo que a continuación se ha llamado educación sexual ha ido rigurosamente en contra de este proceso.

Así el discurso sexual se ha polarizado solamente en el aspecto técnico y sanitario. El principio es simple: todo es posible en la medida en que uno sabe protegerse. Las pulsiones parciales son pues valoradas y se expresan a través de prácticas consideradas por sí mismas y que no interfieren en la calidad relacional con el otro. Cuando hay dificultad, se recurre a la sexología. La vida sexual es pensada entonces en términos de órganos, de medios y de técnicas. Si el compañero no quiere realizar tal acto que reprueba, su comportamiento es considerado como inhibición y no como desinterés por una expresión parcial de su sexualidad. Si la pulsión sádica es sublimada, la persona, por ejemplo, no siente la necesidad de entregarse, sobre el cuerpo de su compañero, a actos punitivos o de sufrimiento, o de humillación verbal.

No nos diferenciamos de las generaciones precedentes por una mayor aptitud para tener placer, sino por un desplazamiento de una sexualidad que, privada como era, se hace pública: descrita, exhibida, la sexualidad se convierte en fuente de quejas y de sufrimientos. Cada vez más exhibida y menos expresada, acaba por recaer en lo

virtual, que proporciona la ilusión de un acceso fácil al sexo en la medida en que el individuo no tiene que implicarse respecto de otro, ni avanzar con él teniendo en cuenta sus deseos y sus afectos. De hecho, la experiencia clínica nos muestra cada día más la dificultad de muchas personas para interiorizar sus representaciones sexuales, su imagen corporal y su relación con el otro. Habría que poder decirse todo y mostrarse todo, como si la distancia entre los espacios psíquicos de cada uno no fuera necesaria. La puesta en marcha de esta representación significaría que el individuo no es capaz de ocupar, por sí mismo, su espacio interno y que éste debe tratarse en el campo social, como lo sugieren algunos sociólogos. La inflación visual y lingüística sobre la cuestión sexual provoca una desposesión de la intimidad de la persona y mantiene un desequilibrio constante entre las prácticas individuales y las representaciones sociales. La paradoja es que, por un lado, nosotros volvemos a los grandes miedos del sexo, tal como el paganismo y el estoicismo los pensaron, y, por otro, desocializamos el sexo a través, por ejemplo, del miedo al matrimonio.

Cuando se presentan los problemas sexuales, deben ser situados de nuevo en el conjunto del funcionamiento de la personalidad. La vivencia interna, las representaciones individuales, la historia personal, las imágenes del propio cuerpo, las de la propia sexualidad, las propias tendencias, etc. Son otros tantos materiales a partir de los cuales la persona vive su vínculo sexual. Por el contrario, el recurso a productos técnicos o la menor intervención sobre el cuerpo deben ser tratados a partir de los afectos del sujeto. Una mujer puede haber decidido abortar y vivir *consecuencias* psíquicas que la deprimen; no basta con hacerle entender que, técnicamente, la operación ha sido un éxito para que ella pueda resolver su angustia. La historia de estos cuarenta últimos años ha hecho triunfar una sexualidad sanitaria que, en realidad, ha empobrecido considerablemente el imaginario erótico individual. Al imponer el modelo de la sexualidad juvenil como referencia, mayo del 68 ha valorado una afectividad precaria, indeterminada y desocializada (porque ella se toma a sí misma como único objeto de interés), y ha impedido que muchos hombres y mujeres se comprometan en un verdadero trabajo de elaboración de representaciones pulsionales de la adolescencia. El militantismo sexual que maneja los temas de la contracepción, del aborto y del sida prolonga estas preocupaciones sanitarias. Lejos de ser un progreso, en cuanto disposición psicológica, muestra más bien una fragilidad y una actitud defensiva que consiste en rechazar, mediante diversas tecnologías sexuales, los interrogantes relativos a la vida sexual. Mientras nos ocupamos de estos problemas pantalla, centrados en cuestiones técnicas (¿cómo hacer comprender a los jóvenes que deben ponerse un preservativo?), evitamos interrogarnos sobre la vivencia sexual.

Pagamos, cuarenta años después, las consecuencias de la ruptura de este período

mientras que una mayoría de jóvenes de hoy intentan reanudar con lo que sus padres rechazaron en su juventud. Es una cuestión vital para muchos de ellos, frecuentemente privados de una estructura interna que les permita integrar los saberes y su experiencia personal. Están a menudo en una nube interior en la que todo y cualquier cosa puede ser vivido sin que sean capaces de evaluarlo.

Decir todo, mostrar todo

Al mismo tiempo que se ponían progresivamente en marcha, desde 1970, estas nuevas representaciones de la sexualidad humana, hemos asistido a un cambio de punto de vista en los responsables. En efecto, en la escuela, la enseñanza de la moral y del sentido cívico fue suprimida a partir de 1969, mientras que una circular del ministro de Educación nacional instauraba la información sexual en los colegios e institutos. En la época, no existía la voluntad de remplazar una por otra. Pero en los hechos, es justamente lo que se produjo: la enseñanza de la moral parecía anticuada y no se consideraba ya necesaria. Pero ahí comienza el malentendido; desde que los educadores no trasmiten ya los códigos sociales, las reglas morales, y las costumbres de una sociedad, que garantizan el vínculo social, los jóvenes se encuentran desarmados y sin materiales sociales que interiorizar. Sin embargo, a pesar de esta falta de transmisión, el medio social ha sido capaz de seguir esta tarea hasta los años ochenta para compensar esta ignorancia.

Pero hoy nos encontramos incapacitados para apelar a valores objetivos y transcendentes, que superan al individuo. El hombre individualista y narcisista contemporáneo se considera la medida de todo y no consigue acceder a lo universal. En este sentido, cree que le hace falta inventar nuevos valores. Algunos se esfuerzan en «inventar otra manera de amar» ligada al sida. Afirmación curiosa. Porque, si siempre tenemos que aprender a amar, no es la primera vez en la historia que el hombre se enfrenta a la angustia de la muerte a través de la sexualidad, y no se ha creído nunca obligado a inventar el amor de forma inédita. Por querer demasiado reinventar el mundo, se ha privado a muchos niños y adolescentes de su arraigo, aunque ellos no siempre tengan conciencia de ello. No es extraño que se hable hoy de violencia juvenil. El espacio simbólico y el estilo de vida común que favorece la moral han desaparecido relativamente puesto que ya no estamos arraigados en una cultura. Ahora bien tenemos sobre todo necesidad de registrar nuestra existencia en un proyecto de vida, que supone un cierto número de exigencias.

La información sexual ha sido, en el origen, una innovación saludable: la escuela era entonces el único lugar en que la sexualidad humana no se estudiaba. Este trabajo

educativo se hacía ya en las asociaciones, en los movimientos de jóvenes y en las capellanías escolares. No estaba pues ausente de la vida de los jóvenes, pero se trataba de una verdadera educación sexual más que de una información. Se inscribía ciertamente en el marco de una descripción de la anatomía y de su funcionamiento e implicaba además una reflexión sobre el sentido de las relaciones con los demás y de la sexualidad a partir de un discurso centrado en el amor. Al dar este primado al sentido del amor, la educación ofrecía materiales que permitiesen a cada uno trabajar sobre su vivencia interna, sus representaciones, sus aspiraciones, sobre su historia personal y favorecía el paso de una sexualidad infantil, dominada por el imaginario, a una sexualidad objetal integrante del sentido del otro y de la diferencia de sexos.

Poco a poco se ha ido imponiendo una visión más mecanicista de la información sexual con la llegada de las técnicas contraceptivas, del aborto y del sida. Las obras sobre la sexualidad destinadas a los jóvenes han sufrido las consecuencias directas de ello. Hemos pasado de la enciclopedia a los fascículos de prevención contra el sida, las ETS o la procreación y a los manuales que se contentan con clichés, que desalientan cualquier interrogante. Como los autores de estas obras no querían ir a la zaga de lo que hoy se llama «la necesidad de sentido», se ha cambiado «cuestiones sexuales» por «cuestiones de amor» sin que por eso esta sustitución cambie la orientación del discurso. Se ha buscado así eliminar todo lo que podía plantear problema. En una obra[2] destinada a los niños de ocho a once años, se explica que padre y madre pueden separarse porque ya no se aman pero que se convierten en una pareja de padres. Este mensaje es al menos contradictorio porque el amor parental, es decir, el vínculo entre el hombre y la mujer que les une a su hijo, no puede pasar más que por el amor conyugal. Es el amor conyugal el que mediatiza el amor parental. En caso de separación, lo que puede aparecer es una relación de apoyo parental, que opone a los dos polos, pero no ciertamente una pareja de padres. En el mismo documento, la homosexualidad se presenta como una relación equivalente a la pareja hombre/mujer: «Es siempre amor». Tampoco esta afirmación es evidente, y habría que explicar las diferencias psicológicas y sociales entre el amor heterosexual y el amor homosexual. Volveremos sobre ello más tarde. En resumen, tales obras justifican los modos actuales y suprimen los interrogantes molestos sin tener en cuenta la psicología del niño ni los retos reales del amor humano. De hecho, esta visión utilitarista de los libros de educación sexual no es más que el reflejo de la implicación de los adultos en la sexualidad de los niños.

Más difícil es tratar los problemas afectivos y las intrigas subjetivas de la sexualidad. Así se deja creer a los jóvenes que deseos, tendencias y productos del imaginario pueden vivirse en la realidad tal como se presentan, siendo la única exigencia protegerse, y por tanto permanecer a la defensiva en relación con el otro. Ningún

interrogante sobre sí mismo. Si por ejemplo se presentan tendencias homosexuales, como a veces ocurre en la adolescencia, cuando el niño se enfrenta a problemas de identidad y de elección de objeto, hay que poder situarlos, sin concluir apresuradamente una homosexualidad definitiva. ¿Por qué encerrar al individuo en una psicología cuajada de representaciones sexuales? Semejante perspectiva estanca la sexualidad y bloquea la movilidad del individuo retardando los conflictos que habrá que tratar un día. Porque a partir de la vida afectiva se pueden trabajar las emociones, las sensaciones y las imágenes. Si no existe un discurso sobre el sentido del amor, no se ve cómo pueden ser orientados, interpretados e interiorizados los sentimientos en una perspectiva a la vez psicológica y moral. Es ahí donde el zapato aprieta, porque estas dos perspectivas —psicología y moral— son las mal queridas de los discursos actuales.

El resultado es que el adolescente de hoy sabe todo lo que va a vivir antes incluso de haber tenido la menor experiencia de ello. Y, aun cuando está sobreinformado, retiene pocas cosas de estas informaciones. Pero los daños son bien reales: es la intrusión en la intimidad y, a menudo, como reacción, un repliegue y una desconfianza con el riesgo de una sexualidad que se desocializa y se instala en sus representaciones primeras. Si los padres no son los mejor situados para hablar de la sexualidad a sus hijos, el discurso del ginecólogo, el del biólogo o el del epidemiólogo son insuficientes. El campo educativo debe despertar el sentido de la relación al otro y de la calificación de sus sentimientos y de sus actitudes, más bien que el solo discurso médico.

El presupuesto de la información sexual es que el discurso debe ir por delante de las experiencias. En esta lógica, cuanto más precozmente esté informado un niño mejor se desarrollará libremente en el plano sexual. Es así como más allá de la anatomía y de la fisiología, los manuales tratan de gestos de las prácticas sexuales y de diversos medios contraceptivos y abortivos. Si semejantes informaciones deben ser el objeto de una enseñanza escolar, no se ha tenido suficientemente en cuenta la edad de los adolescentes a los que se dirige y su psicología. Se ha puesto a los niños en presencia de la sexualidad de los adultos, de problemas que éstos encuentran y de cuestiones que se plantean ante la procreación. Pero no se ha dejado a los jóvenes el espacio psíquico en que tratar sus propias cuestiones. Si algunas de ellas tienen necesidad del discurso de los adultos y de la sociedad, otras conciernen al tratamiento interno a la vida psíquica.

En realidad, la educación sexual tal como se practica hoy viene a agudizar el voyeurismo del niño y del adolescente que quieren ver la sexualidad de los adultos y en particular la de sus padres, a la que no tienen acceso. Es importante que

comprendan que la sexualidad de sus padres no les concierne y que, si quieren desarrollar su propia sexualidad es mejor no garantizar este clima incestuoso. Padres jóvenes afirman, con una cierta ingenuidad y sin saber lo que dicen: «Puesto que yo no he sabido lo que hacían mis padres sexualmente, yo mostraré todo a mis hijos». Al mismo tiempo que nuestra sociedad pone en guardia, justamente, contra la pederastia, crea sus condiciones: la educación sexual ha erotizado la relación con los niños. La confusión es ya completa: por un lado los padres se dan cuenta de que no es evidente abordar la cuestión con su hijo, por otro, la escuela informa sin tener en cuenta las edades psíquicas del niño. Sin embargo sabemos que tanto los niños como los adolescentes reciben información a partir de la imagen que ellos tienen de su cuerpo sexuado y de las representaciones que se hacen de la sexualidad. Es así como seleccionan e integran (o no) los datos que vienen a resonar sobre una problemática individual. Unas veces la información es retenida, otras es deformada o simplemente ignorada. Por eso la vivencia sexual de los jóvenes, inherente a su vida psíquica más que a su expresión genital, es hoy literalmente ridiculizada. Las obras de información sexual fomentan el infantilismo y la inmadurez afectiva, cercanas en este sentido a los medios de comunicación que implican igualmente a los niños en la sexualidad de los adultos y no los sitúan en su desarrollo y en sus interrogantes.

En América del Norte (Estados Unidos y Canadá), esta escalada de información sexual ha creado problemas que hay que curar ahora. Al banalizar la sexualidad y al disociarla de su dimensión afectiva, se ha favorecido el paso a la acción con el primer compañero que se presente sin que éste sea el objeto de una real implicación afectiva. Esta sexualidad impulsión/reflejo ha reforzado como contrapeso el puritanismo ya presente en esta sociedad, lo mismo que ha provocado una reacción de rechazo en muchos jóvenes que no desean vivir su sexualidad en el conformismo de una expresión obligatoria. Al abandonar su dimensión afectiva, la sexualidad se ha empobrecido; cuanto más débil es el imaginario erótico individual, tanto más se refuerza el exhibicionismo de la «sociedad de la imagen», que deja poco espacio y distancia al imaginario individual. Las imágenes sexuales que circulan en el campo social preforman los espíritus. No es cuestión evidentemente de acercarse y de implicarse con el otro en una historia relacional. Es mejor quedarse solo, con el riesgo de sufrir por ello.

¿Qué es el amor adolescente?

En este contexto, los jóvenes se quejan de no oír hablar de amor. Los adultos los observan, pasmados de constatar esta expectativa que consideran tradicional. ¿Por qué buscar más allá de los sentimientos del momento?, se preguntan. Los jóvenes

conocen esta inestabilidad a causa de sus propias dudas, y aspiran a una dimensión más arraigada y más viable en la realidad. Ellos son a menudo portadores de heridas afectivas de sus padres. Las rupturas y el divorcio tienen siempre consecuencias sobre su vida afectiva. Debilitan la confianza que pueden tener en sí mismos y en la visión que tienen de la relación amorosa. Estos fracasos llevan a dudar de la posibilidad de comprometerse con alguien.

Lo que hay que comprender es que los problemas afectivos no menos que los conflictos conyugales o las carencias de la comunicación en la pareja no se arreglan con la sexualidad. Por el contrario, favorecen la mayor parte de las inhibiciones sexuales y las pérdidas de deseo. Cuando un adolescente vive prácticas sexuales con alguien, no expresa automáticamente su afecto por esta persona. En muchos casos, copia lo que ha visto en la televisión. Lo visual le sirve de modelo de referencia. Tradicionalmente, los chicos ven en ello más fácilmente un simple aprendizaje sexual que no está necesariamente unido a una implicación afectiva, mientras las chicas aceptan relaciones sexuales después de una reflexión y en la medida en que son la expresión del descubrimiento de sentimientos que las unen a su compañero. Para la chica, en efecto, el compañero prefigura un cónyuge potencial y permanece, después de la ruptura, como una imagen idealizada a partir de la cual se va a organizar su vida afectiva. Sin embargo, desde hace algunos años, se asiste a una progresiva identificación de las chicas con la psicología sexual de los chicos. Ellas los imitan actuando a modo de desafío. El tratamiento de todos estos retos es importante en el momento de la adolescencia y de la postadolescencia y puede dejar secuelas en la vida del adulto.

¿Qué ocurre exactamente con el deseo sexual de los jóvenes? En el momento de la adolescencia la búsqueda del otro se vive de forma narcisista, es decir, en la prolongación de las propias representaciones y de sí mismo, en una visión fusional que reactualiza la relación madre/hijo. El otro se difumina, se hace segundo, es más esperado para que el sujeto se experimente a sí mismo que para encontrar una persona diferente. La expresión sexual aparece más como un medio de conocerse que como una forma de mantener una relación amorosa. Está claro que la actitud narcisista es inherente a la relación amorosa, sobre todo cuando el otro es idealizado para representar un aspecto que al partenaire le gustaría poseer. Pero ésta debe confrontarse con la realidad del otro para saber si la relación se puede mantener o no en la realidad. El problema se plantea desde entonces en términos de cooperación y de asociación para hacer viable tal relación. Esta perspectiva supera la simple «armonía» sexual.

En este sentido, la información sexual ha eliminado completamente la dimensión

afectiva al confundir el atractivo sexual con el amor. Una atracción sexual no significa automáticamente que se inscriba en un deseo de amor recíproco. El ligue y el flirteo no son un comienzo de la sexualidad y del amor. Son más bien la expresión de representaciones primarias de la pulsión sexual que son agresivas, posesivas y narcisistas. Ellas no tienen en cuenta al otro, que aparece como un objeto a poseer sin tener que calificar y manifestar la naturaleza de la relación. Se trata sobre todo de encantar y de sentir la fuerza que se puede imponer al otro.

Una obra de educación sexual[3] afirmaba: «Hacia los doce-trece años, tener un(a) amiguito(a) es una forma de experimentar las verdaderas relaciones amorosas que tendrán lugar más tarde». Sin embargo, estas relaciones no son comparables a una relación más elaborada que vendrá en el futuro. Se deja que los jóvenes oigan que viven un acercamiento al amor, cuando de hecho, a esta edad, es sobre todo cuestión de actitudes ligadas a la problemática de la adolescencia y que no conciernen a una significación amorosa. Se trata sobre todo de la necesidad de reafirmarse y de buscar relaciones de conservación. Estas relaciones no duran. Son demasiado orales, fusionales y vuelven a representar el conflicto edípico. Son incluso limitativas, puesto que la afectividad, restringida precozmente por una elección pseudo-amorosa, no se socializa. Mientras que, en el mejor de los casos, la socialización de la vida afectiva se realiza antes de la elección amorosa para desarrollarla, enriquecerla y afinarla. Puede incluso haber un conflicto entre una y otra en la vida psíquica, pero también en la relación entre adolescentes en particular, cuando la chica no soporta las actividades que el chico practica sin ella o la presencia de compañeros en su vida. Las chicas son percibidas, con razón o sin ella, como las que obligan a romper las amistades masculinas, incluso las relaciones familiares, y las que se imponen de forma posesiva. La observación del funcionamiento de la afectividad juvenil, marcada por la necesidad de reafirmación de sí mismo, muestra hasta qué punto los retos psíquicos no conciernen en primer lugar a una experiencia amorosa como en el adulto, sino al tratamiento de problemáticas específicas. ¿Cuáles son estas problemáticas?

Las chicas intentan invadir la vida psíquica de los chicos mientras los chicos tienen necesidad de utilizarlas como objetos de valoración. La chica verbaliza más e intenta hacer hablar al chico. Hay pues una estructura de comunicación muy diferente en el uno y en la otra que es fuente de numerosos malentendidos. El chico quiere reafirmarse en el contacto con la chica y ésta desea interrumpir hasta que ella resuelva su complejo de masculinidad. La vida afectiva de la chica púber, que puede durar más allá de este período, reposa sobre el deseo de ser como un hombre. ¿Por qué? Porque la chica no ama a su padre de la misma manera que el chico ama a su madre. A través de la relación materna la chica descubre y se acerca al padre mientras que el chico debe diferenciarse de la madre. Los niños, cualquiera que sea

su sexo tienen tendencia a identificarse, al comienzo, con la feminidad materna pero se viven todos como chicos respecto de la madre para desligarse de su poder, a imagen del padre, y, a continuación, sólo frente al padre el chico será confirmado en su masculinidad y la chica podrá feminizarse. Este proceso de identificación se pone en marcha muy pronto en el niño.

Las relaciones entre los chicos y las chicas en el momento de la adolescencia vuelven a representar este guión que no tiene nada que ver con la relación amorosa. Esta última implica el reconocimiento de la diferencia de los sexos, la igualdad y la reciprocidad. El adolescente no tiene todavía la competencia de esta madurez. Se puede incluso constatar que, muy a menudo, las relaciones sentimentales juveniles están cerca del modelo de la mantis religiosa. Las revistas para adolescentes o las series televisadas ponen en escena una sexualidad oral, propia de la pubertad, en que cada uno se confunde con el otro de forma más o menos devoradora y en la fascinación de las apariencias. Los medios de comunicación modelan así la sexualidad juvenil apoyándose únicamente en los mecanismos de la sexualidad infantil. Los adolescentes se miran en su propia imagen como si los sentimientos que experimentan fueran un modelo de futuro cuando reactualizan su prehistoria afectiva. Les es necesario sobre todo aprender a elaborarlo para reunir las condiciones psíquicas en el estado amoroso más bien que mantener relaciones primitivas hechas de dependencia, de posesión oral y de relación de pareja narcisista a imagen de la de la madre y del hijo. Nuestra tendencia al sentimentalismo afectado, amplificado por los medios de comunicación y las «comedias de situación» *(sitcoms)* de *Hélène et les garçons* a *2 B 3 (Two Be Three)*, mantiene el infantilismo y la irresponsabilidad de los sentimientos y confunde el amor con el apego materno que es sencillamente desplazado sobre cualquier otro. No hay nada nuevo en la vida afectiva que no progrese en madurez. Ahora bien, las tareas psíquicas que permiten la maduración afectivo-sexual tienen que ser tratadas por sí mismas durante la adolescencia y, cuando no lo son, frenan el desarrollo personal y complican, posteriormente, las relaciones de pareja. Los adultos son así prisioneros de problemas que no han sido nunca abordados durante su juventud y que explican las crisis y los fracasos que encuentran más tarde en su vida de pareja.

La chica tiene necesidad de reconciliarse con su anatomía y cuando esto no ocurre cae en conductas anoréxicas o bulímicas. El chico se libera de su complejo de Edipo gracias al complejo de castración que lo sitúa en sus límites y cuando no lo consigue multiplica las conductas peligrosas o los comportamientos violentos contra sí mismo o contra los demás. Por el contrario, bajo el impulso del complejo de castración la chica entra en la situación edípica y accede a la feminidad. Esto manifiesta lo importante que es la reivindicación respecto al padre y lo vital que es su

reconocimiento para ella. Ella se sitúa en una posición ambivalente: reivindica una virilidad y exige al mismo tiempo ser reconocida por el chico investido de poderes edípicos. El chico encuentra en su amiga una forma de dependencia materna que lo reafirma, pero siente también la necesidad de liberarse de la omnipotencia materna con la que se identifica pero de la que se separa aceptando la imagen paterna. Sin este paso, el chico tendrá siempre una duda sobre su virilidad. El rechazo o la devaluación de sus imágenes parentales provocan, sin que se dé cuenta, su propia depreciación.

La mayoría de estos reajustes se operan por sí mismos en la vida psíquica en el momento de la adolescencia. Por el contrario, estos conflictos pueden aparecer en la realidad y a veces hacerse complejos bajo la influencia de experiencias sentimentales precoces. Hay así separaciones entre compañeros adolescentes, que se han elegido a imagen inconsciente del padre del otro sexo, que tienen como función separar a estos adolescentes, sin que lo sepan, de sus padres edípicos. Esta renuncia se realiza interiormente en personalidades que han accedido a las funciones simbólicas de la vida psíquica. Pero para quienes no lo han conseguido, la vida y los personajes internos van a ser transferidos a la realidad hasta el punto de confundirse con personas de su entorno. La mayor parte de los conflictos y de los problemas de comunicación con los demás comienzan a partir de este desplazamiento tan propicio a los errores sobre la persona. Los adolescentes se equivocan a menudo de objeto de amor y de objeto de conflicto. El entorno se equivoca al valorar y dar crédito a todas estas relaciones afectivas entre adolescentes, como si ellas representasen el modelo del amor. No estamos en el registro amoroso, sino en la pasión y la tragedia de los apegos edípicos. El modelo de la relación amorosa no puede ser el de la seducción edípica ni el del incesto. Y sin embargo, el discurso social actual, al valorar las pasiones adolescentes, no hace más que reforzar el sistema edípico fundado sobre la fusión.

La relación así vivida favorece las intrigas subjetivas sin tratarlas. La vida afectiva no se socializa y no pone en marcha las mediaciones simbólicas que diferencian su vida interna y su vida social. Es preciso poder contar todo al otro, con el riesgo de estar al descubierto en la confusión de los espacios psíquicos. Amar al otro no supone revelarle, con el menor detalle, lo que le pasa a uno. Al entregarse así, a veces sintiéndolo después, los adolescentes o los adultos manifiestan su incapacidad para tomar posesión de su interioridad. Se encuentran demasiado inseguros en esta soledad —que no se confunde con el aislamiento—, signo sin embargo de que su personalidad les pertenece. Piden que el otro les proteja de sí mismos hasta el punto de hacerse prisioneros. Estas relaciones llamadas amorosas limitan la personalidad en lugar de realizarla.

Por esto la relación educativa debe insistir principalmente en la necesidad de socializar la vida afectiva antes de plantearse una elección amorosa. Ahora bien, desde hace casi cincuenta años, se ha invertido este proceso privilegiando la pareja como única finalidad afectiva de la infancia y de la adolescencia cuando hay otras cosas que vivir antes de llegar a esta posibilidad. ¿Cómo extrañarse de ver aumentar los fracasos relacionales que acaban en rupturas y en divorcios y constatar el aumento del número de personas solas? Queremos quemar las etapas de la lenta maduración de la vida afectiva. Los jóvenes deben tomar el tiempo de vivir su infancia y su adolescencia a fin de estructurarse interiormente. Pero se les deja creer que pueden vivir como adultos, cuando aún no tienen las competencias psíquicas.

Difícil pues construirse. Los jóvenes pasan así de la elección precoz a la falta de implicación afectiva —marcada por los sufrimientos de pérdida— y después vuelven a un intento de socialización para compensar la pérdida que acaban de sufrir más que para poner en marcha un proceso que tenía que haber precedido al obrar sentimental. Algunos educadores observan que no es fácil liberar a los jóvenes de un estereotipo que les obliga a «estar enamorados». A menudo sólo como consecuencia de los fracasos el adolescente, o el joven adulto, se vuelve hacia el mundo exterior e intenta desarrollar sus relaciones con un nuevo sentimiento de libertad. A veces esperará y reflexionará sobre sí mismo antes de implicarse afectivamente con algún otro, o bien quedará defraudado y escéptico ante la idea de que pueda madurar otra relación.

Algunos elementos para pensar las cuestiones sexuales

La sociedad industrial abandonada a sí misma no tiene el sentido de la persona; la aprehende como una simple realidad económica considerada en términos de resultado y de rentabilidad. Sólo cuentan estos criterios. Así, la sexualidad toma también un cariz instrumental, sin que se preocupe de la calidad relacional con el otro. La relación imaginaria es inmediata y proporciona un placer/descarga, sin elaborar en el tiempo una relación real que tenga en cuenta la personalidad, la historia, el sexo, los deseos y las pertenencias del otro. No un proyecto de vida pues, sino representaciones psíquicas como mínimo inquietantes. Al destruir la simbología de la relación hombre/mujer, de la familia, de la diferencia de sexos y de generaciones, hemos saqueado el material a partir del cual se puede construir el vínculo social. El individuo es cada vez menos una persona unificada y se percibe cada vez más desde el enfoque fragmentado de los aspectos más parciales de la vida psíquica, dando nacimiento a una concepción fragmentada de la sexualidad. Hemos pasado de una educación en el sentido de las relaciones a una formación instrumental que deshumaniza progresivamente la sexualidad.

Las pulsiones parciales, el cuerpo en pedazos

Se nos hace ver a menudo en los medios de comunicación o en las obras de arte las imágenes de un cuerpo hecho pedazos, cuyos trozos están erotizados: la publicidad o la cámara se paran en primer plano sobre una parte del cuerpo aislándolo del resto. A esta fragmentación del cuerpo corresponde una sexualidad presentada en términos de destreza sexual más que en términos de relación o de calidad relacional. La variedad de elecciones de objetos está también totalmente fragmentada en la economía de las pulsiones parciales: sadomasoquismo, voyeurismo, exhibicionismo, homosexualidad, pederastia, travestismo, transexualismo, etc. y hasta el aumento de películas pornográficas sobre zoofilia, que muestra la dificultad de elaborar ciertas representaciones arcaicas de la pulsión sexual. Las producciones de la pornografía, desde revistas a casetes de vídeo, se clasifican, por otra parte, en tantos subgrupos como pulsiones parciales y productos del cuerpo humano a erotizar hay. Desde el *gang bang* (simulación de violaciones colectivas), el *spanking* (las azotinas), el *wrestling* (luchas sexuales, cuerpo a cuerpo), el *scato* (juego con los desechos del organismo), el *golden shower* (literalmente «ducha dorada», erotización de la orina) hasta las producciones centradas en la «depilación», «la masturbación» y «el exotismo» del color de la piel. Este mercado es suficientemente floreciente para que nosotros midamos los retos psíquicos.

Estas tendencias afectan no sólo a la publicidad y a la pornografía, sino también a la forma en que se tratan los problemas humanos en los semanarios, que expresan, alimentan y refuerzan los condicionamientos psicológicos de una época. Una revista femenina ha consagrado un dossier a la incertidumbre supuesta de los hombres. Encontraba la solución al problema del *self* masculino en una respuesta sanitaria y en la valoración del órgano del macho. Se podía leer en la portada: «No está ya seguro de nada... Devolvedle su pene. Ocho consejos para excitar su moral y su virilidad». El artículo pseudo-psicológico, lleno de clichés y de falsas informaciones, infantilizaba la relación hombre/mujer dando a las mujeres un papel de madres-cuidadoras de hombres considerados enfermos.

El arte no se queda atrás. Una exposición de fotos en Lyon mostraba, en doce clichés, anos en primer plano. El fotógrafo de Benetton había exhibido él mismo, hace algunos años, en paneles publicitarios multitud de sexos. En la Real Academia del Arte de Londres, producciones más mórbidas, pero igualmente fragmentarias, han chocado al público: el retrato de una asesina de niños llamada «Myra», «la asesina de las Landas», había sido hecho con huellas de manos infantiles; *La sexualité au naturel* de Sarah Lucas representaba un colchón puesto en el suelo, sobre el que se encontraban por un lado dos bolas (para los senos) y más abajo un cubo (para la vagina) y por

otro, en el centro del colchón, dos pequeñas bolas rematadas por un bastoncillo simulando una erección. En cuanto a los hermanos Chapman, exponían cuerpos en resina de síntesis mutilados, cortados en trozos y decapitados cuyo efecto realista estaba subrayado. Estas diferentes producciones, por citar solamente algunas, exhiben lo más arcaico, lo más cruel y lo más sádico del psiquismo humano. Expresan lo factual y confirman el aislamiento en el que estamos. El arte conceptual, sea pictórico, escultórico o arquitectónico, se inscribe en la misma perspectiva y subraya a menudo esta misma crisis de la interioridad. El juego con objetos rudimentarios, materiales, formas, líneas y colores se interpreta como otros tantos signos: el espectador se encuentra en la postura del esquizofrénico, que intenta permanentemente interpretar las palabras, los gestos y los sonidos como otras tantas significaciones reales que no son más que delirios. Por oposición, el símbolo mantiene una relación fuerte con la realidad. El arte contemporáneo manifiesta con fuerza nuestra incapacidad para dar un sentido a la sexualidad: son partes de cuerpos, de sangre, agresiones sexuales e incluso cadáveres que muestran la desorientación de la dispersión hasta la morbosidad. Manifiesta de esta forma las mentalidades actuales que permanecen más acá de la simbolización[4] de las pulsiones sexuales.

La novela contemporánea francesa no se queda a la zaga y expresa igualmente esta tendencia fragmentaria de la sexualidad a través de actos considerados en sí mismos. Los personajes hacen a menudo un solo y son narcisistas. El otro, siempre mencionado a través de partes del cuerpo, aparece como un accesorio de sensaciones, sin implicaciones afectivas.

• Identificación con la animalidad

Algunos se inspiran en la sexualidad animal para erigirla en modelo. Es verdad que hay un cierto parentesco entre las sexualidades animal y humana, pero también rupturas de naturaleza que están unidas a la originalidad de la vida psíquica humana y a la cultura. El hombre crea, mantiene y renueva la civilización de la que depende, mientras que el animal no hace más que reproducir aquello para lo que ha sido programado. El libro de Clarissa Pinkola Estés, *Femmes qui courent avec les loups*[5], invita a las mujeres a vivir plenamente su animalidad. Esta obra, que ha tenido mucho éxito en los Estados Unidos y ha sido publicada en dieciséis países, quiere hacer tomar conciencia a las mujeres de que la civilización ha ahogado su naturaleza profunda, que hay que hacer resurgir el «yo primitivo» y, con él, toda «la sensualidad y los buenos instintos de loba» de la mujer. Ella presenta veinte formas de llegar a ello a través de consejos más bien *new age*. El modelo es aquí el de la mujer salvaje, la felina (se conoce la moda de ropa del look leopardo...), en el que la agresividad permite imponerse mejor a los hombres.

De la misma manera, la novela *Truismes*[6] expresa el gusto actual por la regresión. La relación con el otro está puesta aquí bajo el signo del cerdo y de un cerdo asesino hasta el parricidio. ¿Qué son pues las emociones y los movimientos de la afectividad humana para que se los represente comprimidos en una identificación zoofílica? Al no saber ya cómo expresarse, los humanos se vuelven hacia los animales. El aumento de los animales de compañía ha ido a la par de la disminución del número de matrimonios y de nacimientos. ¿Es un signo?

• Imposible sensualidad

El idilio romántico, la pasión carnal del amor loco no tienen ya éxito. La literatura de hoy utiliza un lenguaje crudo y tanto más realista cuanto que no se ancla en la interioridad. *Jouir*[7] participa de esta orientación: el autor intenta relatar una educación sexual de seis a treinta y dos años con un discurso que quiere ser sincero cuando se trata evidentemente de una reconstrucción a partir de los afectos sexuales contemporáneos. Las experiencias son expresadas en estado bruto y designadas a través de un realismo poco elegante. El erotismo es obsesivo y calculado, rico en descripciones del físico de los órganos y de la biología de los fluidos, pero pobre en imaginario erótico, desprovisto de emociones y de sentimientos. El conjunto evoca una gimnasia fría y cínica. Estamos lejos del *Kama Sutra*, de la fiesta de los sentidos y de los cuerpos, pero más cerca de los tratados de anatomía, de planes programados, de técnicas sexuales y otros artilugios. Los títulos de las novelas publicadas en Gallimard en el otoño de 1997 son evocadores: *Placeres explosivos, Orgasmos repetidos, Sexos rígidos, rojos, Los consoladores negros, Los Olores de transpiración*... Las preocupaciones sexuales no superan las de los pavores y atractivos de la edad púber por las deyecciones, el asombro ante los productos genitales. Así, un narrador[8], preso en el espejo de Narciso, queda fascinado por «los espermatozoides de lluvia que ondulan sobre los cristales». Estos escritores, en su mayoría treintañeros, evocan la sexualidad a la manera de los colegiales de tercero, como si ellos mismos no lograsen pasar a la edad adulta. Se encuentra esta misma falta de horizontes en la literatura inspirada por la homosexualidad. El autor de *Sexes*[9], de treinta y dos años de edad, no supera el universo ambivalente y voyeur del púber. Las expectativas y los retozos son convenidos, los personajes no tienen envergadura psicológica. La multiplicación, en esta novela, de las precisiones sobre la realidad anatómica subraya de rechazo la pobreza de la afectividad y del imaginario amoroso individual.

El desarrollo de estas novelas *hard* parece sintomático de una carencia del erotismo. Es también significativo del aburrimiento del que se quejan los habituales de las relaciones con compañeros múltiples. Tantas experiencias que no se corresponden

con lo que se había contado; de ahí un erotismo plano, limitado a la observación de los órganos y de los movimientos del cuerpo y de sus productos, que viene a compensar la ausencia de una verdadera expresión sexual.

Hay que recordar que la pulsión sexual, de origen inconsciente, reposa sobre la economía de las pulsiones parciales que no están unificadas. Cada una busca por su propia cuenta sus propias gratificaciones hasta el momento en que el equilibrio global de la vida psíquica corre el riesgo de ser desestabilizado. En este caso, la pulsión tiene su propio sistema de autorregulación para conseguir poner un límite, a menos que sea desactivado bajo la fuerza de ciertas experiencias repetitivas. Concierne a la estructura del yo trabajar en coordinar, religar y jerarquizar la expresión pulsional, aunque las pulsiones permanezcan en orden disperso en el inconsciente. Pero no es una razón para creer que deben expresarse así en la realidad. Ellas no pueden ser vividas ya de la misma manera que son verbalizadas en el diván del psicoanalista. Se desarrolla por otra parte hoy una visión ingenua del psicoanálisis. Bajo el pretexto de que el paciente es invitado a expresar sus pensamientos como vienen, sin intentar censurarlos, escuchados por el psicoanalista que no hace ningún juicio sobre el contenido de estos materiales psíquicos, pero trabaja en su interpretación, algunos creen que conviene vivir sus conductas siguiendo este modelo de la asociación libre. Pero cuanto más activadas sean estas conductas más espacio, calidad y simbología perderá la interioridad.

Es también chocante constatar que se valoran cada vez más los preliminares. El orgasmo no es forzosamente deseado mediante el coito y se dan voluntariamente más recursos a la felación o a la masturbación. Claro está que todas estas prácticas manifiestan el placer de estar con el compañero. Pero aislar una práctica de la genitalidad y buscarla por sí misma puede ser también una defensa contra el coito. El adulto puede continuar masturbándose para mantenerse en todas las posibilidades del imaginario sexual juvenil, protegerse del acercamiento sexual del otro o tomarse por su propio objeto sexual. El voyeur prefiere ver a tocar y reanuda así con el voyeurismo del niño que tiene curiosidad por la sexualidad de sus padres y más tarde por la de los demás. Su placer —sin coito— reside en esta mirada más que en una relación afectiva y sexual con alguien. El coito es a la sexualidad objetal del adulto lo que son las pulsiones parciales a la sexualidad infantil del niño y del adolescente.

• El otro como objeto de intrigas

Cuando se pone en perspectiva la mayor parte de las imágenes sexuales actuales, llama la atención constatar que todo parece hecho para resistir a la genitalidad. Se protege uno del otro, pero son otras tantas añagazas. Las llamadas a la no-exclusión y

a la solidaridad, por ejemplo, sirven a menudo de tapadera y no reflejan verdaderamente una generosidad social inefable. Las primeras exclusiones vienen de lo que no se integra psicológicamente. Las pulsiones parciales mantienen esta dispersión mental, y esta fragmentación de las tendencias, sin tener que integrarlas en la genitalidad, que se queda sin recursos. En efecto, la genitalidad encuentra sus recursos en las pulsiones parciales. Pero si se centran en sí mismas, no le queda gran cosa para desarrollarse. La genitalidad está hoy sin recursos. Las pulsiones parciales mantienen al individuo en una dispersión mental que lo deja sin recursos para construirse.

Así, el sadomasoquismo, en boga desde hace algunos años, acentúa la separación de la pulsión oral (relación fusional, satisfacción inmediata de los deseos e incapacidad de tratar las frustraciones inherentes a la existencia sin asistencia) y de la pulsión anal (sentimiento de omnipotencia, necesidad de destruir para afirmarse y manipulación del sufrimiento) de la sexualidad genital. El placer sexual se ve reducido a la necesidad de castigar o de hacerse castigar mediante toda clase de estratagemas técnicas, reactualizando así una culpabilidad preedípica de negación del otro. En esta psicología infantil, la expresión sexual es vivida como un acto posesivo y una experiencia que necesariamente debe ser dolorosa. Encontramos un vestigio de esta sexualidad en los adultos que recurren a prácticas sadomasoquistas (látigo, atadura, humillación...). Ponen en práctica lo que debería ser sublimado en capacidad para experimentar su sufrimiento y el del otro para mejor eliminarlo. Por el contrario, el sadomasoquismo mantiene el sufrimiento y le confiere la ilusión de un poder ilimitado, mientras que lo genital implica estar encuadrado, al menos, dentro de tres límites: el del cuerpo sexuado, el de la filiación y el de la diferencia de sexos. La sexualidad oral, lo mismo que la sexualidad anal, ignora estas realidades y considera el órgano como un lugar de placer y al otro como un accesorio. Cuando el individuo se cree eternamente joven e instalado en una edad detenida, permanece en la infancia y en la trasgresión de las generaciones.

Aunque no corresponda forzosamente a lo que viven los individuos, el entorno actual es portador de una representación primaria de la sexualidad. El voyeurismo, el exhibicionismo, la agresividad, el sexo único lo mismo que la valoración de un cuerpo por partes (un cantante bien conocido ha querido anunciar su concierto presentándose en el cartel mostrando su trasero) y de una sexualidad oral (a través de los *sitcoms*) o anal (agresiva, como en las películas *La naranja mecánica* o *Instinto básico)*, son también los temas que se encuentran en la publicidad, las canciones, dibujos animados, películas, etc. Ahora bien, el individuo construye su sexualidad no sólo en función de las tareas intrapsíquicas que debe tratar, sino también a partir de las que percibe inconscientemente en sus padres o en materiales que produce el

entorno. Por esto el discurso social conlleva una grave responsabilidad, que incita más a permanecer en la sexualidad infantil, fragmentada e indistinta, que a acceder a la sexualidad objetal, que favorece la unidad interna y la aceptación de la alteridad.

Desposeído de su cuerpo

Hemos visto que las pulsiones parciales no tienen que ser explotadas en su estado primero. Al no efectuar el trabajo de sublimación, el individuo no consigue tomar posesión de la realidad de su cuerpo, que no llega ya a separar la imagen que se hace de él.

• Un cuerpo evanescente

¡Qué imagen! Una foto publicitaria elogiando un agua de colonia masculina llamada *Instinct* muestra a un hombre con el torso desnudo, dando patadas al frasco, con los brazos en movimiento, en forma de balancín. Sobre el cartel figura la definición del diccionario: «Instinto (n.m.): Facultad de obrar según su naturaleza, sus impulsos». La imagen instintiva, incluso salvaje, se encuentra igualmente en la del hombre que presenta los signos del rebelde: una barba de tres días, la cabellera desgreñada, la mirada extraña a la realidad, pero vestido con ropas de ciudad para marcar el contraste entre las formas salvajes subrayadas físicamente y los signos de un hombre integrado en la sociedad. Además, a semejante perfil se dará aires desestructurados, andróginos, incluso homosexuales. Estamos así en el mito de la naturaleza primitiva e indeterminada. Todo puede ocurrir. Cuerpo primordial que habría que mantener, visión puramente espontánea e irrazonada en la forma de moverse corporalmente, este cuerpo no existe, y la expresión instintiva que debilita la personalidad puede ser peligrosa. Ella sobrentiende que hay que evitar todas las constricciones y no entrar en el trabajo de civilización y de socialización necesariamente limitativo para la vida pulsional. Se puede comprender este movimiento en la medida en que existe siempre un conflicto entre la economía de la vida pulsional, las representaciones imaginarias y la realidad social. El funcionamiento psíquico debe tener la garantía de sus fuentes de placer si quiere aceptar el trabajo y la integración de las frustraciones que son inherentes a la existencia. Los desequilibrios provocados por las frustraciones pueden ser también desestabilizadores cuando se busca el placer por sí mismo, independientemente de la mediación y de la calidad de los objetos. Se exhibe el cuerpo, sometido a regímenes alimenticios y físicos, modificado a veces y maltratado, es una forma de ascesis, una lucha contra el cuerpo en nombre de imágenes individuales o sociales. Detrás de este bienestar revindicado se esconde un cierto desprecio del cuerpo que puede manifestarse eventualmente mediante la anorexia o la

toxicomanía. Esta actitud se basa en mecanismos psíquicos que ya he tenido ocasión de analizar, como el de la castración o el de la negación de las trasformaciones púberes. El cuerpo es buscado en otra parte, un cuerpo disociado de su realidad carnal y de su identidad sexuada, como los maniquíes de rostro liso, en el que sólo aparecen los ojos, y con vestidos hechos de trasparencias finas que dejan entrever la desnudez, sugiriendo la transparencia, la ingravidez corporal, y por tanto la eliminación del cuerpo.

La mayor parte de estas representaciones son evocadoras de conflictos púberes ligados a la imagen corporal: un cuerpo desaparece para dar nacimiento a otro nuevo. Este pertenece cada vez más a la sociedad y cada vez menos a la persona, que no consigue interiorizarlo. Nos encontramos con los mecanismos de las sociedades tribales, en las que el cuerpo individual es el cuerpo social mientras que, en la civilización influida por el cristianismo, el cuerpo es la persona.

• Un cuerpo tribal

En las sociedades tribales, el desnudo no choca, puesto que el cuerpo individual no existe más que en la dependencia del grupo. Es el grupo el que codifica, inicia y autoriza el ejercicio corporal. El imaginario y las angustias corporales no aparecen por ellas mismas, sino mediante las de la intriga contra el grupo. Por el contrario, en nuestra cultura, la persona es dada a sí misma. A ella le corresponde trabajar psicológicamente sus modificaciones corporales, las nuevas competencias que ella adquiere y los temores que suscitan. Los códigos sociales, las normas morales y la significación de las relaciones humanas son otros tantos materiales a partir de los cuales el sujeto puede tomar posesión de su espacio corporal y de su sexualidad.

El sistema de iniciación es cerrado en las sociedades tribales, no hace más que unir al grupo, mientras que el de las sociedades centradas en el sentido de la persona está abierto y obliga a un trabajo subjetivo sobre sí mismo. La forma de intervenir sobre el cuerpo es diferente de un sistema a otro. En las sociedades tribales, el cuidado médico de un individuo, por ejemplo, no puede hacerse más que en la medida en que el clan está presente. Igualmente, la gestión de las agresiones está a cargo de la colectividad y la culpabilidad es regulada, incluso negada, por el grupo. Los miembros del cuerpo social pueden ser suprimidos porque son molestos. En las sociedades en las que prima el sentido de la persona, se pueden dar las mismas matanzas, sean morales, simbólicas o físicas, pero son reconocidas como una ofensa al sentido de la dignidad de la persona humana, y es el individuo culpable el que será juzgado responsable y condenado.

Hoy, la imagen de un cuerpo más tribal que personal invade nuestras mentalidades. Este desplazamiento explica por qué no pueden entenderse discursos tan opuestos sobre el cuerpo. Por esto la prevención contra el sida valora más bien un cuerpo tribal que personal.

• Un cuerpo funcional

Nuestra sociedad quita al cuerpo su erotismo, hace de él un objeto asexuado, considerando el desnudo como el signo de la autenticidad; los unos habrían de ser «trasparentes» a los otros, como en una relación de captación, que es lo propio de la actitud perversa.

Los debates que han dado lugar a una ley y a congresos a propósito del genoma humano y de la clonación hacen resonar una visión al menos fragmentaria de la persona: el cuerpo es instrumentalizado y seleccionado únicamente a partir de los criterios genéticos. Nada se dice sobre el valor del feto humano. Existe una ambigüedad a propósito de las clonaciones, que podrían ser toleradas en el caso de la investigación o de la terapéutica, pero no en el de la reproducción. La Declaración universal sobre el genoma humano, adoptada el 11 de noviembre 1997 por todos los estados miembros de la UNESCO, que propone una codificación de las reglas éticas a partir del principio «de la dignidad, de la igualdad y del respeto de la persona humana», es sin duda un avance que permitirá evitar muchas derivas y manipulaciones que afectan a la transmisión de la vida. Pero, a pesar del principio moral y filosófico puesto por delante, este texto sufre de una carencia de reflexión antropológica, y se acantona en el ámbito pragmático y en el criterio de lo técnicamente realizable. Es extraño observar que la mayor parte de las declaraciones en bioética recuerdan el principio del «respeto a la dignidad de la persona humana» aceptando prácticas que le son contrarias. Nosotros ocultamos por el momento esta paradoja, hasta el día en que las generaciones futuras se extrañen totalmente de lo que les ocurre. Este nuevo poder ofrece esperanzas para el tratamiento de las enfermedades, pero puede volverse también contra el hombre. La bioética corre el peligro de encerrarnos en una visión instrumental del cuerpo humano disociado de la persona y de la humanidad. No incita a tener una concepción global de sí mismo, ni al respeto de la vida, que sería maleable a voluntad. Jugamos con el soporte biológico de la vida sin tomar conciencia del sentimiento de omnipotencia ilimitada que anima estos trabajos. Deben pues ser encuadrados en una reflexión antropológica que no depende de las ciencias biológicas.

El discurso «biologizante» y «desimbolizado» del cuerpo transmitido por la bioética, en particular a propósito del embrión, desembocaría en una psicosis si lo pusiéramos

en palabras. El cuerpo está no sólo representado y aprehendido en partes, sino también reducido a sus apariencias, sin dimensión psicológica, social y moral y sin vínculo con la persona. Las imágenes visuales de la publicidad Benetton son ejemplos de esta visión psicótica del cuerpo humano: para ilustrar la igualdad entre los hombres de todas las razas, ponen en escena tres corazones de carne para designar el blanco, el amarillo y el negro. Una demostración digna de la mesa de una casquería, que reduce al individuo a partes del cuerpo y a un cuerpo fragmentado muy lejos de una imagen unificada de sí mismo. El corazón anatómico sustituye a la simbología del corazón que expresa la atención, el calor y la generosidad. Esta publicidad psicótica, más acá del lenguaje, es de una violencia extrema. Hace desaparecer la doble jurisdicción del foro externo y del foro interno que se caracteriza por dos prácticas distintas del poder sobre las imágenes[10]: una tiene que ver con la jurisdicción social y la otra con la jurisdicción directamente ejercida sobre el sujeto. La destrucción de la parte íntima y subjetiva de la persona reducida así a un espacio público es el resultado de su desocialización, que se intenta compensar con este abuso de poder.

Una concepción tan parcial tiende a aislar no sólo las tendencias, sino también las realidades unas de otras. El cuerpo no escapa a esta división. Es ignorado como si el individuo se tomase por un «espíritu» dotado de un cuerpo que obedece a sus mandatos. El cuerpo no sería más que una máquina que responde como se conduce un automóvil. Ahora bien nosotros estamos siempre, más o menos, inducidos a representarnos el cuerpo a partir del estado tecnológico de la sociedad. Si el espíritu humano es capaz de crear útiles que prolonguen el cuerpo humano, se sirve igualmente de él mismo como de un espejo y como de un lugar de identificación. En una sociedad marcada por el progreso técnico, el cuerpo es vivido como maleable y mejorable a voluntad. Basta ver en la televisión evolucionar a los deportistas de alto nivel para creerse tan competentes como ellos. Ignorando sus largas sesiones de preparación y de entrenamiento, muchos ciudadanos se precipitan en actividades en la montaña o en el mar con un perfecto desconocimiento de los esfuerzos corporales que llevan consigo pero también de experiencia y de sentido de los límites. Fortalecidos por un pensamiento mágico, creen que todo es posible y que lo conseguirán sin tener que formarse y aún menos hacerse controlar médicamente. ¡Cómo no extrañarse de que se multipliquen los accidentes graves y mortales!

La sociedad industrial tiene una visión mecanicista del cuerpo, pero también de la sexualidad, que considera progresista. El cuerpo, vivido como una máquina, es instrumentalizado y relativamente disociado del espíritu. El éxito de las terapias corporales es el signo de la dificultad para aceptarlo. El cuerpo aparece como un útil de múltiples funciones que hay que saber utilizar de forma eficaz y mejorable. No es comprendido como persona, en su globalidad, y como un lugar de relación, sino como

un objeto maleable a voluntad que dispone de una variedad de inclinaciones. Todas las tendencias son consideradas de igual valor y lo que no es eficaz no es bueno. Esta concepción privilegia los medios técnicos a expensas de la dimensión psicológica.

La influencia del grupo

Las imágenes del grupo que circulan en la publicidad y en los medios de comunicación en general legislan silenciosamente con una absoluta tranquilidad. Imponen normas subjetivas que modelan la representación de sí mismo y de la vida independientemente de una concepción de la existencia que se podría forjar a partir de una reflexión filosófica y religiosa. Mantienen una relación especular en la que el cuerpo mostrado es tomado por el suyo, lo mismo que el individuo psicótico está confundido con el cuerpo del otro. Estas imágenes afectan igualmente nuestra forma de considerar la vida a través del aborto y la eutanasia. Un cuerpo suplementario vivido como una prolongación molesta para sí o un cuerpo que se hace inútil pueden así ser más fácilmente suprimidos. La imagen colectiva del cuerpo no permite siempre que la imagen individual aparezca en su singularidad. El imaginario individual del cuerpo se encuentra por lo menos limitado y condenado a repetir las representaciones en boga. Queda poco espacio para apropiarse del propio cuerpo.

En su evolución, el niño, después el adolescente, tiene necesidad de desolidarizar su cuerpo del de los adultos para afirmarse en su espacio y en su autonomía. El toma conciencia de que el cuerpo de los demás no es el suyo. Aprende a hacer la diferencia entre su yo y el no-yo; y la relación especular, siempre activa, le permite aprehender desde entonces que ella manifiesta un más allá. Pero la imagen publicitaria es narcisista y transmite un conformismo de lo indiferenciado y de lo consensual, aunque los adolescentes tengan la impresión de ser originales vistiéndose todos iguales. Esta imagen no tiene fallo, representa «el imperio del bien» ye se impone a todos puesto que el cuerpo juvenil es también la norma para los adultos. El lenguaje mediático reactualiza el poder del clan en el sentido de que el cuerpo y la subjetividad del individuo pertenecen al grupo. Es también la misma inclinación que conduce a la anorexia. Obsesionada por la referencia a las imágenes esbeltas del cuerpo mediático contemporáneo, la joven expresa su rechazo a pasar de un cuerpo de niña a un cuerpo de mujer. Los medios de comunicación van a darse el poder y la autoridad de alimentar estas imágenes inmiscuyéndose cada vez más en la vida íntima de los individuos. Es así como en una emisión televisada, *Ça se discute*[11], sobre el papel de los medios de comunicación en la educación sexual, los periodistas y los animadores justificaban su trabajo en materia de costumbres por tener como objetivo levantar los tabúes, superar los prejuicios[12] prescribiendo el valor del placer instintivo. ¿Pero en

nombre de qué atribuirse semejante programa? Los medios de comunicación consolidan la omnipotencia del imaginario sobre el cuerpo y se atribuyen una función que no les concierne, como si el cartero se hiciese pasar por el autor de un correo que él hace llegar.

Los medios de comunicación, que transmiten y estructuran mensajes de clan sobre el cuerpo, refuerzan la confusión de los imaginarios (social e individual) haciendo creer que todas estas imágenes vienen del individuo cuando lo que ocurre es que le son impuestas. El individuo se convierte en el sujeto-rey, la única fuente de una verdad que se ha hecho subjetiva. Pero una subjetividad encuadrada y limitada por el imaginario social. Hay que recordarlo: el individuo no dicta la ley y no tiene vocación de ser constituido, porque el fundamento social está en otra parte. En este sistema, él no es reconocido por sí mismo, su espacio subjetivo permanece relativamente pobre y el tercero que permite crear espacio no está representado.

En efecto, el tercero es la instancia que designa los lugares de cada uno e intenta manifestar los límites esenciales del sujeto, es decir, la necesidad estructural de la diferenciación de sexos, de generaciones, de lo psicológico y de lo social, etc., creadora de espacio. Ahora bien los ideales del sujeto-rey autofundado toman la subjetividad como referencia cuando no es más que «la materia prima de las instituciones». Dejan creer al individuo que las leyes pueden crearse a partir de él, de su vivencia subjetiva, cuando la verdad es que proceden de una dimensión objetiva. Esta visión del cuerpo único, que halaga el sentimiento infantil de omnipotencia de «el hombre-Dios», no ayuda a nadie a estar en posesión de su cuerpo, a relativizarse y a aceptar religarse social e institucionalmente a los demás. Es sin duda porque las leyes son presentadas como relativas a las necesidades y a los deseos de cada uno por lo que son vividas y entendidas como perspectivas o límites que vienen únicamente de sí mismo.

La psicología tribal que impone estas normas aparentemente subjetivas tiene mala fe. Supervalora el cuerpo pero despoja de él al individuo, socializa a los individuos según las tendencias parciales pero evita tratar las pertenencias sociales, crea identidades artificiales con el fin de escapar a los interrogantes sobre el origen y la filiación y solemniza la fragmentación corporal para huir del tratamiento de la castración que permite habitualmente integrar psíquicamente su cuerpo. El cuerpo se convierte así en un bien tribal del que se podrá disponer desde la concepción hasta más allá de la muerte, puesto que es reducido a ser material biológico o reserva de órganos. ¡No es la persona!

Por estas comunidades sexuales la sociedad se descompone en tribus de intereses

psíquicos y no en términos de pertenencia social. Esta desagregación alcanza a todos los medios sociales y responde más a una problemática psíquica que a dificultades económicas o sociales. En esta visión de la sociedad, cada uno intenta reagruparse con su semejante, su clon psíquico. Toda diferencia es abolida. Se trata de favorecer la asociación de individuos a partir de un modelo psíquico, definido por tendencias particulares y no por referencias culturales, sociales o religiosas. Cuando las tendencias psíquicas son consideradas como único criterio fundante de las «relaciones» entre las personas, se asiste a una parcelación en tribus que no dan lugar, sin embargo, a una pertenencia social. El cuerpo se encuentra restringido en signos de reconocimiento; se trata de encontrar el clon. Este fenómeno de desposesión corporal y de despersonalización es particularmente observable en las manifestaciones como la Love Parade o Gay Pride. Es el grupo el que legisla sobre el cuerpo en nombre del cuerpo único. La mayor parte de los individuos se disfrazan o se travisten de la misma manera; pueden formar dúos idénticos —a veces copias infinitas en el interior de un cuerpo tribal que suspende toda actividad individual del *self*—. La identificación se funda sobre una pulsión parcial cuando la identificación habitual con un grupo se efectúa mediante diversas mediaciones. No es cuestión de interrogarse sobre sí mismo y de cuestionarse como saben hacerlo a veces algunas instituciones. Desde que se plantea un interrogante al grupo, éste se siente agredido y el entorno está necesariamente equivocado. Estamos en la lógica paranoide de la víctima y del agresor. Esta lógica se instaura justamente cuando el individuo no consigue reconocer que él es agredido desde el interior por representaciones pulsionales que no están identificadas. La toma de conciencia de este estado sería tan dolorosa que es rechazada. Se opta entonces por hacer fiesta para evitar la confrontación con esta problemática.

La euforia, de naturaleza histérica, que tiene como objetivo experimentarse, y la excitación, antidepresiva, el de doparse, se expresan sin freno en estos grupos, que ocultan mal una crisis identitaria enmascarada. Intenta librarse de la angustia que ella provoca presentando un cuerpo extraño, provocador y agresivo. La renuncia al cuerpo individual en beneficio de un cuerpo con influencia tribal, limitado a las pulsiones parciales, está sometido al único juego de las tendencias. Una sola es considerada para dar un aspecto de unidad que se disgrega al contacto con las realidades. Por esto estas tendencias se viven en tribus, o por la noche, o en la oscuridad de la doble vida de las personalidades divergentes que caen en la depresión cuando toman conciencia de lo que viven.

La sociedad no puede organizarse a partir de tendencias tan parciales que separan a los individuos en lugar de reunirlos. Las tendencias se adelantan así a la persona, a la calidad y al sentido del vínculo social. La sociedad sigue con la imagen de un cuerpo

primordial que está parcelado (como el del niño) e induce a la fragmentación en la que los modelos actuales nos instalan. En lugar de interrogarnos sobre su pertenencia y sobre el hecho de que ellos no permiten establecer relaciones posibles en la realidad, se hablará de «sociedad plural». El ambiente actual nos lleva más bien a experiencias de desunión pulsional, sobre todo cuando cada una de las tendencias busca su propio interés por ella misma. Ellas se expresan a través de conductas de doblez cuando el imaginario sustituye a la realidad, por no poder nombrarla. La realidad exterior es así reducida a la actividad psíquica, lo que, desde el punto de vista de la psiquiatría social, es por lo menos inquietante en materia de salud pública. Esta fragmentación del cuerpo social se disimula en fórmulas verbales y el juego de palabras resbala sobre el sentido de las imágenes cuando se es impotente para designar lo que pasa. Así el término delirio designa la fiesta: «vamos a hacernos un delirio». O el lenguaje insiste en el aspecto infantil del pensamiento mágico al afirmar «es mágico» para designar una situación o un acontecimiento destacado, incluso extraordinario. El lenguaje expresa más lo que el individuo vive en contacto con lo real, «el delirio», que la cosa de la que se ocupa. Igualmente, cuando la persona habla de una situación «mágica», hace referencia a su admiración, sin evaluar, por ejemplo, la originalidad o el interés de la situación en cuestión. Cualquiera que sea la realidad a calificar, desaparece en un narcisismo invasor que no ayuda a la personalidad a diferenciarse de los objetos; se confunde con ellos.

Bajo la influencia de esta vivencia que aplasta todo, el individuo no ve más que a sí mismo y se imagina que cuenta más que nadie. El desplazamiento del lenguaje expresa así una aceleración de proceso de fragmentación. Delirar viene a confundirse con la reflexión.

La reflexión sobre los comportamientos, y en particular sobre el comportamiento sexual y sobre la relación intersubjetiva está fuera de lugar en esta perspectiva. En cuanto a la moral, angustia, porque revela los límites y la fragmentación en que se mantienen el cuerpo y la sexualidad. La reflexión sólo se admite cuando se funda en elementos estadísticos que evalúan la frecuencia de los actos, y no sobre lo que ellos significan y comprometen del individuo y de la sociedad. Los actos humanos son considerados normales y morales cuando se repiten de forma mayoritaria y según configuraciones tribales. Esta evaluación está falseada, como lo están la mayor parte de las encuestas sociológicas sobre los comportamientos sexuales humanos, que no tienen en cuenta su significación intrasubjetiva. En efecto, estas encuestas se basan implícitamente en una concepción fundada sobre una sexualidad instintiva que se debería liberar y expresar en cuanto tal, como lo era la concebida por Kinsey, especialista en abejas; una sexualidad aislada de sus componentes psíquicos, como la concebía el informe Simon para justificar la contracepción; una sexualidad presentada

en términos de tendencias, como la entendía el *Rapport sur les comportements sexuels en France* (Spira, 1993).

Todas estas encuestas dan cuenta del callejón sin salida de la estructura original de la sexualidad humana, que se basa en pulsiones y no en instintos, que intentan encontrar sus caminos de paso a través de representaciones. Estas son ante todo reveladoras de los movimientos de la vida pulsional, incluso de conflictos internos. Ahora bien estos estudios se contentan con numerar prácticas y tendencias, que son por otra parte conocidos desde siempre, hasta el punto de instaurar una norma de referencia estadística que sirve de sistema de evaluación. No es necesario entrar en un trabajo de reflexión sobre sí mismo, sobre la propia historia, sobre las propias representaciones personales. El hecho de saber que otros tienen la misma práctica viene a reconocer su normalidad.

No se dan pues las condiciones culturales para estimular en los individuos la sublimación de las pulsiones y de las tendencias eróticas primarias. Cuando este trabajo de trasformación intrapsíquico no se realiza, se pone en marcha el rechazo y su retorno enmascarado en las conductas personales y en el discurso social. Este discurso instrumental se opone a un discurso relacional, fundado sobre el sentido global de la persona, de la palabra, de su comportamiento y de la alteridad, que se dirige a la conciencia del sujeto, y por tanto a su libertad, y subraya la dimensión social de los individuos y de la sociedad. Al contrario, nosotros hemos impulsado la concepción de un sexo asocial.

Capítulo 5
EL SEXO ASOCIAL

Lo que se llama «problema de sociedad» no es, de hecho, más que la expresión de otros retos que se presentan en primer lugar en la psicología individual. Cuando no son reconocidos ni tratados desde esta clave, son desplazados al campo social, vasto cerebro auxiliar de los individuos, para hacerse cargo de ellos y normalizarlos a través de códigos sociales que no son adecuados para realizar el trabajo de mentalización de la vida sexual, que sólo depende de la vida psíquica. Se considera simplemente que la vida social y la cultura ofrecen un sentido y una perspectiva a partir de los cuales la vida relacional, el vínculo social y la asociación afectivo-sexual pueden organizarse. Pero hemos visto que las facultades psíquicas del individuo y sus capacidades de sublimación y de simbolización de las representaciones de las pulsiones sexuales se echan a perder. De suerte que los diferentes modelos sexuales marginales se encuentran fortalecidos.

Hablar de amor...

¿Se habla demasiado de amor, o se habla demasiado de sexo? La cuestión merece ser planteada porque las imágenes visuales y los discursos que ocupan el campo social erotizan el conjunto de la vida. Si viviéramos a imagen de lo sexual que ocupa los carteles publicitarios, los mensajes subliminales recibidos a través de la radio o de la televisión y las portadas de las revistas, querría decir que nosotros podríamos expresarnos impulsivamente los unos respecto de los otros. Este tipo de discurso no deja de provocar y de desencadenar excitaciones sexuales con un objetivo comercial que puede desestabilizar a los más frágiles, de carácter psicótico, y favorecer a la larga una cierta indiferencia en los demás, incluso alimentar inhibiciones, cuando ellas remiten a imágenes no actuales.

Las portadas de revista que lanzan ganchos sexuales pueden tener un cierto éxito. Pero cuando se examina el contenido de estos informes, es en general bastante decepcionante. Son superficiales y no hacen más que reforzar los conformismos a la moda y confunden la seducción sexual con la relación sentimental cuando no con la

relación amistosa o con la relación amorosa. Cuatro tipos de actitudes que tienen su propia estructura y que vamos a describir.

La seducción sexual es una relación de sentimiento y de sensaciones que no tiene relación con la realidad cotidiana y en la que la persona no cree estar comprometida. En esta perspectiva, se deja oír que se puede y se debe cambiar fácilmente de partenaires puesto que esta seducción no implica inversión afectiva.

La relación sentimental, que no es todavía una relación amorosa puesto que el amor no es en primer lugar un sentimiento, es sin embargo diferente de la seducción sexual. Ella intenta poner en común sentimientos y emociones provocadas por la atracción de dos personas. Son variados, complejos y muy intensos, sin por ello implicar un compromiso con el otro. La relación sentimental no es pues una relación amistosa.

La relación amistosa es la expresión de un sentimiento y de una elección afectiva que une a una o varias personas privilegiadas sin tener que hacer intervenir expresión sexual alguna. Cuando ésta interviene a veces en la confusión de los sentimientos, trastorna la relación hasta el punto, en algunos casos, de romperla. Corneille lo recordaba en *Horace:* «Pero la amistad no es del mismo rango, y no tiene los efectos del amor ni de la sangre». La Bruyère viene a confirmar a su vez lo que cada uno sabe: «El amor y la amistad se excluyen el uno al otro». La amistad es posible cuando la relación no está erotizada.

Hay así amistades muy fuertes que comprometen más que una relación sentimental sin que conduzcan a los compañeros a asociarse o a unirse como en la relación amorosa. Por otra parte es extraño sostener que la amistad amorosa es posible cuando esta relación quiere definirse a partir de la confusión de dos realidades que son contradictorias. La relación amorosa se expresa sexualmente para vivificarse mientras que la relación amistosa se desarrolla y se mantiene sin tener que recurrir a la mediación sexual. Los jóvenes dominados por la intensidad afectiva de una relación no saben siempre identificar la naturaleza de ésta, hasta el punto de que interpretan una relación amistosa como una relación amorosa. Es posible en cualquier caso pasar de la una a la otra. Pero cuando se viven relaciones sexuales en el marco de una relación amistosa, se perciben enseguida como inadecuados y pueden provocar una ruptura. La confusión de lenguajes no permite manifestar la naturaleza y la identidad de cada una de las relaciones.

Finalmente la relación amorosa implica una unión privilegiada y única con el otro que excluye que otros compañeros sean elegidos con los mismos criterios. Los celos son inherentes a la relación amorosa. Cuando uno de los compañeros descubre que ha

sido engañado cuando había dado su confianza al otro comprometiéndose íntimamente con él, siente unos celos bien diferentes de una actitud patológica de desconfianza que consiste en vigilar constantemente al otro sin razones válidas, y que se asemeja más bien a unos celos edípicos, los del niño que se imagina mal amado o mal aceptado por sus padres.

El amor es un deseo y no un sentimiento, aunque la relación amorosa integra el conjunto de los sentimientos. El amor es al deseo lo que los sentimientos son a las emociones. La relación amorosa corresponde al deseo de construir la propia vida y de durar en la historia con alguien porque tiene un sentido para sí mismo. Este tipo de relación necesita un compromiso cotidiano a partir del cual se crea un vínculo según las etapas psicológicas e históricas inherentes a éste. Tal proyecto de vida no está dictado por los conocimientos psicológicos que poseemos actualmente ni por la economía pulsional sino por una concepción de la existencia que depende de una perspectiva antropológica, sea religiosa o filosófica.

En el período que atravesamos, es importante saber de dónde vienen las ideas como las que se refieren a la relación amorosa. En gran parte han salido del cristianismo, el corazón de cuyo mensaje es el amor. El cristianismo es tratado con mucha injusticia cuando se le debe la mayor parte de las características de la persona humana que se define por su autonomía, su libertad, su conciencia, su interioridad, su sentido de la universalidad y su vínculo social constitutivo de una comunidad de personas y de destino. La relación amorosa fue definida pues a partir de la concepción de un compromiso que construir al hilo de los días. No es un dato adquirido y fijado el día del matrimonio. La relación amorosa es una alianza que tendrá que desarrollarse, edificarse y hacer frente a diversas crisis en los diferentes momentos de la vida hasta el punto de que después de decenios de vida en común, los amantes se amarán más que el primer día.

Esta visión difiere de una simple relación sentimental en la que uno se instala para gestionar los sentimientos y las emociones con la exigencia de encontrar los comienzos y los estados primeros sin tener que construir un vínculo histórico que deje aparecer otras cualidades, que conciernen a la dinámica de la relación amorosa.

Estamos bastante lejos de aquello de que nos hablan con regularidad los medios de comunicación, que es del orden de la seducción sexual. Raramente se evoca lo que califica una relación. Las cuestiones son muy complicadas y quedan reducidas a problemas de técnicas sexuales, de vestimenta y de adornos, de pensamientos estratégicos de seducción, de tendencias sexuales, etc. Ahora bien, es más fructífero interrogarse sobre cuestiones de sentido que sobre las gratificaciones sexuales.

¿Cómo saber identificar los sentimientos, cómo saber si la asociación amorosa con el otro es posible, cómo saber si la relación será duradera? El discurso actual habla más de sexo que de las incertidumbres de la vida afectiva. Muchas personas sufren fracasos, frustraciones y a veces una falta de comunicación con el otro, incluso una falta de expresión sexual en la pareja. Hay expectativas afectivas que no se expresan, poco satisfechas y que complican a veces las relaciones. Entonces algunos se instalan en la reserva y en la soledad querida y protegida. Estas cuestiones no son nuevas. Pero a falta de respuesta para cada uno, los medios de comunicación se encargan de presentar modelos: el del libertinaje y el del erotismo pornográfico que es amplificado por los modos de comunicación actual y participa además en hacer de la sexualidad una realidad pública sin gran interioridad.

Pornografía e inhibición

El erotismo pornográfico tiene una función de compensación. Impone a través de sus argumentos representaciones a un imaginario individual que es relativamente pobre eróticamente. Se trata de alejar permanentemente la frontera de las representaciones para suscitar los fantasmas más arcaicos con el fin de hacer desaparecer inhibiciones olvidando que son necesarias en muchos casos. Semejante iniciativa deja suponer que las representaciones sexuales están llamadas a realizarse mientras que la vida psíquica debe efectuar en primer lugar un trabajo de mentalización para elaborarlas y formalizar las necesidades que se expresarán en la realidad. Recordamos el cartel de la película *Larry Flynt*, que provocó escándalo en la primavera de 1997. Mostraba el personaje central de la película desnudo, el pubis cubierto por la bandera americana, crucificado sobre el sexo de una mujer. Este cartel es interesante por más de una razón. Se le puede interpretar en el plano religioso como una blasfemia y en el plano social como una ofensa y una injuria contra los cristianos. Se le puede interpretar también en el plano psiquiátrico como la expresión de una neurosis histérica que erotiza lo religioso y la autoridad y, en el plano psicoanalítico, se puede ver en él al hombre crucificado, sacrificado al sexo de la mujer: es su esclavo y debe expiar. Esta alienación no expresa un apego o amor por una mujer, sino simplemente una fascinación obsesiva por su sexo. El sexo, la cavidad de su origen cuyo único objeto quisiera ser. El retorno al sexo materno es la necesidad de estar sometido a él, de manifestar su poder como para, en un caso como en otro, mantener un vínculo con la madre fálica, la madre todopoderosa de la infancia. Esta necesidad de depender o de afirmarse respecto de la madre fálica se encuentra en la confusión de la madre y de la puta, de la madre y de la querida o, para el otro sexo, de la madre y del príncipe encantado, de la madre y del amante. Para la mujer, es una forma de arrebatar el poder supuesto de su madre. Estas intrigas expresan de hecho una culpabilidad. El

encierro en la búsqueda del hombre ideal para la mujer, hasta el punto de permanecer soltero, y la idea de retornar al vientre materno en el hombre, hasta el punto de erotizar su imagen, resultan tanto uno como otro de la dificultad para diferenciarse de la madre y para ser sexualmente autónomo en relación con las imágenes parentales. Lo que la pornografía pone en escena es la búsqueda incesante de la omnipotencia entre quienes mantienen las secuelas edípicas de una sexualidad incestuosa. Estos son siempre sujetos de una antigua curiosidad que no se puede satisfacer si no es mediante la trasgresión; de ahí estos argumentos eróticos que les llevan más a ver y a imaginar que a ser sexualmente autónomos. Ver a una pareja expresarse sexualmente significa inmiscuirse, de forma indirecta, en la vida sexual parental a la que el niño no puede tener acceso.

La pornografía no deja de tener consecuencias sobre la psicología de quienes se alimentan de ella, y en particular los niños y los adolescentes. En algunas familias, los padres los dejan ver las películas de carácter pornográfico pensando que pueden ser útiles para su educación sexual y servirles de iniciación. ¿Se han dado cuenta y reflexionado estos adultos sobre la imagen del hombre, de la mujer y del amor que se presenta a través de este género de películas, y los efectos negativos que pueden producir? Los jóvenes retendrán la imagen de una sexualidad de violencia, de dominio, de humillación completamente disociada de la lenta elaboración de una relación amorosa, hecha de intercambios entre partenaires. Estos montajes dan idea de una sexualidad fácil de consumir de forma impulsiva, sin la exigencia de responsabilidad, y aún menos de control de los pensamientos sexuales. Pero éste no es el caso, y por haber imaginado expresarse de esta manera, son muchos los que caen en la inhibición, signo de que quieren protegerse de una dispersión interna.

Entre el angelismo que rechaza la realidad sexual y el realismo del paso al acto, hay lugar para aprender a reconocer que la sexualidad no puede fundamentalmente disociarse de la calidad de la relación con el otro. A veces, antes de acceder a esta dimensión, el sexo puede ser utilizado para otros fines que van desde las prácticas de descarga de tensiones, sexualmente atípicas, hasta las conductas perversas dominadas por la única finalidad de las pulsiones parciales. Son otras tantas conductas que no pueden comprenderse más que en relación con la psicología del individuo. Pero esta comprensión no debe sin embargo despreciar, en el discurso social, el sentido que se pretende dar a la sexualidad y recordar las leyes que regulan su comportamiento. La sexualidad puede así adquirir su dimensión social, que le permite humanizarse y ser un modo de comunicación con el otro al ser liberada de la violencia y de la posesión.

La responsabilidad relacional

Una reflexión sobre la sexualidad, más allá de la descripción de la economía pulsional que hacemos en este libro, conduce a interrogarse sobre la concepción que queremos transmitir del hombre, de la mujer y del niño. La explicación psicológica es útil para comprender tal o cual tipo de funcionamiento. No ofrece, sin embargo, una perspectiva y un proyecto a partir del cual se construya una existencia. En este caso, hay que hacer una llamada a otra dimensión que muestre el amor humano.

Por esto, en esta perspectiva, la educación debe apelar al sentido de la responsabilidad respecto del otro. La sexualidad se expresa en el interior de la relación de pareja, es un intercambio y un medio de comunicación con el otro cuyos gestos comprometen. Sería irresponsable e inmaduro querer hacer de ello un simple gesto higiénico y sin consecuencias. Sobre todo cuando se sabe que la memoria del cuerpo es una de las más vivas que hay. Hay un riesgo grande de que el individuo se pare allí donde ha experimentado placer sin intentar desarrollarse más. Por esto la información, la reflexión y el aprendizaje del control de uno mismo desde la infancia permiten al sujeto conocer mejor y elaborar sus deseos y prepararse para plantear sus opciones. Posteriormente, obtendrá mayor satisfacción en expresarse sexualmente que en mantenerse en los subterfugios primeros y sin futuro.

Es forzoso quizá constatar que los medios de comunicación no trabajan en el sentido de una mejor educación. Las mismas imágenes y los mismos argumentos vuelven permanentemente para alimentar la curiosidad de unos y el aburrimiento de otros. Estamos ante el síndrome de la repetición de representaciones antiguas que impide las modificaciones de la libido y la verdadera libertad sexual, la que no está en la reacción o en el conflicto de las imágenes parentales.

Es verdad también que el hombre contemporáneo se aburre de tal manera en su vida cotidiana que busca siempre en otra parte sensaciones y emociones fuertes para sentirse vivo. Este juego de actividades sexuales hay que volver a situarlo en el conjunto del dispositivo que se ha puesto en marcha desde hace algunos años. Las conductas de riesgo, los deportes violentos, las expediciones en solitario, la utilización de productos dopantes o inhibidores son otras tantas prácticas aditivas de toxicómano: ir hasta los límites de sí mismo, ponerse en peligro, rozar la muerte para experimentar, en el pavor, que se está vivo... Los jóvenes juegan a la ruleta rusa, hacen concursos bebiendo bebidas alcohólicas, van a toda velocidad en coche o en moto mientras que otros se entregan a prácticas sexuales sin ninguna precaución para salir vencedores de una muerte anunciada. La valoración de actividades sexuales justificadas por sí mismas participa de esta morbidez. Una existencia estructurada así, en quien tiene necesidad de hacerse miedo para probar que existe, manifiesta el desconcierto implícito a la hora de ocupar la vida cotidiana. ¿Cómo engancharse a la

vida y experimentarse vivos en estas condiciones? ¿Cómo dar un sentido a la vida, es decir, instalarse en un proyecto de vida que construir, hacer opciones y vivir renuncias necesarias, cuando la sociedad se niega a dar la palabra a este tipo de problemática? ¿Cómo señalar y expresar las grandes etapas de una existencia cuando todo es descrito y banalizado en una mentalidad igualitaria en la que se confunde, por ejemplo, la vida de un niño, de un adolescente con la de un adulto? A falta de umbrales que atravesar y de una ritualización de la existencia, nos entregamos a artificios de reconocimiento que mantienen en la inmadurez, como ocurre con todos esos adultos construidos sobre modelos adolescéntricos.

Autoerotismo y autosexualidad

Un modelo dominante

Nuestras sociedades están marcadas por la idealización de la sexualidad juvenil que se ha impuesto progresivamente desde los años cincuenta. ¿Qué decir?

En el niño y adolescente, el sexo no está aún integrado en una psicología genital que tiene el sentido global de su cuerpo y de sí mismo pero también del otro. La pulsión sexual es vivida tal como es en el inconsciente, es decir, como una realidad autónoma que puede expresarse de manera fragmentada sin pasar por el trabajo de la sublimación y del lenguaje. Esta estructura primaria de la sexualidad humana explica por qué algunos están angustiados por sus emociones ante la idea de pasar por el sexo y perderse en el otro. La angustia puede también ser eliminada a través de la multiplicación de partenaires. Este miedo muestra la dificultad de integrar y de reconocer los movimientos internos de la sexualidad y de darles una finalidad. Las inhibiciones sexuales son así la expresión de un *self* poco seguro y la búsqueda de partenaires únicamente sexuales revela a menudo la negación de las relaciones objetales de la infancia.

En la economía de la sexualidad infantil la pulsión sexual se afirma por ella misma en todas sus manifestaciones. Hemos dicho que a lo largo de estos últimos años se ha convertido en una referencia a través de lo que se ha llamado la «liberación sexual». La expresión sexual debía aparecer como una realidad autónoma justificada por sí misma. Era privilegiar una representación primaria de la pulsión sexual a expensas del otro, era, sobre todo, valorar los comienzos a expensas de la experiencia. Sobre las paredes del instituto Condorcet de París se podía leer: «Los jóvenes hacen el amor, los viejos hacen gestos obscenos», prueba de que la sexualidad del adulto debía inclinarse ante la del adolescente marcada sin embargo por las dudas

identitarias, objetales y temporales.

La otra novedad es que se ha comenzado a relativizar el ideal de la relación amorosa, que sirve de norma a la sociedad para construirse y durar en el tiempo mediante el matrimonio, el parentesco y la filiación, situándola en el mismo plano que el concubinato y todas las demás relaciones efímeras, pasajeras, precarias o incluso mediante la problemática de la homosexualidad. Todas esas conductas no tienen sin embargo el mismo sentido. Es cierto que pueden ser reconocidas en su singularidad y los individuos respetados en lo que viven. Pero la cuestión sigue siendo saber a partir de qué modelo se construye una sociedad. Al no ofrecer respuesta a esta cuestión contribuimos a desocializar la sexualidad y a privatizarla. Corremos el peligro de mantenerla en la psicología de lo infantil. Remitido a su subjetividad, el sujeto debe regularse sólo en relación a leyes simbólicas que no están expresadas socialmente. Y se encuentra entonces ante la tentación de mantenerse, sin otra forma de interrogación, en la sola satisfacción de la pulsión fragmentada.

¿Qué es la autosexualidad?

Al privilegiar la satisfacción de la pulsión por sí misma, la sociedad de consumo ha inventado una nueva norma, la del deber del orgasmo, que se extiende a todas las edades de la vida. En nombre de este imperativo, no hay que retrasar la entrada en la expresión de la sexualidad genital. De ahí surge una multitud de prácticas y de técnicas: se puede ensayar todo para llegar al placer genital. ¿No ha afirmado el sexólogo Willian H. Masters: «Un instante de reflexión basta para ver claramente que tanto el orgasmo del macho como el de la hembra son un asunto totalmente egocéntrico[1]»? Si esta observación es, en parte, pertinente puesto que el individuo va a buscar experimentarse en su placer, plantea sin embargo una cuestión esencial. ¿Cómo comprender, en esta hipótesis, que sea necesario implicar en este acto «totalmente egocéntrico» a un partenaire cuyos deseos han de ser tomados en consideración? La respuesta para este sexólogo es afirmar que el partenaire favorece el placer pero no es «el productor». Esta perspectiva es al menos extraña porque el otro estaría simplemente presente como elemento desencadenante en los momentos preliminares del acto sexual y ausente en el momento del orgasmo para ser remplazado por fantasmas. Habría que olvidar al otro en el momento del apogeo del placer[2]. Este aislamiento en uno mismo recuerda el estado primero de la sexualidad infantil en que el otro es simplemente relativo a un acto fundamentalmente auto-erótico.

El orgasmo no es ya, según esta concepción, la búsqueda de una comunión con el ser

amado sino una serie de prácticas entre dos extraños que acaba en dos placeres solitarios. El acto sexual no compromete en este sistema y no contribuye a enriquecer una relación, puesto que no hay alteridad. El objetivo es encontrar solamente el propio placer independientemente de la naturaleza y de la calidad relacional. La presencia del otro es simplemente una añadidura gratificante que se inscribe en una economía sexual puramente narcisista. En el modelo de autosexualidad, el individuo se toma a sí mismo por la fuente del placer, como lo cree el niño, cuando esta fuente está en la relación con el otro.

Esta psicología púber es hoy la norma. De hecho, se valora la mayor parte de las prácticas sexuales inherentes a la pubertad, como por ejemplo la masturbación, puesta a menudo en igualdad con el orgasmo obtenido en la relación con el otro. Esta práctica infantil puede interpretarse psicológicamente de diferentes maneras según las edades de la infancia y de la adolescencia. Es a menudo para el niño la ocasión de descubrir su cuerpo, eliminar tensiones agradables o desagradables, implicarse en la sexualidad parental de forma edípica. Pero, cuando perdura, es el signo de un sujeto que se toma por su propio objeto sexual y no llega a trasformarse en una nueva economía libidinal. Curiosamente, los modelos actuales banalizan esta práctica negándole todo sentimiento de culpabilidad. Ahora bien la culpabilidad es inherente a la masturbación por razones psicológicas y no morales como se cree a menudo. En efecto, el niño se despierta sexualmente en relación con lo que presiente de la sexualidad parental y no únicamente en respuesta a la presión pulsional. Por esto, durante largo tiempo, la sexualidad del individuo está orientada hacia la de sus padres; es por tanto incestuosa. La pulsión sexual se desarrolla en la medida en que el individuo hace la experiencia de lo que le falta en relación con la de los adultos. El intenta ser partícipe debiendo diferenciarse de sus padres y aceptar la prohibición del incesto. La masturbación pone sobre todo en marcha la sexualidad imaginaria en la que están las experiencias orales, anales y fálicas, pero también las identificaciones con las imágenes bisexuadas, que son completamente transformadas en los fantasmas. Estos, a poco que permanezcan inexpresados, permitirán la elaboración interna del individuo. Porque todo el reto del adolescente consiste en confrontar un universo interno con la realidad exterior y en poner en cuestión una sexualidad infantil para mejor inscribirse en una dimensión objetal[3]. La masturbación aparece a menudo en la adolescencia como un fracaso: el de no conseguir salir de las intrigas de la infancia, de no llegar a unificarse, estar limitado interiormente por una instancia más fuerte que el *self* y, finalmente, encontrarse siempre más solo encerrado en sí. La observación de un paciente es significativa de este estado de espíritu cuando afirma con un cierto hastío: «No hay nadie para recibirme». Freud observaba, por lo demás, que la masturbación es la práctica de personalidades inmaduras a la búsqueda de una sexualidad que no se puede encontrar.

La masturbación remite a los primeros apegos y a los cuidados maternos cuando el púber se distancia de su madre, pero intenta reencontrarla en su cuerpo. Esta erotización acentúa la culpabilidad. Cuando la masturbación se hace compulsiva, puede ser un equivalente del fetichismo: es el propio cuerpo del sujeto el que es por así decir fetichizado[4].

Se habrá comprendido que los modelos actuales de autosexualidad, en los que el sentido del otro es relativamente eliminado, no favorecen la maduración de los individuos. Cada uno está sobre todo invitado a tomarse por su propio objeto sexual. La liberación a la que hemos asistido en el espacio de cuarenta años no es una de ellas. En todo caso, se ha desviado al banalizar la idea de que hay que satisfacer siempre los propios deseos tal como se presentan. Yo he planteado la hipótesis de que detrás de la reivindicación de esta expresión sexual sin límites se manifiesta de hecho una forma de reacción a esta banalización percibida como peligrosa. El discurso sanitario de la prevención contra el sida es un ejemplo de ello; al promover un sexo sin riesgo, gracias al preservativo, no hace más que confirmar la negación de la sexualidad, que es encuentro con el otro. El otro es en efecto el gran ausente de la sexualidad contemporánea, ya que, al valorar únicamente las pulsiones primarias, se encuentra frente a comportamientos insostenibles en la realidad: la pederastia es uno de ellos.

La pederastia o la negación de la generación

Hemos constatado ya en el capítulo 2 que los adultos que pierden el sentido de la relación educativa tienen tendencia a lanzarse a una relación afectiva con los niños. Conviene ser amables, dialogar, buscar el consenso para tomar decisiones y sobre todo evitar las observaciones y los conflictos. Bastaría con estar en este ambiente sentimental para que se resolviesen los problemas. Está claro que esto es una añagaza, una negación de las realidades y del sentido de la educación. En este contexto, los niños se convierten en partenaires en plano de igualdad, incluso en objetos de gratificación. La forma en que los padres abrazan y acarician a sus hijos mantiene a veces entre ellos una intimidad sexual que plantea numerosos problemas. No se trata de comportamientos explícitamente sexuales o de conductas incestuosas sino de prácticas difusas que producen los mismos efectos. Algunos educadores se dejan inducir igualmente por sus propias frustraciones afectivas creyendo que el adolescente en dificultad, que tienen delante de ellos, ha sido mal amado durante su infancia y que conviene solucionar esto convirtiéndose en el objeto de su deseo. Si el adolescente está pidiendo afecto, porque es una edad en que el individuo no se siente amado, debe sobre todo renunciar, con la ayuda del pedagogo, a la necesidad infantil

de ser el único en ser amado.

El desconocimiento de la psicología sexual del niño, que confundimos con la del adulto (cuando hay una diferencia de naturaleza, como veremos más adelante) y la rebaja de las exigencias morales en todas las sociedades han permitido prácticas que no son tolerables. Es imposible validar socialmente la pederastia, que es una forma inacabada e inmadura de la sexualidad humana. Es cierto que es una constante de la psicología humana primitiva. Corresponde a la necesidad de expresar la pulsión en el estado naciente, que concede un sentimiento de omnipotencia ilusoria. Una vez adulto, el sujeto no para hasta encontrar niños, o más bien encontrarse niño como objeto de placer sexual.

Desde hace algunos años la sociedad ha puesto más atención en lo que considera ya como agresiones sexuales sobre los menores. Y sin embargo, en nombre de la libertad de amar, militantes e intelectuales han podido defender, en asociaciones, y durante emisiones de televisión, el derecho a la pederastia. Recordamos la emisión *Apostrophes*, en la que Gabriel Matzneff presentaba la publicación de su diario en el que cuenta sus experiencias con menores ante un plató de escritores mudos o indiferentes y que fue valientemente criticado por Denise Bombardier. Al día siguiente, la prensa francesa, hablando de la escena, reprochaba a Denise Bombardier hacer moral. Hoy, el discurso pederasta ya no es posible y la misma prensa, que denunciaba extrañamente a la periodista de Québec, ha cambiado de diana. ¿Qué debate se plantea pues detrás de esta cuestión?

¿Pedofilia o pederastia?

Una clarificación del lenguaje es necesaria a fin de situar mejor los retos.

Pederastia viene de la palabra griega *paiderasteia*, formada por *eran* «amar carnalmente» y por *pais* «niño», que significa un comercio carnal del hombre con el joven (o de un adulto hombre o mujer con un chico o una chica). Está a menudo extendido en el lenguaje corriente a toda práctica homosexual masculina cuando la atracción específicamente pederástica no corresponde a la homosexualidad. La confusión entre estas preferencias sexuales viene sin duda de la intuición de que ellas dependen, tanto una como otra, del aspecto infantil de la sexualidad humana y expresan una falta de maduración sexual.

La pedofilia ha sido a menudo definida como la atracción sexual por los niños cuando este término está compuesto del griego *pais* «niño» y de *philos* «amigo» o *philein* «amar», que puede ser entendido como el amor del niño por sus padres y sus

educadores. El niño tiene necesidad de ser protegido y estimado por el adulto por el bien de su desarrollo. El pide esta seguridad al adulto que va a responder a ello con ternura, afección y caricias sin que éstas sean erotizadas. El niño no puede ser un objeto sexual y no tiene todavía los medios psíquicos para aceptar o rechazar este tipo de demanda. Ella puede corresponder a una curiosidad por su parte, pero concierne al adulto volverla a su sitio, tanto más cuanto que su sexualidad, como hemos visto, es incestuosa.

La pedagogía es así la manifestación del amor filial y educativo del niño. En la pederastia, la relación con el niño está erotizada, lo que no ocurre en la relación pedófila, respetando cada uno el orden de las generaciones. Por eso debemos hablar más bien de pederastia para designar las agresiones sexuales y no de pedofilia.

La confusión entre las generaciones

Esta reducción de un término a otro es significativa de una deriva más general, de la que ya hemos hablado, la de la relación adulto/niños. El niño es hoy estimulado en un papel que no es el suyo. Se piensa que puede responder de todo, como un adulto, y se le confiere un poder tan fuerte como a los adultos, no sabiendo ya qué pensar ni hacer, esperan del niño la solución a su desconcierto. En este contexto, los adultos no saben decir no a un niño cuando sus peticiones son inadecuadas, provocadoras, incluso seductoras. Un niño no es un adulto en pequeño. Imaginar lo contrario prepara y mantiene en el entorno actual la erotización de la relación con el niño.

Nos encontramos ante una extraña paradoja. Por una parte, se denuncian las agresiones sexuales de las que son víctimas los niños, pero, por otra parte, la publicidad no deja de mostrar a menudo niños desnudos como otros tantos objetos eróticos. En la publicidad la desnudez del niño se codea con la de sus padres o con la de los adultos. El niño se encuentra así investido de la necesidad de sensaciones corporales del adulto contemporáneo que, a falta de saber ocupar su espacio interno, siente placer en experimentar a través del nacimiento de los sentimientos del niño. Este suscita siempre emociones y atracciones muy fuertes en el adulto, que cree redescubrirse a través de él. Esta puede ser la ocasión de mantener satisfacciones primarias en el adulto que no llega a poner en marcha aquellas que son relativas a su estado. La mayor parte del tiempo, cuando el niño tiene necesidad de ser tocado, el adulto que se presta voluntariamente a este cuerpo a cuerpo no hace más que ayudar al niño a experimentarse y a tomar posesión de su espacio corporal. En este intercambio se instaura una comunicación que coloca a cada uno dentro de sus límites. No es de esto de lo que hay que inquietarse: los juegos corporales, las caricias, la necesidad de

abrazar, de comer, de chupar, de manosear, de invadir y de introducirse en el cuerpo del niño están presentes en la psicología del adulto sin que sea un pederasta. Las representaciones primeras de las pulsiones son siempre agresivas y posesivas. Tienen necesidad de ser trabajadas, gracias a la maduración psíquica del individuo y de las aportaciones de la civilización, antes de poder expresarse y servir de base a una actitud educativa. Otra cosa es la personalidad que va a agredir sexualmente a un niño. Esta presenta una doble carencia: la sumisión a representaciones primeras que permanecen como tales en la vida psíquica y la incapacidad de medir las consecuencias que un gesto sexual puede tener sobre un niño. El niño se convierte entonces en el objeto del adulto, que puede manipular a voluntad y sin reconocerlo por sí mismo con sus necesidades específicas que no son las de los adultos. Hay en efecto un mundo entre la sexualidad de un niño y la de un adulto.

El entorno actual, que valora «al niño por encima de todo», favorece esta toma de posesión del niño, y parece dar razón a quienes están predispuestos por su historia personal a apropiárselo. El niño sería un bien que se puede poseer como otro, según las necesidades por muy infantiles que sean. No será respetado por él mismo, será un juguete que el adulto manipula a voluntad como para estimular las sensaciones cada vez más vivas en el niño.

A esto hay que añadir que las imágenes que el mundo de los adultos ofrece al niño a través de los dibujos animados en la televisión, o en numerosos juegos de vídeo, suscitan en él sensaciones confusas y excitaciones que no llega a controlar. Estas producciones que quieren ser educativas son en realidad todo lo contrario puesto que ofrecen a los niños imágenes agresivas y violentas que no les permiten representarse psicológicamente el mundo de otra manera y desarrollar sus propios sentimientos. Esto favorece las prácticas posteriores. He aquí toda la contradicción de nuestra época que quiere proteger al niño al mismo tiempo que lo abandona y no le concede verdaderamente el estatuto de persona autónoma con necesidades específicas. Prolongamiento narcisista del adulto que dispone de todos los poderes sobre él durante la gestación, de vida y de muerte, el niño debe además reparar los fracasos de sus padres, realizar lo que ellos no han hecho y ser su apoyo identitario. Esta actitud que consiste en apropiarse del otro y en instrumentalizarlo se encuentra en el pederasta que lo utiliza para su propio deseo. Está claro que la organización pulsional de éste no depende de la sociedad; concierne ciertamente al desarrollo singular de una personalidad, pero la sociedad puede crear condiciones favorables a su expresión.

La multiplicación de las denuncias de agresiones sexuales sobre los niños y la necesidad de sancionar estas transgresiones son las paradojas en las que la sociedad

se mantiene actualmente. Tenemos razón al indignarnos contra quienes engañan a los niños, pero al gritar contra estos delincuentes buscamos chivos expiatorios susceptibles de expiar nuestra propia culpabilidad respecto de los niños. Estamos en la sociedad de todos los excesos. Después de haber mantenido el silencio sobre estos hechos y gestos asistimos sin ningún discernimiento a la amalgama de situaciones más diversas, todo en la más total irracionalidad. Ahora bien, si las conductas sexuales son el reflejo de la organización singular de la psicología de un individuo que las produce, son también la expresión de lo que se dice y se vive socialmente.

Pederastia y vida social

La pederastia no es un fenómeno reciente. La historia de las costumbres, los autores más antiguos y la literatura especializada atestiguan la existencia de esta atracción inherente a la vida psíquica. Según los períodos de la historia, las sociedades han aportado diferentes respuestas a este fenómeno. Ella correspondía a menudo a un rito de iniciación en las sociedades tribales, en las que el cuerpo dependía más del reconocimiento social que del individuo, que integraban al joven en la sociedad adulta por medio de un mayor. En las sociedades estructuradas militarmente, se encontraba el mismo principio de la relación de uno más joven con un anciano para asegurar la cohesión del grupo, como en Esparta. En fin, las relaciones pedagógicas de maestro a alumno implicaban no sólo el despertar de la inteligencia, sino también el de los sentidos que podía ir de la caricia a la intimidad sexual. Estas prácticas eran a veces ritualizadas, codificadas y limitadas en el tiempo y otras dejadas a la libre iniciativa de los partenaires. Ni la pederastia ni tampoco la homosexualidad fueron aceptadas en estas sociedades como normativas. Fueron toleradas pero nunca reconocidas socialmente, y menos aún inscritas en sus leyes. Platón en *El Banquete* mantiene opiniones muy críticas contra los pederastas afirmando: «Debería haber una ley que prohibiera amar a los niños con el fin de que no se malgaste tanto cuidado en una cosa incierta».

El pederasta está animado por una atracción sexual en relación con los niños que no están todavía sexualmente formados. Este deseo que puede preocupar psicológicamente a un individuo, por diversas razones que examinaremos más lejos, no es socialmente aceptable. No es una alternativa a otras formas de sexualidad. No todo es posible, ni aceptable según las orientaciones fantasmales de cada uno. Si la sociedad quiere ser coherente, no puede admitir la multiplicación de formas de sexualidad que van desde la pederastia a la zoofilia, del exhibicionismo al voyeurismo, del sadismo a la agresión, etc. Es una adquisición de la civilización que es regularmente cuestionada al albur de los períodos de la historia y del estado de las

mentalidades. La afirmación de que habría formas plurales de sexualidad no es más que la expresión de un desplazamiento entre la sexualidad psíquica, atravesada por diversas representaciones y tendencias, que no son fuente de relación, y la sexualidad relacional, que implica una integración de las pulsiones sexuales y un apego cualitativo y significativo al otro para expresarse socialmente. Reafirmar esta evidencia olvidada significa simplemente recordar que hay prohibiciones estructurantes a partir de las cuales la sociedad y los individuos se organizan. Cuando son transgredidas, provocan daños destructores en la vida psíquica de los individuos y en el vínculo social.

La pederastia no puede ser una forma de sexualidad en igualdad con otras y los adultos no deben reivindicar para los niños el derecho a disponer de su sexualidad.

Pederastia y psiquismo

La investigación sobre los orígenes psíquicos de la pederastia está en curso. La experiencia clínica ha planteado y confirmado muchas hipótesis. La idea principal que se repite en la mayor parte de los trabajos sobre la pederastia es que en la relación con el niño se mantiene la ilusión de una relación con el otro.

La atracción sexual de los adultos por los niños está en contradicción con la capacidad de estos últimos de responder a semejante demanda. Sin embargo, si esta tendencia perdura, es que debe corresponder a necesidades y a problemas particulares. Una tendencia sexual que no está en armonía con la diferencia de sexos y la diferencia de generaciones es a menudo el síntoma de un conflicto no resuelto que, irreconocible, puede trasformarse en una estructura en el funcionamiento de la personalidad. Se trata de un síntoma que adquiere el aspecto de una fascinación sexual porque, como veremos, el adulto quiere alcanzar una realidad inaccesible transgrediendo el orden de lo imaginario en el de lo real.

• Desarrollo de las pulsiones y de sus representaciones

La pulsión sexual no existe al comienzo de la vida, sino que se desarrolla cuando el niño comienza a experimentar carencias. La falta del seno materno, por ejemplo, se trasforma en una pulsión oral con la esperanza de encontrar lo que se ha perdido, y cualquier objeto puede valer como sustituto. Un pañuelo apretado en la mano y llevado a la boca juega ese papel. Una pulsión es así el fruto de una privación que va a ocasionar un trabajo psíquico intenso en interacción con el entorno humano. En ausencia de relaciones humanas, o cuando son demasiado invasoras, el despertar y la elaboración de la vida pulsional corren el riesgo de ser contrariados. La pulsión

corresponde a una subida energética, debida a la presencia de otro, que tiene generalmente su fuente en un estado de tensión corporal, sea de origen físico o psíquico, y cuyo objetivo es resolver este estado de tensión. La pulsión es una incitación a buscar lo que falta.

La pulsión sexual se expresa en la vida psíquica a través de diversas representaciones, significativas de su desarrollo, que no son todas realizables, pero que indican la complejidad de los intereses y de las ilusiones del sujeto. Este va a aprender a tratarlas desde el interior de sí mismo en función de las etapas de su vida psíquica. Puede quedar unido a ellas, por diversas razones, y mantener, en estado bruto, atractivos infantiles unidos a las pulsiones parciales y a actitudes narcisistas. La tendencia pederástica es pues una de las vías de la representación y de la expresión de la pulsión sexual en la vida psíquica de algunos adultos, cuya sexualidad está todavía, en parte o totalmente, dominada por la sexualidad infantil.

En el nacimiento, la sexualidad humana está lejos de ser acabada a diferencia de los animales que están programados en la línea recta con sus instintos. Freud distinguió claramente la pulsión sexual de los instintos, los más importantes de los cuales se reagrupan en lo que él ha designado con la noción de *instinto de autoconservación*. El hombre es relativamente pobre en instintos. Su vida psíquica, y en particular la sexualidad, se basa ante todo en la economía de las pulsiones. Los instintos de autoconservación están preformados, a diferencia de la pulsión sexual que no lo está. La pulsión sexual puede variar en cuanto a sus objetivos y diferenciarse según los objetos. El instinto de autoconservación, por el contrario, está determinado respecto de un objeto que hay que obtener, el alimento por ejemplo. Esta distinción entre instintos y pulsiones no los separa en dos lógicas diferentes. Hay intercambios entre unos y otros y estos intercambios son a menudo conflictivos. En efecto, las pulsiones sexuales se apoyan en los instintos de autoconservación, como se observa en la formación de parejas de adolescentes cuando los partenaires se apoyan el uno en el otro en una relación de ayuda. La mayor parte del tiempo, este tipo de relación es de corta duración porque no permite la autonomía psíquica de los individuos. Cuando dura en el tiempo, sin cambio, hasta el punto de constituirse en una vida de pareja, es fuente de conflicto perpetuo y de reproches contra el otro. Conduce a una relación idealizada de dependencia del uno en relación con el otro, o a una relación sadomasoquista en la que se hace daño para hacer sentir la diferencia, o a la separación y después al divorcio.

La pulsión sexual se desarrolla a partir del instinto de autoconservación y, sin por ello corresponder a los mismos objetivos, tanto unos como otros buscan el placer. ¿Pero de qué placer se trata? El niño en su contacto corporal con su madre es

alimentado y ve por tanto satisfecho su instinto de conservación gracias a los alimentos que se le dan. Pero al mismo tiempo, esta relación materna, como presencia y sensación corporal, estimula la pulsión sexual contribuyendo al desarrollo de la sexualidad situada en primer lugar en zonas corporales que se convierten en fuentes de placer en sentido amplio y no en sentido genital, como ocurre en el caso del adulto. Harán falta años de maduración al niño para acceder a esta dimensión. No tiene todavía una visión global de sí mismo y de su cuerpo. Encuentra a veces placeres en espacios del cuerpo distintos unos de otros, hasta el momento en que se apropia de su campo corporal, hacia los tres años. Comienza a adquirir el sentido de la relación objetal teniendo una visión unificada de sí mismo y de los demás. Entre cinco y ocho años se desarrollan, según los niños, el sentido del pudor y la necesidad de esconder su cuerpo a los demás y a los adultos. Marca así los límites entre su intimidad y lo que puede ser compartido socialmente. Diferencia su cuerpo del de los demás. Es importante que los adultos, y los padres en particular, estén bien orientados respecto de su cuerpo con el fin de saber poner límites entre ellos y los niños. Debemos desprendernos de la pedagogía del 68 que invitaba a los padres a exhibir su desnudez delante de sus hijos para que se sintiesen cómodos. Se ha producido todo lo contrario. Vemos llegar a consulta jóvenes que se quejan de haber sido llevados, durante su infancia, a ver el cuerpo desnudo de sus padres, a residir en campos naturistas... Guardan una imagen del cuerpo del adulto inmensa, invasora, con órganos voluminosos que les sirve de medida imaginaria que no pueden igualar, creen, una vez que ellos mismos se convierten en adultos. Esta visión, a veces erotizada, impide la resolución edípica si el niño tiene el sentimiento de estar retenido en la sexualidad parental de forma incestuosa.

Este estado fragmentado de la pulsión sexual hacia diversas partes del cuerpo del niño está presente en el inconsciente de cada uno: la boca, los ojos, el ano, el sexo, el pie, etc. Cada parte puede estar aislada y erotizada por sí misma o desplazada sobre objetos fetiches (vestidos, ropa interior, calzado, cunas de bebé, etc.) en el adulto que favorece así conductas perversas; es decir, prácticas buscadas por sí mismas y relativamente independientes del coito genital. En el nacimiento, la orientación sexual no está definida ni respecto de un objeto particular ni respecto de un objetivo. Va a construirse. La elaboración sexual puede encontrarse bloqueada y favorecer elecciones de objetos inadecuados que constituyen lo que se llama la perversión y que es un resto activo de la sexualidad infantil.

• Pulsiones parciales y formación de la perversión

El perverso está a menudo en lucha contra la angustia de castración con el miedo a ser limitado y negado. Permanece sometido al proceso primario del inconsciente en el

que las pulsiones parciales existen de forma autónoma unas en relación con otras y buscan su satisfacción por sí mismas. No tienen el sentido global del otro y no buscan el objeto en su totalidad ni la unión genital sino un bien solamente parcial (el sexo, el seno o también el fetichismo, el voyeurismo, el sadomasoquismo, el mismo sexo, etc.). Las pulsiones parciales existen en el niño y forman parte de la génesis de su desarrollo que lo conduce positivamente a la sexualidad genital. Las pulsiones parciales se encuentran en la vida sexual del adulto y forman más o menos parte de los preliminares del coito. Pero cuando están fijadas en su estadio parcial, el individuo va a buscar la satisfacción de estas pulsiones por ellas mismas y, en este caso, ellas van a dominar el conjunto de su sexualidad. El otro es sencillamente concebido y reducido a ser abordado a partir de una parte de su cuerpo o de una tendencia parcial aislada de una dimensión relacional. Se trata ante todo de expresarlo como tal más que de construir una relación con él, que implica psicológicamente una unión interna entre pulsiones y representación global de uno mismo y del otro. Sin esta coherencia el otro es vivido de forma parcializada. El problema que se plantea y obstaculiza al sujeto es el de su relación con el otro y no sólo el de un disfuncionamiento de la elaboración de la pulsión sexual.

Así pues, el perverso va a intentar actualizar una pulsión parcial sin que sea rechazada (como el neurótico que la actualiza a través de diversos síntomas) o controlada por el super-yo. Actúa según una lógica inconsciente que no responde a la lógica racional y menos aún a la búsqueda de la comprensión de lo que vive. Sin embargo él puede actuar normalmente en la mayoría de los ámbitos de su existencia y tener un comportamiento particular en ruptura con su funcionamiento global. Freud ha hablado de «separación del yo» para describir este tipo de personalidad una de cuyas partes ignora lo que vive la otra. Manifiesta así una dificultad importante, incluso una imposibilidad, para establecer una relación objetal y global con los demás de forma adecuada. El pederasta manifiesta una incapacidad para desarrollar relaciones satisfactorias con partenaires adultos. Devalúa a menudo el mundo de los adultos en el que no quiere reconocerse; por eso se vuelve hacia los niños. Mantiene una representación primaria de la sexualidad y manifiesta una dificultad más o menos importante para simbolizar lo que siente[5]. Se acerca al niño en la medida en que éste evoca su pulsión parcial que enmascara a través de una especie de amor. Anula la reflexión sobre este tipo de deseo con el único beneficio de la acción puesto que él no consigue unificarse y unificar las pulsiones parciales en un objeto global, comenzando por él mismo.

La forma en que el perverso está en relación con el niño plantea el problema de sus primeras relaciones y, en particular, la forma en que ha vivido la fase de separación-individuación con su madre. Tradicionalmente, a lo largo de este período el niño se

distingue de ésta. Ella aparece como objeto global con sus componentes y su poder de satisfacer o de frustrar. Puede sentirse amado o rechazado en la medida en que no acepta diferenciarse y desea vivir en la prolongación de una madre que él quiere someter a sus únicas exigencias. Pero al aceptar sus límites, va a interiorizar a su madre y asegurar a la vez la presencia del objeto en el interior de sí mismo y su propia continuidad. El *self*, es decir, la capacidad para ser él mismo, va a depender de esta operación que le dará la posibilidad de desarrollar su autonomía psíquica, elaborar su vida interna y aprender a controlarse. Reconociendo a su madre como objeto distinto de él, puede constituirse como objeto global y dar una salida positiva a su doble sentimiento de omnipotencia y de debilidad ante la realidad. El niño está a menudo dividido entre dos sentimientos opuestos que le dan la prueba de que tiene un poder sobre el otro pero que le precipitan también a una actitud de sumisión. Cuando su entorno responde a sus gritos para alimentarlo o recoger el objeto que ha tirado, el niño cree que está dotado de un poder que le permite actuar así sobre los seres y las cosas a voluntad sin tener en cuenta las realidades. Pero cuando se enfrenta a carencias que duran o a imposibilidades, experimenta un sentimiento de impotencia que lo angustia. Puede instalarse en una posición depresiva y desarrollar sentimientos de desvalorización y de agresividad contra su madre y contra él.

En efecto, si vive su relación materna, con razón o sin ella, como una relación peligrosa en el proceso de separación-individuación, como amenaza y abandono, tendrá el sentimiento de estar poseído, devorado, negado por ella. Este sentimiento puede corresponder a la realidad de una madre invasora como puede ser el reflejo de lo que el niño imagina con independencia de lo que sea su madre. Estamos confrontados aquí a la singularidad de la vida psíquica de cada uno que depende de las propias representaciones engendradas por los conflictos intrapsíquicos. Los individuos atribuyen a menudo a sus padres la causa de sus dificultades psicológicas cuando las han causado ellos mismos. Es importante saber lo que viene de uno mismo y lo que viene de los demás, sobre todo cuando el sujeto es inseguro y teme por su identidad. Los sujetos en conflicto identitario son a menudo agresivos en relación con sus padres, y con la madre en particular, a la que intentan alejar y controlar de forma más o menos violenta. Van a adoptar una actitud para evitarla y al mismo tiempo protegerla con el fin de no estar sometidos a medidas de represalia tal como el niño las imagina. Por esto el niño va a afirmarse imponiendo su cuerpo, y su sexo en particular, para marcar mejor su diferencia y su poder respecto de su madre. Va a adoptar un comportamiento clásico y normal a esta edad erotizando su cuerpo para defender su propio territorio. Por el contrario el perverso, para luchar contra sus angustias inconscientes, desplaza el problema erotizando su relación con el otro, comenzando por su madre, y la sexualidad de sus padres (escena primitiva) de la que está excluido, y la vive a través de gestos que él imagina agresivos, pudiendo llegar

hasta la muerte. El perverso intenta así corregir sus debilidades narcisistas y una falta de seguridad respecto del otro, concede al otro un poder y una capacidad que va a intentar regular actuando contra él.

• Deseo de posesión irresistible

El problema del perverso sexual no es sólo, como se cree a menudo, que debe contener las pulsiones sexuales irresistibles sino que percibe al otro como todopoderoso. Observamos por otra parte una actitud semejante en los adultos que están inhibidos por un miedo inconsciente frente a los niños y a los adolescentes y no se atreven a intervenir en el plano educativo. El perverso se fija igualmente en la pasividad hasta el punto de anular su experiencia subjetiva y manifiesta así la imposibilidad de representarse a sí mismo de forma distinta y coherente. Esta actitud, a la defensiva, lo protege y lo confunde con el mundo pulsional del otro. No es él el que vive y actúa, sino el universo pulsional del otro, y en particular el del niño en el que el adulto se proyecta al mismo tiempo que encuentra el de sus padres. Este tipo de adulto, celoso de ser excluido de la escena primitiva, intentando implicarse viviéndola de forma amenazadora, reacciona a menudo contra sus padres y contra todo lo que representa la autoridad en la sociedad. Pero podrá ser muy exigente con los niños y corregirlos de forma más o menos desproporcionada con el riesgo de sentirlo y de reprochárselo a continuación. Tal actitud muestra hasta qué punto sus comportamientos no están adaptados a la realidad y queda prisionero de su complejo parental. Desvalorizará a su padre intentando manipular a su madre. Llegará incluso a poner en cuestión la calidad y el sentido de su relación, reprochándoles haber sido abandonado y maltratado. De hecho, muchos pederastas se quejan de haber sido mal amados por su madre y poco estimados por su padre cuando, muy a menudo, los rechazan y ellos mismos se han puesto en una posición agresiva y asocial en relación con su familia. El pederasta recurre a esta solución para alejarlos estando en una relación fusional con ellos. Se defiende así por miedo a ser agredido sexualmente por el padre en tanto que niño o mujer (sobre todo si se presenta con una identidad masculina incierta). Le hace falta pues permanentemente intentar dominar este miedo interno apoderándose de un objeto externo que él podrá reducir a su voluntad. En este contexto, le será imposible desarrollar y elaborar fantasmas sexuales que nacen justamente a partir de la sexualidad de los padres. Serán sistemáticamente eliminados al actuar volviendo a representar, en la acción, la violencia de la escena primitiva. El imaginario sexual de los perversos sigue siendo primario, pobre y esclerotizado. Se complace en la repetición de los mismos gestos alimentados, a veces, por una documentación pornográfica que va desde las revistas a los vídeos y se expresa mediante la masturbación. Se ha dicho que la masturbación que se prolonga en el adulto es el síntoma de un conflicto infantil no resuelto ligado a la sexualidad parental

a la que permanece atado. El paso al acto, que es siempre una conducta reactiva para evitar una angustia, puede expresarse igualmente en la persona del niño. El niño se convierte, en la psicología del agresor sexual, en un estimulante muy fuerte para el adulto que intenta imponerse sexualmente. El perverso se equivoca de escena y de lógica pensando resolver su problema psíquico. La acción no puede reparar ni modificar la organización fantasmal que depende de una intervención sobre los procesos psíquicos, cuando esto es posible, por los diversos medios propuestos en la psicoterapia.

La perversión es una perturbación de la relación objetal en la que el sujeto reduce al otro a sus solas intrigas fantasmales. No consigue diferenciarse de él y reconocerlo por sí mismo ni tampoco desarrollar relaciones justas y satisfactorias. Este déficit de la vida psíquica es el reflejo de una actitud antidepresiva que quiere luchar contra la psicosis, es decir, contra la incapacidad de unificar las pulsiones parciales en un objeto global. El sujeto disocia una parte de sí mismo; su imaginario sexual toma la delantera sobre la realidad y se convierte en el testigo impotente de sus artimañas. Tiene el sentimiento de desaparecer en el objeto de su deseo sexual. En su confusión mental, cree que el otro debe sentir lo que él siente.

Un informe de investigación de la Dirección general de la salud (1997)[6] ha puesto claramente en evidencia algunos aspectos del funcionamiento psíquico del delincuente sexual. El niño o el adulto violado por el agresor sexual no aparece como sujeto sino como «un juguete», es decir, un objeto maleable a voluntad según sus impulsiones, «algo mío, que me pertenece totalmente». El agresor así predispuesto está cercano a un *estado crepuscular* e incapaz de controlar sus emociones, y su excitación sexual manifiesta las carencias cognitivas y reflexivas así como fantasmales de su vida psíquica, como ya hemos dicho. Es incapaz de diferir la satisfacción del acto sexual que él imagina. Invadido por sus representaciones sexuales, las expresa brutalmente. Entra entonces en un proceso cercano a la *alucinación* y bascula hacia otro universo sin puntos de referencia, como manifiesta el relato de un hombre consignado en este informe: «Estoy en un *fast-food*, sentado frente a una mujer, es bonita y bien vestida, la miro y después hay como un disparador, hay pensamientos de una violencia excepcional, de violación. Y de golpe, no veo más que un cuerpo... Es bestial. No veo más que un cuerpo, ni hombre, ni mujer, y siento cólera. Es duro de expresar, es como en los periódicos, la violaría, la mataría. No. Justamente sadismo, justo para mi placer... venganza». Detrás de esta actitud hay una profunda depresividad frente a representaciones sexuales que angustian y que el individuo intenta eliminar en una actuación violenta. Al no ver más que un «cuerpo», este hombre expresa el carácter parcial y por tanto psicótico de su psicología. La excitación que le inspira la presencia del otro, sin ser objeto de implicación afectiva alguna, es justamente la

ocasión de escapar a una relación que lo angustia. El sujeto tiene tal sentimiento de explosión interior que amenaza con derrumbarse. Para estar seguro de no ser destruido por sentimientos penosos y protegerse contra la pérdida de su identidad, la única solución es someter al otro sexualmente. La agresividad es inherente al estado primario de la pulsión sexual y no puede ser superada mientras el individuo viva en la angustia de ser poseído (penetrado/penetrante). Si el individuo permanece sometido a este fantasma infantil, puede desarrollar atractivos para prácticas sadomasoquistas o, al contrario, ser sexualmente inhibido, trasformándose la agresividad en miedo a ser herido o destruido por el otro. La necesidad de desmarcarse del otro de esta manera o de afirmarse violentamente está en unión con las primeras identificaciones de la infancia.

• Primeras identificaciones del niño con su madre

El psicoanalista Stoller[7] ha demostrado que el niño, sea de sexo masculino o femenino, vive una identificación primera con su madre y por tanto con la sexualidad femenina antes de reconocerse en una identidad de género hacia los dos años y aceptar su sexo de pertenencia a partir de los cuatro años. Esto no quiere decir que al nacer nosotros seamos todos «mujer», como lo pretenden algunos. Si encontramos femenino y masculino en la psicología humana, se trata ante todo de residuos de las primeras identificaciones. El chico comprometido con esta identificación primitiva conoce un itinerario más difícil que la chica para liberarse de su madre y afirmar su virilidad. El fracaso de este proceso puede conducir a una separación de la imagen femenina: la buena y la mala, es decir, el hada y la bruja, la mujer y la marimacho, la madre y la puta. Puede igualmente favorecer una actitud agresiva respecto de las mujeres tanto por parte de las chicas (relación con la madre, con la suegra y la maternidad) como de los chicos que querrán subrayar su poder, desde la banal relación de fuerzas a la agresión sexual. Se ven rastros de esta agresividad en ciertas prácticas como el hecho de pronunciar palabras injuriosas durante los preliminares sexuales o entregarse a juegos de amo y de esclavo como una réplica en la realidad de los daños fantasmales que el sujeto intenta compensar. Así es como el chico intenta dominar la imagen todopoderosa de la madre fálica que pone en peligro su identidad. Es también, en algunos hombres, la angustia de no ser homosexual, afirmándose virilmente ante las mujeres y queriendo *triunfar* ante todo lo que puede amenazar su identidad sexual. Es, inversamente, la bisexualidad, la homosexualidad, el travestismo o el transexualismo. Por lo demás, la mayor parte de quienes reivindican estas orientaciones tienen el sentimiento de haber nacido así, cuando lo que ha ocurrido en que son así debido a una identificación primaria no modificada. Stoller se explica: «Si un bebé macho tiene una relación demasiado íntima con su madre y ella intenta mantener esta intimidad indefinidamente en un ambiente de placer sin traumatismo, sin

frustración, no consigue (no está motivado) separarse de su cuerpo y de su psique de la forma en que lo hacen generalmente los chicos. Se sigue que, desde el comienzo, es femenino. La hipótesis subsiguiente es que cuanto menos presentes estén estos factores, menos femenino será. En lo que se llama la masculinidad normal, estos factores deberían ser mínimos. Y si no hay ninguna intimidad entre la madre y el bebé, hay peligro de masculinidad 'excesiva' —el carácter fálico— de la clase que se ve en el desarrollo de los transexuales hembras o de ciertos guerreros fálicos»[8]. Si no todas las *aberraciones* sexuales son sistemáticamente perversiones, son otras tantas tentativas para mantenerse en una identificación primitiva con la madre sin que esta identificación sea el objeto de un conflicto intrapsíquico, de un traumatismo o de una frustración. Por el contrario, la posición perversa será a menudo la consecuencia de una evitación conflictiva que alcanza a erotizar todo acto de afirmación de sí mismo. El acto perverso es un gesto agresivo en el que el sujeto quiere liberarse de una relación fusional con su madre haciéndola pagar, por mediación de otros, el riesgo de perder su propia identidad sexual. Los argumentos perversos se encuentran por otra parte más en los hombres que en las mujeres, que están más seguras en su identidad sexual salvo cuando se encierran en una protesta de reivindicación viril (ellas adoptan entonces actitudes masculinas que toman también las formas de la agresión sexual pederástica). La perversión es aquí un acto de autoafirmación que intenta salir vencedor de las regresiones erotizando las pulsiones agresivas. Este condicionamiento explica, por una parte, algunos casos de violación que hemos evocado tanto en los adultos como en los menores. La pederastia es sin duda el acto perverso más agresivo en la medida en que manifiesta esencialmente una ansiedad respecto de la mujer y de los adultos. El pederasta se lanza sobre el niño para sentir mejor su potencia cuando es incapaz de establecer relaciones de reciprocidad satisfactorias. Paradójicamente, para comprender esta actitud de espíritu, hay que invertir lo que pretende el pederasta: él busca más asegurarse a sí mismo que amar a los niños, y en este sentido manifiesta una separación de su sexualidad que permanece en parte en la vertiente infantil encontrándose sexualmente niño con los niños.

La psicología pederástica

El pederasta está de tal manera encerrado en su imaginario sexual que piensa, erróneamente, que el niño desea sexualmente de la misma forma que él. El niño podrá acurrucarse contra el adulto, buscar mimo y sentirse físicamente contra el cuerpo del adulto sin que esta actitud represente una solicitación sexual. Cuando el niño pide afección y seguridad, el pederasta se cree autorizado a responder sexualmente. Este conflicto de interpretación complica la relación y lleva al niño a una confusión que puede ser perjudicial para su desarrollo posterior. Porque no sabrá cómo tratar esta

excitación sexual precoz con un adulto.

Ayer como hoy, los niños no disponen de suficiente autonomía, de experiencia y de comprensión para responder a los avances de un adulto que sabe persuadirlos con el fin de hacerlos entrar en su deseo, incluso, en el peor de los casos que se puedan imaginar, de agredirlos. El asentimiento del niño, como cree a menudo el pederasta, no es más que el resultado de la manipulación que engaña y falsea el discernimiento de la víctima. Esta no sabe que el adulto busca un interés sexual a través de ella. El niño no tiene, en efecto, conciencia de ser un objeto sexual.

Se distinguen varios tipos de personalidades pederásticas, que pueden ser descritas de la siguiente manera:

1. Los que tienen representaciones y atracciones sexuales hacia los niños pero que no pasan nunca al acto. Saben que estos deseos no son viables en la realidad. Consiguen controlarse porque comprenden que no es posible expresarse así con un niño[9].

2. Los que se quedan en juegos imaginarios recurriendo a revistas, vídeos y otras imágenes visuales que ponen en escena niños. No actúan en la realidad pero algunos acaban pasando al acto.

3. Los que se entregan al voyeurismo o a tocamientos sobre los niños.

4. Los que buscan redes de prostitución infantil y van a países en que se practica a menudo por razones económicas. En particular en América Latina y en Asia (que tiene por otra parte una tradición pederástica relativamente establecida), participan igualmente en «fiestas sexuales» con niños organizadas por adultos.

5. Los que practican la violación, incluso el incesto.

6. Finalmente, en los casos extremos, a la violación seguirá el asesinato del niño.

Estos comportamientos pueden limitarse a un tipo de actividad o franquear los límites de conductas cada vez más problemáticas. Corresponden a gestos obsesivos y compulsivos que el individuo no consigue dominar. Se controla tanto menos cuanto que realiza una separación en su personalidad que va a aislar y hacer sus prácticas independientes de la conciencia y de la inteligencia. Una parte de la personalidad se hace así relativamente autónoma y de forma incoherente ignora su funcionamiento global. Hemos visto que esta separación es una de las características de la personalidad perversa. Se deben recordar el sentido de la realidad y de la ley para romper este círculo. Sin embargo los voyeurs, los seductores y los manipuladores,

que permanecen a veces limitados a su tipo de comportamiento, saben renunciar a ello y pedir ayuda. Algunos de los que experimentan un sentimiento de culpabilidad, lo que no es el caso de los perversos, vienen a consultar y son accesibles a una iniciativa psicoterapéutica. Los agresores sexuales, los violadores y los asesinos están en otra lógica y son mucho menos cambiantes psicológicamente. Por esto, cuando se comienza una psicoterapia con estas personas, después de un juicio y de una condena, la actitud del especialista es más intervencionista sobre los procesos cognitivos, sobre las representaciones sexuales y sobre las funciones simbólicas de la personalidad.

El pederasta es un inmaduro sexual. Las seducciones y las agresiones sexuales de algunos adultos sobre los niños nos recuerdan que la sexualidad, en sus primeros movimientos, es agresiva, incestuosa, masturbatoria, puesto que el sujeto se toma como objeto sexual. El individuo puede estar enamorado de su propia imagen de niño y negarse a salir de este estado. Queda fascinado por la experiencia de la pulsión en su estado original que da un sentimiento de omnipotencia. Sentimiento por lo demás ilusorio, pero que va a intentar expresar a través del culto erótico a los niños. Una vez adulta, la persona no dejará de buscar sexualmente niños, o mejor de buscarse niño con el niño. Algunos, llevados por este delirio afectivo-sexual, llegarán incluso a matar al niño como para hacer callar en ellos mismos el niño todopoderoso que les reduce a la impotencia. Pero aquí pueden intervenir otras razones y poner en escena una relación sádica con el niño. Agresores sexuales que terminan su acto con el asesinato del niño intentan sobre todo hacer desaparecer toda huella de su culpabilidad. En todo caso, se ven inconscientemente agredidos y desarrollan gestos asesinos para herir a sus propios padres. Han vivido mal su infancia y tienen el sentimiento de haber tenido una madre invasora y un padre pasivo —no estando esta impresión por lo demás necesariamente en relación con la realidad parental—.

Los deseos sexuales infantiles están necesariamente frustrados porque son irrealizables. El niño debe aprender a socializar su sexualidad a través de la unificación de sus pulsiones parciales en la relación de objeto y la resolución edípica en que el niño diferencia su sexualidad de la del adulto. El pederasta no acepta esta frustración inicial y quiere evitar la ley de la castración.

En la psicología de cada individuo, circulan diversas imágenes sexuales, en relación con sus primeras experiencias sensoriales, algunas de las cuales pueden ser del orden de la perversión, pero no son suficientes para que el individuo se defina como perverso. La mayor parte de los preliminares sexuales, por ejemplo, ponen en juego diversas pulsiones parciales que se inscriben finalmente en la relación global con el otro. No son pues las imágenes mentales las que dan lugar a las perversiones, sino una

tendencia vivida y puesta en práctica en la realidad que se impone como tal. El perverso las considera como un fin en sí, en detrimento de una relación adecuada y completa con el otro. El perverso no tiene el sentido de los límites y confunde lo imaginario y lo real. En esta imagen borrosa, sufre un déficit de su simbolización sexual para apreciar lo que siente, evaluar sus deseos en relación con el otro y estimar lo que provoca en el otro.

¿Qué prevención contra la pederastia?

Prevenir a los niños contra la pederastia es necesario, pero ¿es preciso mostrarles crudamente la realidad? La prevención no es siempre tan eficaz como se cree. Privilegia a menudo actitudes pragmáticas que son puramente operatorias en lugar de ayudar a los individuos a tomar conciencia de lo que viven y de darles los medios de educar el sentido de su comportamiento. La apuesta es claramente el comportamiento a través del cual la personalidad se expresa y no tal o cual técnica que bastaría con poner en marcha en su vida para estar protegido. Para luchar contra las agresiones sexuales, es preciso sobre todo enseñar a los niños a respetarse ellos mismos y a respetar a los demás, que hay gestos que no se hacen. Algunas películas y libros que circulan a este propósito en las escuelas son a veces tan provocativos como el acto mismo. Estas imágenes visuales están más acá del lenguaje simbólico y a veces los niños rehúsan mirar imágenes realistas que conducen a un callejón sin salida sobre la dimensión irracional de la sexualidad humana y sobre el estado de las psicologías de la infancia y de la adolescencia. Peor, estas imágenes pueden llegar a provocar una colusión entre fantasmas y realidades tan nefastas como una agresión sexual. Además, aíslan el imaginario del niño hasta el punto de hacerlo desconfiado respecto de los adultos. Como consecuencia de sucesos recientes, adultos y niños se ponen en guardia y es una lástima. En las colonias de vacaciones e incluso en preescolar, algunos educadores no se atreven a tocar a los niños en el momento del aseo. ¡Hay quienes renuncian definitivamente a hacer un simple gesto afectuoso como poner la mano sobre la cabeza o ponerlos sobre las rodillas para consolarlos! Algunos niños llegan incluso a sospechar de la actitud de sus padres. Un niño de cuatro años, después de haber seguido un curso de prevención en preescolar, dijo a su hermano de diez años que, de vez en cuando, lo abrazaba espontáneamente «que no lo hiciese más», porque sino se convertiría en «homosexual». Sin darnos cuenta, estamos proyectando, a propósito de la pederastia, los miedos que son inherentes a la sexualidad humana.

Deberíamos recordar que, si el niño no tiene la misma conciencia de la sexualidad que el adulto, no deja de ser menos curioso. Al principio, la pulsión sexual es percibida de forma agresiva. El niño vive al otro como si se tratase de una intrusión

amenazante. El miedo al lobo, durante la infancia, es significativo de este temor. Sin embargo el niño tiene ya una visión objetiva de la sexualidad en la medida en que se da cuenta de que ha sido concebido por este medio y, si a veces tiene dificultad para aceptarlo, es importante que sus padres, y los adultos en general, vengan a confirmarle en este asunto y se sienta seguro por el hecho de que su concepción ha sido querida y aceptada. Va a descubrir que los adultos se expresan así porque se aman. Una vez asegurado de la doble finalidad de la sexualidad humana —procreación y amor del otro con el que se está comprometido—, podrá integrar mejor lo que no puede vivir a su edad y estar advertido de eventuales actitudes perjudiciales que otros podrían tener en relación con él.

Por esto el modelo actual de la prevención no parece justo. Invitar al niño a prevenirse en nombre del eslogan: «mi cuerpo me pertenece», es remitirlo a sí mismo. Dejar que crea que puede disponer de su cuerpo como él quiera, solo o con otros, es plantear mal el problema. El niño debe saber que hay actos que están prohibidos para protegerlo tanto de sí mismo como de los demás. Tiene necesidad de saber regular las excitaciones que vienen de él o del entorno.

Un discurso demasiado «crudo» corre el riesgo de suscitar miedos a ser agredidos en los niños que están todavía bajo la influencia de la primera concepción que tienen de la sexualidad. Una información demasiado realista puede desarrollar en algunos perversos la idea de que la pederastia es un comportamiento ampliamente compartido. Podrán decir: «¿Puesto que algunos lo hacen, por qué yo no?». Una información intempestiva y vulgar, bajo el pretexto de ser popular, es una respuesta angustiada y malsana que puede ser incitadora.

La prevención en el terreno sexual no es nueva. Sea esta prevención para la pederastia, para la contracepción y el aborto, para el sida o para las enfermedades de transmisión sexual, la sexualidad es representada como una amenaza, incluso como un peligro. En materia de prevención contra el sida, el material pedagógico puesto a disposición de los niños y adolescentes es no sólo vulgar y feo, sino que además hace promoción de perversiones sexuales. Con ocasión de la Jornada mundial del sida, jóvenes colegiales fueron invitados, en el patio de un colegio de la Academia de Seine Saint-Denis, a practicar la colocación del preservativo sobre penes en erección fabricados en resina sintética y dispuestos sobre una bandeja. La mayor parte de ellos no querían aceptar la invitación de los animadores de la asociación de lucha contra el sida. Estas asociaciones, aunque pueden aportar ayuda y apoyo a los enfermos, no tienen competencia y menos aún formación psicológica para intervenir en el marco de la educación sexual. La reacción de los alumnos fue como mínimo significativa: no sólo se manifestaban mediante innumerables chirigotas, sino que además escupían

sobre las mesas y sobre los animadores. Por un lado se enseña a los jóvenes a prevenirse contra las agresiones sexuales y, por otro, se actúa mediante intrusión violenta en su sexualidad.

El discurso implícito de la prevención es que todo es posible desde el momento en que uno se protege. En lugar de trabajar sobre los comportamientos e intentar responsabilizar a los individuos, la prevención viene simplemente a dictar normas sanitarias. El instrumento de la protección se antepone a la reflexión. En semejante confusión, ¿cómo extrañarse del desarrollo de una visión fragmentaria de la expresión sexual? Se comprende que los jóvenes se hagan sexualmente desconfiados o que otros, para liberarse de sus angustias, adopten conductas impulsivas. Por esto es importante que la sociedad recuerde el sentido de la sexualidad como modalidad de expresión en la relación amorosa.

La sociedad tiene razón al condenar las agresiones sexuales. Sin embargo, ¿deberíamos también interrogarnos con el fin de saber si la sociedad no tiene su responsabilidad y no incita a frivolizar la pederastia cuando tolera que se disfrace de estrellas de pasarela a niñas apenas formadas, y que se haga de ellas los nuevos *sex-simbols?* En esto también se hace jugar a los niños un papel de adulto, que erotiza la relación adulto/niño. Recordémoslo: los niños no son los partenaires, «los cónyuges» afectivos de sus padres. No nos interrogamos sobre todas las tendencias que se han desarrollado estos últimos años y que crean un ambiente de erotización general de la vida. Ahora bien, este fenómeno es fuente de violencia y no permite a los más frágiles ser defendidos por las normas sociales que deben indicar lo que es posible y lo que no lo es. Sin embargo, al condenar la pederastia, la sociedad ha puesto un primer freno a los excesos de lo que se ha llamado «la liberación sexual». Le queda desconfiar de un comportamiento irresponsable: el de los medios de comunicación que no favorecen en absoluto la salud pública cuando presentan la sexualidad a través de los modelos infantiles y pornográficos; el de las «autoridades morales» que no asumen sus funciones. Así, se hace en las escuelas prevención contra la droga —que, hay que recordarlo, manifiesta una carencia de recursos psíquicos— y al mismo tiempo vemos que artistas, deportistas e incluso ministros banalizan la práctica. Por un lado los jóvenes se interrogan sobre el sentido del amor humano, de la lealtad y de la fidelidad, mientras que por otro los «príncipes» de este mundo hacen la apología del adulterio o de la poligamia, de la trasgresión alegre y fabrican leyes que descalifican la responsabilidad afectiva. La familia juega un papel sobre el equilibrio psicológico de los individuos y de la sociedad, pero todo parece hecho actualmente para negarla. ¿A qué se juega? Muchos signos muestran que se prepara una reacción, ¿pero quién quiere aceptar interpretarla?

Estamos en la sociedad de todos los excesos. Después del largo silencio de los últimos decenios se denuncia el mínimo gesto y un aparato penal y médico se pone en marcha. En lugar de interrogarnos sobre nuestras formas de pensar que favorecen psicológica, social y económicamente la pederastia, añadimos ley a la ley. Esta bulimia de legislar a propósito del más mínimo problema de la sociedad, sin analizarlo y confrontarlo con la historia de la sociedad y de las mentalidades y sobre todo con una concepción antropológica, muestra evidentemente que hemos perdido el sentido de la ley y que no sabemos interpretar los comportamientos y los acontecimientos. Los pederastas corren el riesgo de servir de chivos expiatorios para todas las demás cegueras afectivo-sexuales de la época actual. Estos delincuentes son efectivamente peligrosos para los niños y la sociedad debe darse los medios de sancionar su delito: la prisión y el control social son los principales, el control médico es más discutible. En efecto, la mayor parte de los pederastas son perversos que no son siempre accesibles a la psicoterapia, es decir, que no ven que su comportamiento plantee graves problemas. Otros no están decididos a cambiar. Por el contrario, los que desean ser ayudados pueden adquirir un mejor conocimiento de sí mismos, rearmarse psíquicamente y controlarse. A pesar de la resistencia de los unos y la cooperación de los otros, en todos los casos se les debe proponer evidentemente una psicoterapia. Será de larga duración, con una técnica propia para este tipo de problema psíquico, que tiene como objetivo provocar al paciente. Este tratamiento, como otros con toma de medicamentos, no ofrece ninguna garantía de éxito. Entonces, en caso de recaída, ¿el especialista debe ser considerado culpable? Por otra parte ¿por qué someter a un delincuente sexual a una conminación terapéutica mientras que al ladrón, que tendría también necesidad, no? Un control médico o psicoterapéutico no puede formar parte de la pena. Hay que presentarlo como una ayuda necesaria. No es la medicina la que tiene que proteger a la sociedad impidiendo a los delincuentes, sexuales u otros, actuar, sino la ley la que tiene que recordar y explicar las prohibiciones. La prevención contra todos los abusos sería quizá interrogarse sobre esta sociedad que crea ella misma sus propias enfermedades para buscar después los medios de curarlas. La prevención que se multiplica en numerosos ámbitos es a menudo la expresión de un fracaso más global de la educación.

Malentendidos

En fin, hay que evocar igualmente los malentendidos y las falsas acusaciones. Esta clase de situación causa muchos daños cuando se produce. Se puede tener relación con el engaño a un niño que está atrapado en una trama totalmente creada, o bien se puede tratar de un error de interpretación que presta al gesto de un adulto una intención que no tiene. Según la edad del niño, es posible ver si se trata de un hecho

real o de una construcción. Es más difícil con los adolescentes o los adultos, que están más o menos determinados por sus conflictos sexuales, hechos de deseos y de repulsiones. Hay también niños o adolescentes que adoptan una postura de seducción sexual respecto del adulto e intentan obtener de él un contacto. Algunos imaginan que van a lograr sus objetivos. Si no lo consiguen, trasforman su deseo en acusación y pueden incluso aprovechar hechos ocurridos para desviarlos de su significación. En el contexto actual, se corre el riesgo de confundir todo y no saber ya si se trata de una verdad psicológica, subjetiva (es decir, la forma en la que el individuo ha vivido interiormente una situación) o si se trata de una intención real de quien es acusado. Hay que ser pues prudente en relación con los rumores, con la delación y con los errores de interpretación. Hemos dicho que el niño (como el adolescente) vive la sexualidad en un clima incestuoso. Cuando los adultos le hablan de la sexualidad, o exponen su desnudez, cree, inconscientemente, que es su objeto sexual: por esto, la mayor parte del tiempo, el sujeto se esconde. A veces, el menor gesto sobre el cuerpo del adolescente es interpretado como si fuese la expresión de un deseo sexual hacia él, cuando este gesto puede ser simplemente afectuoso u operatorio, como los gestos del profesor de gimnasia, del médico, etc.

Trabajos publicados en 1997[10] vuelven a cuestionar la iniciativa de algunos psicoterapeutas en América del Norte y en Gran Bretaña que suscitan recuerdos de violaciones en sus pacientes o interpretan algunas angustias como el síntoma hipotético de agresión sexual vivida durante la infancia o la adolescencia. Se han presentado así acusaciones sin pruebas. Estos estudios muestran que hay personas que recuerdan de nuevo agresiones sexuales de las que no han sido víctimas. Sin despreciar el testimonio de quienes han sido realmente agredidos, se ha probado sin embargo que algunas personas están predispuestas a formular «recuerdos ficticios». La verdad no sale pues necesariamente de la boca de los niños, menos aún de la de los adultos. Equipos de psicólogos han llevado a cabo investigaciones en los Estados Unidos con miembros de la misma familia para estudiar el recuerdo diferente de hechos reales. Han añadido a lo largo del ejercicio falsos acontecimientos. En el momento del primer interrogatorio, nadie se acordaba de estos acontecimientos, pero en el curso de la segunda entrevista, había un 20 por ciento que recordaba estos hechos.

Conocemos mal los mecanismos de la memoria, pero la experiencia muestra que su funcionamiento es selectivo, ella puede ser inducida por el entorno y condicionada por el estado psíquico del individuo. Algunos, por ejemplo, van a dejarse acusar erróneamente y confesar una falta que no han cometido nunca. Los recuerdos se trasforman a lo largo de las edades, son fluctuantes y frágiles hasta el punto de que se puede creer sinceramente que las cosas han pasado así. Se puede franquear la frontera

entre la realidad y el fantasma. Por esto los recuerdos rememorados a lo largo de una psicoterapia con la ayuda de un especialista inductor y muy intervencionista a este propósito deben ser considerados con la mayor reserva. El Colegio Real de Psiquiatría de Gran Bretaña ha puesto en guardia a los psiquiatras contra estas prácticas, que han conducido a numerosos errores de interpretación en pacientes adultos. Además, existe el riesgo de tomar a la letra deseos histéricos, como en la época de Freud, cuando no se sabía distinguir siempre un acontecimiento psíquico de un acontecimiento real.

La organización psicológica de los recuerdos depende de la forma en que cada uno los vive y los interpreta. Lo cual es aún más verdadero cuando se trata de la sexualidad. Desde que la opinión pública se ha apoderado de siniestros y escandalosos asuntos de pederastia, muchas personas vienen a consultar. Algunas han sido víctimas de incesto o de diversas prácticas sexuales. Otras no saben nunca cómo interpretar algunos gestos. Una adolescente de diecinueve años manifestaba algunas dudas a propósito del ginecólogo al que consultaba. Después de reflexionar sobre lo que vivía a través de estas consultas, comprendió mejor que estos miedos eran sobre todo la expresión de sus propias angustias sexuales. El despertar sexual es siempre más o menos traumatizante porque la pulsión surge de forma violenta en la vida interna del adolescente. No sabe cómo dominar lo que cree ser una agresión y si no ha descubierto, gracias a la educación, el sentido de ese deseo que se manifiesta así y la ley que puede regularlo, proyectará sobre los demás, y en particular sobre los adultos, lo que no consigue reconocer en sí mismo. Encontramos en el testimonio de pacientes, que se quejan de eventuales agresiones sexuales, las representaciones inconscientes más variadas de la pulsión sexual: la seducción sexual, el miedo a ser agredido, la angustia de la homosexualidad, el exhibicionismo y las incertidumbres identitarias ligadas a la pederastia, sobre todo en los hombres. Es significativo que algunos adultos se pregunten si no han sido víctimas de «abusos sexuales» en el pasado en el momento en que sus hijos se hacen adolescentes. Están inconscientemente preocupados, como padres, por la sexualidad naciente de sus hijos y trabajados por curiosidades y emociones que suscitan un interés edípico. ¿En este caso quién abusa de quien? La memoria está atravesada por todos estos móviles psíquicos y los argumentos inconscientes a partir de los cuales los fantasmas se estructuran y se orientan. Por esto, en caso de delito, hace falta ser capaz de evaluar psicológicamente y de situar los gestos en sus justas proporciones. En el clima actual, todo es confundido sin que se tengan en cuenta a veces las contra-transferencias afectivo-sexuales de cada uno.

Es verdad que el niño puede intentar inmiscuirse en la sexualidad del adulto, pero es una actividad imaginaria y le toca al adulto explicar el lugar de cada uno. Ahora bien,

algunos adultos no se atreven a hacerlo. Por eso hay niños que, como consecuencia de una separación o de un divorcio, comparten la cama del padre con el que viven. Un padre que no soporta dormir solo pide a su hija de seis años que duerma con él, con la gran satisfacción edípica de esta última. Otra de cuatro años sobre las rodillas de su padre lo coge la mano, la lleva sobre su vulva y guía su mano para ser acariciada. Sorprendido el padre retira inmediatamente su mano que la chiquilla toma de nuevo para recomenzar el mismo gesto acompañándola verbalmente de la afirmación: «Pero en fin...». El le pide que pare, amenazándola con bajarla de sus rodillas. Ella cesa sus gestos. No se volverá a hablar más de este episodio. El padre sin embargo se ha quedado un poco confuso, preguntándose si ha actuado bien. Ha sabido decir las palabras justas pero su confusión reactualiza de forma más o menos confusa su sexualidad infantil. Podía hablar de ello y situarse, sabiendo la diferencia que existe entre la búsqueda de sensaciones corporales en el niño y los gestos sexuales en el adulto. No siempre es el caso; cuando algunos padres aceptan responder a sus hijos sobre cuestiones que conciernen a su vida sexual y su sexualidad conyugal, muchos son los que erotizan la relación con sus hijos y mantienen por este cauce una mentalidad pederástica. Es la ocasión de una nueva contradicción: mantienen a la vez con los niños relaciones que no respetan la diferencia de lugar, de la paternidad y de la filiación, y al mismo tiempo ponen en guardia a los niños contra quienes pudieran agredirlos.

Pederastia y carencias actuales. Ley civil y ley edípica

En algunos documentos leemos[11] que la pederastia sería el resultado de la visión cristiana de la sexualidad que, al privilegiar la procreación en detrimento del placer, impulsaría «la ley del silencio que se impone alrededor de todo lo que toca al sexo[12]», y por tanto el silencio que ha rodeado al incesto de los padres que reinaban sobre las familias. A esta afirmación asombrosa se añade la idea de que el feminismo habría producido hombres frustrados que se lanzan ahora sobre los hijos. Aspiran a «una relación natural con la espiritualidad, es decir, el niño de menos de siete años. Es, de todos los humanos, el que se acerca más al ángel»[13]. Psicologismo extrañamente simplista que dice que las obsesiones, la depresión, las tendencias suicidas, la anorexia, etc. sólo se explican por los abusos sexuales que el sujeto ha olvidado... ¡Qué vulgar error! ¿No sería el papel del psicoterapeuta y del juez obtener «la confesión» que permitirá «denunciar» al padre o al educador autor de «abusos sexuales»? «Mediante una especie de excomunión laica... y 'sentando en el banco de la sociedad' al culpable, se evitaría así a las víctimas 'desarrollar neurosis, psicosis y convertirse en autistas'». La forma en que son utilizados y distorsionados la mayor parte de los conceptos psicológicos hace temblar y hace temer un tipo de depuración

al que podrían servir, y, al devaluar de esta manera al padre bajo el pretexto de que ha cometido un delito sexual reprensible, el niño no consigue situarse a pesar de todo en la filiación y valorarse en su identidad sexual. Toca a la ley fijar las prohibiciones y al juez apreciar los delitos en relación con la ley y las intenciones, pero ciertamente no neutralizar la paternidad... porque hay un riesgo de que el niño sea a su vez un hijo o una hija despreciable. Hay que cuidar de que la ley no venga a negar la ley psíquica, la ley edípica. Este tipo de razonamiento es significativo a la vez de interpretaciones proyectivas y de una concepción mortal de la ley. La ley civil primaría y excluiría a las demás leyes.

La protección de los menores y la previsión contra los maltratos son evidentemente indispensables en la sociedad. Nuestras sociedades están sin duda más preocupadas por esto que en el pasado, aunque, en muchos países, los derechos de los niños no sean respetados aún. Pero sólo nos fijamos actualmente en los maltratos sexuales, cuando los niños objeto de otros maltratos son un número mucho más importante. La sexualidad parece invadir todo y se querría que la ley civil cortase los desenfrenos que se creen nuevos pero que siempre han existido. Esta ley no recoge los procesos de regulación inherentes a la sexualidad, que dependen de la vida interna y no pueden ser recibidos más que por medio de una experiencia relacional entre padre y madre. Choca con un límite porque no da cuenta de otra ley, la ley psíquica, que se transmite sólo en la relación parental, que atraviesa la relación conyugal de un hombre y de una mujer (la ley psíquica concierne a la castración, al edipo, a la diferencia de sexos y de generaciones). La ley edípica, que se recibe en la vida privada e íntima de la vida familiar, permite al individuo regular y manifestar la violencia, la necesidad de poseer y de transgredir el orden de las generaciones que son inherentes a las representaciones de la pulsión sexual. Es aquí donde encontramos la confusión actual entre lo público y lo privado, lo íntimo y lo social, lo indecible y lo formulable, que hace bascular la sexualidad en la esfera social. Si creemos en el discurso actual, la simbología sexual no tendría que estructurarse ya en el seno de la familia, entre un hombre y una mujer, sino únicamente a partir de la ley civil y penal. El individuo se encuentra así desposeído de su sexualidad en beneficio de una sexualidad colectiva que sólo dependería de la ley civil. De la misma manera, la prevención del sida impone sus normas sanitarias a la sexualidad y la ley civil se ocupa de su cumplimiento. Es cierto que la sexualidad ha inspirado siempre miedo, pero cosa distinta es animar la sospecha sobre la vida sexual de unos y de otros y la necesidad de su control judicial. Si no todo es sexualmente posible, el control social de la sexualidad no es sin embargo aceptable. No basta con legislar y encontrar culpables para favorecer una sexualidad correcta. Si nuestras sociedades insisten tanto sobre la purificación sexual, que ha comenzado con el mito del preservativo para una sexualidad limpia y operatoria, es que ellas son incapaces de interrogarse sobre los

comportamientos problemáticos y las culpabilidades pre-edípicas que animan.

La pederastia juega un papel revelador en la sociedad actual. Hemos vivido con la idea de que los comportamientos sexuales no deberían depender de ninguna norma, sea psicológica, social o moral. Hemos sufrido los excesos a continuación. Estamos quizá redescubriendo la necesidad de una regulación social de la sexualidad, en particular en lo que concierne a la relación niño/adulto, que implica sobre todo la cuestión de saber el papel que se entiende hacer jugar al niño. Los adultos viven extrañamente su relación con el niño a través del amor y del odio: el amor de dar la vida y ser liberado por tanto de la angustia de la castración, pero el odio de ser limitado por su presencia que recuerda lo que el adulto no es ya y que significa su muerte futura. Mientras el amor y el odio no vuelvan a ser trabajados psicológicamente con el fin de situarse en la historia, y aceptar que se acabe con las gratificaciones infantiles para entrar en el parentesco, la relación con el niño alternará entre su rechazo y su idealización a la manera edípica.

El aborto o el rechazo de la procreación

La sexualidad moderna, que valora las pulsiones primeras, pasa completamente bajo silencio uno de los objetivos esenciales de la sexualidad: la procreación. Su aceptación o su rechazo está en el corazón de la estructuración de la identidad sexuada, y por tanto de la relación con el otro. No tener el sentido del niño, es no tener el sentido del otro y del futuro.

El niño, entre el obstáculo y el espejo

Una sociedad que no quiere nacimientos hasta el punto de no poder renovarse es una sociedad que se limita a lo inmediato, sin proyecto de futuro. Se consume en el presente. En nuestras mentalidades anticonceptivas, abortivas y de procreación médicamente asistida (PMA), el niño es suprimido, programado, seleccionado, fabricado a cualquier precio; brevemente, se le pide ser semejante a uno mismo y a los propios deseos. No se le considera una persona autónoma, sino el *clon* de las expectativas del adulto. Debe llegar a la hora prevista, ser semejante a lo que se ha soñado y si presenta errores, puede ser eliminado. Los antiguos abandonaban a sus recién nacidos rechazados por sus padres en los bosques o en la plaza pública dejándolos al arbitrio de las adopciones con vistas a la esclavitud, de animales errantes o simplemente de la muerte. Las técnicas modernas son asépticas, pero el rechazo del niño o el eugenismo, cuyas actitudes no son inéditas, siguen siempre tan activos, tanto que hoy las leyes protegen estas prácticas. Los problemas que plantean

siguen estando ahí sin que se acepte tomarlos en consideración. No es extraño que la violencia que pesa sobre el nacimiento del niño se encuentre en las conductas violentas de los niños y de los adolescentes en relación con la sociedad. Luchamos con razón contra la desigualdad de los hombres o de las «razas» pero he aquí que la biología y la genética corren el riesgo de convertirse en instrumentos de selección. El desarrollo de la biología molecular actualiza el discurso del culto a la selección de los más aptos. Los debates en torno al programa de secuenciación del genoma humano no hacen más que confirmar esta perspectiva. La carta de la UNESCO (1997) ha dejado suficientes puertas abiertas que facilitarán experiencias eugenistas, de clonación humana y de manipulación genéticas. Las declaraciones oficiales se llenan de palabras cuando afirman que estas investigaciones han sido emprendidas «en nombre del respeto a la persona humana». ¿Cómo, a continuación, proponer «excepciones» que entren en total contradicción con los principios enunciados?

Los adultos han tenido siempre un derecho de vida y de muerte sobre los niños. Ello expresa la ambivalencia psíquica que preside la relación parental. En el pasado, este derecho se ejercía sobre los niños de corta edad. Pero con los progresos técnicos, la edad de su eliminación ha sido avanzada a los comienzos de la gestación. El problema sigue siendo el mismo: se trata de hacer vivir o morir al individuo. Ahora bien, la vida humana no se divide, comienza desde la embriogénesis. Ya hemos señalado que el desarrollo y la precisión del diagnóstico médico por imágenes modificaban nuestras mentalidades. Lo que se examina y fotografía es el comienzo de la existencia de una persona humana y no un quiste molesto del que se podría uno desembarazar sin tener que plantearse interrogantes. Las fotos de ecografías que las parejas jóvenes hacen circular en las reuniones de familia, así como las imágenes visuales que se utilizan en el marco de la educación sexual con el fin de enseñar los procesos de embriogénesis y la evolución del niño favorecen la toma de conciencia de una presencia humana relativamente autónoma, pero también interdependiente de los demás y del entorno. Es difícil mantener que «es nada» y decidir subjetivamente que no hay nadie en contradicción con la realidad objetiva. Lo que está aquí en cuestión es el discurso de mala fe que rodea la procreación y no la necesidad de regular los nacimientos.

Una sociedad que no respeta al niño que va a nacer tendrá dificultad para pretender el respeto de los individuos entre ellos. El sentido de la exclusión comienza con el deseo de muerte para el niño que va a nacer. Nuestras sociedades no quieren reflexionar sobre las consecuencias psicológicas y sociales de la banalización de la contracepción y del aborto, pero tampoco sobre todos los efectos biológicos sobre la fecundidad[14]. La concepción puramente médica y tecnológica de la procreación no permite tomar en cuenta la maduración de la sexualidad en la vida psíquica. Está

desconectada del proceso de desarrollo del vínculo sexual para no favorecer más que un aspecto: el placer sexual. Pero este aspecto es sobre todo relativo a la sexualidad infantil que busca el placer por el placer, a diferencia de la sexualidad objetal (del adulto) que quiere alcanzar el placer[15]. Así aislada de la sexualidad abandonada únicamente al poder mecanicista de la medicina, la procreación no puede ser trabajada psicológicamente más que de manera negativa en el momento del despertar pulsional. El discurso sobre el preservativo y los medios anticonceptivos, hasta el aborto, representa al niño como un peligro del que hay que prevenirse técnicamente en lugar de llamar a la responsabilidad en los comportamientos. Cuanto más se excluye, se niega, al niño más se incita a la irresponsabilidad sexual. Este discurso no permite pues integrar la procreación en la vida sexual. Algunas mujeres jóvenes se extrañan de encontrarse embarazadas como consecuencia de una relación sexual: «No pensaba que yo podía tener un niño de esta manera cuando yo no lo deseaba», confía una de ellas, revelando así su visión de la sexualidad restringida a componentes puramente subjetivos. Si el dominio de la fecundidad es una necesidad, la fecundidad misma es un proceso objetivo cuya realidad no depende de apreciaciones subjetivas.

La propaganda del preservativo y los medios contraceptivos tiene efectos perversos. Instrumentalizan la sexualidad. La sexualidad es así concebida en nombre de una filosofía puramente pragmática que aísla esta realidad humana y la manipula técnicamente como si se definiese únicamente en relación con ella misma. Esta concepción se opone a otra visión filosófica que defiende el primado de lo individual y define el organismo como unidad integrada de estructuras y de funciones. Implica una visión global de la persona humana y de la sexualidad como modalidad de la relación humana que compromete el sentido del otro y su responsabilidad.

Freud[16] observaba que la sexualidad humana se hace altruista cuando el individuo acepta e interioriza la diferencia de los sexos y es capaz de estar enamorado, es decir, de renunciar a una parte de su narcisismo para adquirir el sentido del otro. Este trabajo psíquico es contrariado por los modelos sexuales actuales, que incitan a la violencia en el ámbito social, y al mismo tiempo, de manera paradójica, en el plano individual hay una aspiración en las generaciones jóvenes a una vida conyugal y familiar, un deseo de fecundidad y de estabilidad que parecen surgir como reacción a sus mayores.

El otro hace ley en la sexualidad humana

Lo que Freud subrayaba es que la pulsión no se hace realmente altruista más que cuando el deseo de reproducción está integrado en la sexualidad. No se trata del

deseo precoz de niño que se observa frecuentemente entre los adolescentes que quieren liberarse de conflictos psíquicos parentales, sino del hecho de sentirse capaz de ser madre o padre. La maduración sexual acaba con la elaboración de este deseo de acceder a la paternidad. Seamos progenitores o no, no estamos dispensados de esta dimensión parental que culmina la madurez sexual. Somos así capaces de hacer funcionar la simbología paterna o materna, ser educadores y saber transmitir a las generaciones siguientes lo que hemos recibido y enriquecido con nuestro trabajo. La aceptación de este deseo no implica un actuar inmediato, puede ser diferido. Sin embargo, el miedo o el rechazo a acceder a la paternidad muestra cuánta dificultad tiene la representación pulsional para salir del debate de la sexualidad infantil. El sujeto se encuentra dividido entre el para sí y el sentido del otro. Ahora bien, es la aceptación de la procreación la que realiza la sexualidad y le confiere su dimensión social. El sexo del adulto no sólo le compromete a él.

Freud escribía a este propósito[17]: «El carácter normal de la vida sexual está asegurado por la conjunción, en el objeto y en la finalidad sexual, de dos corrientes: la de la afectividad y la de la genitalidad... Lejos de ser extraña a la antigua finalidad que era el placer, la nueva finalidad se le asemeja en que el culmen del placer está unido al acto final del proceso sexual —la relación al otro—. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se hace por así decir *altruista*[18]». Es la presencia de otro, en otra generación, la que singulariza la sexualidad humana. El amor del otro se convierte en una voluntad de vivir para él en el tiempo, y no únicamente la búsqueda del objeto perdido de la infancia; aunque este vestigio afectivo permanezca activo, será trasformado en otra presencia. El otro hace verdaderamente ley en la relación sexual. El dilema del adolescente es decirse, cuando no está seguro de su identidad y no tiene confianza en sí mismo: «¡Es él o soy yo!». La presencia del otro le parece apremiante e inhibidora, como si limitase su libertad en lugar de revelarla.

Encontramos esta problemática en los postadolescentes de veinticuatro a treinta años que viven en pareja, pero en pareja distanciada, cada uno en su casa por miedo a ser asfixiado, a no ser libre, a ser sometido a la repetición de lo cotidiano y comprometido en relaciones sexuales demasiado frecuentes. La problemática de la castración se encuentra así reactualizada. Es en efecto el índice de una lenta maduración del proceso de autonomía psíquica en la construcción del *self* y la integración de la identidad sexual. Sin duda la devaluación de la imagen del padre en nuestra sociedad ha fragilizado las psicologías. Se ha dicho que cuando los jóvenes tienen una imagen paterna negativa tienen dificultad para estructurarse. Sus ideas son confusas, lo imaginario es confundido con lo real. De ahí, enseguida, las dificultades para comprometerse en elecciones o darse objetivos que realizar.

Ahora bien, procrear es precisamente proyectarse hacia el futuro, comprometerse con otro en la duración, es abrirse al sentido de la alteridad y al sentido de la responsabilidad. Los niños son vividos a la vez como molestos, cuyo nacimiento hay que impedir, y como aquellos que valorizan la persona de sus padres. Son los niños *bibelots* de una sociedad narcisista. En estas condiciones, no es necesario concebir muchos niños para confirmarse cuando, tradicionalmente, los niños eran la riqueza de un grupo humano cuyos miembros adultos tenían conciencia de ser mortales. En el mejor de los casos, los adultos transmiten la vida más allá de ellos mismos porque saben que van a morir: el niño es entonces el signo de su confianza en el futuro. Pero con la ilusión de la inmortalidad y la consideración de la muerte como un simple accidente, el niño se convierte en un objeto de gratificaciones para el adulto hasta el punto de desearlo y seleccionarlo según ciertas características, de erotizar la relación con él en lugar de darle el alimento afectivo del que tiene necesidad. Así se crean relaciones de pareja entre adultos y niños que impiden la diferenciación del uno y del otro.

La mentalidad anticonceptiva y abortiva, tan influyente en nuestras sociedades, supera muy ampliamente el legítimo control de los nacimientos; expresa sobre todo la incapacidad de anticipar el futuro, la angustia de ser padres y el fantasma juvenil de la inmortalidad. La muerte que preside el nacimiento tiene por lo demás efectos sobre la psicología de los adolescentes: ¿han sido deseados por ellos mismos? Las violaciones de sepulturas por jóvenes son sin duda una forma de respuesta a esta angustia. Nuestras sociedades deberían recordar que la falta de respeto a los llamados a nacer lleva consigo la falta de respeto a quienes han muerto. Desde este punto de vista, por otra parte, se notan también signos inquietantes, tales como el retorno de ritos mágicos y de brujería. En cuanto a Halloween, es como un resurgimiento pagano del que nos ha liberado el cristianismo que quiere que los muertos vengan a molestar a los vivos mientras que los niños reclaman justicia bajo pena de represalias y de malas suertes.

Interiorizar la procreación

La ley francesa de 1975 sobre el aborto es justamente el ejemplo de esta ambivalencia del estatuto del niño. Al hablar del aborto, sabemos que abordamos un problema muy controvertido, y sobre el que pesa por lo demás una especie de prohibición que impide pensarlo serenamente. Por otra parte, para las parejas o las mujeres que están comprometidas en este tipo de intervención, el silencio sobre el tema es tal que les es difícil interiorizar y trabajar psíquicamente lo que viven. El entorno incita a no hablar y a no quejarse a posteriori. El aborto debe quedar como

una historia sin palabra, un objeto a rechazar. ¿Cuántas mujeres, después de haber vivido un aborto, sienten no haber sido oídas, escuchadas y aceptadas? Bastaría querer esta intervención, practicarla en las condiciones sanitarias y técnicas requeridas y ser así liberada de un embrión para que no haya más problema. ¿Es tan simple? ¿Se puede perder un hijo en gestación sin hablar de él? ¿Cómo no vivir con angustia este poder de hacer nacer o de impedir nacer? ¿La muerte querida al comienzo de la vida humana no es una fractura en el corazón de la feminidad? Estas cuestiones se plantean siempre por parte de las mujeres en situación de postaborto. No se trata aquí únicamente de la pérdida de un hijo imaginario sino de una intervención directa en la realidad sobre el cuerpo de una mujer en sus funciones de generadora y sobre el proceso del comienzo de la vida de una persona humana. Estamos bien lejos de la visión ideológica del aborto por la que se ha querido afirmar la autonomía de la mujer respecto de la procreación, pero también de su partenaire. Detrás de esta voluntad de independencia, que no es más que una apariencia, se oculta un problema psíquico que es el de la dependencia de la madre[19] que la mujer no consigue superar permaneciendo en el juego del odio y del amor tan característico de la relación madre/hija. La imagen de la propia madre está presente en la mujer que se convierte en madre a su vez y que, desde entonces, no se sitúa ya sólo como una hija respecto a su madre. El aborto va a mantener esta regresión a la madre en la medida en que la mujer no puede acceder a su nuevo futuro mediante el hijo. Se mantiene en un vínculo primitivo que le impide realizar su autonomía psíquica, proceso por el que la maternidad debe llegar. Permanece en una búsqueda de amor y en una angustia de abandono que la confina a una posición de repliegue. El sentimiento de culpabilidad que sigue es en primer lugar la expresión de un sentimiento de desvalorización en relación con la madre omnipotente antes de ser el remordimiento de una falta moral. Porque para plantear el problema en términos morales, todavía hay que tener unas referencias con el fin de interrogarse sobre otro plano que el del debate intrasubjetivo que nosotros examinamos —el aspecto moral no es aquí nuestro problema—.

La mujer juega su relación inconsciente con su madre a través del aborto instalándose en el estado de niña o rechazando su estado de madre. La militante pasional en favor del aborto, que no es más que un medio técnico cuando parece ser vivido como un destino para un cierto número de militantes, encuentra su origen en esta problemática psíquica que es negada, como es negada la identificación con la madre: es el rechazo a ser madre a su vez como lo ha sido su propia madre. A pesar del clima higienista y sanitario que rodea al aborto, la mujer es remitida a un sentimiento de impotencia y a la imposibilidad de situarse en una filiación materna. En lugar de reconocer que no es sencillo procrear, ocupar un puesto en el parentesco e inscribir a otro, un niño, en la filiación, se da prisa en afirmar que el aborto es un gesto rápido y sin problema y que conviene disociar el acto sexual por el placer del acto sexual en vistas a procrear y

que el niño no existe más que en el proyecto parental.

A falta de este proyecto, el niño no sería más que un conjunto de células que puede ser destruido si no está habitado por un deseo parental[20]. «Un embrión sólo se convierte en sagrado por la gracia de un proyecto parental[21]». Se notará el giro del lenguaje religioso y moral puesto al servicio del narcisismo cuando, en el mejor de los casos, este lenguaje quiere designar el sentido de la alteridad. El discurso del biólogo se hace totalitario cuando no ve más que un conjunto de células y define la persona únicamente a partir de relaciones que la harían existir. Fuera de un reconocimiento relacional, la persona no existe: «Es preciso que haya aceptación del otro para que haya vida[22]», nos dice Frydman. La existencia sólo dependería pues de la buena voluntad de otro. He aquí algo que parece por lo menos peligroso. El autor mantiene además confusiones en cuanto al discurso de las religiones sobre el embrión. Las reduce a un papel operatorio que consiste en formular códigos y normas en lugar de acompañar personas. Llega a un callejón sin salida en su iniciativa por favorecer una reflexión moral cuando conviene aclarar decisiones a tomar caso por caso. La reflexión filosófica y moral se presenta sobre un registro médico, como tantas informaciones puestas a libre disposición de los padres.

La tesis más discutible de este libro es afirmar que el estatuto y la definición del embrión dependen de cada uno, de la mirada que se tenga sobre él y del futuro que se quiere —o no— darle. El embrión sólo existe si una palabra parental expresa la voluntad del padre y de la madre de hacerlo vivir. Este psicologismo de la palabra es una secuela mágica del pensamiento. La palabra daría así un derecho sobre el comienzo de la vida. ¿Y por qué no sobre el final de la vida? Eugenismo y eutanasia van así a la par. Esta omnipotencia de la palabra en la que el ginecólogo encierra a sus pacientes deshumaniza al embrión y pervierte la relación con el niño considerándolo como nada y neutralizando toda la experiencia subjetiva que se deduce de su presencia. Hay, en esta actitud de espíritu, una confusión entre el deseo subjetivo del niño y el estatuto del embrión. Desear un niño es relativo al individuo, a su proyecto de vida y a lo que él puede asumir, y sobre el que no tenemos que pronunciarnos, salvo el hecho de que este deseo no es realizable más que en ciertas condiciones. Por el contrario, la existencia del embrión, que constituye el comienzo de la vida humana, plantea otro problema en la medida en que representa una realidad objetiva y relativamente autónoma. Seguro que va a desarrollarse en la interdependencia del cuerpo de su madre. Pero será lo mismo a continuación: todos vivimos, siempre, en la interdependencia. En el embrión, el biólogo no verá más que material biológico, y no todavía un ser humano acabado. En un enfoque psicológico, en el que las cosas no existen más que si se decide reconocerlas, se optará por no considerar este embrión como real más que si aparece a través de una palabra. La

primera concepción es parcial y remite a la visión fragmentada de la vida y de la sexualidad humana de las que ya hemos hablado. La otra concepción, que se considera psicológica, es más bien voluntarista y selectiva, reduce el derecho a la existencia, una vez que está comprometida, a la sola apreciación subjetiva del individuo. No hacer depender la existencia del embrión más que de una visión celular o de un punto de vista subjetivo exterior (el proyecto parental) abre a todas las arbitrariedades. Hoy, son los niños por nacer los que están amenazados; mañana, serán quizá las personas mayores cuyas limitaciones del envejecimiento no se soportarán ya. Yo he recibido en consulta a una joven mujer de veinte años, embarazada de algunas semanas, en conflicto con su madre que la incitaba a abortar en estos términos: «Puesto que no has deseado este niño, no existe». Y la chica le responde: «Si me obligas a perderlo, me matas al mismo tiempo».

La separación arbitraria actual entre la procreación y el acto sexual de placer no da cuenta de la sexualidad humana, aunque todo acto sexual no tenga por fin procrear. El inconsciente no tiene nada que hacer con estas racionalizaciones de lo reprimido. Son sobre todo pensamientos de comodidad intelectual que acaban por alimentar representaciones primitivas de la procreación que van del «cada uno se hace todo él solo» a «he tenido un bebé yo sola» reanudando con los viejos mitos del autoengendramiento y de la autofecundación.

El aumento constante de los abortos en los adolescentes, en particular en Francia pero también en otros países europeos y en los Estados Unidos, muestra hasta qué punto el discurso actual, al disociar la procreación de la sexualidad, los libera de responsabilidad y los hace indiferentes respecto de la fecundidad. La prevención anticonceptiva, que los poderes públicos quieren promover, acentuará este fenómeno. Por una parte, la prevención tiene el mismo discurso y dispensa de reflexionar sobre los problemas afectivos que pueden plantearse a esta edad y que corren el riesgo de quedar restringidos a prácticas sexuales. Por otra parte, el recurso a una intervención química es vivido como una imposición y una intrusión de la sociedad sobre su cuerpo, lo que ellas rechazan implícitamente sin siquiera saber expresarlo verbalmente. Ellas lo expresan en la acción reivindicando su libertad frente a la prohibición sanitaria a la que está reducida la sexualidad. En realidad, se trata sobre todo de permitirles reflexionar sobre su sexualidad, descubrir la doble dimensión del encuentro con el otro y de la procreación. Integrando estas realidades ellas podrán prepararse a ser responsables de sí mismas en lugar de ser mantenidas en una sexualidad separada o de remitirse a un objeto tercero que las despoja.

El aborto plantea el problema de la idea que se hace una sociedad de la procreación y del niño. ¿Cuáles son los modelos que ella da a interiorizar, o también cuáles son las

prohibiciones en el discurso social que pesan sobre el proceso de interiorización e impiden trabajar psíquicamente aspectos de su sexualidad? Veremos que estas prohibiciones se centran sutilmente hoy sobre el hecho de dar a luz y de acceder a las funciones parentales, bajo la presión de la técnica médica y de la desocialización de la sexualidad cuando en el siglo XIX el acento estaba puesto en la prohibición del placer bajo la influencia de la burguesía y del puritanismo.

El aborto llega en una sociedad que no sabe manifestar las funciones de lo parental. No nos equivoquemos de debate. La regulación de los nacimientos es necesaria, ¿pero todos los medios son igualmente válidos? Se plantea también la cuestión del futuro de la representación del derecho de vida y de muerte sobre el niño tal como ha podido expresarse a lo largo de los siglos mediante el abandono del niño, actitud juzgada hoy inadmisible. ¿Qué será de nuestros abortos en algunos siglos cuando ya el diagnóstico médico por imágenes modifica completamente nuestra mirada sobre el comienzo de la vida humana? El niño no es un quiste; tiene calidad de humano y es verdaderamente alguien que se nombra y a quien se habla a través del vientre materno.

No siempre se han debatido realmente los retos del aborto. Pero interrogarse sobre él y sobre las consecuencias psicológicas y sociales que provoca concierne al delito de opinión. Está permitido manifestarse a favor del aborto pero está prohibido manifestarse contra...[23] Por lo mismo, es imposible reflexionar sobre la dimensión social, psicológica y moral de este problema. Ahora bien, el aborto es un problema, y debe seguir siéndolo, incluso si técnicamente el gesto es eficaz y, en el mejor de los casos, sin secuelas físicas. Una situación como ésta no puede ser tratada siguiendo el modo binario del a favor o en contra. Conviene tomar el tempo necesario para medir los efectos de lo que se vive.

La inhibición social

Entendámonos bien. No nos pronunciamos aquí sobre las situaciones individuales de personas que recurren al aborto y que competen a otro tratamiento sea en el plano psicológico para los encuentros previos al aborto o, después de este último, en el marco de una psicoterapia; sea en el plano moral si la madre o la pareja intentan evaluar el sentido de tal gesto. Lo que nosotros examinamos son las representaciones sociales y sus consecuencias sobre las psicologías.

La ley actual sobre el aborto tiene tendencia a favorecer una inhibición social. La mayor parte de las mujeres lo saben bien: interrumpir el proceso de desarrollo de la vida humana en su comienzo no es banal. Ellas expresan y, de forma general, viven a

destiempo un dolor que puede durar varios meses, incluso varios años, con efectos sobre su vida psíquica y somática. Pero muchas personas no paran de repetir que este acto no es culpable puesto que la ley lo autoriza. Este no es evidentemente el problema. En efecto, esta intervención no es reprensible si los plazos legales son respetados. Pero la cuestión queda abierta en el plano psicológico. No concierne a la ley pronunciarse sobre este aspecto. El discurso médico exagera cuando insiste sobre la banalidad del acto técnico y no quiere entender lo que se vive íntimamente. La experiencia post-aborto viene a desmentir este optimismo. Muchas mujeres vienen a consultar a continuación de un aborto. Su malestar es en primer lugar psicológico, y a veces ético. Pero, en el entorno actual, no se quiere pensar que las mujeres se encuentren enfrentadas a este tipo de interrogación. Curiosas mentalidades que, por una parte, apelan a romper los tabúes, y, por otra, crean otros más opresores porque están fundados en la negación. Estas mujeres se encuentran en psicoterapia, verbal o corporal, con esta herida en su cuerpo, con un dolor que están sufriendo y el sentimiento de no haber podido evaluar este derecho de vida o de muerte sobre el niño por nacer. El discurso social dice que no es nada. No hay lugar para la reflexión. No hay lugar para tener en cuenta esta vivencia. No hay lugar para sufrir, cuando el sujeto se encuentra con un cuerpo y una vida sexual descargados.

El aborto forma parte de lo políticamente correcto cuyos efectos llamados «secundarios» no conviene medir. El discurso social obstruye así la vida psíquica y selecciona o censura objetos que deben o no ser interiorizados. Participa a su manera en la desertificación mental y en la crisis de la interioridad, que tiene dificultad en constituirse por falta de materiales transmitidos y, cuando ella surge, se encuentra disminuida en su desarrollo por el rechazo social a plantear las cuestiones que exigen ser pensadas. No sólo la ley civil se toma por la ley moral, sino que ella exige además no pensar en los efectos que produce.

Volvamos a la ley de 1975. En su preámbulo, de una gran calidad de reflexión filosófica, recuerda el respeto del niño que va a nacer desde el comienzo de su concepción. Este principio no está puesto en duda en la ley, pero ésta, en caso de «situación de desamparo[24]», acepta despenalizar el aborto durante las diez primeras semanas de gestación. Queda bien claro que el aborto no es un derecho. La ley dice claramente que el aborto de un niño en gestación sigue siendo condenable, pero que no lo será penalmente durante el plazo de tiempo previsto. Pero una de las derivas de nuestra mentalidad individualista es tomar lo legal por lo moral. El aborto es así vivido, erróneamente, como un derecho, justificado por la idea muy subjetiva que cada uno se hace del embrión. Porque, según las situaciones, será percibido como un niño que se desarrolla de forma autónoma en el seno de su madre y, en otras situaciones, cuando quiera uno desembarazarse de él, se afirmará que es simplemente

una bola de carne sin otro valor. Es interesante constatar que la contracepción no ha permitido disminuir el número de los abortos. La verdad, es que no se reducirá mientras tengamos una visión sanitaria e instrumental de la sexualidad, a expensas de su doble misión: placer y procreación. Dominar la fecundidad ha sido siempre una necesidad, pero devaluar la fecundidad hasta este punto en nuestras representaciones sociales produce irresponsabilidad y favorece los miedos y las angustias sexuales más agresivas contra sí mismo y contra el otro.

Negación del otro en la autosexualidad, negación del niño en la pederastia y de la vida en el aborto, nuestra sociedad ha perdido sus puntos de referencia fundamentales que hacen de la sexualidad, además del lugar del placer, una relación en la que el otro tiene su parte. Al querer ser todo, enseguida, el individuo ha perdido la facultad de inscribir su existencia —y, por lo tanto, su sexualidad— en un devenir que lo hace salir de sí mismo y del instante.

Capítulo 6
LOS RETOS DE LA HOMOSEXUALIDAD

«Hasta la edad de diecisiete años yo pensaba que podía, según mi deseo, seguir siendo una chica o convertirme en un chico», reconoce una joven paciente que se extrañaba de su ambigüedad. Un adolescente de diecinueve años, atraído por personas del otro sexo, ha deseado sin embargo besar a un chico en la boca y vivir varios abrazos con un amigo conocido desde hace mucho para saber lo que era y prepararse, así, a realizarlo un día con una mujer...

Los mismos adultos, hombres o mujeres, casados o no, expresan a veces su inquietud, su confusión y su desconcierto ante las atracciones, las emociones y los pensamientos suscitados por personas del mismo sexo. Algunos llegan a vivirse interiormente en la ambivalencia, algunos en prácticas transitorias, mientras que otros se instalan en la bisexualidad, la autosexualidad, la homosexualidad o el transexualismo. El discurso y las representaciones sociales se hacen eco de estos temas, la unisexualidad, la autosexualidad, la homosexualidad, que presentan en igualdad con la heterosexualidad.

Estas breves observaciones plantean los interrogantes siguientes: ¿Qué pasa en la psicología individual para que semejante ambivalencia sea tan viva? ¿Qué pasa en la cultura para que la ambigüedad sexual esté en conflicto o tome la delantera sobre la diferencia de sexos? Vamos a examinar estas cuestiones desde el punto de vista de la experiencia subjetiva del individuo, que nos permitirá situar las tensiones, y a veces las diferencias, que existen entre la identidad sexual de género y la forma en que la persona vive su identidad sexuada. Nos preguntaremos también por qué la sociedad no puede construirse más que en función de la identidad sexual de pertenencia y no a partir de la subjetividad sexual del individuo.

Nacer y devenir sexuado

La sexualidad humana está en el corazón de la vida psíquica y su expresión es, en sus comienzos, sintomática de una profunda incertidumbre. La pertenencia a uno u otro de los dos géneros sexuales puede no ser inmediata y ser mal experimentada en razón de

atracciones sexuales contradictorias. Hay que tener en cuenta tres realidades que estructuran psicológicamente la sexualidad humana: la identidad sexuada, la forma en que el individuo percibe y vive su identidad sexual; la elección de objeto sexual, es decir, la tendencia, la preferencia que va a orientar la vida afectiva; en fin, la pertenencia sexual o identidad sexual que hace que cada uno sea macho o hembra.

Se cree a menudo que estos dos últimos puntos no constituyen más que uno. Ahora bien, la identidad sexual es lo que marca al individuo en lo masculino o lo femenino. El individuo tendrá que integrar esta identidad de género, a lo largo de la infancia y de la adolescencia, para estar en la continuidad psíquica de su cuerpo sexuado. Esta operación es a veces difícil en relación con las identidades propias de cada uno, pero también a causa del inconsciente que no conoce la diferencia de sexos. Durante mucho tiempo, en efecto, el sujeto cree en un sexo único. Hacia los cuatro años, va a comenzar a integrar esta diferencia, sin renunciar completamente a la ficción del sexo único, esperando para la chica obtener lo que ella no tiene y temiendo, para el chico, perder lo que tiene, imaginando que podría también llevar un bebé en su vientre. Cuando esta integración es difícil, el niño tendrá tendencia a lanzarse sobre el fantasma del sexo único. Por el contrario, al aceptar su cuerpo sexuado, hace la experiencia de la castración simbólica que corresponde a la integración de sus límites corporales. Esta depende del trabajo interno del sujeto para reconocer esta realidad y puede chocar con la representación que se hace de él y de su cuerpo. El cuerpo fantaseado es a veces más «verdadero» que el cuerpo real. Puede manifestarse a través de un sentimiento de extrañeza corporal en el momento de la pubertad cuando el individuo resiste al cambio de su cuerpo de niño o rechaza su cuerpo sexuado como, de forma extrema, en el transexualismo.

El individuo está por tanto comprometido en una actividad psíquica importante para establecer e integrar su identidad corporal, que es lo propio de la psicología humana cuya estructura original, repitámoslo, se mantiene relativamente autónoma, en sus procesos, en relación con las interacciones neurobiológicas. La identidad sexual se juega en el hecho de pertenecer al género masculino o femenino, de ser hombre o mujer. Freud, después de otros pensadores que lo habían reflexionado antes que él, ha mostrado a partir de su experiencia clínica la falta de realización y el límite de la sexualidad del individuo. La sexualidad está marcada por una forma de no-saber: el sujeto no sabe lo que vive sexualmente por el carácter radicalmente inconsciente de la determinación de su deseo. El psicoanálisis se ha centrado en estudiar la economía de la sexualidad humana como experiencia subjetiva del individuo en la medida en que se encuentra solo para dar un destino a sus pulsiones. Esta vida interna está marcada por la singularidad de cada uno, y los modelos del hombre y de la mujer son ellos mismos productos culturales incapaces de dar cuenta de la originalidad sexual del

individuo. Estos modelos son necesarios para entrar en el orden simbólico de la diferencia de sexos, pero son insuficientes para fundamentar el ser sexuado de cada uno a través del sentimiento que se tiene de uno mismo. Su forma normativa corre el riesgo de ser retenida y de dar el pego sobre el trabajo indispensable para aceptar su pertenencia sexual, hacer su elección de objeto y dar cuenta de la experiencia subjetiva de su identidad sexuada.

El descubrimiento del cuerpo sexuado, a veces en contradicción con su propia imagen corporal, la curiosidad sexual del niño, su despertar sexual a partir de los otros o de la desnudez de los adultos, la seducción de la que puede ser el iniciador o el objeto, desarrollan traumatismos, es decir, excitaciones internas, que manifiestan la integración o no de estas experiencias. Pero es en tanto que él se somete a las leyes que expresan la castración, la prohibición del incesto y la división de sexos como el individuo encuentra en la sexualidad la falla que es fuente de conflictos y que le constituye como sujeto.

¿De dónde viene el deseo sexual?

La pulsión sexual es, al comienzo, violenta, posesiva y asesina. La novela y el teatro no dejan de poner en escena esta agresividad inicial que debe ser regulada en la formación de la personalidad, pero también en la sociedad. Por esto el individuo no se instaura como sujeto más que marcado por estas diversas limitaciones. El acepta esta castración fundamental para existir y desarrollarse. Lejos de oponerse a su deseo, la ley edípica acabará por permitir la instauración del propio deseo. El deseo no puede manifestarse cuando el individuo no tiene el sentido de la ley. La experiencia muestra claramente que cuando, por diferentes razones, la interiorización de estas leyes psíquicas fracasa, el sujeto siente serias dificultades en cuanto al deseo.

Una visión por lo menos simplista quisiera hacernos creer que la inhibición del deseo sexual sería el resultado de un rechazo porque este deseo sería contrario a la ley[1], cuando es gracias a ésta como el sujeto puede construir su deseo sexual. Como veremos más tarde, él encuentra en la ley y en el orden simbólico con qué estimular y organizar su sexualidad en tanto que deseo y lugar de relación con el otro. Es justamente cuando el individuo es todavía dependiente inconscientemente de una sexualidad incestuosa, por tanto no expresada por la castración, por la ley de la prohibición del incesto y por la división de sexos, cuando lo sexual sólo puede expresarse según el modo de la reacción y del desafío y cuando la relación con el otro es inhibida, separada o pervertida. Encontramos esta actitud en diversas conductas sintomáticas; el aislamiento en la autosexualidad a través de la masturbación, la

seducción sexual fuera de una relación estable, la amistad llamada amorosa, la duplicidad respecto del otro con el que el individuo se encuentra comprometido, el mantenimiento de comportamientos contradictorios, el recurso a la prostitución o a las relaciones de paso que remiten a imágenes parentales, son otros tantos actos que repiten un conflicto antiguo y el rechazo de someterse a la ley edípica de separación y de diferenciación que constituye el sujeto y su deseo.

El rechazo de la ley impide el deseo y la relación auténtica con el otro que se encuentra en la sexualidad histérica, la de la queja, de la idealización y de la seducción del objeto inaccesible. Sólo la ley libera la sexualidad, no la limita, su ausencia no le permite aparecer y, por esto, el sujeto no puede acceder a la originalidad de su *self*, es decir, la capacidad de ser él mismo. El deja de desarrollar su originalidad singular, que compensa a través del apremio de la repetición de los conformismos a la moda. En la mayor parte de estos comportamientos domina el destino incestuoso de la sexualidad primaria. Se plantea aquí la cuestión de la relación entre lo sexual y la vida psíquica.

Lo sexual es en primer lugar psíquico

Las pulsiones sexuales no son representadas en el psiquismo humano más que de forma parcial. Cada parte del cuerpo y cada actitud del espíritu se encuentra así aislada y valorada por sí misma. Los resquicios que marcan los límites y las ambivalencias entre lo de fuera y lo de dentro, y también allí donde el otro va a aparecer, se encuentran erotizados: la boca, los ojos, los oídos, el ano, el sexo. Lo mismo ocurrirá con la búsqueda de un objeto parcial a través del sadismo, el masoquismo, el exhibicionismo, el voyeurismo, la pederastia, la homosexualidad que expresan una relación problemática con el otro. Por esto será vital para el sujeto que haya algún nexo que permita reunir las pulsiones parciales para hacer posible el vínculo sexual en la realidad. Este trabajo de unión procede del orden simbólico y de la cultura y no pertenece como tal al campo de la pulsión, aunque la pulsión imponga una exigencia de trabajo de elaboración al aparato psíquico[2]. Es este trabajo el que dará nacimiento a la subjetividad a partir del momento en que el individuo constata que no es apto para realizar la pulsión parcial por ella misma, a menos que quiera permanecer más acá de la relación global al otro.

Las pulsiones son relativamente autónomas en la vida psíquica. Porque nosotros estamos, como ya hemos dicho, en una organización dispersa de pulsiones parciales que ni siquiera supone el sujeto. ¿En qué relación van a situarse desde entonces el objeto parcial y el objeto de amor? El aparato psíquico va a comprometerse en un

trabajo de elaboración, de unión y de diferenciación, unido a la palabra, y la pulsión podrá ser así confrontada con la cuestión del dentro y del fuera, de la interioridad y de la exterioridad, y al mismo tiempo del sujeto en su relación con el otro.

El objeto de la pulsión no está predeterminado; lo que quiere decir que todas las tendencias y las elecciones de objeto sexuales no están preformadas. Si la identidad sexual de género de la persona es un hecho irreductible y puede estar más o menos integrado, la identidad sexuada, como experiencia subjetiva de la sexualidad y la elección de objeto sexual, en cuanto a ellos, se construyen, porque son el resultado de una representación sexuada de uno mismo, de una interacción con sus imágenes parentales y de una historia afectiva. Todo va a depender del trabajo psíquico del individuo, de su juego de identificación, de sus expectativas y de sus gratificaciones afectivas con su entorno, comenzando por su familia, y de la forma en que va a situarse respecto de los demás.

De la bisexualidad a la heterosexualidad

El sentido del otro se adquiere cuando el individuo llega a aceptar y a integrar la diferencia de sexos. Cuando este trabajo psíquico se realiza, en el momento de la adolescencia, el individuo se plantea la cuestión del «¿Quién soy yo?» frente al otro que él intenta introducir en su vida pulsional mientras que otros adolescentes que se enfrentan a una tendencia homosexual se dicen: «Yo soy homosexual». En el primer caso, la cuestión identitaria permanece abierta para reconocerse en un género, una filiación y una simbología social, mientras que en el segundo caso es escamoteada como pertenencia a un género sexual, reducida a su vivencia interior y confundida con una elección de objeto.

El sexo único

Reconocer que hay en cada uno de nosotros masculino y femenino no significa que se pueda ser macho y hembra a la vez. Si fuera el caso, no habría ya alteridad. La realidad de los dos géneros sexuales es otra y opuesta a las representaciones inconscientes, nos sitúa en una diferencia fundamental entre el uno y el otro. Hay una disimetría de los sexos en el sentido de que no hay semejanza. Ni siquiera hay complementariedad de sexos puesto que cada sexo representa un universo singular. La radical separación de los dos sexos viene a contrariar las mentalidades actuales, tan dependientes del fantasma primordial del sexo único que reduce el otro al semejante. La aceptación de la diferencia de los sexos y el desarrollo del deseo del otro sexo se fundan en el reconocimiento de la carencia que los separa y no en el de una

complementación que daría la impresión de encontrar su mitad. No es por lo demás extraño que el mito griego del andrógino sea muy apreciado actualmente. Respecto al inconsciente, nosotros somos bisexuales y marcados por la representación del sexo único. Para algunos es a veces doloroso admitir la diferencia de sexos.

La orientación sexual, la preferencia, es decir, la elección de objeto sexual, es indeterminada en el estadio de la sexualidad primaria. Comienza a vivirse a partir de las pulsiones parciales. Esta vivencia interna va, la mayor parte del tiempo, a sorprender al niño, cuando hacia los dos años vaya a marcar su cuerpo y cuando hacia los cuatro años vaya a hacerse consciente de su identidad de género masculino o femenino. Pero en otros niños, es el sentimiento de identidad sexuada el que predominará precozmente en detrimento de su pertenencia a un género sexual.

El individuo va a desarrollar su relación con el mundo exterior a partir de sus identificaciones parentales y del destino que dé a sus pulsiones parciales. Este trabajo interior no es el fruto de la voluntad o de la racionalidad sino el de una toma de posición, una forma de organizarse y de poner en marcha su libido en función de los beneficios que el sujeto obtenga. Este podrá sin embargo, gracias a tomas de conciencia inmediatas o ulteriores, reorganizar su economía interna y resolver conflictos intrapsíquicos y repetitivos introduciéndolos, por medio de la palabra, en el campo del consciente. Se trata de pasar del fantasma primitivo del sexo único a la dualidad de los sexos. Es cierto que hay a menudo un malentendido, una tensión, un conflicto entre el uno y el otro, que es a veces agotador y costoso pero que es fuente de civilización sobre la base de limitaciones y frustraciones necesarias. Este conflicto es más o menos aceptado por los individuos y expresado por la sociedad. Pero cuando el individuo no tiene medios interiores para tratarlo y la sociedad no ofrece materiales simbólicos a partir de los cuales es posible organizar el vínculo sexual, surge la revuelta contra sí mismo a través, a veces, del suicidio del adolescente, el rechazo de la ley edípica fuente de la desunión social, la expresión sexual por sí misma, la incapacidad de socializar la sexualidad y de acceder al sentido de la historia y de lo instituido. Estas diversas realidades chocan con psicologías prisioneras de una angustia inconsciente de castración, es decir, el miedo a ser limitadas por el otro, el miedo a ser solicitadas en su persona y la confusión de los sexos.

El psicoanálisis califica la sexualidad primaria de bisexualidad psíquica originaria. Esta bisexualidad psíquica es uno de los efectos de la doble identificación con el padre y con la madre en el complejo de Edipo: en su forma positiva con el padre del otro sexo y negativa con el padre del mismo sexo. En efecto, el niño, a veces, va a apoderarse de forma privilegiada de la persona de su padre y de su madre como

objeto de identificación tomando, para sí mismo, aspectos de la vida psíquica con el fin de construirse. Va igualmente a considerar a cada uno como partenaire de objeto de amor exclusivo, en una actitud heterosexual, y rechazar al otro padre como obstáculo. Pero, por el contrario, expresará estos deseos homosexuales acaparando al padre del mismo sexo y presentándose a él bajo el modelo del padre del sexo opuesto. Así es como la sexualidad primera es incestuosa. Este conflicto se reorganiza cuando el niño acepta la prohibición incestuosa y puede situarse en el orden de la filiación; entonces integra su identidad sexual, se prepara para la elección de otros objetos socializando su vida afectiva y se encuentra enfrentado al difícil reconocimiento de la diferencia de sexos para aceptar la realidad.

Al nacer, el individuo es indiferenciado por lo que se refiere al sentimiento de ser una chica o un chico. Como he escrito en *Le Sexe oublié*, no se nace chica o chico, sino que subjetivamente se llega a ser. No hay otra posibilidad para una persona que ser lo uno *o* lo otro. Y la norma objetiva del Edipo, a este propósito, nos indica en qué sentido el individuo trabaja la interiorización de su cuerpo sexuado tan extraño al sexual inconsciente. Es cierto que, en relación con el inconsciente, la diferencia de sexos no existe. Por el contrario, expresarse en la realidad del mundo exterior, y en una relación que se «tiene», no es posible más que en la inscripción de una identidad sexuada en la continuidad de su sexo biológico. Precisemos pues lo que se entiende por «bisexualidad psíquica».

¿Qué es la bisexualidad psíquica?

La bisexualidad psíquica es el signo de la falta de realización sexual a partir de la cual el niño construye su vínculo sexual. Es al contacto con la pareja masculino/femenino de sus padres cuando va a despertar su vida pulsional y en esta relación el niño desarrollará un tipo de inversión libidinal. La salida de este trabajo interno va a depender de la experiencia de Edipo en su forma heterosexuada y homosexuada. Ella orientará por consiguiente la problemática identitaria y la de la elección de un objeto. La homosexualidad, la pederastia, el travestismo o el transexualismo son los síntomas en el individuo de un conflicto de tendencias en relación con su identidad que encuentra, entre otras cosas, su origen en este conflicto de base.

La bisexualidad psíquica es pues el estado primero de la sexualidad humana. Ella no puede ser el fin de la sexualidad. La experiencia muestra que no se encuentra sujeto feliz que viva en una *sexualidad bilateral*. Una persona capaz de vivir indiferentemente relaciones homosexuales o relaciones heterosexuales encubre de

hecho, detrás de esta doble conducta, un núcleo psicótico e intenta muy a menudo compensar una organización depresiva. En muchos casos, hay que hablar de relaciones pseudo-heterosexuales o de un fracaso de la bisexualidad psíquica. Es este fracaso el que permite explicar el transexualismo del niño y el juego de sus introyecciones, pero también las organizaciones psíquicas ligadas a los efectos de una intensa angustia de castración, las dificultades de integrar los límites corporales marcados por lo masculino o lo femenino y el mantenimiento en una sexualidad pre-edípica.

La bisexualidad psíquica es la capacidad de interiorizar y reconocer los dos sexos y ponerlos en interacción, en diálogo, en el interior de uno mismo. Y sobre la base de esta identificación recíproca tanto el hombre como la mujer serán capaces de comunicar a continuación con el otro sexo. A partir de ella, el individuo trasformará el fantasma del sexo único, heredado de la imagen de la madre omnipotente, bisexuada, garante de la posición narcisista del niño o del adolescente. La bisexualidad es una estructura dinámica de transformación psíquica que da acceso al otro sexo al mismo tiempo que el *self* se fundamenta (es decir, la capacidad para ser él mismo, para asegurar su propia continuidad psíquica y la estabilidad de sus elecciones de objetos), y después al otro sexuado en sí mismo. La bisexualidad psíquica se sitúa en una encrucijada, en la intersección de la moción pulsional (representación sexual) y de la inversión objetal (interés afectivo), puesto que por la mediación bisexual se integra la diferencia de sexos y el sujeto se inscribe en la alteridad. Pero el sexo real tiene a veces dificultades para admitir la plasticidad de la bisexualidad psíquica y el inconsciente se resiste a menudo a integrar la diferencia de los sexos. No hay que omitir que la bisexualidad psíquica permite relativizar la diferencia de sexos, pero sin eliminarla, para crear un nexo con el otro sexo y no para fundirse en él. Es justamente este nexo el que el homosexual no consigue establecer debido, entre otras cosas, al conflicto inconsciente de identificación con el padre del mismo sexo.

Así es como la sexualidad encuentra al comienzo su expresión a partir de la alteración o del fracaso de la bisexualidad psíquica. Ella podrá a continuación hacerse irreversible. Por esto hay muchos que creen haber nacido homosexuales cuando se trata de un posicionamiento precoz en reacción a un conflicto intrapsíquico y en unión con las experiencias afectivas parentales.

Bisexualidad y genética

Las observaciones de la biología y del psicoanálisis se unen en ciertos aspectos para

subrayar la dimensión bisexual de la sexualidad humana. El biólogo Claude Aron[3] describe los mecanismos biológicos a partir de la sexualidad animal, demostrando la existencia de procesos que limitan y reprimen esta bisexualidad para permitir un comportamiento macho o hembra en coherencia con su propio sexo. ¿Se pueden extrapolar estos datos en el hombre? «Sí —responde el biólogo—, pero con prudencia y esto por dos razones. Una, de orden ético, está ligada al respeto de la integridad de la persona humana. La segunda reside en la originalidad de la sexualidad humana, marcada por las limitaciones y libertades que le imponen los imperativos educativos, morales y socioculturales. No pienso, sin embargo, que mecanismos psicológicos del comportamiento sexual en el hombre escapen a todo determinismo hormonal y se singularicen, como se creía otras veces, en relación con los que rigen el del animal. De ahí a expresar el amor en un lenguaje biológico...[4]». En efecto, el estudio de la sexualidad humana no puede conducir a un callejón sin salida respecto a los procesos psíquicos que la estructuran y las interacciones del entorno.

¿Esta necesidad de creer que la bisexualidad es de origen genético o neuropsicológico no es una forma de decir que nuestras tendencias sexuales no dependen de nosotros, que la persona está programada y que no hay nada que hacer, y sobre todo nada sobre lo que interrogarse? Si la elección de objeto homosexual no es siempre deliberada y concierne al inconsciente, la cuestión se plantea de otra manera que en términos biológicos. Esta programación sexual que haría del hombre un autómata no corresponde a lo que nosotros sabemos de los procesos psicológicos y bioquímicos de su organismo. El genetista Azim Surani y el etólogo Eric Barry Keverne afirman que «sería simplista construir teorías a partir de la distribución de células en el cerebro... La investigación genética debe ser otra cosa que el descubrimiento del gen de la violencia, o del gen de la homosexualidad, anunciado estos últimos años... No es seguro que exista una ciencia de la genética del comportamiento. El comportamiento es demasiado complejo para estar predeterminado. Y en cuanto al hombre en particular, en el que el cerebro se desarrolla sobre todo después del nacimiento, sería absurdo pensar que pueda ser independiente del entorno»[5] .

En los casos de fracasos de la bisexualidad psíquica, que permite el camino hacia la heterosexualidad, habrá que hablar de ambisexualidad, porque la referencia es el fantasma de la síntesis y de la confusión de los dos sexos en sí, y no la interacción entre las imágenes maternas y paternas. El sujeto se inscribe en la perspectiva de la omnipotencia de un sexo único que se encamina a la búsqueda del semejante. La problemática de ser uno u otro sexo remite a menudo de hecho a la de ser o no ser, y enmascara una angustia de fragmentación ligada a las pulsiones parciales. Existen así

organizaciones psíquicas en los adultos que intentan mantener una imagen andrógina de ellos mismos. Esta identidad sexuada, reducida a su experiencia imaginaria, remite a mecanismos mentales primitivos, como la fijación a una imagen arcaica de la madre omnipotente bisexuada, y a déficit narcisistas importantes, como la dificultad para ser uno mismo, pero que pueden modificarse en la adolescencia.

Discurso social y diferencia de sexos

Situándonos ahora en relación con el discurso y con la vivencia social, y no sólo en relación con la psicología del individuo, ¿qué observamos? La sociedad actual está en la confusión de los sexos y no sabe siempre expresar la diferencia. Se asienta la creencia de que los oficios no tienen sexo, que una mujer es idéntica a un hombre y, recíprocamente, que la madre puede remplazar al padre y el padre a la madre, que es precisa una paridad voluntaria, que todas las formas de sexualidad vienen a ser lo mismo. Esto es lo que expresa un desconcierto, es decir, una pérdida de sentido, de la diferencia y de la simbología de los sexos. Se ha visto que esta confusión de sexos, favorecida por la presencia exclusiva de la simbología materna, lleva consigo el declinar de la visibilidad de la simbología paterna[6] y de la devaluación de lo masculino en las representaciones sociales. Desde entonces se le hace difícil al individuo diferenciarse, elaborar su identidad y aceptar la realidad. Lo primitivo, el arcaísmo y lo regresivo se encuentran valorados a través de relaciones afectivas fusionales; el cine, la publicidad y los modelos mediáticos transmiten una sexualidad agresiva, incestuosa y pederástica. Otros tantos síntomas de un disfuncionamiento social de la representación de la diferencia de sexos.

Una sociedad que no sabe explicar la diferencia de sexos más que por la igualdad, la semejanza y el intercambio es fuente de inseguridad y de violencia. La sociedad individualista tiene tendencia a desinvertir todos los órdenes simbólicos a partir de los cuales se construye y desarrolla su vínculo social. Esos órdenes simbólicos permiten ligar en un haz más o menos unificado todo el ensamblaje de las pulsiones parciales que tienden sin embargo a religarse para que la relación con el objeto sea posible. Este orden simbólico corresponde al conjunto del funcionamiento de la castración y de la prohibición del incesto que hemos evocado. Es fuente del proceso frágil de civilización inherente a todas las sociedades que se humanizan. Es pues también la expresión de la concepción que se hace una sociedad del amor humano y de la asociación afectivo-sexual entre las personas.

«El hecho de que la humanidad se componga de machos y hembras —escribía G. Devereux— no ha sido nunca aceptado como un hecho irreductible. Fue vivido a la

vez como un desafío intelectual y una fuente de angustias. El hecho de que la humanidad haya mitologizado siempre la existencia de dos sexos demuestra de manera concluyente que ella rechaza aceptarlo en cuanto hecho irreductible»[7]. Según los períodos de la historia, la sociedad ha logrado más o menos integrarlo y significarlo. Actualmente, unas corrientes de ideas luchan por la abolición de la diferencia hombre/mujer con el único provecho de una reciprocidad intersubjetiva. El fantasma subyacente a esta concepción, que modela las relaciones contemporáneas, es la representación sexual, ligada al complejo púber, de la dominación de un sexo por otro y la creencia de que cada uno es masculino y femenino. Se ha desarrollado así todo un movimiento feminista en el que las relaciones entre sexos no pueden existir, salvo las relaciones sadomasoquistas, luchas de poder, y una reivindicación de igualdad que se parece mucho a una negación de la diferencia. En este caso, se impide hacer aparecer y reconocer los caracteres inherentes a cada sexo, desencadenados sólo por la existencia del otro sexo. Estos rasgos universales ligados al sexo no son originarios, sino que representan sobre todo respuestas complementarias y conjugadas con la existencia irreductible del otro sexo. Una sociedad marcada por la búsqueda homosexual del semejante y del «todos iguales» no puede ya explicar la diferencia de sexos que está en el fundamento del vínculo social. En efecto, nosotros no podemos ser una persona humana más que estando marcados por un sexo, es decir, siendo hombre o mujer enfrentados, al comienzo de nuestra existencia, a la incertidumbre de la elección de objeto y de la forma de vivir la identidad sexuada. Pero para vivir esta diferencia, que es fuente de vínculo social, es preciso además que dispongamos de una concepción de la existencia en coherencia con este hecho irreductible y que exprese la simbología respectiva a cada sexo.

La cuestión homosexual

Se quiere banalizar hoy la homosexualidad haciendo de ella un modelo de unión en igualdad con la heterosexualidad. Tenemos que interrogarnos con el fin de saber si este discurso es pertinente en relación con la argumentación que lo sostiene y del que nosotros resumimos algunos temas. La homosexualidad sería una alternativa sexual del mismo valor que la heterosexualidad: otra forma de amar. El reconocimiento de la homosexualidad, en nombre de la igualdad de los ciudadanos, sería una exigencia necesaria que va en la dirección de la aceptación de las diferencias en una sociedad. Por el contrario, la crítica a la homosexualidad que pasa por el rechazo a promover, por ejemplo, *un contrato de unión social* (CUS)[8], que permitiría tener los mismos derechos que la pareja hombre/mujer o el matrimonio. Intentemos ver más claro.

El hecho homosexual no es nuevo en la historia. Es relativamente inherente a la

psicología humana y forma parte de los interrogantes psíquicos en el desarrollo de un individuo que se encuentra confrontado a la elaboración de su elección de objeto sexual todavía indeterminado al nacer. La homosexualidad plantea así la cuestión de la masculinidad y de la feminidad y de la forma en que uno se hace hombre o mujer.

Nuestra reflexión tratará principalmente del análisis de los movimientos de ideas, de representaciones y del discurso social actual de la homosexualidad. Al situar la problemática homosexual en el desarrollo de la personalidad, subrayaremos los retos de la constitución psíquica del vínculo sexual que transciende el problema de lo innato y de lo adquirido. Veremos si la homosexualidad puede tener un valor constituyente y una dimensión universal que favorece el vínculo social. Finalmente nos interrogaremos sobre la pertinencia del PIC *(pacto de interés común):* ¿es posible inscribir una tendencia sexual en la ley?

Un discurso inmaduro

El porcentaje de personas que viven las tendencias homosexuales sigue siendo relativamente minoritario[9]. Sin embargo se extiende la idea, en las mentalidades, de que la homosexualidad es ampliamente compartida. El poder de los medios de comunicación actuales, que valoran las imágenes a expensas de los hechos amplifica cada vez más los hechos singulares o menores. Les da un carácter masivo que ocupa la escena social y eclipsa lo vivido por la mayoría de la población.

La psicología de las minorías activas se impone en la sociedad en detrimento de sus dimensiones universales y de sus fundamentos antropológicos. Favorece las fragmentaciones sociales en nombre de las tendencias particulares cuyos miembros se reagrupan en tribus, en comunidades identitarias cerradas sobre sí mismas. Así se habla de «comunidad» homosexual que tiene sus barrios, sus tiendas, sus empresas de servicios y se llega incluso a proponer a sus miembros que sean ser tratados por facultativos homosexuales. ¡No es esto el súmmum de la relación especular en que cada uno intenta confirmarse en el espejo de sí mismo que le remite el otro semejante a sí! Ya no hay alteridad en este sistema de autoprotección.

¿Va a fragmentarse y organizarse la sociedad a partir de las tendencias sexuales de cada uno? No es extraño ver la dimensión relacional y la de la cohesión social excluidas de la preocupación de los individuos. La verdadera exclusión se juega más en la eliminación de las realidades objetivas y del sentido del bien común. En estas condiciones, muchas personas no pueden religarse a la sociedad, comenzando por las más frágiles. La función de la reproducción social se encuentra bloqueada y el futuro

cerrado en esta sociedad que se desequilibra muy rápidamente hasta el punto de esperar todo del poder político incluida la esperanza —que no es exactamente de su incumbencia—.

La sociedad está impregnada de imágenes, de representaciones y de ideas homosexuales. Tanto en la publicidad como en la moda y el cine vivimos en una «cultura», o más bien en un ambiente, homosexual. Los ejemplos de la confusión de sexos no faltan: del Tarzán andrógino al hombre feminizado y de la mujer masculina hasta los seres más extraños como las *dragqueen*. Ellos difunden y acaban por imponer como referencia una psicología homosexuada de «todos iguales» entre el niño y el adulto, y hasta en la pareja heterosexual y la relación parental. Por esto la homosexualidad alcanza tanta importancia en el discurso social cuando sigue siendo un hecho minoritario.

Retomemos aquí el resumen de lo que hemos observado ya con el fin de tener una perspectiva mejor del discurso homosexual.

• Ser amado mejor que amar

Estamos en una sociedad que, desde hace algunos años, se complace en mantener todas las formas de la sexualidad primaria, de rupturas y de impulsiones-reflejos. Es cierto que hay una distancia entre este discurso y lo que viven los individuos, pero estas imágenes alimentan actitudes que se presentan como modelos a los que referirse. Así las representaciones, sobre todo sexuales, más arcaicas serían más auténticas que las que se presentan de forma más elaborada. Las relaciones mismas, bajo capa de espontaneidad, se hacen más impulsivas y más agresivas porque los individuos no saben cómo se construye una relación en el tiempo. La primera idea que se presenta al espíritu debería realizarse sin mayor explicación. Se debería decir y mostrar todo confundiendo los campos de lo social, de lo privado y de lo íntimo. Estaríamos así instalados en una psicología detenida en sus comienzos. Habría que poder citar aquí todos los «informes» de temas, digamos psicológicos, que son primeras páginas de los semanarios y proponen imágenes de una sexualidad fragmentada.

Las personalidades interiorizan esta fragmentación que las mantiene en la economía primera de las pulsiones. Las pulsiones parciales están privilegiadas e incitan a exacerbar un narcisismo defensivo para protegerse y lanzarse sobre formas de adhesión primaria. En este sistema, los individuos buscan de forma pasiva más ser amados que amar. El amor es aquí una forma de estar protegido, asegurado y de escapar a la soledad como desea el adolescente que no ha accedido todavía al sentido del amor objetal. El amor no aparece pues como un don, una reciprocidad y un

compromiso, porque el otro tiene un sentido por sí mismo.

• Romper mejor que durar

Los fenómenos de ruptura afectiva son preocupantes. El aumento constante de los divorcios se convierte en un problema de sociedad cuando se hace tan masivo. Es más el reflejo de la dificultad para tratar las tareas psíquicas de reorganización afectiva según las edades de la vida y según las etapas de la evolución de una pareja; a menudo no tiene nada que ver con un error de elección o una evolución divergente de los partenaires. Los problemas afectivos se tratan desde la óptica de la ruptura de vínculos, porque no se sabe cómo elaborar la vida sentimental en el tiempo.

• Valorar las tendencias

El individuo es definido cada vez más según sus tendencias más acá del sentido de la persona y todas ellas serían consideradas de igual valor. Se elimina la dimensión de su significación psicológica y la reflexión sobre el comportamiento sexual y sobre la relación intersubjetiva es relegada a la tienda de accesorios. No se dan las condiciones culturales para favorecer un discernimiento saludable sobre lo que es realizable y lo que no lo es, y estimular en los individuos la sublimación de las pulsiones y de las tendencias eróticas primarias. Cuando este trabajo de trasformación intrapsíquico no se realiza, aparece el rechazo y su retorno enmascarado en las conductas personales y en el discurso social. La sexualidad se mantendría así en el ámbito de lo imaginario y de lo indiferenciado como en la sexualidad infantil. La valoración de la sexualidad infantil centrada en las tendencias, desde los años sesenta, aboca al callejón sin salida en el que estamos y otro efecto es el discurso homosexual que se querría banalizar sin someterlo a crítica e interpretación alguna. El discurso social de la homosexualidad es sobre todo síntoma de este estado que mantiene todas las confusiones.

Los orígenes de la homosexualidad

Freud mostró los diversos problemas que plantea la homosexualidad. El estuvo en el punto de partida de las investigaciones que han seguido y que vuelven a menudo sobre las mismas cuestiones. Vamos a examinar más particularmente dos: ¿Es innata la homosexualidad? ¿Es una identidad?

• ¿Nacer homosexual?

La mayor parte de los homosexuales tienen el sentimiento de haber nacido así

mientras que otros no lo aceptan y perciben que su homosexualidad proviene quizá de un fracaso a la hora de acceder a la heterosexualidad. Otros viven todavía mediante la homosexualidad una experiencia provisional en el desarrollo de su sexualidad con el fin de darse seguridad a sí mismos. Para otros, en fin, puede manifestarse tarde en la vida, como consecuencia de inhibiciones, después de haber conocido una sexualidad heterosexual. Se observa igualmente a individuos que pueden alternar entre una y otra en función de los acontecimientos de su existencia. La homosexualidad puede así aparecer como una forma de organización de la personalidad que apela a realidades psíquicas vividas por cada uno durante la infancia y la adolescencia, como la no-diferenciación, el narcisismo, la idealización de la imagen corporal, la identificación con el padre del mismo sexo, etc. Freud ha mostrado que ciertas expresiones homosexuales eran la manifestación de un conflicto inconsciente que intentaba resolverse o defenderse a través de esta solución.

El psicoanálisis sitúa así de otra forma el problema del origen de la homosexualidad y Freud consideró él mismo falto de interés el dilema entre lo innato y lo adquirido. Puso en evidencia la relativa autonomía de la vida psíquica en interacción con la vida biológica y el entorno. Subrayó más la importancia de los factores internos que llevan al individuo a organizarse en función de las tareas psíquicas que debe tratar desde la infancia. Son estos factores los que favorecen o no las diferentes operaciones de integración sexual y cuando ellas no se producen, la libido se fija en el individuo mismo que se toma como objeto a través de los demás.

La tesis del carácter innato de la homosexualidad es muy antigua y no se ha podido probar aunque hoy se quiera sostener a través de un discurso genético o neurobiológico que tiene un origen orgánico. ¿Cómo podrían explicarse los comportamientos homosexuales transitorios o reaccionales si la homosexualidad fuera innata? ¿Cómo explicar que haya individuos que se liberan de prácticas homosexuales a la salida de una psicoterapia y son capaces de vivir de otra manera si esta tendencia estaba inscrita en su estructura genética? Volvamos una vez más sobre esta cuestión.

La mayor parte de los científicos no se pronuncia únicamente a favor de la causa neurobiológica[10] para justificar la orientación sexual y por el conjunto genético[11] para explicar los comportamientos humanos que conciernen a otras realidades (psicológicas, sociales, etc.). Una corriente filosófica que insiste en los determinismos genéticos se orienta en esta dirección en América del Norte. Como consecuencia de experiencias de laboratorio, hay investigadores que intentan probar la existencia del «gen» de la violencia, de la homosexualidad, de la delincuencia, del alcoholismo, y hasta quienes quieren explicar tal o cual tendencia a partir de la forma del cráneo o de la dimensión de la hipófisis. Esta deriva es inquietante. Porque el

descubrimiento de un gen que predispone, por ejemplo, a una tendencia o a una patología no significa que ésta vaya a declararse. El gen no actúa solo. El entorno, la educación, los acontecimientos que marcan una existencia, la forma en que el sujeto resuelve o no sus conflictos de base para elaborar su personalidad, son otros tantos factores que van a contribuir a la orientación de la personalidad. Pero sobre todo, si se llegan a aislar los aspectos genéticos de las predisposiciones hipotéticas de la sexualidad (lo que no se sabe hacer actualmente), no sería un gen, sino diez, treinta, ochenta o más de ciento los que habría que tener en cuenta como posibilidades pero no como determinismos a partir de los cuales el individuo debería desarrollarse necesariamente[12].

La genética no da cuenta de todo y los genes, repitámoslo, no determinan el destino de los individuos. Al querer creer en esta tesis mecanicista de la psicología humana a partir de una visión parcial y muy reducida, se llega a un callejón sin salida sobre la complejidad de la organización humana y sobre la originalidad de su funcionamiento. En este caso la persona humana es concebida como un simple ensamblaje celular y el producto de sus reacciones químicas.

Conclusiones simplistas y apresuradas son pues lanzadas a la opinión pública y no corresponden ni a las conclusiones de los científicos ni, menos aún, a la problemática genética. Estas falsas esperanzas científicas mantienen una visión de la vida humana que dependería de un fatum que se podría hacer desaparecer mediante manipulaciones genéticas, incluso mediante la terapia génica y que incidiría no sobre patologías identificables sino sobre la organización de una personalidad o también sobre sus tendencias sexuales. ¿Cómo se puede abordar semejante perspectiva? «El problema es que no se sabe casi nada de los mecanismos bioquímicos de los trastornos psíquicos. No tenemos más que hipótesis que sería deshonesto hacer pasar por certidumbres. Incluso cuando se identifiquen receptores implicados en tal o cual patología, no está dicho que se encontrará la prótesis química capaz de paliar una eventual deficiencia. Los ansiolíticos no actúan sobre un hipotético centro de la ansiedad, si es que tal centro existe. Se ha cometido el error de alinear la psiquiatría con la medicina somática. El cerebro es un órgano de una gran complejidad que funciona de manera global y que dispone de una plasticidad extraordinaria. No podemos, como en otras disciplinas médicas, identificar lesiones, catalogar y cuantificar los síntomas que ocasionan y proponer un tratamiento curativo o preventivo[13]».

La necesidad de decir que se nace homosexual, y de intentar probarlo mediante el argumento genético, es por lo menos discutible. ¿No es una forma de eliminar toda la dimensión psicológica de la sexualidad?

• El papel de la identificación

Si la pulsión sexual encuentra su fuerza y su energía en la biología, tiene su origen en el inconsciente. En la medida en que el individuo está en interacción con otros puede despertar su pulsión sexual y desarrollar las representaciones a partir de las cuales va a expresarla. Los padres son los primeros partenaires a cuyo contacto va a ser solicitada su pulsión. En ausencia de parternaires humanos, no podrá manifestarse. Los lugares del despertar pulsional son múltiples: el sentimiento corporal, los intercambios afectivos y la forma en que el niño se sitúa precozmente en sus relaciones parentales van a promover su pulsión sexual a partir de la de sus padres y de las representaciones del entorno.

La vida psíquica es así el resultado de la actividad inconsciente y del trabajo interno realizado por el sujeto que se apodera de materiales externos a manera de identificación, es decir, de préstamo psíquico, según sus conflictos y las necesidades en las que se encuentre. Estamos en el corazón de la autonomía de la actividad psíquica que trasforma todo lo que recibe en función de la forma en que el sujeto va a posicionarse. Su vida psíquica no es pues el reflejo y la reproducción de lo social en su interior, aunque sufra instigaciones que puedan llegar a veces hasta el dominio.

Hemos dicho, a propósito de la educación sexual, que la sexualidad inconsciente de los padres sirve de base al niño para desarrollar la suya. Lo que se transmite a través de todos los discursos sobre la sexualidad es en primer lugar la estructura misma del sentido que se revela detrás de la vivencia sexual parental y de la demostración de los modelos sociales. Dicho de otra manera, no basta afirmar que el amor es determinante para expresarse sexualmente si, al mismo tiempo, la imagen del padre o la de la madre es devaluada por uno u otro de los padres. El niño, lo mismo que el adolescente, retendrá la estructura parcial que se le propone para despertarse reivindicando otra perspectiva para salir de este universo cerrado. La identificación del individuo se hace siempre a partir del sentido que representa una conducta, con el riesgo de transformarla a continuación. Pero él podrá también mantenerse por sí mismo, sin hacerla evolucionar, en esta economía interior parcial y relativamente independiente de estímulos externos. Así es como el sujeto va a organizar su libido.

El individuo debe no sólo conformarse o reaccionar en relación con lo que le ofrece el entorno como materiales para su despertar, sino que se verá también comprometido, repitámoslo, en conflictos íntimos que tendrá que resolver y que tienen que ver con la sexualidad oral, anal, fálica y con el complejo de Edipo, a partir de los cuales él orientará sus tendencias. La sexualidad es ante todo el resultado del trabajo psíquico del individuo sobre la pulsión sexual y no el desarrollo lineal de una

biología sexual que vendría de un programa preestablecido y que el individuo tendría que soportar. El problema planteado aquí es el de la singularidad y la autonomía de las estructuras de la vida psíquica del individuo, y no una vida psicológica que no sería más que el reflejo de los intercambios neurobiológicos del organismo. Tienen evidentemente su importancia, pero no hasta el punto de hacernos creer que nacemos con un deseo sexual dependiente necesariamente de un objeto sexual al que el individuo estaría ya unido. ¿Cómo sería posible esta unión sin la cooperación del sujeto?

El sujeto acepta su identidad de género en la medida en que él integra su cuerpo sexuado y reconoce la diferencia de sexos a partir del vínculo que mantiene con sus padres. Elabora igualmente su identidad a partir de las identificaciones sucesivas que lo conducen a tomar inconscientemente materiales psíquicos de las personas que lo rodean. Este proceso permite aclarar muchos interrogantes sobre el funcionamiento de la personalidad, y a veces favorecer reorganizaciones en el curso de una psicoterapia. En este caso, se observa a menudo, en individuos que se niegan a vivir en la continuidad de su identidad sexuada, una identificación con una imagen ideal del otro sexo y un rechazo de la imagen del padre del mismo sexo, abrumado por todos los males, en ningún caso tampoco real. Los padres pueden, en ciertos aspectos, influir en la personalidad de su hijo, pero ésta los supera muy ampliamente porque el hijo utiliza y trasforma, según sus propios intereses y su forma inconsciente de situarse, lo que él ha vivido en relación a lo que son.

No faltan los ejemplos clínicos para ilustrar este fenómeno. En un cierto tipo de homosexualidad masculina se observa que hay hombres que quieren ser el hombre ideal que el padre no ha sido nunca; y en el caso de la homosexualidad femenina, la necesidad de reconstruirse en relación con la madre y la huida de una relación edípica: no desear un hombre para no destruir la eventualidad de una relación positiva con la madre. Algunas lesbianas llegan sin embargo a vivir relaciones heterosexuales pero únicamente con homosexuales: si estos últimos se interesan por una mujer, es que esta mujer es amada como un hombre. El conflicto no está necesariamente en una oposición vivida en la realidad sino que depende principalmente de una vivencia interna que se centra en los retos de la identificación. La experiencia muestra que muchos homosexuales sufren un déficit en la capacidad de relación con el padre del mismo sexo, que conduce a una ambivalencia: un distanciamiento del padre del mismo sexo y una búsqueda del partenaire del mismo sexo, con erotización. Podemos prolongar esta problemática del déficit homosexual que se agrava en el transexualismo cuyo conflicto es más radical y reside en una desidentificación de su sexo.

Es verdad que, en las investigaciones actuales, la relación entre la identidad sexuada y la elección de objeto homosexual no ha sido suficientemente clarificada. La homosexualidad ha sido reducida a una cuestión de identidad cuando su problemática es más compleja y concierne, entre otros, a la elección de un objeto sexual. Lo que no quiere decir que esta elección sea deliberada durante la infancia, porque proviene de un posicionamiento respecto de sí mismo y de los demás. La integración de la identidad sexuada y la elección de objeto sexual no se confunden por ello.

Existe una variedad de homosexualidades, descrita por Freud y sus sucesores, en la que no están unidas la orientación sexual y la identidad. Basta pensar en la distinción hecha por Ferenczi entre el homosexual que se vive haciendo de mujer y el homosexual que se vive como un hombre. En el primer caso, un problema identitario condiciona en parte una elección de objeto sexual mientras que, en el segundo caso, es la elección de objeto sexual la que plantea el interrogante. En la homosexualidad está siempre presente un desorden de la identidad sexuada, pero el problema de la elección de objeto se mantiene intacto.

El psicoanálisis ha mostrado la independencia que existe entre la pulsión sexual y el objeto sexual. El origen de la pulsión no es siquiera debido a la seducción de su objeto. Sólo a continuación de un proceso psíquico la pulsión va a ser fuente de relación para el individuo que va a establecer relaciones con objetos, pero siempre manteniendo una distancia y una flexibilidad entre la pulsión y los objetos. La mayor parte de los homosexuales, cuando hablan de su tendencia, establecen un vínculo inmediato y casi necesario entre su vida pulsional y la elección de objeto homosexual. No se sitúan en un dinamismo psicológico sino en una psicología detenida y fijada desde su nacimiento: «Yo he nacido homosexual».

• La psicología primitiva en la formación de la relación homosexuada

El niño, en su relación con el entorno que va a permitirle despertarse y desarrollar su vida pulsional, se toma por su propio objeto de interés a través de la mirada de su madre. El podrá prolongar esta actitud situándose de la misma manera respecto de los demás y fijarse, entre otras cosas, en una posición homosexual. En este mismo movimiento, que he descrito ya a propósito de la pederastia, él se establece en una relación especular con su propio cuerpo hasta el punto de idealizarlo, de amarlo y de buscarlo como tal.

El niño, lo mismo que el adolescente, tiene tendencia a desarrollar relaciones de gemelo (¿no se dice que hay que buscar «su mitad»?) en un narcisismo a dos favorable a la homosexualidad. El busca relaciones especulares como lo hacen los

gemelos cuando no han logrado diferenciarse mediante la actuación de su *self* respectivo; si no, ellos permanecerán unidos el uno al otro, a veces en el celibato querido y protegido, llevando una vida idéntica y en competición fálica (ser siempre el más fuerte). Cuando esta orientación primitiva de la vida afectiva del individuo persiste, coloca al sujeto en la duda respecto de sí mismo y en la duda respecto de los demás hasta el punto de sentirse extraño y en retirada durante la infancia y la adolescencia. Pero podrá compensar esta actitud, más tarde, queriendo mostrarse perfecto, rivalizando con los demás a través de diversos desafíos, concursos universitarios o tareas profesionales. Y cuando se sienta inquieto, intentará curiosear en la intimidad del otro para confundirlo. La psicología homosexual consiste justamente en querer poner en duda la identidad del otro para adquirir seguridad cuando no se llega a reconocer la propia. El sufrimiento del individuo por la existencia se convierte en agresión contra los demás.

El individuo que se fija así en el complejo psicológico de la actitud primitiva del gemelo, que inclina a la homosexualidad, cree que su orientación es de nacimiento cuando es totalmente construida. Sin embargo muchos homosexuales tienen un sentimiento contrario y esta vivencia no tiene que ser puesta en duda en tanto que experiencia subjetiva. Pero esta vivencia manifiesta un vínculo fusional entre la pulsión y la elección de objeto y deja en punto muerto todo lo que prepara la elección de objeto en la sexualidad infantil. El niño atraviesa una fase homosexuada: al incorporar los atributos del padre del otro sexo, se convierte en el compañero del padre del mismo sexo. Lo que ocurre es que permanece en esta etapa y mantiene de hecho una incertidumbre sobre sí mismo. Cuando está seguro, se vuelve hacia las relaciones heterosexuadas aceptando la separación con el padre del otro sexo y la identificación con el padre del mismo sexo. El niño hace posible la alteridad interiorizando la diferencia de sexos e invirtiendo su libido sobre el otro sexo. En la homosexualidad, el individuo fija su libido sobre sí mismo, sobre la búsqueda del semejante o sobre el padre del mismo sexo.

En este sentido la etiología de la homosexualidad puede llegar a ser constitutiva del sujeto puesto que el conflicto que él expresa es muy precoz. La solución adoptada a través de este posicionamiento afectivo-sexual es un medio de defensa contra el miedo a ser perseguido porque el acceso a la alteridad está relativamente comprometido. Así es como aparecen en la psicología homosexual de los mecanismos de inhibición testigos de la envidia y de la hostilidad en relación con los considerados rivales, como ocurre en la relación edípica con los padres.

Un problema social

La homosexualidad plantea numerosos problemas psicológicos y sociales. Estos se niegan en la actualidad y esta actitud de espíritu afecta a la forma en que se quiere concebir la sexualidad humana, que no debería depender de limitaciones cualesquiera, biológicas, psicológicas, sociales y morales. No es extraño, en estas condiciones, que la sexualidad se haga compleja para muchos, incluso en regresión. Veamos pues ahora las cuestiones que se plantean cuando se quiere hacer de la homosexualidad un modelo social.

• Reconocimiento y determinismo social

La asociación de psiquiatras americanos decidió, de forma curiosa, en 1973 borrar la homosexualidad de la lista de las enfermedades mentales. Este proyecto fue ratificado en efecto en una votación muy movida. De 10.000 votos, 5.816 confirmaron esta opción y 3.817 la rechazaron mientras que 367 se abstuvieron. Por primera vez en la historia, una cuestión científica se había resuelto por una simple votación, lo que provocó vivas reacciones en la asociación y la promesa para el futuro de no tratar nunca más cuestiones psiquiátricas de forma tan poco metódica. No es, en efecto, conforme al espíritu científico regular mediante una votación una cuestión teórica y práctica tan crucial (¿se ha decidido alguna vez mediante una votación que la tuberculosis sea o no una enfermedad?). Esta decisión no ha vuelto a ser cuestionada. El consejo de administración y los miembros de esta asociación habían sufrido el asedio de las asociaciones homosexuales que intentaban persuadirles mediante conferencias, circulares y diversas publicaciones no considerar más la homosexualidad como «un desorden mental». Después de este golpe de fuerza, la OMS y después muchos países han borrado la homosexualidad de las listas de las enfermedades mentales. Esta modificación ha sido efectuada debido a luchas de poder y no en función de estudios, de análisis y de reflexiones sobre la cuestión. Aquí se han confundido dos hechos: la discriminación de los homosexuales, contra la que se trata de luchar, y la cuestión homosexual, que no debe desaparecer. Desde este malentendido, algunos homosexuales quieren que la homosexualidad sea objeto de derecho; lo que no es evidente.

La homosexualidad no tiene que ser pensada en primer lugar en términos de enfermedad, o de delincuencia, pero parece por lo menos desconcertante que se ponga en cuestión la diferencia de sexos, y que, bajo el pretexto de que todos somos iguales, vuelva el fantasma del sexo único.

Hemos visto al comienzo de este capítulo que el mito del andrógino es a menudo reactualizado en la cultura, representando al hombre primordial, el ancestro mítico de la humanidad, lo que Mircea Elíade considera como «un tema fundamental de la

antropología arcaica». La sociedad, empeñada actualmente en la negación de la diferencia de los sexos, reencuentra la creencia en este estado sexual indiferenciado a partir del cual sería posible vivir. Ya no habría hombres y mujeres sino personas. No se debería utilizar más el término genérico de «hombre» para designar a la humanidad en su conjunto sino hablar de «seres humanos». La diferencia sexual sería secundaria, y no más importante que el color de los cabellos o de los ojos, puesto que nosotros somos en primer lugar humanos. Pero eso sería entonces olvidar que no se puede existir humanamente más que siendo sexuado, hombre o mujer. Ya he tenido la ocasión de mostrar que la diferencia sexual no se juega hoy en el discurso social sobre el hecho de ser hombre o mujer sino de ser heterosexual u homosexual. Estos efectos del lenguaje, que provienen de corrientes filosóficas surgidas en América del Norte, son el síntoma de una sexualidad definida en términos de poder. Es también significativo del matriarcado americano, cuyo discurso social intenta reducir y neutralizar al otro sexo. El matriarcado crea las condiciones de una homosexualidad reaccional, pero también de una agresividad contra la mujer y la madre cuyos temas se encuentran en las canciones de los raperos que dan lugar a bromas injuriosas. Las podemos encontrar en un libro, *Ta* mère[14], publicado en Francia que recoge la mayor parte de las fórmulas agresivas contra las madres utilizadas por los adolescentes en las ciudades y en los patios de recreo. El matriarcado ha incitado siempre a los hombres a la violencia y a la guerra, y no a la paz, a fin de liberarse del vínculo fusional e incestuoso con la madre en las sociedades primitivas. La devaluación del padre que corresponde a la eliminación del hombre, aunque no se haga deliberadamente, lleva por rechazo a una imagen homosexuada de las relaciones para luchar contra una angustia identitaria y buscar al padre que falta.

• El sida como pretexto

El sida ha reactualizado una cuestión tan vieja como el mundo: ¿cómo hacer que el amor no provoque la muerte? En el movimiento de lo que se ha querido llamar «la liberación sexual», se ha creído que el sexo, por el hecho de procurar placer, no tenía límites, ni riesgos y que su práctica no tenía efectos sobre el individuo y consecuencias sobre el vínculo social. Esta concepción asocial de la sexualidad ha dejado sin respuesta a muchos interrogantes inherentes a su realidad.

¿Por qué habría que legitimar la homosexualidad en nombre del sida? ¿No corre el riesgo la tragedia del sida de impedirnos pensar y hacernos olvidar cómo se fundan y aseguran su duración las sociedades? En el sentimentalismo social actual, bajo capa de generosidad, se pierde el sentido de los retos de la heterosexualidad, que no tiene equivalencia y que no tiene el mismo valor que la homosexualidad.

A pesar de esta constatación, la homosexualidad debería ser igualmente reconocida por la sociedad como un derecho a la diferencia, cuando es la negación misma de la diferencia y de la diferencia de sexos. Hay quienes pretenden que es otra forma de amar, incluso el pretexto para inventar nuevas formas de amor. Se olvida que este tipo de unión no es nuevo en la historia y que no hay nada que inventar. La psicología humana no ha cambiado a lo largo de los siglos y las cuestiones a propósito de la homosexualidad siguen siendo las mismas.

En fin, se ha utilizado a menudo otro argumento, reprochando a quienes son críticos respecto a la homosexualidad como modelo social de ser homófobos. Se justifica, de forma seductora, esta eventual homofobia como «el miedo al otro en sí mismo», cuando se trata más bien de un interrogante legítimo para no confundirse con el semejante, cuando precisamente no hay otro y cuando se experimenta la angustia de la no-vida, y por tanto de la muerte social. Este género de discurso es por lo menos dudoso cuando los homosexuales se presentan como aquellos que están encargados de desvelar la verdad del otro. El razonamiento puede llevar a hacer creer que el otro «lo es» sin saberlo. El homosexual quiere así llevar al otro a su fantasma y hacerlo desear con su propio deseo en la seducción o la arrogancia. Lo propio de la perversión aquí es colocar los propios fantasmas de forma provocadora para culpabilizar al otro y hacerlo entrar en su juego. En este caso, el lenguaje no es ya el instrumento para el encuentro y la comprensión: se convierte en instrumento para dominar al otro y destruirlo. Se encuentra a menudo en los militantes la necesidad de iniciar y suscitar la transgresión. No hay demanda de amor pero quieren aparecer como quienes permiten precisamente el goce y pueden hacer gozar con su presencia. Se consideran víctimas cuando se les niega este derecho imposible.

El recurso a este tipo de argumentos, que acabamos de examinar, es una forma de intimidación para evitar al otro hablar de otra manera que justificando sus propios comportamientos. La mayor parte de los medios de comunicación presentan a los homosexuales como víctimas de la sociedad que sería la causa de todos sus males. Mientras que otros homosexuales, que han integrado su homosexualidad, saben que no tienen nada que pedir a la sociedad, si no es «el derecho a la indiferencia», como deseaba el novelista Yves Navarre.

Si el sujeto se vive como víctima, se mete con los otros hasta el punto de designarlos como agresores. El fracaso de no llegar a interiorizar el sentido de la alteridad a través de la aceptación de la diferencia de sexos se ha vuelto contra los otros y contra la sociedad. Toda una literatura llamada homosexual expresa este síntoma a través de procesos de intención, en los que a falta de discusión sobre ideas, se ataca a las personas.

Hay, en la psicología homosexual, una tendencia a querer culpabilizar al entorno. El discurso que domina y cambia las realidades y el discurso mismo del otro es el de la denuncia.

La homosexualidad sigue siendo pues un problema. Freud, en una carta a la madre de un homosexual, resume la cuestión en estos términos: la homosexualidad «no puede ser clasificada como una enfermedad», pero acaba afirmando que esta «variación de la función sexual proviene de una parada del desarrollo sexual». Por esto, en ciertas situaciones, el problema puede ser tratado en psicoterapia. Es falso dejar creer que no hay nada que hacer y que cada uno vive en una psicología paralizada sin ninguna posibilidad de cambio y de evolución. Escuchamos a menudo la fórmula: «¡Soy así y no puedo hacer nada!» cuando, antes, el medio incitaba a situarse en la dinámica: «¿Qué puedo hacer para trabajar mis interrogantes?». Hay jóvenes que se inquietan legítimamente cuando se encuentran enfrentados a atracciones o a pensamientos homosexuales. Pero el conformismo actual deja entender que no hay cuestiones que plantearse a este propósito. Basta con vivir «su» homosexualidad y estar socialmente legitimado. El problema estaría en la familia o en la sociedad que no lo acepta, pero no en el interior de uno mismo. Este conservadurismo psíquico es al menos peligroso y encierra a los individuos en la jaula dorada de los síntomas.

¿Hay que legitimar la homosexualidad?

La homosexualidad es ahora reivindicada como un derecho e incluso como un derecho de asociación y un derecho parental. Desde hace algunos años, asociaciones homosexuales militan en favor de una modificación de las normas de la legislación civil en materia matrimonial. Reivindican la posibilidad de reconocer y de proteger por la ley la relación homosexual bajo el mismo título que la relación de pareja entre un hombre y una mujer. Sugieren pues al legislador crear un contrato de unión social para dar legitimidad y derechos, no sólo a la relación homosexual, sino también a la relación entre dos personas que desean asociarse fuera del matrimonio y de los marcos jurídicos previstos para las sociedades y las asociaciones.

La reivindicación del pacto de interés común (PIC) se ha desarrollado entre los homosexuales, y en particular desde la aparición del sida. Algunos de ellos, que vivían con un compañero enfermo de sida, han sufrido, después de la muerte de éste, la pérdida de una vivienda, de bienes compartidos y una marginación de la familia de su amigo en el momento de tomar diversas decisiones. Se ha impuesto entonces la idea de que una relación homosexual debía ser creadora de derechos. Semejante afirmación plantea muchos problemas psicológicos, antropológicos, morales y

simbólicos. ¿En efecto, situaciones que hacen sufrir, como el sida, deben estar, sin embargo, en el origen de una modificación de la ley matrimonial creando una pareja homosexual? ¿La noción de «pareja» homosexual es pertinente? ¿La utilización de una enfermedad, como el sida, con toda la angustia y la emoción que suscita, no es instrumentalizada para validar comportamientos sin tener que someterlos a la crítica? ¿Qué buscan los homosexuales cuando quieren presentarse como víctimas de discriminaciones sociales y de injusticias? ¿Detrás de este moralismo de quejas y de conminaciones, no cae la sociedad en la red de la culpabilidad y de una compasión que desdeñarían sus exigencias simbólicas para satisfacer los fantasmas de un pequeño número? Son estas cuestiones[15] las que vamos a intentar clarificar.

• El PIC, un marco jurídico entre matrimonio y concubinato

El PIC, según el proyecto actual, se presenta como una alternativa al matrimonio ofreciendo un marco jurídico que podría ser útil tanto a los concubinos como a los homosexuales o a todos los que, por razones fiscales, de gestión de un patrimonio en común o sucesorias, desean asociarse. Pero excluye la adopción del niño y la procreación médicamente asistida (PMA). Los contratantes, según este proyecto, pueden ser del mismo sexo o de sexo diferente, hermano y hermana, amigos, etc., y se comprometen a un apoyo moral y financiero. Crea entre ellos un único hogar fiscal, impone un derecho de arriendo en caso de deceso y somete los bienes a las mismas leyes de sucesión que entre esposos. Se establecería de común acuerdo ante un alcalde y podría rescindirse de forma unilateral por simple decisión administrativa.

Este contrato requiere algunos comentarios.

1. Parece muy ambiguo cuando sus promotores afirman que está abierto a todos y no sólo a los homosexuales. El PIC se apodera de derechos ligados al matrimonio para distribuirlos en beneficio de las asociaciones relacionales tanto entre dos personas de sexo diferente como del mismo sexo, dependientes de un vínculo fraternal, amistoso o social, implicados o no en una relación sentimental o sexual. En el caso extremo, sería posible garantizar de esta manera los vínculos sexuales que están prohibidos.

2. Otra alternativa: el PIC pondría en marcha un estatuto intermedio entre el concubinato, que es una relación privada y no declarada y el matrimonio, una relación que tiene una dimensión social, jurídica y que instituye históricamente la relación matrimonial. Ésta corresponde a un compromiso de construir una relación y un destino común.

3. En fin, si algunas asociaciones homosexuales se niegan a asimilar el PIC a un

matrimonio homosexual, otras lo reivindican con la posibilidad de adoptar niños. A pesar de la votación eventual de este proyecto, la cuestión se volverá a plantear de nuevo si la sociedad sigue aún con la imagen borrosa de lo que funda la relación parental.

Los autores de este contrato (o pacto) quieren ampliar las diversas situaciones que podrían tener recurso a él, pero buscan sobre todo dar a través de él una legitimidad social a la homosexualidad en igualdad con la relación entre un hombre y una mujer comprometidos en el matrimonio. El proyecto está minimizado en beneficio de una voluntad pragmática negando todas las consecuencias que se derivan y todos los efectos de sentido que postula implícitamente. Ahora bien, la organización de la sociedad no se basa en simples acomodamientos prácticos. El derecho es ante todo el reflejo de la concepción que una sociedad tiene de sí misma y de las relaciones reguladas en función de esta perspectiva. El derecho es también una forma de organizar simbólicamente las relaciones humanas y en particular el vínculo matrimonial que no es extensible a cualquier asociación afectivo-sexual. La relación matrimonial se basa en la diferencia de sexos, en la procreación compartida entre un hombre y una mujer y en la filiación que se deriva y que se funda en el papel del padre y de la madre. Estos dos papeles no son iguales ni intercambiables.

Algunos se alegran de este proyecto y del espíritu pragmático de sus diseñadores. Se llenaría por fin un «vacío jurídico» entre el matrimonio y el concubinato cuando los concubinos, por no citar más que a ellos, no piden nada. En efecto, no desean inscribir su relación en un vínculo jurídico y prefieren vivir su relación afectiva fuera de la ley (lo que es su derecho), a diferencia de los homosexuales. Ahora bien, no había vacío jurídico que llenar en la medida en que el matrimonio sigue siendo el modelo que une con la sociedad a quienes lo quieren. Es verdad que al devaluar su simbología y retirarle sus ventajas, el legislador ha hecho de él una realidad aleatoria.

Si este proyecto se mantenía tal cual, no sería ya necesario casarse. El PIC sería un contrato discriminatorio en la medida en que sólo las parejas que desean casarse religiosamente estarían obligadas a casarse civilmente. En este caso, sería contrario a la igualdad entre los ciudadanos. Habría pues que abolir el matrimonio y proponer a cada ciudadano inscribirse en un PIC. No sería ya necesario estar casado civilmente para casarse religiosamente. Hay que ir hasta el final de esta lógica cuando algunos afirman que «el Estado debe guardar una perfecta neutralidad ante todo modelo de pareja». Si todas las uniones valen lo mismo y todas las asociaciones tienen el mismo valor, el Estado no es ya el garante de la institución matrimonial. El Estado ha comenzado a dejar de comprometerse con esta institución a través de la ley de 1975 sobre el divorcio por consentimiento mutuo. Con el PIC, tanto el matrimonio como el

divorcio no son ya necesarios. La Iglesia podría casar religiosamente sin tener que preocuparse del matrimonio civil que, en el contexto actual, resulta caduco. Debería pedir que la liberasen de esta limitación administrativa y discriminatoria. Por otra parte, si el PIC hace que el matrimonio sea inútil, produce los mismos efectos a propósito del divorcio. En estas condiciones, es legítimo hablar de «divorcio civil». Algunos proponen ya reformarlo con la creación de un «divorcio civil» que sería una simple formalidad administrativa, más ligera que el procedimiento «por falta» o «amistosamente», sólo a demanda de las partes que estarían de acuerdo sobre las modalidades de su separación. Podría ser pronunciado por el alcalde para desatascar los tribunales, siempre según la misma actitud pragmática. Desdeñando la dimensión simbólica que tiene esta unión para la sociedad, el legislador evita interrogarse sobre lo que representa el divorcio en la sociedad y sobre los muchos problemas afectivos cuyo síntoma es. Ahora bien, el alcalde no es el mejor situado para registrar administrativamente los divorcios después de haber casado a las parejas. Aquí también estamos en la confusión de los papeles y de los espacios simbólicos.

Desentendiéndose así desde hace algunos años, y por tanto dejando de privilegiar un modelo de referencia, el Estado priva la vida afectiva de normas sociales. Este proyecto plantea pues numerosos problemas y participa en la fragmentación del vínculo social y en la desestructuración de los montajes simbólicos, comenzando por el del matrimonio, sobre los que la sociedad se asienta.

• ¿A partir de qué tipo de relación puede construirse la sociedad?

Una gran imprecisión domina este proyecto. Se invoca la solidaridad entre los contratantes al definir la relación como «un proyecto de vida». Pero nada se dice con el fin de saber en qué consiste «el apoyo moral y material». Lo mismo ocurre a propósito «del deber de fidelidad», que no se menciona. La experiencia y las encuestas muestran que las parejas que viven en concubinato son a menudo más frágiles que las parejas casadas, y más todavía cuando se trata de relaciones homosexuales. Estas son a menudo precarias y cambiantes. La psicología de la relación con el objeto es diferente en la homosexualidad en la medida en que el sujeto está a menudo a la búsqueda de un objeto que no se puede encontrar que le conduce a multiplicar los partenaires. Su incertidumbre favorece conductas antidepresivas y de reaseguramiento de sí mismo, con riesgo de hacer a los demás o a la sociedad responsables de lo que él no consigue obtener. La noción de fidelidad no quiere decir gran cosa ante semejante inestabilidad, que se debe a la estructura afectiva de estas personalidades que, por esto, se reconocerán fácilmente en un vínculo jurídico tan borroso. Sin embargo, hay que recordar ante todo que realizar un contrato sin exigir fidelidad o reparaciones en caso de trasgresión de este pacto no refleja la

autenticidad de una relación común.

Los autores objetan a estas observaciones que el PIC puede también servir para una simple asociación social entre dos personas, para una relación sentimental, para una relación amistosa o fraterna, etc. y que no exige una fidelidad afectiva y sexual. Esta argumentación, al menos engañosa, muestra hasta qué punto el PIC es una aberración jurídica que la ley prevé, además, posibilidades para gestionar de común acuerdo los bienes, disponer de una cuenta bancaria común, alquilar juntos un apartamento sin temor a ser despedidos en caso de separación, beneficiar de una protección social gracias al estatuto administrativo de «derechohabiente», o beneficiar de tarifas especiales al viajar conjuntamente los dos, etc. sin tener que recurrir a una nueva ley que venga a perturbar la simbología de la alianza matrimonial. A menos que a través del PIC se quiera beneficiar con ventajas matrimoniales y con el derecho a la adopción de niño. Si los aspectos fiscal y sucesorio son quizá demandas a tomar en consideración para todas las personas que viven juntas, cosa que podría ser justa, sin tener que preocuparse de su orientación sexual, no es aceptable sin embargo pretender la celebración contractual de una «unión» en la alcaldía, bajo capa de un «pacto» y es menos aceptable aún pretender, como analizaremos después, adoptar niños. En fin, el PIC es también una aberración psicológica en la medida en que corre el riesgo de favorecer asociaciones incestuosas. Detrás de muchas justificaciones, estaría simplemente como objetivo inscribir la homosexualidad en el derecho y sin duda más tarde la adopción de niños fuera de una relación estable entre un hombre y una mujer.

La cuestión que se plantea aquí es saber a partir de qué tipo de relación afectivo-sexual se construyen el vínculo social y la sociedad y cómo ésta dura y se renueva en la historia humana. Una pregunta que tiene respuesta puesto que las sociedades han sabido siempre privilegiar la relación hombre/mujer, manifestada en el matrimonio. El matrimonio, que une dos seres de sexos diferentes, tiene una doble finalidad: es a la vez una comunidad de vida y se convierte en una familia a través de la concepción de hijos. Es lo que recuerda el Código de 1983, canon 1096: «El matrimonio es una comunidad permanente entre el hombre y la mujer, ordenada a la procreación de hijos». Sólo esta relación puede ser calificada de pareja, que implica la diferencia de sexos, conyugal cuando está comprometida socialmente en una declaración pública, parental cuando acepta la procreación. La filiación que se deduce se asienta en el papel del padre y de la madre que no son psicológicamente iguales ni intercambiables. Un discurso psicologizante comete el error de despreciar la presencia real y física del padre o de la madre para reducirlos a la sola simbología de la metáfora que ellos representan respectivamente. Ahora bien, a fuerza de dejar ausente uno de los términos de la relación parental, el símbolo, él mismo desencarnado, deja de ser significativo. Se extienden clichés que afirman que el

progenitor tiene poca importancia y que sólo cuenta el adulto que se ocupa del niño. Una vez más se hace de una situación particular una generalidad que puede ser compensada gracias a un medio portador. Pero cuando las imágenes parentales fallan, como es el caso en la sociedad actual en que se multiplican las psicopatologías de trastornos de la filiación en la fragmentación de las familias, las psicologías no tienen los medios de acceder al sentido de estos símbolos.

Los autores del PIC confunden lo que concierne a la vida íntima y lo que puede ser socialmente validado. Ellos participan en la desocialización de la relación hombre/mujer cuando pretenden que pueda existir en otra forma de unión jurídica, sin por ello devaluar el matrimonio cuando esta institución se encuentra cada vez más desposeída de sus derechos y minimizada. Afirmar paradójicamente que dos personas del mismo sexo pueden ser asimiladas a la pareja clásica, es también reivindicar lo que se niega en otra parte. En efecto, en nombre del derecho a la diferencia, un discurso social deja entender que el amor homosexual equivale al amor heterosexual. Volveremos sobre esta confusión.

Estamos en un período en que las contradicciones más extremas se tocan. Se quisiera considerar el matrimonio como algo inútil, limitador de la libertad y vivido como una intrusión de la sociedad en la vida privada, y al mismo tiempo no se dejan de reclamar reconocimientos y certificados para legitimar un estado de vida con el fin de obtener derechos sin tener que preguntarse sobre la pertinencia de estas demandas. Esta demanda de legislar sobre la vida íntima es tanto más inquietante cuanto que nosotros estamos basculando hacia una mentalidad de vigilancia civil y de control judicial de la sexualidad. Lo he mostrado en el libro *L'Amour et le préservatif*: a falta de sentido antropológico y moral de la sexualidad pedimos al juez la ley. Las leyes se multiplican a este propósito y muestran que al añadir ley a la ley, no sabemos ya diferenciar y hacer funcionar las leyes antropológicas, psicológicas, morales y civiles. Las leyes civiles sustituyen actualmente a las otras leyes y animan al individuo a pedir autorizaciones o a vivirse como víctima hasta la necesidad de castigo.

La sociedad individualista y liberal tiende a fragmentarse a merced de las tendencias psicológicas parciales y de las situaciones particulares perdiendo de vista el sentido del vínculo social y del bien común. La relación entre dos personas no justifica todo y no es en conjunto un sujeto de derechos, sobre todo cuando la persona es reducida a sus mociones subjetivas y el vínculo social se confunde con la subjetividad.

• ¿Vamos a inscribir en la ley la confusión de las relaciones y de los sexos?

Dar un marco jurídico a una relación de otra naturaleza, que no tiene los mismos fundamentos ni la misma finalidad que la relación hombre/mujer, significa conferir derechos a un tipo de relación que no tiene valor social. Es cierto que el individuo puede encontrar muchos beneficios psicológicos al vivir tal o cual preferencia sexual, pero esto no concierne a la sociedad y ésta no tiene que organizarse en función de la variedad de los atractivos relacionales de los individuos fuera de la relación hombre/mujer. Sería una lástima, a largo plazo, olvidar que la diferencia de sexos, la diferencia de generaciones y la alianza entre un hombre y una mujer están en el fundamento del vínculo social y que sólo esta relación tiene una dimensión universal a partir de la cual la sociedad puede organizarse y desarrollarse.

Además, para crecer, un niño tiene necesidad de estar en contacto con su padre y con su madre que son respectivamente, no lo olvidemos, de sexo masculino y de sexo femenino y no en una relación unisexuada o peor asexuada que no puede simbolizar la diferencia, la autonomía psíquica y la alteridad. Nosotros medimos ya suficientemente los efectos del divorcio, de las relaciones monoparentales y la ausencia de la imagen paterna sobre la psicología de muchos jóvenes sin tener que crear nuevos problemas validando como modelo social situaciones que aparecen como casos singulares, accidentes o fracasos. Todas las relaciones como todas las asociaciones no son de la misma factura psicológica y tienen consecuencias sobre la organización de las psicologías y de las representaciones de la sexualidad a partir de las cuales la sociedad se construye o se destruye.

Hemos visto que un niño se desarrolla identificándose inconscientemente con diversas características psíquicas de su padre y de su madre y no según las programaciones psicológicas voluntaristas de los adultos sobre él. Se desarrolla en torno a la noción de «familia homoparental» un discurso que quiere probar, por su simple institución legal, que sería tan benéfica como la familia fundada entre padre y madre. Habría que favorecer así en la ley la pluriparentalidad, en torno, al menos, a tres tipos de filiación para justificar prácticas contemporáneas en las que las familias se componen, se descomponen y se recomponen. «Una filiación biológica, una filiación legal/genealógica y una filiación social/doméstica (copadre, suegro). Un niño puede estar inscrito en una filiación legal y ser educado por padres que no son necesariamente sus padres biológicos (en caso de adopción). Los niños que viven en familias recompuestas son educados por padres «sociales» que comparten el lugar de vida de los niños de los que se ocupan, y algunos de los cuales no son sus padres biológicos»[16]. La diversidad de situaciones no es tan simple desde un punto de vista psicológico. El niño tiene sobre todo necesidad de unificarse a partir de dos padres de sexo diferente, de encontrar su seguridad en un vínculo estable y de vivir su filiación en la coincidencia de lo biológico y de lo parental, aunque la educación no

esté limitada a la relación familiar. Las dificultades o los fracasos encontrados a veces en la familia clásica no justifican en absoluto que los homosexuales sean padres por adopción o por otros medios. Algunos llegan incluso a fabricar montajes al menos perversos cuando perciben que su situación plantea problemas. El niño puede ser concebido entre homosexual y lesbiana y a continuación «compartido» como en una pareja divorciada. O bien, en función del sexo del niño se las arreglará para que él esté en contacto con hombres o mujeres de su familia de origen o de amigos. Algunos se ponen de acuerdo para jugar un papel de padre mientras que el otro jugará el de la madre cuando otros rechazarán esta actitud como la de ser dos padres o dos madres. Pero uno será el padre y el otro no será más que un adulto investido de un papel educativo. Todos los casos considerados complican y falsean hasta el infinito la verdad de las relaciones. El niño no nace aquí de una relación auténtica sino de actitudes por lo menos negociadas. No basta con afirmar que en otro tiempo muchos niños pudieron desarrollarse en ausencia de su padre, partido a la guerra o muerto, incluso divorciado, para convencerse de que todas estas situaciones no plantean problema. La situación es de una naturaleza totalmente distinta a la homosexualidad, que está desconectada del sentido de la diferencia de los sexos y de la procreación. No se trata de un padre ausente sino de una filiación que el adulto vive en el espejo de su semejante en que el otro padre sexuado no tiene sitio. Algunos querrán soslayar esta dificultad esencial instrumentalizando al otro sexo en la procreación o en la educación del niño. Este montaje no cambiará gran cosa para el niño, que está encerrado en una relación del mismo sexo con los adultos.

La reivindicación del niño hecha de esta manera está en contradicción con la vivencia sexual. No se trata de saber si la relación es «buena» o «mala» en nombre simplemente de una motivación afectiva e intersubjetiva entre el adulto y el niño, sino de saber si estructural y simbólicamente la homosexualidad puede ser un marco familiar hasta el punto de ser una referencia social a valorar lo mismo que la relación hombre/mujer. La respuesta elemental aportada por la reflexión antropológica y la civilización, que hay que recordar, muestra que al situarse en la homosexualidad el individuo está negando la diferencia de sexos, y por tanto de la procreación. No está situado en la simbología de la relación hombre/mujer, que da la competencia objetiva del parentesco expresando la diferencia de sexos. No basta decir que un niño que vive con dos personas del mismo sexo se desarrolla intelectual, afectiva y socialmente como otro niño para justificar este sistema. Esta constatación es a menudo superficial y conductista y se apoya en una observación exterior que no tiene en cuenta la organización interna de la personalidad y los efectos a largo plazo. El resultado de la influencia del entorno y del proceso de identificación no se evalúa durante la infancia y la adolescencia, sino una vez que el individuo se ha hecho adulto. Pero, repitámoslo, el reto está en otra parte, en la medida en que la homosexualidad no

puede simbolizar una relación familiar.

En este contexto, se puede preguntar a qué corresponde este deseo de niño. Se inscribe en el deseo narcisista actual de niño que no es querido por sí mismo, sino a menudo como «proyecto parental» para prolongarse a sí mismo, valorarse, asegurarse y justificar la relación sentimental. El niño se convertiría en el garante y el soporte de cualquier tipo de relación que él vendría, por su sola presencia, a autentificar. Definido de esta manera, el niño puede ser el objeto de todas las expectativas subjetivas que van de la selección al eugenismo, pasando por el derecho al hijo cueste lo que cueste independientemente de su autonomía y de las necesidades de este último. El es también reivindicado para «asegurar a los homosexuales los medios de su integración social fundando una familia». El niño es así instrumentalizado para validar una tendencia sexual que no lo sitúa real y claramente entre un hombre y una mujer que representan la localización fundamental de la filiación del progenitor en lo parental. En la sociedad actual, el niño se ha convertido en rehén de los fantasmas más arcaicos, como el del autoengendramiento, de la omnipotencia, del no-límite de sus deseos, y sobre todo de la búsqueda del semejante para mantenerse en la semejanza. Una sociedad que está fascinada por la búsqueda del mismo y del semejante, como el niño cuando atraviesa la fase psíquica llamada «del espejo» y que es, por una parte, causa entre otras de la homosexualidad, mantiene relaciones regresivas que no pueden elaborarse y acceder al sentido simbólico de las relaciones humanas.

Una sociedad se desorganiza cuando no sabe manifestar la diferencia de los sexos y evaluar la naturaleza de las relaciones y cuando no sabe atenerse al principio de coherencia entre el cuerpo, el sexo y la ley. Corremos el riesgo de eliminar malestares psíquicos inherentes a la complejidad de la sexualidad humana reduciéndolos a problemas de realidad. Transgredimos de esta manera la escena psíquica en que debe tratarse el conjunto de estas tareas internas al transportarlas a la realidad. He aquí lo que es grave y poco banal cuando, por ejemplo, el Tribunal Supremo acepta reconocer el cambio de sexo en los transexuales operados que no llegan a interiorizar la realidad sexual de su identidad. El sujeto tiene las apariencias del otro sexo, y vive subjetivamente como tal, pero no es el otro sexo. El cirujano y el juez se hacen cómplices de un conflicto psíquico y se pronuncian en la realidad en lugar del sujeto cuando la cuestión debe permanecer abierta y asumida como una carencia. La confusión se inscribe de esta manera en la ley, y la ley, a su vez, la anima dándole un estatuto. Cultivamos todos los ingredientes favorables a la depresividad social y a la violencia valorando lo más primitivo del psiquismo humano en nombre de un principio que desvía el sentido de la igualdad. No todas las tendencias ni todos los fantasmas sexuales son equivalentes y no está en la vocación del fantasma

realizarse. El fantasma es una fuente de inspiración que tiene necesidad de ser tratado y trabajado psíquicamente para saber si la necesidad que va a nacer a partir de él es realizable y viable en la realidad.

Corremos el riesgo de mantenernos en el analfabetismo de la psicología humana y de tomar decisiones sin medir las consecuencias sobre el individuo y sobre el cuerpo social. ¿Tienen el legislador, el juez y el brazo secular que podría ser a veces la medicina, que inmiscuirse en la vida íntima y legislar en la psicología sexual del individuo? La ley no puede organizar la relación social y las costumbres más que a partir de consideraciones objetivas y universales, si no caemos en la ideología sin fundamento de la filosofía actual del «no-límite»» por la incapacidad de introducir negatividad. Las mentalidades contemporáneas viven una crisis de las prohibiciones y por tanto del sentido que va a volverse contra ellas, como ya he tenido la ocasión de mostrar al analizar los efectos de lo que se ha llamado «la liberación sexual» y que ha consistido sobre todo en liberar la sexualidad infantil.

Esta situación se encuentra agravada cuando se pide a la sociedad que establezca una equivalencia entre heterosexualidad y homosexualidad no tratándose de la misma estructura relacional: en el primer caso los intereses para la sociedad son vivificantes mientras que son inexistentes en el segundo. En cuanto a los retos psíquicos, no son idénticos en la heterosexualidad y en la homosexualidad, como vamos a ver.

• La sociedad sólo puede ser heterosexual

La sociedad sólo puede ser heterosexual, es decir, fundada sobre la unión hombre/mujer y no sobre una tendencia sexual. Reconocerlo no implica ninguna discriminación en relación con cualquiera: sólo así la sociedad puede organizarse y durar en la historia.

En el clima sentimental y pragmático actual, uno se cree obligado a «tolerar» todo. No es justo afirmar que la homosexualidad es una cosa perfectamente inofensiva socialmente, puesto que los individuos se aman. Todavía hay que saber cuál es la naturaleza de esta unión. Se asienta en la búsqueda del semejante y por lo mismo en la incapacidad estructural de reconocer al otro y la diferencia sexual. Para un individuo una cosa es vivir así, otra sería querer hacer de ello un modelo social entre otros.

Al inscribir la homosexualidad en la ley, incluso de forma desviada a través del PIC, el legislador mostraría evidentemente que no sabe organizar el valor simbólico de las asociaciones humanas sobre la base de la distinción entre el hombre y la mujer creando la relación matrimonial caracterizada por el parentesco. Si la noción de pareja se aplica a la relación hombre/mujer, puesto que dos personas de sexos

diferentes se asocian, no puede ser utilizada para designar la relación de dos personas del mismo sexo, puesto que la diferencia de sexos está excluida. Esta noción es tanto menos aplicable a la relación homosexual cuanto que ésta no es equivalente a la relación hombre/mujer; la unión afectiva es de una naturaleza diferente en el amor conyugal, fuente de vínculo social, y en el amor del semejante, en busca narcisista del doble. La filiación sólo puede proceder del hombre y de la mujer, de un padre y de una madre (incluso como padres adoptivos) y no de dos padres o de dos madres que representarían una «mascarada parental». Está claro que aquí conviene hacer una distinción entre niños nacidos de una relación de pareja hombre/mujer uno de cuyos partenaires desea, a continuación, vivir su homosexualidad y que debe conservar sus derechos y deberes parentales, en la medida en que su situación personal no es perturbadora para el niño, y dos personas del mismo sexo que desean concebir un niño (lesbianas con un tercero o por inseminación) o adoptarlo (homosexuales), cosa que el derecho no puede permitir. Hay que decirlo de nuevo: un niño no es un derecho, y menos aún en estas condiciones.

Los homosexuales subrayan que ellos forman una categoría singular, para tener un estatuto de ciudadanos aparte, incluso derechos tomados del régimen matrimonial, cuando están en una situación contraria a la universalidad de la asociación afectivo-sexual que está en el fundamento de este vínculo social.

La sociedad sólo reconoce ciudadanos y no preferencias sexuales. Los homosexuales son ante todo personas y ciudadanos que disponen de los mismos derechos y que tienen los mismos deberes que toda persona y todo ciudadano. No es injusto ni discriminatorio ver derechos particulares atribuidos al matrimonio en la medida en que el individuo se compromete respecto de la sociedad sobre la base esencial de la diferencia de sexos y que la sociedad en contrapartida valora y protege esta institución que la hace durar en la historia y le asegura su coherencia. ¿No sería extraño querer presentarse en función de las tendencias sexuales mejor que según la identidad de hombre o de mujer y reivindicar leyes particulares? A menos que se vea a la sociedad llegar a ser un conjunto de «tribus» reunidas bajo la norma del semejante, definidas únicamente por orientaciones psíquicas y parciales. Dicho de otra manera, la homosexualidad puede ser sujeto de derechos no más que las otras tendencias sexuales que pueden trabajar psíquicamente a los individuos. La homosexualidad ha existido siempre pero sin crear derechos: es la persona la que es sujeto de derechos y de deberes. Y cada ciudadano es así reconocido sin que la sociedad tenga que preocuparse de sus intrigas sexuales. Si la ley tiene que reconocer todo, con desprecio a una jerarquía de sentido, entraremos cada vez más en una sociedad que se organiza según el modelo del perverso polimorfo.

El proyecto del PIC aparece como la negación y la trasgresión de montajes simbólicos que la civilización ha tardado siglos en establecer. La definición jurídica del vínculo social afectivo-sexual se basa en la coherencia de la diferencia de sexos y en este sentido da una salida social y simbólica a la relación edípica legislando únicamente sobre la relación amorosa y matrimonial hombre/mujer y definiendo el lugar del padre, de la madre y del niño. Lo que quiere decir que el matrimonio homosexual, así como una filiación unisexuada o asexuada, son del orden del delirio social. La sociedad sólo puede organizarse sobre la base lógica y racional de la división y de la separación de los sexos.

• El PIC inscribe en la ley los conflictos intrapsíquicos

Este proyecto de ley está cargado de muchas confusiones. Desconoce las estructuras psíquicas de la sexualidad humana y a partir de qué tipo de unión afectivo-sexual la sociedad puede construirse y durar en la historia. El personal político participaría, a su manera, en la desestructuración de la sociedad al desconocer sus fundamentos. Esta ley está tan cargada de consecuencias para la sociedad, puesto que afecta a sus raíces antropológicas, que transciende la competencia de una mayoría parlamentaria. En una sociedad desorientada, el político tiene la responsabilidad de situarse en relación a los puntos de referencia esenciales. La homosexualidad es una cuestión individual y no puede ser un punto de referencia para la sociedad, aún menos para los jóvenes enfrentados, en el momento de la adolescencia, a su duda identitaria. Para el individuo una cosa es vivir a través de esta tendencia, y ser respetado en su persona, y otra es querer inscribirlo en la ley y hacer así de ello una norma.

Lo legal que afecta, directa o indirectamente, a la vida matrimonial y familiar concierne en primer lugar a una filosofía del matrimonio y de la familia, y no a consideraciones utilitarias y prácticas. Lo legal no puede ser el producto de intrigas subjetivas o de deseos y reivindicaciones individuales y, además, en contradicción con el bien de la sociedad. Este género de ley corre el riesgo de promover un monstruo jurídico que añadirá incoherencia a la confusión actual y traducirá en términos jurídicos problemas afectivo-sexuales; lo que es una novedad en la historia humana.

La homosexualidad plantea muchos problemas psíquicos, aunque los individuos no son conscientes y no quieren reconocerlos. Es una etapa en el desarrollo de la personalidad de todo individuo y forma parte de la vertiente infantil de la sexualidad humana, es decir, que no está todavía diferenciada. Pero al mantenerse en este sistema, algunos querrán, a veces, definirse más en relación a tendencias sexuales que en relación a su identidad masculina o femenina. Dicho de otra manera, la

homosexualidad es una orientación, una elección de objeto, una tendencia, pero no es una identidad. Es el hecho de ser hombre o mujer lo que define nuestra identidad, y la sociedad sólo puede organizarse a partir de esta realidad objetiva. No hay pues más que dos identidades sexuales, mientras que las elecciones de objetos pueden ser numerosas y variadas sin tener por ello la misma legitimidad.

Con este proyecto de ley, el matrimonio corre el riesgo de no aparecer como la expresión social privilegiada de la alianza de un hombre y una mujer, sino como una simple alternativa a otras formas de asociación que serían de igual valor y formarían parte del ámbito privado. El marco simbólico de la unión estaría así a la libre disposición de los sujetos. Es necesario recordarlo, nadie está obligado a casarse y unirse de esta manera a la sociedad. Pero esta libertad de cada uno no debe conducir al legislador a dispersar los derechos ligados al matrimonio. La sociedad debe, por el contrario, valorar el sentido del matrimonio y de la familia, que son uno de sus fundamentos, y concederles derechos inherentes a este estado de vida. En la sentimentalidad actual, la vida afectivo-sexual se desocializa en beneficio únicamente del aislamiento afectivo y, en este caso, todas las formas de asociación pueden ser reivindicadas sin preocuparse de los efectos de sentido sobre la sociedad.

Nos encontramos ante la confusión de uniones que no son factores de vínculos sociales. Este tipo de ley participa en la fragmentación de la sociedad y da un estatuto legal a las tendencias parciales de la sexualidad humana. Una sociedad no puede organizarse ni mantenerse en la realidad legalizando todo tipo de uniones a voluntad de las orientaciones subjetivas de los individuos y de las inclinaciones sexuales de cada uno. No le toca a la ley legitimar tendencias confiriendo derechos cuando a menudo lo que los individuos piden es ser reconocidos en su personalidad porque tienen dificultad para aceptarse.

No olvidemos que la desligación social y la violencia son en primer lugar la expresión de una incertidumbre afectiva producida por la confusión de la diferencia de sexos, la inmadurez afectiva, la inestabilidad de las parejas y la interferencia de la representación familiar. Esta progresiva desocialización de la vida afectivo-sexual es desestructurante y desmoralizante para los individuos que no saben ya cómo unirse a la sociedad. La vida se reduce a uno mismo al retroceder a las representaciones primeras de la vida afectiva en las que se confunde cada vez más el vínculo social con una relación intersubjetiva que nos predispone a ventilar en la vida social las intrigas psíquicas y afectivas que no crean nada. Y como el sujeto no consigue reconocerse ni regularse, apela a la ley para que ella sustituya a sus conflictos psíquicos.

• Una demanda antisocial

La reivindicación de un «contrato» o de un «pacto» para los homosexuales se beneficia de forma ambigua del clima actual a propósito de los riesgos del racismo y del no-respeto a las diferencias para navegar por la opinión pública y obligarla a aceptar la homosexualidad como tal. Expresar el menor cuestionamiento sería considerado como una ofensa y como un delito de opinión. Sólo se puede evocar la homosexualidad para reconocerla y valorarla como un modelo social al mismo título que la relación hombre/mujer. Se lee en la literatura ambiente que afirmar lo contrario sería la prueba de un racismo y de una homofobia reprensibles. Este terrorismo intelectual, que hemos subrayado varias veces, en nombre del cual se mantiene el orden de las ideas y se hace presión sobre los responsables, favorece las complicidades y las tomas de decisión en materia legal y social sin que nadie se interrogue sobre lo bien fundado de estos imperativos de los militantes. ¿Deben las leyes estar inspiradas por la homosexualidad? Ciertamente no. Extrañamente, desde la ignorancia social más completa de lo que se juega, se toman decisiones y se orienta a la sociedad hasta el punto de hacer creer que ella puede organizarse a partir de cualquier forma de unión. Pero, por querer imponerla como una evidencia, un día se volverá contra los mismos homosexuales, y será preciso que personas valientes los defiendan. Ellos las encontrarán entre quienes saben discernir las crisis de un modelo de personas y aceptan a los individuos por sí mismos.

Es por tanto necesario comprender el funcionamiento psicológico de la elección de objeto homosexual después de reflexionar y de criticar la homosexualidad como modelo social sin por ello lanzar descrédito alguno sobre las personas que viven así. Algunos confunden el modelo social y la situación personal. He tenido que hacer, como otros especialistas, de intermediario ante los padres para que comprendan y acepten a su hijo o a su hija en su situación singular. La ayuda aportada igualmente a quienes comparten una vida común para encontrar caminos de comunicación es frecuente. Sobre todo en el seno de una relación homosexual, en donde la agresividad, la envidia y la inestabilidad de este vínculo ocupan una parte de la energía psíquica de los partenaires. El problema se plantea en otros términos cuando se trata de dar una legitimidad social a la homosexualidad.

He mostrado que la relación homosexual está en contradicción con todo lo que representa la unión conyugal. Además, inscribir en la ley esta demanda es de naturaleza antisocial. En efecto, la argumentación que sostiene esta demanda se apoya sobre la idea de que sería discriminatorio no considerar a los partenaires del mismo sexo como una pareja hombre/mujer y no disponer, por este mismo hecho, de los mismos derechos. Este cambio de sentido y de la verdad de las relaciones, clásica en

la psicología homosexual, es por lo menos inaceptable. Muchas personas perciben esta manipulación sin poder expresarla y se sienten confusos a la hora de pensar. En efecto, este discurso trastorna todos los códigos, en la medida en que la ley, que debería tener la preocupación de la identidad de género y el sentido de la alteridad, se convierte en un instrumento narcisista. Este discurso homosexual viene a pervertir las relaciones humanas y el espíritu de las leyes cuando impulsa la idea de una organización social que no debería basarse más que en lo indiferenciado y el espejo del semejante. Destruye toda distinción posible e invita a mantenerse en la regresión de los estados afectivos. La psicología homosexual tiene su estructura de la exclusión del otro sexo. La personalidad enmascara a veces este obstáculo acusando al otro de no reconocerla y concederle un lugar allí donde el mismo individuo no puede mantenerse. Tal es la paradoja en la que la sociedad actual corre el riesgo de estar pillada como lo estuvo, ya, a través de las ideologías cuando hoy el destino social se juega a partir de la idea que nos hacemos de la sexualidad y de las relaciones humanas. La sexualidad homosexual juega igualmente sobre una disociación de la estructura de la sexualidad humana para reducirla al juego del uso de los placeres independientemente de la interpretación del sentido de los deseos. El sexo se expresa ignorando la fecundidad e independientemente del enriquecimiento afectivo con el otro.

El discurso homosexual se beneficia, para ser entendido, de la mentalidad contraceptiva y abortiva que ha disociado la procreación del placer. La única dimensión que está actualmente valorada en la sexualidad es el placer y aún más un placer sin alteridad, un placer solitario, como hemos visto. Si el placer es evidentemente intrínseco a la sexualidad, la procreación forma igualmente parte de su estructura. No todas las expresiones sexuales contribuyen a la procreación, sin embargo ésta no permanece extraña a la personalidad que ha podido integrar el sentido para acceder a la dimensión social de la sexualidad. Excluir el sentido potencial del niño de la sexualidad, es no tener sentido del otro. Una sexualidad fundada únicamente en la búsqueda de placer, tomándose a sí mismo como objeto, crea las condiciones favorables para la multiplicación de todas las formas de la sexualidad, comenzando por la de la homosexualidad. Pero seguirán otras si la sociedad se deja dominar por esta ficción.

Después de cuarenta años, el discurso homosexual se ha acomodado al de la liberación sexual, que ha animado la explotación de las regresiones y de las faltas de maduración que conocemos hoy. No se trata ya de autentificar la calidad de una relación, sino de dar libre curso al estado primitivo de las representaciones pulsionales y de las primeras identificaciones. Este tipo de sexualidad perteneciente a la vertiente infantil de la personalidad sólo puede ser agresiva y antisocial. Ella

forma parte de las patologías de la falta de realización de la sexualidad humana. El derecho mismo es manipulado y reducido a manifestar la igualdad de todas las tendencias, es decir, la no-diferencia. El PIC, querido y concebido por los homosexuales, al intercalarse entre el matrimonio y el concubinato, vendrá no sólo a cuestionarlos, sino que actuará como un disolvente social. La homosexualidad favorece de hecho la asocialidad de la ley, en la medida en que ella es desde un punto de vista psicológico la negación de la resolución edípica y de la diferencia de los sexos, y socialmente el rechazo de lo que el derecho ponía en marcha, en términos simbólicos, a través del vínculo ternario (madre, padre, hijo), la separación de los sexos y de las generaciones. No se pueden hacer chapuzas con el «matrimonio» homosexual o con el «pacto» o con el «contrato» sin poner en cuestión, a más o menos largo término, el edificio de la cultura que se ha construido a lo largo de los siglos. Es siempre posible negociar los montajes racionales y simbólicos, pero no se los puede suprimir sin encontrarse en la ceguera de Edipo que conduce a la violencia.

Una sociedad no se gobierna de forma pragmática cuando las cuestiones planteadas tocan a sus fundamentos. Pero gobernar en estas condiciones significa tener en cuenta y asumir relaciones simbólicas. La desimbolización de nuestras sociedades produce la desunión social que conocemos y que será más grave y más desventajosa que la crisis económica.

• Las costumbres regulan el derecho

En las mentalidades actuales se impone un enfoque individualista, singular y pragmático del derecho. El derecho, al contrario de lo que yo evocaba antes, no sería ya la expresión de la concepción que la sociedad se hace de sí misma. El jurista no sería más que un técnico jugando al mecano sin preocuparse de la naturaleza de la organización de las relaciones que él codifica. Esta perspectiva es la negación misma del derecho considerado como organizador del vínculo social y favorecedor de la relación a partir de las realidades objetivas y universales.

Las quejas se multiplican con el fin de saber por qué el nexo social se deshace cuando el derecho actual participa en esta desunión. La multiplicación de los derechos subjetivos individuales desocializa progresivamente a los individuos y fragmenta la sociedad. Son las costumbres las que se convierten en el regulador del derecho, hasta el punto de ver multiplicarse un corpus de leyes cada vez más nuevas unas que otras y que, a la larga, se harán más opresivas que las que procedían de una concepción de la existencia.

La ley pierde así su valor educativo cuando ya no es representativa de un modelo de

vida. La educación contemporánea sufre muy ampliamente los efectos cuando la escuela se convierte en uno de los lugares, por excelencia, en que se manifiesta la violencia. El único papel de la ley sería permitir el desarrollo y tomar nota del cambio de costumbres según los modos y los talantes de una época. El derecho se convierte por consiguiente en la norma de la no-norma puesto que la sociedad sería conminada por el individuo a no reconocer más que sus reivindicaciones singulares extraídas de sus tendencias. La idea de una verdad sobre el hombre no parece ya tenerse en pie en esta perspectiva y paradójicamente, apelando a los «derechos del hombre» para mejor acoger una singularidad, se afirma en los hechos implícitamente que «los hombres no tienen nada en común[17]». Cada uno es libre de organizarse en tribus. El caso de los países de Europa del Norte que legalizan la relación homosexual es representativo de este fenómeno en que el individualismo es tal que el vínculo social pierde su importancia. Lo que muestra que estas sociedades, atomizadas alrededor de tendencias múltiples y contradictorias, no están ya unidas por un vínculo universal.

• ¿Una sociedad fragmentada en tendencias sexuales?

La homosexualidad no representa ninguna simbología. Es sobre todo el síntoma masivo de la época actual, que prohíbe la diferencia, en que los individuos permanecen fascinados por su semejanza en el momento en que se milita tanto por el respeto a las diferencias. Prueba de que no son reconocidas.

La sociedad no se asienta sobre «comunidades» sexuales que reúnen individuos según su orientación, independientemente de la relación hombre/mujer. La ley no tiene que tener en cuenta las particularidades sexuales de cada uno. Y sin embargo, bajo la presión de los *lobbies* homosexuales, muy activos en los partidos políticos y en el Parlamento Europeo de Estrasburgo, muchos proyectos y muchas leyes padecen su influencia. En particular cuando éste, desde hace varios años, no deja de pedir a los Estados miembros que legitimen la homosexualidad y acojan favorablemente las orientaciones sexuales de los individuos.

En el capítulo de *L'Egalité des droits et de la non-discrimination*, se puede leer en su informe anual (1997) que este mismo Parlamento «invita a todos los Estados miembros a reconocer la igualdad de los derechos de los-las homosexuales, sobre todo mediante la instauración, allí donde todavía no es el caso, de contratos de unión civil que se orientan a suprimir toda forma de discriminación de la que son todavía víctimas los-las homosexuales, sobre todo en materia de derecho fiscal, de regímenes patrimoniales, de derechos sociales, etc., y a contribuir, mediante la información y la educación, a luchar contra los prejuicios de que son objeto en la sociedad (n. 64)». Es

extraño presentar a los homosexuales como las víctimas de la sociedad, cuando nadie les reprocha su tendencia. Hemos dicho que la sociedad no puede asentarse sobre tendencias y orientaciones sexuales, sino sobre la dignidad de la persona humana. Además, ni la información ni la educación tienen que presentar la homosexualidad como un hecho banal y de naturaleza equivalente a la relación hombre/mujer. Es importante mostrar a los jóvenes, según su edad, cómo se desarrolla la sexualidad en la personalidad y cómo el estadio homosexuado forma parte de un proceso psíquico, que por numerosas razones, descritas en otra parte, puede fijarse de forma conflictiva en la vida intrapsíquica. Evidentemente, si esta información permite a quienes están en la duda de la elección del objeto comprenderse y saber diferenciar entre una inclinación provisional y lo que desean, no tendrá necesariamente la misma eficacia para quienes están ya comprometidos en una elección parcial, como por ejemplo la homosexualidad. Ella tendrá al menos el mérito de concretar los retos. La exhortación del Parlamento Europeo no puede ser seguida cuando confunde el respeto a la persona con la necesidad de instituir una tendencia sexual.

El Tratado de Ámsterdam, firmado el 2 de octubre de 1997, está igualmente condicionado por el mismo estado de espíritu. Así el artículo 13: «Sin perjuicio de las demás disposiciones del presente Tratado y dentro de los límites de las competencias atribuidas a la Comunidad por el mismo, el Consejo, por unanimidad, a propuesta de la Comisión y previa consulta al Parlamento Europeo, podrá adoptar acciones adecuadas para luchar contra la discriminación por motivos de sexo, de origen racial o étnico, religión o convicciones, discapacidad, edad u orientación sexual».

Si podemos ponernos de acuerdo sobre la necesidad de luchar contra todas las discriminaciones e incluso sobre el hecho de que una persona no sea inquietada a propósito de su orientación sexual, es sin embargo discutible presentarla sólo de esta manera. Sobre todo teniendo cuenta que nadie parece saber quién ha añadido esta fórmula que no existía en los primeros proyectos de este Tratado. Es llamativo que este Tratado no hable del respeto a las personas, sino que conviene reconocer las orientaciones sexuales. Este texto no hace más que confirmar la imagen que tenemos actualmente de la persona, reducida a las tendencias, fundada sobre pulsiones parciales, independientemente de una visión más global de sí misma. Esta fragmentación codificada en un tratado viene a legitimar el hecho de que los individuos son captados a través de particularismos que los desocializan y que las pertenencias están en intrigas más psíquicas que culturales. Hay que ver en ello el resultado de la filosofía individualista que proporciona el discurso homosexual. Además, si nos mantenemos en el reconocimiento de las orientaciones sexuales, quiere decir que todas tienen el mismo valor. Si la humanidad está compuesta de dos

identidades sexuales, masculina y femenina, las orientaciones sexuales por el contrario son múltiples, variadas y a veces contrarias al vínculo social: el voyeurismo, el exhibicionismo, la homosexualidad, la pederastia, el travestismo, el transexualismo, el sadomasoquismo, la zoofilia, etc., que implican prácticas sexuales que se podrían también enumerar. La mayor parte del tiempo, estas tendencias están contenidas en la vida psíquica de quienes dependen de ellas y a veces vividas por algunos en el secreto de su intimidad. Pero esto no concierne a la sociedad, salvo si se turba el orden público y el comportamiento de la persona tiene que ver con el delito. Pero, si nos atenemos al texto, en nombre de la igualdad y de la no-discriminación de la orientación sexual, esto quiere decir que ninguna de estas tendencias, cuando son puestas en práctica, debería ser considerada como un problema o un delito. Brevemente, sería preciso no sólo reconocer socialmente la homosexualidad sino, para estar en la lógica del Tratado de Ámsterdam, todas las tendencias sexuales, y darles un estatuto para que puedan expresarse y beneficiarse de ciertos derechos. Se ve claramente a qué absurdo y a qué aberración está llevando a la sociedad a través de leyes que inscriben en sus códigos la inmadurez afectivo-sexual de una época tal concepción de la sociedad, reducida a características primitivas e influida por ideales homosexuales.

• La ley y el juez en ayuda de la sexualidad

La sociedad descubre todos los efectos sobre las psicologías de una sexualidad en la que, en nombre de la «liberación sexual», se podía hacer todo. La consigna era el placer y el resultado sin límites. Estaba «prohibido prohibir». La sexualidad era presentada sin prohibiciones cuando su organización y su capacidad de desear no dependen más que del tratamiento de las prohibiciones fundamentales que la estructuran. La pulsión sexual no puede ser dejada a sí misma y su relativa autonomía en el psiquismo debe ser regulada por la instancias del yo y por la cultura. La moda de la liberación sexual ha lanzado imperativos que sustituyen a veces a los deseos de los individuos, cuando es cada uno el que tiene que decidir y asumir lo que quiere vivir. Pero, en ausencia de reflexión psicológica para discernir el sentido de lo que vive cada uno y la ausencia de reflexión moral sobre el valor de sus opciones y comportamientos, los individuos intentan saber lo que conviene vivir. Tal es la paradoja de la época, que yo he anunciado en mis obras anteriores, en la que se torna hacia la ley y hacia el juez que deben pronunciarse sobre la sexualidad humana. Después de un período de despreocupación y bajo la presión de los acontecimientos y la desorientación de las mentalidades, la ley hace, cada vez más, su entrada en la vida íntima y sexual de los individuos. Una ley que pierde su carácter universal y que se desorienta cuando se confunde con la estructura sexual de la época, que valora las pulsiones parciales. Arrastra a la sociedad a la confusión cuando establece

equivalencias entre la identidad y las tendencias sexuales. Esta ley está más acá de la ley edípica y corre el riesgo de hacer perder la razón.

Al poner su vida sexual bajo la autoridad de la medicina y del juez, el individuo manifiesta su dificultad o su incapacidad para integrarla y vivir en sus límites. Desde el punto de vista psicológico, el sexo es subjetivo, es decir, aquel a partir del cual cada uno se reconoce. Si este sexo subjetivo está en contradicción con el sexo biológico y la pertenencia sexual, la personalidad encontrará serias dificultades intrapsíquicas y relacionales. No es la ley civil la que tiene que venir a mezclarse en este conflicto decretando que un transexual se ha pasado al otro sexo o que la relación homosexual es lo equivalente de la relación hombre/mujer. Sin embargo es en esta dirección en la que nos encaminamos, al menos por un tiempo, hasta el momento en que estos montajes ficticios nos sean remitidos a la violencia. Pero, mientras tanto, ¡qué errores, sufrimientos y qué coste humano por tal ceguera! El individuo va a caer prisionero de estas leyes sobre la sexualidad que falsean la interpretación y el tratamiento de las cuestiones sexuales.

Todos estos excesos y todas las confusiones a propósito de lo que es sexualmente normativo para la coherencia de la vida social desembocan en el puritanismo, como había hecho observar ya y como algunos, que lo habían negado en su momento, lo descubren ahora. El puritanismo es a menudo presentado a través de discursos convencionales y estereotipados de la aparición de un orden moral. Este orden moral es como la Arlesiana, se anuncia, pero no se la ve venir. Tales clichés nos impiden reflexionar. La moral no ha hecho enfermar ni ha perjudicado nunca la libertad. Es el rigorismo del sujeto el que, encerrado en su idealismo, se toma por la ley moral, no sabe tener en cuenta las realidades y hacer dialogar lo que vive con una referencia moral a partir de la cual reflexionarse y evaluar sus hechos y gestos para mejorar sus conductas. La actitud intelectual respecto de la moral es de otro género que la que conviene tener para respetar los códigos y las leyes civiles. Es importante recordarlo en el momento en que se quiere de nuevo, después de cuarenta años de interrupción, dar clases de moral en la escuela. ¿Qué es lo que se quiere enseñar exactamente? ¿Los códigos sociales? ¿Referencias morales? Hace falta saberlo tanto más cuanto que muchos jóvenes ignoran las leyes y no están habituados a reflexionar moralmente sobre su conducta.

El lenguaje dominante que condiciona los espíritus permanece pues en la ecuación simplista: puritanismo = orden moral. El puritanismo actual es sobre todo la expresión paradójica de una sexualidad vivida de forma fragmentada y sin coherencia, y que da lugar por este mismo hecho a una desconfianza, y a veces incluso a una desinversión. Los pacientes nos piden medios para obtener excelentes resultados

sexuales, dando testimonio de un deseo de omnipotencia, y otros, al mismo tiempo, cómo liberarse de una sexualidad que se hace desbordante porque el individuo no ha aprendido a contener sus mociones interiores. La sexualidad da así miedo por las numerosas representaciones que circulan a propósito de ella. El puritanismo es la consecuencia psicológica de una desconfianza respecto de ella. La sexualidad puede ser una fuente de vida cuando su expresión viene a confirmar y activar la relación amorosa. Pero puede ser destructora cuando es reducida a dar libre curso a sus pulsiones parciales en la realidad. Las pulsiones parciales son, en el mejor de los casos, sublimadas para encontrar caminos de paso que se puedan vivir en la realidad.

La sexualidad en sí misma no quiere decir nada mientras no esté inscrita en una regulación psíquica y una cultura que permita la relación. Mientras es mantenida en su relativa autonomía, sólo puede remitir al pasado y a sus estados primeros, pero sin que el individuo pueda acceder al trabajo de elaboración de su deseo. En este caso, él pide ser liberado no sólo de sus mociones sexuales, sino también de la sexualidad. Observamos esta reacción en la experiencia clínica a través de la queja de la pérdida del deseo. Los deseos han inquietado siempre a la conciencia humana hasta el punto de huir de ellos, de cultivar ilusiones de felicidad o de negarlos y de hacer como si no existiesen. El psicoanalista E. Jones recurre a la noción de *aphanisis* (acto de hacer desaparecer) para designar esta necesidad presente en algunas personas de abolir la función misma del deseo. Si, en el discurso de los adolescentes de mayo del 68, todo era sexualmente posible, los adolescentes y los jóvenes adultos, cuarenta años después, al estar condicionados por la dispersión actual, en que el sexo es reducido a tendencias y prácticas, se preguntan por lo que es posible vivir.

Existe el riesgo de ver la sociedad fragmentarse, sin ninguna jerarquía de valores, por la multiplicación de leyes de excepción que nos harían perder el sentido de lo universal, y por tanto del vínculo social. La morosidad de la desesperación de una sociedad depresiva, empujada por la angustia de no saber nada sobre sí misma, tendría tendencia a validar, en nombre de la novedad, las reivindicaciones más arcaicas y más contradictorias y a darles fuerza de ley cuando la simple reflexión sabía hacer la distinción entre lo esencial y lo particular. Si este movimiento se acentuase, iríamos en la dirección de una desocialización del individuo.

He descrito aquí los problemas que se plantean cuando se intenta querer hacer de la homosexualidad un modelo social e inscribirlo en la ley. Este cuestionamiento es diferente del de las personas que se encuentran comprometidas en esta orientación sexual y desean vivirla así. La imposibilidad de hacer de la homosexualidad un modelo social, concediéndole los mismos derechos que tiene el matrimonio y la adopción de niños, indica un límite y una prohibición social estructurante más que un

rechazo de estas personas. No hay paridad posible con otras formas de relación que, si existen de hecho, no pueden tener un carácter instituyente. En los razonamientos actuales, los diversos interrogantes se confunden y todas las tendencias serían legalmente válidas a partir del único denominador común de la no-exclusión. Esta actitud de espíritu impide la inteligibilidad de los retos mientras que el desmontaje simbólico de la sociedad acelera su ruptura, puesto que las personas no saben cómo unirse a la sociedad y en qué marco antropológico de la representación de sí mismos y de la sociedad desarrollarse. No es extraño que a través de modelos sexuales fragmentados ella cree las condiciones mismas de la asocialidad. La sociedad favorece una profunda inseguridad afectiva. Mantiene representaciones de la sexualidad inmadura del solitario, a la búsqueda del mismo y de su semejante, que desemboca en la violencia. Esta se desarrolla como negación de sí mismo y negación del otro.

Capítulo 7
LAS RAÍCES DE LA VIOLENCIA

La violencia se desarrolla en la sociedad y sólo es sin duda el comienzo de un fenómeno que corre el riesgo de alcanzar proporciones importantes el tiempo que haga falta para que sean tomadas en consideración las condiciones psicológicas a partir de las cuales se desarrolla. Vamos a mostrar que esta violencia es tanto más singular al ser expresada esencialmente por jóvenes que manifiestan, a través de conductas arcaicas y de comportamientos delictivos, la incertidumbre fundamental de los individuos sin raíces y sin vínculos con la existencia porque han salido de un mundo de confusión parental, familiar y sexual. La agresividad, en el corazón del espíritu humano, se va expresar en este clima de inseguridad afectiva. ¿Cómo está incendiando nuestras sociedades esta violencia, de características nuevas?

Los actos de violencia de los niños y de los adolescentes no son fenómenos nuevos. Por el hecho del estado de su psicología, los jóvenes están predispuestos a comportarse así en su vida social. Pero es el progresivo aumento de la violencia juvenil, contra sí mismos y contra los demás, el que se hace cada vez más inquietante. Esta violencia puede revestir diferentes formas de expresión: son, en desorden, los robos, la extorsión, las mentiras, los insultos, las amenazas, los golpes y las heridas que causan a veces la muerte, las agresiones sexuales, el absentismo escolar, la degradación material, la falta de respeto a los profesores y a los adultos, la falta de civismo, etc. Muchos jóvenes no saben que hay límites que no se pueden franquear.

Por esto es importante señalar la diferencia entre la violencia de los adolescentes y la que existe en la sociedad porque no son de la misma naturaleza. Algunos afirman que, puesto que hay violencia en la sociedad, es lógico encontrarla entre los adolescentes y en la escuela. Las cosas no son tan simples. Si la violencia está presente en las relaciones humanas, en la sociedad, es a menudo para expresar conflictos de orden político, económico, territorial o, en el plano individual, conflictos conyugales o relacionales. La violencia juvenil, por la que los jóvenes prueban que ignoran la realidad, el sentido del otro, las reglas morales y las leyes a partir de las cuales se regula su comportamiento, se manifiesta de otra manera. La agresividad primordial anima la vida psíquica del niño y se expresa, entre otras cosas, a través de las

conductas violentas. El entorno, comenzando por el padre y por la madre, va a oponerse verbal y físicamente comunicando los modos de expresión que favorecen el propio control y el de las realidades. Pero el estado de la sociedad puede favorecer la expresión de la violencia cuando la precariedad familiar y la confusión de los códigos provocan la desunión social. La violencia juvenil es pues generada en primer lugar por la psicología misma del individuo y no por la sociedad. Esta violencia se despliega tanto más rápidamente cuanto que los jóvenes no están socializados, o ficticiamente, a través, por ejemplo, de un tipo de música o de deporte que los encierra en su narcisismo. Examinemos pues cómo se presenta la agresividad psíquica.

Aspectos psicológicos de la violencia

Nacemos violentos

El desarrollo de la violencia denota la expresión de una patología del narcisismo y de la identidad de las personalidades juveniles. En efecto, la violencia es una de las expresiones de la agresividad de base del funcionamiento psíquico. Si el niño fuera abandonado a sí mismo, sin límites y sin educación, desarrollaría una violencia destructora y mortífera. Intentaría tomar y agredir para vivir sin saber delimitar su terreno y diferenciarse del otro. El papel del adulto, y en particular de la madre, consiste justamente en contenerlo hasta el momento en que sea capaz de hacerlo por sí mismo.

Hasta los seis años, un niño intenta saber cuál es su poder sobre sus padres con el deseo de dirigir a los adultos, de resistir a sus prescripciones y de hacer recular los límites de la realidad con el fin de manifestar su sentimiento de omnipotencia. Hemos visto que en el contexto actual muchos adultos no saben dar prueba de firmeza frente a estas demandas del niño. La ausencia de los padres, su vuelta tardía a casa, los problemas de la pareja son otras tantas situaciones que no ayudan al niño a situarse y a limitarse en el orden de la filiación. Este fenómeno se observa sobre todo cuando el adulto reduce la relación al plano afectivo en detrimento de las estructuras simbólicas: papel del adulto (padre y madre), diferencia de sexos y de generaciones. La cuestión no es únicamente ser estimado y amado por el otro. Este repliegue sobre el sólo bienestar afectivo se hace en detrimento de la estructura relacional que debe situar a los niños en relación a la ley de los adultos. Por no querer disgustar al niño y al no poder tratar un sentimiento de culpabilidad ligado a un disfuncionamiento simbólico, como consecuencia, por ejemplo, de una separación, los adultos están a veces dispuestos a cualquier compromiso, a cualquier dimisión y a ceder al menor

detalle sin evaluar las consecuencias sobre el desarrollo de la personalidad.

La violencia lo mismo que las conductas delincuentes se preparan desde la infancia. El niño tiene necesidad de ser limitado en su expansión narcisista. Debe ser retomado e incluso sancionado en las situaciones de desobediencia y de transgresión. Si no encuentra contrafuertes que corresponden a las realidades, y no a los únicos caprichos del adulto, no podrá acceder al sentido del deseo. Porque, creyendo que todo es posible, será reducido a la impotencia y no podrá hacer nada. A falta de posesión de las actitudes del pensamiento y de los medios de actuar teniendo en cuenta a los demás y a las realidades, no le quedará más que la agresión para imponerse. La educación debe ayudarlo precisamente a pasar de la suficiencia del principio de placer al principio de realidad.

Ahora bien, hemos visto que muchos adultos no saben situarse en esta intersección. Tienen incluso miedo a intervenir ante sus hijos, reprenderlos cuando es necesario y decir no. Dudan por dos razones. Por una parte, temen perder la estima y la afección de sus hijos, colocándose ellos mismos en una posición infantil. Los hijos que se dan cuentan de su debilidad no la aprecian cuando descubren, por el contrario, que cuentan a los ojos de los adultos cuando éstos son exigentes respecto de ellos. Por otra parte, estos mismos adultos están inhibidos ante la idea de castigar a su hijo a causa de todo lo que se dice hoy a propósito del maltrato de los niños. Está claro que debemos felicitarnos de poder reprimir hoy las actitudes antieducativas. Tenemos razón al denunciar el trabajo de los niños, su implicación en los conflictos armados, su falta de escolarización, la prostitución infantil, el incesto y las agresiones sexuales, pero no habría que omitir su abandono educativo, que es actualmente el problema mayoritario. La idea de pasar por un mal padre, de ser denunciado por profesores como consecuencia de un cachete lleva a los padres a no intervenir nunca. Ahora bien, si el castigo corporal no es un método pedagógico válido, puede ocurrir que un golpe sobre el cuerpo del niño obligue a comprender que ha franqueado un límite intolerable. Algunos, en efecto, no son capaces de entender una orden más que a partir de su cuerpo cuando son refractarios al sentido de las palabras. Al confundir todas las situaciones y al hacer pesar un descrédito sobre la más mínima reacción un poco viva de los padres, muchos adultos se mantienen en la ambivalencia: perciben lo que deben decir, pero no se atreven a hacerlo. Esta incoherencia no es estructurante para el niño y menos aún en el momento de la adolescencia en que las conductas de violencia alcanzarán una dimensión distinta.

En efecto, durante la adolescencia, se operan reorganizaciones psíquicas sobre la base de la reactualización de las primeras identificaciones parentales y del conflicto edípico, entendido como trabajo de diferenciación sexuada. El adolescente es a

menudo desestabilizado por este trabajo interior que puede llevarlo a una postura reaccional y hacerlo desarrollar defensas de tipo psicótico: proyectando sobre el mundo exterior la causa de su malestar que es esencialmente psicológico, intenta hacer recaer la responsabilidad en su familia, incluso en la sociedad. Pero, una vez que esta crisis es reabsorbida y que las tareas psíquicas necesarias a la estabilización de las funciones de su personalidad están en marcha, invierte su funcionamiento interno y reconoce que el desorden venía de él. Es capaz de decir «yo», de acceder así a un *self* auténtico y encontrar a sus padres de forma pacífica.

El error sería creer que la causa de los conflictos en los adolescentes es social. El problema está en otra parte y debe tratarse allí donde se plantea, es decir, en la escena psíquica. Es inútil ir a buscar causas sociales a una carencia de desarrollo de la personalidad. Esta será reabsorbida cuando los adultos sabiendo manifestar los límites del deseo del niño, pero también los de la realidad, animen a éste a tomar posesión de sí mismo. Le quedará al individuo realizar este trabajo sobre sí mismo, cosa que nadie puede hacer en su lugar, salvo en una sociedad totalitaria, tribal o de clanes, que desposee al individuo de su *self*.

La queja que se repite a menudo en los adolescentes y los postadolescentes es que les falta confianza en sí mismos. Es el síntoma de un *self* que no logra ponerse en marcha y favorece, a veces, una posición depresiva que puede presentarse de forma enmascarada a través de desórdenes del comportamiento, una asocialidad pronunciada, un sentimiento de impotencia o la negación de realidades. En cualquier hipótesis, el adolescente se repliega sobre posiciones infantiles que manifiestan una dependencia de las primeras imágenes de sí mismo y de la realidad. Se siente así amenazado, teme ser invadido y vive la mayoría de sus relaciones con el miedo a la intrusión. Remitido así y mantenido en las intrigas de su infancia, es confrontado con las imagos de la omnipotencia materna y con el miedo al peligro que ellas representan. El adolescente va utilizar un medio de defensa para protegerse —es «la identificación con el agresor»— e intentará actuar sobre el mundo exterior como él teme que se actúe contra sí mismo. De hecho, la desvalorización de sí mismo se convierte en *odio* al mundo exterior, lo que denota de hecho una reacción a una situación de angustia contra la pérdida de sí mismo en el momento de la muerte necesaria de la identificación con el ideal del yo materno. La inexistencia de la función paterna, o el rechazo del padre por el adolescente, hace esta tarea de muerte particularmente difícil. La angustia que se desarrolla en el adolescente o en el postadolescente es la expresión de una profunda inquietud de creerse así fijado a la madre, mantenido en la infancia y en la impotencia de llegar a ser a su vez un adulto. Confinado en la simbología materna, el joven rabia por no poder liberarse. Permanece sólo frente a una identificación que no representa lo real y menos aún la

ley, lo que incita a la violencia y a la inmadurez.

La identificación con el padre evita entrar en estas conductas, puesto que éste viene a limitar los sentimientos de omnipotencia del niño y lo introduce en la realidad, sin lo cual se pueden desarrollar dos consecuencias agravantes:

1. La angustia de castración. Esta angustia da testimonio del fracaso mismo de la castración simbólica que el individuo vive en el momento de la infancia y de la adolescencia y cuya importancia en la formación de la personalidad y del vínculo social hemos visto antes. Estimula la violencia del sujeto que desea liberarse de ella.

2. La dependencia de la imagen arcaica materna va a acentuar en el individuo el sentimiento de fuerza y de poder mientras que él debe liberarse de ella para ser autónomo y desprenderse de lo infantil. El se imagina que esta fuerza le dará acceso a todo sin el menor esfuerzo; que todo le es debido y que lo que pertenece a los demás le pertenece también. En resumen, el individuo se instala en la relación fusional: el otro está en la prolongación de lo que piensa, siente y desea. La diferencia y la negatividad no existen.

En este caso, el adolescente no acepta ser limitado en la expansión de su narcisismo, lo que le lleva a situarse en un universo cerrado. El yo del sujeto no puede hacer su trabajo de integración de la realidad exterior y de sus reglas por falta de puntos de referencia. Por el contrario, el yo del sujeto va a negar y desautorizar al mundo exterior.

A flor de piel

La adolescencia es un período de reorganización de la personalidad sobre la base de sus identificaciones parentales y sociales. Esto concierne directamente a la personalidad del sujeto en su singularidad y en su forma de posicionarse desde la infancia. Pero la calidad de sus identificaciones parentales como la calidad del entorno que asegura o no las transmisiones necesarias al desarrollo humano están también en cuestión. D. Winnicott muestra claramente cómo la tendencia antisocial que se manifiesta a través de comportamientos destructores es una reivindicación en relación con la madre que no responde de forma satisfactoria a las necesidades del niño. Este fenómeno se observa también cuando el padre no es significativo para la madre. Entonces el niño se pregunta: «¿Por qué lo eligió?», y él mismo se coloca en este lugar ante la madre, reduciendo la función paterna a la inexistencia.

Este comportamiento social va a caracterizarse por la ausencia de lazos afectivos

durables, la amoralidad, la ausencia de estructuras simbólicas inconscientes, la impulsividad, la mitomanía, comportamientos perversos lábiles que dan testimonio de una inmadurez en la elaboración de las pulsiones, una agresividad primaria mal estructurada, una carencia de la actividad fantasmal y una pobreza del lenguaje. El acceso a estos jóvenes es difícil puesto que les falta un real funcionamiento mental y estructuración interna. Están a flor de piel, siempre en la acción, sin que la acción sea retomada y mediatizada por la reflexión. Traicionan la pobreza de su interioridad y de sus intercambios intrasubjetivos. Utilizan, de forma repetitiva, el paso a la acción, no para buscar un placer cualquiera, sino como descarga de toda tensión y para volver al nivel cero, con el fin de no sentir más sus tensiones internas. Esta actitud significa la eliminación de todo funcionamiento mental. El paso a la acción es aquí un modo de defensa para evitar que la personalidad caiga en la psicosis. Es una forma de protegerse de una desorganización de su Yo y de la pérdida de relación con el mundo que es reducido a ser la prolongación narcisista del individuo. Es así como algunos jóvenes se revelan incapaces de percibir que atentan contra el otro en su actitud destructora. En realidad, viven en la ansiedad depresiva por miedo a perder su objeto primitivo. Al no entrar en el conflicto edípico, chocar con el padre y sus corolarios sociales, estos jóvenes se lanzan a comportamientos maníacos. Esta actitud no se trata mediante el diálogo, como se cree con una cierta ingenuidad, sino mediante la puesta en marcha de una estructura relacional que los obliga a reorganizarse psicológicamente separando vida psíquica y vida social. Ella sólo puede realizarse gracias a la relación educativa, que depende de los padres, de los profesores, de los educadores y de los adultos cuando saben mantener su puesto y su papel.

Inseguridad y estrés

La mayoría de los adolescentes manifiestan una fragilidad interna y una falta de resistencia a todas las estimulaciones que se les presentan. Lloran fácilmente en función de la fluctuación de sus humores, para gran sorpresa de los adultos. Algunos, a la menor contrariedad o a la menor sensación desagradable, se precipitan en la enfermería escolar para ser atendidos, asegurados o gratificados afectivamente. Médicos escolares me han hecho notar la importancia de lo que parece ser una expectativa afectiva de estos jóvenes. Su actitud traiciona a menudo una exigencia de mimos y un contacto reconfortante con el adulto. Algunos ven en ello el amor que no habrían recibido en su familia. Estas conductas demuestran sobre todo que la mayoría de estos jóvenes son víctimas de una carencia educativa. Su relación con ellos mismos y con el mundo exterior los hace inseguros porque los adultos les fallan.

A menudo se invocan causas externas para explicar el malestar de los adolescentes,

sobre todo la sobrecarga de trabajo escolar o también la violencia que representaría la institución escolar sobre los alumnos. Estas causas tienen su pertinencia, pero los retos están en otro lugar. Los alumnos de hoy trabajan sin duda menos que sus mayores; antes, el tiempo de las clases y de los estudios era más largo. Por el contrario, la capacidad de concentración de los alumnos es débil, y al quedar los procesos de pensamiento sometidos al imaginario, es ahora un verdadero sufrimiento acceder plenamente a la razón. ¿De dónde viene el estrés de los jóvenes? Muy probablemente del hecho de que éstos no tienen siempre los medios psíquicos para tratar y asumir las influencias del mundo exterior y de la vida escolar. Esto obedece a una falta de estructuración de su personalidad. Fácilmente excitables, los jóvenes no disponen todavía de las mismas capacidades y de los mismos recursos que los adultos para reaccionar ante los acontecimientos, ante las constricciones y ante los imprevistos de la existencia. Tienen aún necesidad de apoyarse sobre los adultos y de ser contenidos por estos últimos, que deben prepararlos progresivamente para su autonomía. Pero, a fuerza de querer una autonomía precoz de los niños y de hacerles creer que pueden ocupar el mismo lugar que los adultos, preparamos personalidades juveniles desorganizadas y divisibles. El problema del estrés no podrá resolverse con las sesiones de relajación que se ponen en marcha en las escuelas...

La falta de coherencia

Es verdad que la coherencia educativa no es la cosa del mundo mejor compartida. Algunos adultos no saben que la actitud más banal compromete. Si unos profesores saben reprender a sus alumnos cuando éstos entran ruidosamente en clase o discuten entre ellos durante la clase, otros no dicen nada y continúan actuando como si no ocurriese nada. En realidad, muchos adultos no saben cómo reaccionar frente a la agresividad y a la inestabilidad inherentes a la adolescencia. Los médicos escolares se extrañan a veces de recibir a jóvenes enviados por profesores bajo el único pretexto de que discuten en clase y no responden a sus órdenes. De manera que las dificultades de la vida cotidiana, al no estar tratadas en el plano educativo, son medicalizadas o psiquiatrizadas. La demanda médica o psicoterapeútica de los adultos para los jóvenes es a menudo reveladora de sus dificultades pedagógicas. Los profesionales de la sanidad entran a veces en el juego al no percibir la verdadera carencia. Así se desarrollan protocolos de terapia familiar o de psicoterapias individuales cuyo sentido no es visto por los interesados que sin embargo aceptan llevar adelante sin que por ello se note un progreso. La mayor parte del tiempo se trata de una mala indicación. Estos adultos tienen sobre todo necesidad de una guía educativa con el fin de asumir su papel.

Los jóvenes, ampliamente influidos por el discurso ambiental, hacen suyos los argumentos que justifican la mayor parte de los comportamientos asociales. Sacan un diploma de respetabilidad ante las cámaras de televisión para hacer de la violencia un modo de vida, de expresión gestual y musical. La violencia sería un mensaje dirigido a la sociedad para responder a la violencia de la sociedad de consumo o a la de la escuela que obliga con sus programas, con sus métodos y con sus sanciones. Reducir la violencia a un discurso significa pasar al lado del problema cuando estamos en presencia de jóvenes que no disponen más que de un débil equipamiento psíquico. El problema de la violencia juvenil es ante todo la expresión de un déficit de estructura relacional. En efecto, la relación social en la que el niño debe ser inscrito, comenzando por la escuela, se confunde curiosamente, desde hace algunos años, con una relación intersubjetiva. Con el pretexto de proximidad, la relación quiere de hecho ocupar el espacio psíquico del otro. Pero, desde que se implica uno en la subjetividad del otro para responder a sus mociones, a sus deseos, incluso a sus impulsiones, no hay lugar para la vida social, que se articula en torno a papeles y funciones simbólicas. La falta de distancia en la relación y el rechazo a acceder a su dimensión simbólica desocializan al individuo. Ni el director ni el profesor tienen que jugar al confidente con el alumno. Este puede ser el papel por ejemplo del médico escolar, de la asistenta social o de la enfermera. La confusión de la naturaleza de las relaciones conduce a veces a transgresiones simbólicas muy perjudiciales para las psicologías y la calidad del vínculo social. Hemos visto así a un director atender a sus alumnos cada vez que uno de ellos tenía un problema con un profesor. Aceptaba entrar en discusiones con el alumno sobre su psicología, su familia y sus problemas íntimos hasta el punto de falsear completamente el lugar respectivo de cada uno. La escucha está de moda. Pero cuando no tiene una finalidad, no sirve para nada. La necesidad de hacer hablar al otro, de inmiscuirse en su vida psicológica muestra hasta qué punto hemos reducido a «bricolaje intimista» la relación educativa y el marco simbólico de la familia, de la escuela, de la sociedad. Intervenir sólo en la vida psíquica refuerza los síntomas actuales en lugar de tratarlos. La finalidad de la escuela no es la personalidad del alumno, y menos aún la del profesor, sino la transmisión de saber, de instrumentos culturales, y por tanto el arraigo en la sociedad.

¿Qué es la violencia juvenil?

La necesidad de afirmarse

La vida cotidiana de los niños y de los adolescentes está hecha de relaciones de fuerzas que los ocupan la mayor parte del tiempo y escapan muy a menudo a los

adultos. Se hacen sufrir diversas agresiones, humillaciones, vejaciones y chantajes como si todas sus tensiones no pudieran regularse más que por la negación del otro a través del complejo de Caín —cuando este último mata a su hermano Abel para brillar a los ojos de Dios—, y por tanto de sus padres, para existir como el único y el preferido. Estas actitudes son lo propio de la infancia y de la adolescencia.

La mayor parte de estos jóvenes dejados a sí mismos ignoran el sentido del bien y del mal y actúan solamente en función de sus deseos inmediatos o de sus representaciones imaginarias de los demás y de la realidad. Intentan a menudo afirmarse de forma primaria y vulgar. Ignoran los códigos del saber vivir. Sus conductas reflejan la despreocupación y el individualismo triunfante en la hora en que todo el mundo se queja de la pérdida de puntos de referencia. ¡Las referencias sin embargo no se han «ido» nunca! Son las personalidades actuales las que no saben hacerlas funcionar, a menudo por falta de aprendizaje. Pero es verdad que muchos individuos no saben identificar lo que viene de ellos y lo que viene de los demás, incluso de su entorno. Agreden, roban y a veces matan, sin tener conciencia de que atentan gravemente contra el otro. ¿No llegan algunos a reconocer que no lo «han hecho expresamente» o que querían sólo divertirse y hacer miedo sin tener que preguntar sobre la pertinencia de su gesto y de sus consecuencias?

En el interior de las ciudades, y en muchas instituciones escolares, la violencia es activa. Y aunque estos fenómenos sean minoritarios, siguen siendo significativos de la inseguridad y de las desregulaciones profundas de la sociedad como son la ruptura de las familias, el aumento de los divorcios, la ausencia y la devaluación de la función paterna, la dificultad de integrar el sentido de la ley, los problemas planteados por la necesaria integración de los extranjeros y por el paro, y sobre todo el disfuncionamiento de la relación educativa.

Jóvenes que son remitidos cada vez más a sí mismos, sin ningún punto de referencia educativo con el mundo de los adultos, construyen reglas y comportamientos a imagen de su subjetividad. Expresan así el deterioro del tejido social, comenzando por el de la familia que es, hay que recordarlo, el primer lugar de la educación del niño. La escuela no tiene siempre los medios de transmitir o de reparar las carencias familiares, y el niño no puede construirse por sí solo. Tiene necesidad de un entorno que lo acompañe y le ofrezca seguridad con sus normas y sus reglas que le superan.

En esta mentalidad, la falta sería un simple error y el delito un gesto en suma banal. Los espíritus contemporáneos tienen dificultad para aceptar que haya que sancionar un día. Sería suficiente dialogar para convencer. Esta visión idealista desconoce las necesidades inherentes al desarrollo de la psicología juvenil. La negación de la

culpabilidad, cuando ésta es inherente a la psicología humana y se trasforma en el mejor de los casos en sentido de responsabilidades, estimula el desarrollo de las personalidades perversas que pueden en efecto caer en la delincuencia. Tales son las consecuencias de una carencia educativa, y no de una carencia afectiva, como se suele repetir de forma sentimental, dejando creer que se convierte en violento o en delincuente por falta de amor. Esta hipótesis es justa en ciertas situaciones, pero no corresponde a lo que observamos en los jóvenes que utilizan la violencia como única forma de expresión social cuando son más bien pacíficos en familia. Esta violencia no es pues sólo la expresión de la falta de civismo o de una inmoralidad que podría ser corregida gracias a algunos cursos de moral. Es sobre todo el hecho de una actitud de trasgresión y de delito en personalidades que desconocen el sentido de los límites y no están insertadas en un sistema relacional significativo para la sociedad. Estos jóvenes se manifiestan a través de conductas y de prácticas criminales, desarrollando una psicología de predadores y de ladrones. Continúan obrando de esta manera tanto más cuanto que sus faltas quedan a menudo sin castigo y las gentes tienen miedo de ellos. Ocupan cada vez más terreno y los que pueden dejan los barrios más atacados. Esta minoría activa es el acceso de fiebre que da testimonio del mal que sufre la sociedad. Esta ha abandonado a los jóvenes. Ha dejado su educación. No cuenta con ellos para construir su futuro.

Esta situación es el resultado de la historia de estos últimos años. La generación del *baby-boom* ha vivido como si la vida viniese de ella y se parase con ella. Los adolescentes del 68 han traducido en términos políticos una visión al menos cínica de la existencia con desprecio de las adquisiciones de generaciones precedentes. No tenían nada que transmitir más que el saqueo de la herencia del padre. Se han quedado bloqueados en el rechazo al pensamiento para construir un humanismo vacío de conceptos distintos del de «tolerancia». Esta idea vaga que estaría en la «modernidad» del individualismo actual está más bien en contradicción con el origen y el sentido de las ideas que han favorecido el desarrollo de nuestra civilización fundada sobre el sentido de la persona humana. Las palabras están vacías de substancia desde el momento en que se olvidan los fundamentos de los conceptos que se quiere utilizar. Cuando se pretende que la moral tenga que ver únicamente con la esfera individual y que cada uno decida sus normas se erige en sistema un consenso borroso y esquizoide. Les toca a la política y al derecho definir en la ley lo que pertenece al ámbito de la regulación pública y no dependería de la moral. Esta visión ultraindividualista, que toma al individuo por el fundamento y la referencia de la moral, es como mínimo peligrosa y asocial. La regla moral no tiene ya dimensión universal y, por esto, no permite la comunicación. Hemos dicho que lo legal no puede sustituir a lo moral que lo trasciende. Esta mentalidad filosófica alimenta la fragmentación y la desunión de los individuos. Justifica también la psicología del

narcisismo defensivo en que cada uno es remitido a sí mismo y valida sus conductas en función de sus solas reglas subjetivas. La moral reducida a la esfera de lo privado es el síntoma de la disgregación del super-yo contemporáneo. No se puede prohibir y al mismo tiempo extrañarse del desencadenamiento de la violencia. La sociedad no se da los medios de tratar culturalmente el conflicto edípico.

Una sociedad que infantiliza

Al no saber situar al niño en una perspectiva educativa y al no saber qué trasmitirle y decirle, el adulto no ha encontrado nada mejor que explicarle sencillamente su psicología y lo que pasa por su cabeza.

¿No es por otra parte extraño que a los mínimos accidentes, agresión o asesinato, una cohorte de especialistas de la psicología se lance sobre los jóvenes y les invite a hablar, para evitar que no se instalen las secuelas de un eventual traumatismo? Algunos no lo desean tan inmediatamente, aunque a continuación puedan tener necesidad de ello. Esta iniciativa de creer que se puede evitar un «traumatismo» hablando sobre el choque del acontecimiento es por lo menos discutible, y sobre todo en el plano teórico. Este dominio de la subjetividad por la sociedad dice mucho de los fallos educativos que no ofrecen ya recursos para saber reaccionar y no preparan estructuralmente las personalidades para hacer frente a los acontecimientos dramáticos de la existencia, y menos aún para saber elaborar psicológicamente los miedos, los temores y las angustias fundamentales reactivadas por tal o cual situación. De tanto confundir el discurso social con la intersubjetividad, se ha hecho desaparecer toda dimensión social y simbólica que permita representarse y asumir las realidades contumaces de la existencia. El lenguaje mediático ha favorecido esta sustitución codificando la vida en términos intimistas y valorando al individuo en detrimento de toda dimensión institucional. Así, la fragilidad de la existencia, la maldad, la duplicidad y la crueldad, etc. todos los peligros de la naturaleza y de la existencia, no son pensados y menos aún representados en una simbología. En estas condiciones surgen las incertidumbres más primitivas, como el miedo a los hechizos, a los maleficios y a los espíritus de los muertos que vendrían a invadir el mundo de los vivos.

La psiquiatrización de los accidentes, de los fracasos, de los delitos y de los crímenes puede por tanto debilitar a los individuos, sobre todo cuando estos acontecimientos son magnificados por su puesta en escena: desplazamiento del ministro, escolta de policía, autocar con cortinas bajadas trasportando a los jóvenes, los rostros ocultos por sus cazadoras para evitar el pillaje de los reporteros gráficos y de las cámaras de

televisión, etc. No se trata evidentemente de negar la pena y las inquietudes de las víctimas que tienen eventualmente necesidad de una ayuda, sino que, por una parte, no es evidente que haya que hacerlo de una forma tan masiva y espectacular y, por otra, la sociedad prosigue con los individuos su trabajo de cuidado psicológico, haciéndoles creer que se puede acceder directamente a la seguridad, a la felicidad, al desarrollo afectivo y a una vitalidad permanente.

El discurso psicológico, que reemplaza cada vez más a menudo a la educación y al marco simbólico de la sociedad, confirma una relación mágica con la palabra según la cual los jóvenes son enfrentados cada vez más consigo mismos sin mediación. A falta de pedagogos, se encuentran solos, frente a la escuela y la policía, que son, con el juez, los últimos intermediarios adultos entre la sociedad y ellos.

Sin embargo, la escuela no aparece siempre como un lugar en el que los adultos tengan autoridad. Muchos profesores están hoy paralizados por el miedo a jóvenes que se sienten a gusto en una psicología de la horda. La escuela no puede ser la república de los niños y de los adolescentes. La ley de los adultos debe estar presente, nombrada y manifestada desde el comienzo y recordada permanentemente, y se traduce físicamente por la forma de presentarse, de ocupar espacio, de vivir las relaciones y de trabajar. Los adultos y a veces los profesores dicen: «No estoy aquí para hacer de policía». Este tipo de afirmación plantea problemas y hay que entenderlo de la forma siguiente: «Yo, adulto, no acepto ser el soporte de la ley, de ser el representante de la ley, de enseñárosla y ayudaros a vivirla». Cuando el adulto no acepta representar este papel simbólico, se sitúa en la infancia. No hay pues que extrañarse a continuación de que su actitud induzca en los niños y en los adolescentes conductas de violencia.

La pubertad y la adolescencia son por naturaleza momentos en que el individuo experimenta con una cierta violencia lo que pasa en él. La presión pulsional es tan fuerte que se siente turbado por sensaciones que no sabe identificar. Se protege a veces en el mutismo por miedo a perder el control de sí mismo. Se siente también agredido por afectos violentos y deseos inquietantes. Sus sueños, así como su imaginario, se confunden a veces con la realidad sin llegar a distinguir entre uno y otra. Tiene un sentimiento de existencia y de identidad frágil que no le permite sentirse seguro de sí mismo, ni de la estima del otro hacia él ni del valor que tiene a sus ojos. Tiene miedo a ser desbordado por sí mismo. Este miedo al propio hundimiento lleva a muchos adolescentes a un acto violento, testigo de una voluntad de omnipotencia que permanece como un vestigio del pensamiento infantil. Cuanto más impotente se sienta el adolescente más se expresará de forma violenta.

Hemos dicho que el adolescente proyecta sobre el mundo exterior todo lo que no llega a reconocer y a controlar en el interior de sí mismo; lo hace a través de la música, en la que se buscan más sus ritmos y sus decibelios que su calidad, de la vestimenta, del peinado, del propio lenguaje y de sus comportamientos. En cada generación los adolescentes crean una forma de conformismo para manifestar su originalidad, testigo de la dificultad para ser ellos mismos. A esta edad, para ser uno mismo, hay que ser como todo el mundo, como los demás jóvenes.

Así los adolescentes se toman unos a otros por modelos, manteniéndose encerrados en un juego especular. Cuando telefonean a una radio para recibir consejos y saber si es, por ejemplo, pertinente a su edad vivir intercambios sexuales, se los remite a sí mismos devolviéndoles la pregunta: «¿Qué sientes en tu cuerpo?, ¿qué deseos tienes?». Ahora bien, a esta edad, un adolescente no puede responder a estas cuestiones porque no ha clarificado y localizado aún bien lo que siente y lo que desea. Vive pulsiones y emociones que identifica con dificultad y no sabe verdaderamente lo que quiere. Quiere y no quiere al mismo tiempo. Además, querer enfrentarlo a sus incertidumbres, es encerrarlo en un estado de tensión que lo violenta.

En muchos casos, sería más justo decir a un joven: «No corresponde a tu edad, pero llegará un día», para situarlo en una perspectiva de desarrollo y no mantenerlo en una edad parada, creyendo que está listo para vivir todo desde la adolescencia. La pedagogía contemporánea no sabe ya inscribir el desarrollo humano en una historia. No es extraño que los postadolescentes tengan dificultad para adquirir una madurez temporal. A los quince años, un adolescente no está realizado y no puede vivir como a los treinta. Si se hace madurar demasiado deprisa a los niños, se preparan las condiciones de su irritabilidad, y por tanto la violencia.

La violencia-transgresión

Recuerdo que la violencia está presente en el corazón de la vida psíquica humana y estaríamos sin duda más dispuestos a destruir que a construir, como lo hacía observar Freud en su libro *El malestar en la cultura*. El proceso mismo de la civilización —inherente a cada etnia— tiene por objeto controlar y orientar positivamente esta violencia fundamental que está en el corazón de la vida pulsional. Así, la estructura primaria de la expresión de la pulsión sexual es violenta en tanto que el individuo no haya accedido al sentido de la alteridad y socializado su sexualidad gracias a la resolución edípica, a la aceptación de la diferencia de sexos y de la prohibición del incesto, al acceso al estado amoroso y al sentido de la procreación. De otra forma, son las pulsiones parciales las que se expresarán por sí mismas sin haber sido

sublimadas. El recurso sistemático a la violencia es el síntoma de la dificultad de elaborar en el interior de uno mismo esta vida pulsional.

Los medios de comunicación juegan sin embargo un papel incontestable en la elaboración de la violencia. Ellos modelan las psicologías juveniles, que, a falta de puntos de referencia, pueden apoderarse de una representación o de un comportamiento para ponerlo en marcha a través de la impulsión-reflejo. A menudo los adolescentes nos dicen: «¡He actuado como lo he visto en la tele!». La fragilidad del *self* durante la adolescencia no permite al individuo tener siempre conciencia de la consecuencia de sus hechos y gestos. El se cree autorizado a actuar en la medida en que lo que se dice y se ve en la televisión, por ejemplo, tiene valor de referencia identificadora. La violencia que domina así sobre las pantallas mantiene la regresión (se extraña uno así de la presencia de personajes arcaicos y larvarios en las series para los niños) y refuerza un sentimiento de omnipotencia.

Pero, más aún, el tipo de violencia al que estamos confrontados es de un género transgresivo, como un modo de ser sistemático que se afirma agrediendo a las personas, los bienes y las prohibiciones fundamentales. De esta manera, el joven manifiesta que él lucha contra dificultades inherentes a las limitaciones de la vida sin por ello experimentar sentimiento de culpabilidad. La destrucción y la agresión son gratuitas y los individuos no saben siquiera por qué las han cometido. Su tedio existencial los lleva a este género de comportamiento. En otros casos, será el vandalismo, desencadenado por un hecho banal: por ejemplo, jóvenes que no aceptan pagar los transportes públicos o que se resisten porque uno de ellos ha sido interpelado por la policía o herido después de un robo.

En la violencia-transgresión, la relación de los individuos con el entorno se caracteriza por la dificultad de invertir los objetos de la realidad de otra manera que destruyéndolos. Hay que agredir, degradar, destruir, romper los vínculos para darse la impresión de existir.

Fuente de implosión de los individuos y de las sociedades, esta violencia se presenta bajo una forma más patológica que la violencia clásica observada en las conductas de rivalidad entre jóvenes o entre jóvenes y adultos, que se basa en un objeto. En la violencia-transgresión, no hay objeto. Esta violencia es sobre todo el síntoma de una carencia psíquica, y no solamente el revelador de las interacciones necesarias entre la expansión del narcisismo juvenil y los límites de lo real encontrados por el adolescente. Esta carencia está unida a psicologías más dispuestas a responder a los estados primeros de la pulsión que a comprometerse en una elaboración superior. La debilidad de los procesos de interiorización da lugar a psicologías más impulsivas,

más superficiales, más fragmentadas y que manifiestan la dificultad de recurrir a la racionalidad. En cuanto al lenguaje utilizado, su pobreza no favorece el dominio de lo real y las fórmulas que se repiten como eslóganes indican el pánico y el sufrimiento ante la idea de reflexionar. Así la expresión «¡Tengo la cabeza a estallar!» sobreentiende que pensar podría provocar migraña. Es extraño que los medios de comunicación se concedan el derecho a erigir este lenguaje en una «nueva cultura». No se trata de cultura, sino de corrientes o de hábitos que duran, lo más a menudo, el tiempo de una generación. Tenemos el sentimiento de que estos fenómenos son permanentes, como instrumentos que constituyen una cultura, porque la sociedad se alimenta de modelos de la adolescencia: el rock, el rap, una forma de hablar sin construir frases, la corrupción del lenguaje, la moda del vestido, etc. Esta «cultura joven» expresa más bien la fragmentación de la sociedad en tribus psíquicas que la puesta en marcha de un estilo de relación portador de progreso.

El cuerpo tribal

Es verdad que la falta de realización del aparato psíquico y la falta de lenguaje racional obstaculizan la relación con los objetos que pertenece al ámbito sensorial y a veces fusional. Es difícil establecer una distancia que, justamente, permita la comunicación y la acción. Es entonces el cuerpo el que toma la delantera, signo de la desunión en el interior de sí mismo. El rechazo del adolescente a aceptar su cuerpo sexuado, ligado a la aparición de caracteres sexuales, lo lleva a menudo a conductas de desafío y burla. De esta manera hace de su cuerpo el lugar de una extraña comunicación. Se rodea de una especie de segunda piel, para protegerse mejor, con vestidos según los estándares de la adolescencia o descuidando su higiene. La moda de los vaqueros raídos, usados, rotos, deja entender que el cuerpo lleva estigmas de este sufrimiento por interiorizar el cuerpo sexuado. La moda de los zapatos de deporte o de los borceguíes casi militares con suelas de zapato tanque, llevadas en todas las estaciones, subraya la necesidad de darse la imagen de un cuerpo protegido, que, ocurra lo que ocurra, tiene bien seguros sus pies. Todos estos artificios no hacen más que expresar el sentimiento de fragilidad para ocupar un espacio corporal incierto sin tener los medios de evaluarlo.

Los bailes actuales como el rap y los bailes techno de los *raves parties* están inspirados por ritmos mecánicos que unen el condicionamiento de las máquinas de la sociedad industrial y las inscripciones corporales de las sociedades tribales. La imagen del cuerpo es así una extensión de la máquina electrónica, mientras que el vestido uniformiza: vaqueros largos, *baskets, sweatshirt* y gorra puesta al revés. Mezclarse con los demás de forma indiferenciada reaviva la confusión de los

espacios psíquicos y corporales. «Se está bien juntos, no se piensa en nada; formamos todos un todo y no hay límites entre nosotros», me decía un joven de veinte años para describir lo que él sentía a propósito de esas noches.

El individuo manifiesta así su dificultad para tomar posesión de su cuerpo sexuado y para vivir su soledad singular. Esta operación psíquica es compleja, y algunos eluden esta integración de su cuerpo a través del tatuaje, el *branding* (marca al fuego rojo que provoca una quemadura de segundo grado) o el *piercing* (hecho de perforar los lugares del cuerpo para poner en ellos joyas) que balizan por así decir el espacio corporal con el fin de mejor hacer existir este cuerpo. La mayor parte de estos síntomas que expresan el fracaso de la simbolización del cuerpo, y de un cuerpo que da cada vez más miedo, arrastrando la necesidad de hacerse sufrir para delimitar sus contornos, remiten a un tipo de problemas relativamente primarios. La psicología de la escarificación corporal domina un poco las representaciones juveniles, sobre todo en un período en que las imágenes de un cuerpo fragmentado circulan en el campo social. Los sadomasoquistas, en quienes la pulsión parcial domina lo genital, recurren a menudo al *piercing*, que tiene un sentido erótico. Recordemos que estas imágenes primarias no favorecen el acceso a la psicología genital que permite precisamente tener una visión global de sí mismo y una relación al otro en términos de diferenciación y no en términos de fusión. El tatuaje sería una tentativa conformista de mutilación para diferenciarse de los demás y salir de una relación fusional cuando el trabajo de la apropiación corporal no ha podido realizarse todavía. En ausencia de puntos de referencia corporales, cada individuo inventa los suyos marcando su cuerpo de forma mágica: para evitar sus angustias sexuales, sentir los límites y protegerse de los otros. Pero, al querer parecer original, el individuo confirma sus síntomas y alcanza la tribu de los tatuados, donde el cuerpo es vivido por delegación y sin tener que llegar a ser él mismo. El tatuaje expresa pues una carencia psíquica de la interiorización del cuerpo.

El odio

La civilización actual parece complacerse en la agresión, la violencia, la transgresión, la destrucción de lo que es más interior a la vida humana, y encontrar en ello un placer sádico. Películas como *Asesinos natos* o *Trainspotting* son así el reflejo del odio a sí mismo y a los demás y remiten a los sentimientos más sádicos. En este sentido, es posible hablar de una «cultura de muerte».

En *Los instintos y sus destinos*, Freud pone el odio en relación con las pulsiones del yo que lo defienden y lo protegen; por esto la relación de odio no proviene de la vida

sexual o de frustración alguna, sino de la lucha del yo por su conservación y su afirmación. Se trata de la reacción de autoconservación más primitiva que haya. Hay que recordar aquí que el primer objeto de la pulsión, en el niño, es incorporar, devorar y destruir, por sí mismo, al otro; que es fuente de excitaciones más o menos tolerables. Este objetivo tiene necesidad de evolucionar con el fin de favorecer el desarrollo del sentido del deseo. Manteniéndose en el odio, el individuo no sabe desear, busca simplemente afirmarse en nombre de su instinto de supervivencia y conservación.

La agresividad negativa que se encuentra en el odio, si no es la expresión de una frustración o de una carencia, es la manifestación de una carencia del desarrollo de la personalidad y de la necesidad de asegurarse constantemente de sí mismo ante los demás, a veces al precio de su bien, de su integridad y de su vida. Se trata de destruir para tener la certeza de ser alguien. Una personalidad que proclama «tener odio» es estructuralmente inmadura. No es extraño encontrar esta problemática en algunas formas de música como el *rap* (que significa *charlatanería* en argot de Nueva York). El *rap* produce la ilusión de que todo puede ser manipulado gracias al lenguaje con la abundancia de las palabras más insólitas que encierra en un espíritu mágico. Estamos reducidos a permanecer más acá de la cultura. Lo mismo ocurre con el fenómeno del *hip hop*, que fascina a los adolescentes dándoles la impresión de que los bailarines no tienen límites y de que se puede hacer todo en la vida. No olvidemos que el *rap* y el *hip hop* son el producto de las sociedades urbanas que orientan la estandarización mecánica de las personalidades. Estas protestan para romper con la uniformidad urbana sin darse cuenta de que lo hacen siguiendo el mismo modelo, identificando el cuerpo con la máquina. La expresión gestual brusca y amanerada de estos bailes no hace más que retomar los gestos de Charlie Chaplin en *Los Tiempos modernos* (1935). Los individuos se convierten en espacios públicos sin interioridad, incapaces de resistir a las excitaciones internas y externas que estallan así en mil pedazos. Los *graffiti* dan testimonio de una de las necesidades más arcaicas, la de ocupar el territorio. El trabajo de interioridad y de desarrollo del vínculo social comienza siempre por un proceso de apropiación. Pero, como se transmiten pocos materiales simbólicos para efectuar estas operaciones, lo que ocurre es que se destruye uno a sí mismo o al entorno de la misma manera que se saquean tiendas. La revuelta que se prepara será la de los «sin referentes psíquicos» que, al no estar unidos a sí mismos y a la sociedad, se manifestarán rompiendo para destruir, saquear, incluso matar. Ninguna simbología social los orienta y, a falta de sentido, se manifestarán con la desesperanza de quienes no tienen nada que perder. El abandono educativo favorece la desorientación de quienes golpean así a la puerta de la sociedad.

Frente a esta necesidad de destruir para existir y ocupar primitivamente un territorio,

tenemos necesidad de educadores pero también de ideales y de proyectos susceptibles de animar la relación educativa. Frente a jóvenes desestructurados y sin puntos de referencia, es preciso que los grupos humanos, de la familia a la escuela, del club deportivo a los centros de vacaciones, de la asociación cultural a los diversos grupos que los acogen, sean lugares que favorezcan la sociabilidad y el desarrollo a partir de una visibilidad de la ley interna a cada grupo. Es preciso que sea fuerte y lisible, definiendo lo que está permitido y lo que no lo está, y que sea conocida por todos. Es importante, en un grupo educativo, como la escuela, por ejemplo, pero es también válido para otros, que los adultos digan cómo entienden que hay que trabajar y cuáles son las reglas de funcionamiento y los valores que hay que respetar. Si no se comprenden, hay que darse tiempo para explicarlas, y solicitar el compromiso que todos deben tener. Será también muy útil recordar las sanciones que se aplicarán a todos, porque una transgresión que no es sancionada margina al individuo. Los educadores intentarán igualmente valorar todo lo que hay de positivo en un joven, sin temor a mostrar sus límites y estimular lo perfectible para darle confianza y enseñarle a evaluar sus hechos y sus gestos. Grupos que han sabido aplicar estos principios de base, al comienzo de un año escolar por ejemplo, recordarlos y sancionar cuando ha sido necesario, han visto caer las tasas de violencia. Los *graffiti* han desaparecido, las personas han sido capaces de decirse «Buenos días», «perdón», «gracias»..., lo que prueba que la violencia no es una fatalidad.

Con la violencia, recogemos lo que hemos sembrado a lo largo de cuarenta años con el abandono progresivo de las actitudes educativas. Para trabajar en la escuela, hace falta silencio y atención, por esto no se entra de cualquier manera en los centros y menos aún en clase. Si se grita en los pasillos, si se habla en clase, si se insulta a los profesores, si los locales son deteriorados sin que las reglas de conducta hayan sido precisadas al comienzo, entonces será difícil trabajar y aprender a vivir.

La violencia en la escuela, en las ciudades y en las familias no es sólo la traducción, hay que recordarlo, del paro, de la crisis económica o de la inadaptación del sistema educativo para preparar para el mundo del trabajo. Sin minimizar estos problemas, lo esencial de la cuestión está en otra parte. Está en la desafección de los adultos para comprometerse en una relación educativa. Esta despreocupación, esta imprevisión, por no decir esta demagogia social, desembocan en el último recurso al que habría que recurrir ahora en las escuelas, a «los grandes hermanos», es decir, a los policías, a los guardias civiles y a los reclutas, aunque éstos no tienen formación educativa. ¿Qué mundo hemos construido para que la sociedad esté casi en estado de guerra con su juventud? Demasiadas ingenuidades y demasiado idealismo sentimental de una sociedad adolescéntrica han presidido, en estos últimos años, las relaciones entre los jóvenes y los adultos. Un alumno de diecisiete años, de 2° de bachillerato, me decía

últimamente: «¿Cómo quiere usted que tome en serio a mi profesor de matemáticas? Se viste y habla como nosotros y tiene los mismos problemas que nosotros».

La indistinción en la que se mantienen los adultos y la sociedad que tiene dificultad para vivir su papel educativo favorecen la confusión. Se presenta como un aumento de libertad cuando puede ser fuente de ansiedad. Quien dice educación y educadores dice aprendizaje y proyectos. Hay una jerarquía implícita entre educadores y educandos que es la del adulto en relación con el niño. Un adulto, por el solo hecho de ser adulto, es un modelo para el niño, que va a construirse apoyándose en este adulto seguro de sus posibilidades y a pesar de sus límites personales. Nuestros modelos actuales consisten en decir a los jóvenes: «No os identifiquéis con nosotros, no tenemos nada que proponeros». Ahora bien, el adulto representa para el niño un ser acabado, hacia el cual él debería tender. El adulto no es sólo un ejemplo, sino que se convierte también en un ideal a condición de ser significativo.

Por esto debemos tener presentes en el espíritu tres aspectos esenciales para romper con la violencia y transformar la agresividad negativa en fuerza de desarrollo.

1. El adulto debe asumir su papel de educador, de transmisor de saber-hacer y de saber-estar y de representante simbólico de la ley (edípica). Pero la ley civil, y en particular la ley moral, será tanto más aceptada cuanto más esté en coherencia cada uno con ella. No le concierne al niño ni al adolescente legislar en su familia y en la sociedad. La mayoría de las veces estos últimos lo saben bien y eso es lo que les da seguridad en un momento en que ellos ignoran sus límites. El adulto juega, pues, un papel de paraexcitación, es decir, que le corresponde proteger al niño o al adolescente de sí mismo y del entorno.

2. La violencia es inherente a los grupos de niños y de adolescentes. No es el reflejo de la violencia social del mundo de los adultos. Olvidamos a menudo que es de otra naturaleza, puesto que la violencia juvenil es en muchos casos la traducción de lo que pasa en la psicología de los jóvenes. Por esto los marcos educativos deben ser coherentes y hacer visibles las reglas de la vida social. Los educadores lo han sabido siempre y, en ciertos momentos, se han mostrado más severos después de períodos de relajación.

3. La relación educativa debe en primer lugar dar seguridad. Hay que preservar con el mayor rigor esta seguridad, de la que cada uno tiene necesidad para tener confianza en los demás, y hay que intervenir con la mayor firmeza cuando la violencia se despliega. Hay que considerar la violencia inaceptable. Hay que transformarla mediante el aprendizaje de las reglas de la vida, mediante el diálogo para tratar los

conflictos, pero también mediante la sanción, la reparación y la petición de perdón. Los garantes de esta seguridad son los adultos y la sociedad.

La relación educativa, cuando todavía hay tiempo, es el antídoto contra la violencia. Si la relación educativa es una responsabilidad y un derecho que corresponde ejercer a la familia y al adulto, no queda reducida al enfrentamiento de dos poderes que se excluyen. Por el contrario, comienza por una relación de autoridad que el adulto detenta de hecho para servir de mediador entre el niño y la realidad. Después la relación educativa se convierte en una relación de cooperación entre las generaciones y desemboca en un aprendizaje de la libertad. ¿Está convencida de ello la sociedad cuando favorece la infancia salvaje a riesgo de perderla?

Conclusión
¿HACIA UNA SOCIEDAD INDIFERENCIADA?

Mayo del 68 fue una revuelta de adolescentes que querían emanciparse del sistema educativo puesto en marcha en el siglo precedente. Mayo del 68 fue también, para los adolescentes de entonces, la expresión del rechazo a la sociedad de los adultos, o más bien el rechazo a entrar en ella. Había que romper y hacer tabla rasa del pasado para nacer a un mundo nuevo. Este mundo soñado fue sobre todo el de la adolescencia en el que uno se mantiene sin proponérselo verdaderamente. Mayo del 68 habrá consagrado así el individuo-rey en detrimento de la institución, la sexualidad infantil, la confusión de los sexos y de las generaciones, el rechazo de lo parental y el abandono educativo, la supremacía de la intersubjetividad sobre el discurso social, la necesidad de tratar un problema social como un problema individual, la identificación con la madre naturaleza y la abolición del sentido de la ley edípica, el eclipse de la función paterna, el declinar de la racionalidad bajo la influencia de una relación hecha mágica por la palabra, un pensamiento que no debía ya tener contenido. Paradójicamente, desde hace cuarenta años, hemos asistido a una lenta desocialización de los individuos bajo pretexto, sin ninguna duda legítimo, de que «cada uno hace lo que quiere», pero lo más a menudo sin tener en cuenta las consecuencias de tal postulado sobre el vínculo social. Mayo del 68 habrá dejado creer que se puede atacar la estructura misma del marco simbólico y conductor de la sociedad. Pero esto no se ha llevado a cabo sin consecuencias. Hemos llegado hoy a tal punto de fragmentación y de compartimentación de la sociedad que los individuos no tienen ya ideales que les permitan unirse a otros. El pensamiento claudicante da libre curso a las representaciones más arcaicas y a un lenguaje verbal fragmentado que expresa la agresividad y el resentimiento a flor de piel, preludios de la violencia. Que la violencia juvenil se desarrolle bajo la mirada extrañada de la sociedad que ha creado sus condiciones no es más que uno de los síntomas de la profunda desestructuración de las psicologías en esta misma sociedad que tiene dificultad para hacer de vínculo social. Seríamos todos niños-adultos, asexuados, fuera del tiempo y de las leyes psíquicas y universales. Las dificultades que se presentan en nuestra sociedad se asemejan a un conflicto cuyos orígenes son psíquicos, que denota una confusión perjudicial entre lo imaginario y la realidad. Los niños abandonados a sí mismos, rompedores, ladrones, asesinos, son los primeros signos y las reformas

escolares que nos anuncian no cambiarán nada de esto.

«Todo es igual» y «Cada uno debe actuar únicamente según sus deseos» son los eslóganes que minan y debilitan las psicologías actuales. El individuo que se encuentra solo y desprovisto de recursos y de puntos de referencia viene cada vez más a pedir la protección del juez o la ayuda del médico. El sistema educativo no contribuye a su formación porque, la mayor parte del tiempo, le falta al individuo una base interna, elementos de base, para interiorizar y hacer suyos los materiales culturales. Las psicologías se desestructuran poco a poco en la dispersión, a imagen de los tubos catódicos que no reflejan más que lo instantáneo. Al no saber cómo ocupar un espacio interior que lo horroriza cada día más, el sujeto puede llegar a drogarse, sea para calmarse (psicosedativos), sea para dinamizarse (psicoestimulantes).

Al renunciar progresivamente a una verdadera relación educativa, se ha hecho del niño su propio maestro, dejándole creer que le correspondía construir saberes y descubrir solo o entre niños de la misma edad la ley fundamental que proscribe la violencia. Causa ya de muchos fracasos escolares, el sistema ha contribuido a la desocialización de los niños. Por esto además los estudiantes de los institutos han dado la vuelta al sentido del cuestionario (1998) en que se les pedía expresar sus deseos sobre los contenidos de la enseñanza. Han expresado más bien expectativas para que se les ayude a aprender a vivir cuando los adultos fallan precisamente en la educación contemporánea. Muchos jóvenes no poseen los útiles de base para interiorizar los códigos y las normas sociales. La familia debilitada, hasta en la ley, no será tampoco un apoyo para estos mismos niños. Los ideales del 68 quisieron hacer tabla rasa de la familia y de la educación. La operación ha sido un éxito, pero sobre estas ruinas, no se reconstruye nada. No todos los modelos familiares son equivalentes; algunos manifiestan más bien los fracasos y las carencias de una sociedad que no sabe articular conjuntamente lo conyugal y lo parental. Cuando una sociedad pierde el sentido de la familia, pierde el sentido del futuro. Vamos a asistir sin duda, a corto plazo, en el terreno de la educación, de la sexualidad, de la familia, de la política, etc., a un retorno del pasado a través de los ideales de tipo mayo del 68. El desafío ante los problemas con los que nos encontramos no es ahora político, puesto que los mismos políticos han dado pruebas de su incapacidad para atajar esta dislocación de los individuos y del funcionamiento social. Los retos son claramente antropológicos y morales. Hoy, a falta de un proyecto político real que anime el futuro de la ciudad, se ataca de forma expeditiva y brutal a los fundamentos de la sociedad: estructuras del lenguaje, identidades sexuales, familia, filiación, educación... Así se promueven las costumbres de lo políticamente correcto. ¿Pero con qué derecho tocar, por ejemplo, el orden simbólico del lenguaje? Lo que se parece para muchos a una

forma de agresión de la cultura alcanza, en otros aspectos, a la violencia juvenil que hace eco a la implosión progresiva de la estructura social. Algunos se preguntarán, con razón, si no hay «tareas más urgentes que llevar a cabo». Pero nosotros seguimos siendo prisioneros de intrigas psíquicas que se toman, sin embargo, por problemas reales: la violencia nace también de este malentendido. Las leyes votadas por el legislador, que favorecen todo lo que es indiferenciado, destruyen poco a poco la base antropológica sobre la que se asienta nuestra sociedad. Consecuencia: los individuos no están «retenidos» en el interior de sí mismos y en un vínculo social, siendo sus psicologías fragmentadas e impulsivas.

Se prohíbe la diferencia cuando sigue sin reconocerse la función paterna en la indistinción sexual, en la negación de las prohibiciones fundamentales, y en la violencia, pasando, entre otras cosas, por la valoración de todas las conductas de negación de sí mismo y del otro.

Es difícil hacer admitir que el hombre no vive sólo de explicaciones instrumentales, sino que tiene necesidad de palabras significativas que favorecen su desarrollo y le permiten tomar posesión de sí mismo. El narcisismo social actual conduce a una multiplicación de las subjetividades que excluye toda otra dimensión que no sea la de los individuos mismos. Está tan en boga que la negatividad, en el fundamento de la vida psíquica y de la cultura, está amenazada de censura: sin embargo, hay que saber decir no en ciertas situaciones. Pero la prohibición es prohibición de discurso, en beneficio de montajes especulares en los que cada uno se refleja para imponer su deseo. No se han perdido todos los puntos de referencia, y algunos saben todavía hacerlos funcionar, pero corremos el peligro de olvidarlos, y, al final, de no saber ya recurrir a ellos. No renunciar a nada, es tachar el dominio de sí mismo. La noción de sacrificio en el corazón de la civilización no tiene ya estatuto de palabra; al no poder ser pensada y simbolizada, se la actualiza en la droga, en el suicido, en la violencia. Al atacar el principio genealógico, se estimula el ideal mortífero que, hoy, tiene otro matiz que el analizado por Freud en *El malestar en la cultura*, aunque las estructuras en juego sean las mismas: la pulsión de muerte (fuente de desunión) sería más fuerte que la pulsión de vida. Ya no se trata de guerra, sino de destrucción y de autodestrucción: de la violencia urbana al terrorismo, del paro a la miseria, de la purificación étnica al genocidio, de la droga al suicidio, de la violación al crimen sexual, del eugenismo al aborto y a la eutanasia. La sociedad legisla y estimula así prácticas de muerte. Al no tener alimentos simbólicos, que favorecen los vínculos, la interioridad del hombre queda tocada. Será preciso un día retomar la culpabilidad sorda e inherente a la mentalidad de exterminio (en que cada uno se vive como una víctima y desarrolla una paranoia social) favorecida por el nihilismo legal y por el nihilismo moral.

Las representaciones sociales están actualmente gobernadas por tres imágenes: la del niño-adolescente que es vivido en igualdad con el adulto, la del femenino autosuficiente, la del homosexual que niega la diferencia de los sexos y valora las pulsiones parciales. Estas tres imágenes eliminan la relación institucional, las mediaciones y las diferencias, a las que abre la función paterna. Son las que mantienen en el arcaísmo de los comienzos y en el enfrentamiento mortífero de las pulsiones.

Las reivindicaciones homosexuales son sin duda el síntoma más flagrante de la negación de las diferencias. Al dejar creer que una relación con un partenaire del mismo sexo vale lo mismo que la de una pareja hombre/ mujer, el homosexual manifiesta su sumisión a la simbología materna y su rechazo al espíritu de las leyes. Algunos homosexuales —a menudo los militantes más activos y no la mayoría, que continúa prefiriendo «la indiferencia»— son por así decir delincuentes edípicos que permanecen más acá de lo genital y de lo que constituye la personalidad, el vínculo social y la organización jurídica de la sociedad. Recordemos que la tendencia sexual está del lado de la pulsión, es decir, de la fragmentación, y no del lado de la cultura, de la palabra, de la reflexión sobre sí mismo o de la reflexión moral, fundadas en valores universales.

La sociedad se encamina hacia un estado indiferenciado acentuado por responsables sociales que actúan siempre desde la urgencia y navegan sobre los sondeos sin evaluar las consecuencias de sus decisiones para la sociedad. Paradójicamente, los ideales de mayo del 68 nos habrán llevado a no tener pensamientos y perspectivas a partir de las cuales reflexionar la existencia. La atención, totalmente contemporánea, a los mecanismos de la vida psíquica y de la subjetividad que está cada vez más vacía, no puede hacer las veces de reflexión filosófica, antropológica o religiosa. Todo tiene lugar como si estuviésemos desprovistos de verdades elaboradas por las generaciones precedentes a partir de las cuales la vida puede construirse y renovarse gracias a nuestro propio pensamiento.

Para romper con esta espiral del ocaso, debemos tener en cuenta cuatro realidades simbólicas y tratarlas en una reflexión antropológica.

1. La crisis de recursos internos se confirma a medida que se desarrollan la toxicomanía y todas las conductas adictivas. La cuestión planteada aquí es la del bienestar humano. Es cierto que la toxicomanía ha existido siempre, pero se ha convertido en un fenómeno de sociedad que manifiesta que el individuo tiene dificultad para aceptar su existencia y, desde ese momento, quiere exacerbar sus deseos para mejor sentirse vivir. Pero el deseo humano es insaciable, y tanto más

cuanto que el sujeto se toma por su propio objeto. Este deseo tiene necesidad de ser elaborado, orientado y finalizado para desarrollarse, enriquecerse y asegurar la coherencia misma de la personalidad. Por el contrario, al querer realizar los deseos tal como se presentan, de forma autónoma e impulsiva, la personalidad es rápidamente desbordada e incapaz de saber lo que desea. Entonces, ella no construye nada.

Los deseos han inquietado siempre a la conciencia humana que ha podido huir de ellos, incluso negarlos. Es entonces cuando la idea de muerte prevalece sobre las funciones vitales. El toxicómano persigue esta supresión del trabajo del deseo; por esto despenalizar el uso de las drogas, y en particular el *cannabis*, es un error que desconoce los verdaderos retos de la crisis y no haría más que autorizar la aphanisis de la que hemos hablado antes. La civilización es un progreso humano que obliga a organizar y a manifestar la vida pulsional en relación con los ideales estructurales, cuando existen. Los miles de jóvenes que se reunieron en París para las Jornadas Mundiales de la Juventud (JMJ 1997) están en esta búsqueda, aun cuando la sociedad les impide entender esta dimensión. Son indispensables, para pensarse y afrontar las realidades, verdades a partir de las cuales cada uno construya su existencia. El hombre «civilizado» es así llevado a renunciar a su sentimiento infantil de omnipotencia, a una parte de su suficiencia y de su narcisismo; esto le es necesario con el fin de estar en relación positiva con el otro y ser capaz de actuar y de encontrar placer en la realidad. Todas estas operaciones llevan consigo sufrimientos psíquicos (en el sentido de esfuerzo y trabajo sobre sí mismo), y también muerte; sólo se pueden realizar en unión con un proyecto de vida que tenga en cuenta la realidad social. Al encontrarse con una realidad objetiva que va a limitarlo el individuo puede desarrollar su vida interior. El recurso a la droga, explica Freud en *El malestar en la cultura*, anula este proceso.

Desarrollarse es, pues, ser capaz de construir sus deseos, diferir su realización y elegir objetos compatibles con la realidad.

2. La tendencia sexual no define a la persona, como quisiera hacerlo pensar el Tratado de Ámsterdam. Este presupuesto se refleja en la relación hombre/mujer. El uno no es igual al otro en todos los ámbitos de la realidad. El fantasma de la paridad en materia política viene a corroborar la fragmentación actual, que se funda en la idea de que las mujeres deberían representar a las mujeres y los hombres a los hombres. El carácter mixto, que no ha sido pensado nunca en términos diferenciales, favorece aquí no sólo la confusión de sexos, sino también una relación de rivalidad definida en lucha de poderes. En tales situaciones, los hombres se callan, adoptan conductas en reacción a una culpabilidad imaginaria que los remite a la madre fálica, o se van

porque no se sienten afectados por este género de conflicto, típico de la psicología femenina. El matriarcado social que se desarrolla será fuente de violencia. Los trabajos de Johann Bachoffen han mostrado por lo demás que las sociedades matriarcales, que han precedido a las sociedades patriarcales, eran sociedades de confusión identitaria propicia al clima incestuoso y a la violencia. Tanto el hombre como la mujer pueden representar y trabajar por los intereses de la sociedad sin tener necesidad de definirse permanentemente el uno contra el otro, como se puede observar en la psicología púber. Una vez más, ¿no hay problemas más urgentes a regular por el bien de la sociedad? Los mismos ciudadanos están un poco cansados de estos debates estériles e infantiles que se hacen en detrimento de otras prioridades. El absentismo electoral es una señal de alarma peligrosa que indica que los políticos no están al tanto de las realidades que hay que tratar y no saben anticipar el futuro. En resumen, hay que pensar la relación hombre/mujer a través de la imagen de la pareja y de lo que representa la simbología de cada sexo. No todas las funciones simbólicas pueden estar ocupadas indiferentemente: se constata, por ejemplo, en el interior de la familia y en la escuela.

3. El derecho define cada vez más las relaciones y las realidades humanas en términos utilitarios, según criterios económicos y procedimentales, y no en términos de sentido.

La misma moral es considerada a este nivel. Predomina «la ética de la discusión» y afirma que sólo el debate público, en el que cada uno pone en juego su punto de vista, podrá conseguir un consenso. Esta palabrería nos lleva a callejones sin salida, surge la incapacidad para relacionar el caso singular con una ley moral objetiva y universal. La verdad subjetiva se confunde con la verdad objetiva. Si nadie posee solo toda la verdad, la realidad no se puede reducir a afectos y a pensamientos. Estos últimos son el resultado de una historia personal, de conflictos internos, incluso de actitudes reaccionales. En ningún caso se podrían construir sistemas de pensamiento sobre la base de conflictos intrapsíquicos más o menos elaborados. La verdad subjetiva no impide que exista una verdad objetiva ajena a la experiencia del sujeto, accesible por la sola racionalidad y por instancias de regulación. Si cada uno sólo posee su verdad subjetiva, no puede inferir que nadie represente verdades objetivas dependiendo también del lugar simbólico que ocupe, pues sería negar la dimensión de norma objetiva que representa el complejo de Edipo. Si el derecho y la moral pierden su dimensión universal, los individuos no pueden unirse socialmente ni hablarse: nosotros seremos condenados a reagruparnos y a defendernos en tribus psíquicas.

4. La crisis de la conciencia histórica está en el corazón de la relación con el tiempo de las sociedades actuales. La madurez temporal depende de la capacidad de aceptar e interiorizar la diferencia de generaciones. La educación, que pasa cada vez menos

por la mediación de la familia, la falta de proyecto de futuro, que invita a consumir el presente, y la huelga de nacimientos, que llega a la no-renovación de la sociedad, nos alejan de esta preocupación por el futuro. «Consumamos y muramos, el futuro se hará sin nosotros» es el eslogan que puede resumir la actitud de las mentalidades actuales que viven en la confusión del presente y en la nostalgia de un pasado que sin embargo no es glorioso. Mayo del 68 queda así como un fenómeno mítico, cuando ha sido la expresión aguda de la depresividad social que ponía en marcha. Vivimos en un tiempo parado, con la ilusión de mantenernos en una juventud sin fin. No es ni siquiera cuestión de envejecimiento y de muerte porque la muerte es impúdica como lo era, no hace mucho tiempo, el sexo. Está escondida, aseptizada. El desarrollo de la incineración recuerda que no hay que dejar restos, ni huellas: así, la muerte misma desaparece. Eliminada, no permite ritmar, ritualizar y expresar el tiempo de las generaciones y de su aportación. Estamos encerrados en un tiempo parado, reducido a un instante que dura, olvidando que somos mortales.

Nunca ha sido fácil vivir y la sociedad actual no da este gusto a las generaciones jóvenes aunque ellas sean, felizmente, capaces de encontrarlo por otra parte. Los expertos en salud mental reciben cada vez más a personas que sufren soledad, aislamiento, falta de comunicación e incomprensión. Hasta en las familias, las relaciones son a veces inexistentes, conflictivas y sin concesión, dudando entre la mala fe y la crueldad afectiva, dignas de un universo en que unos pasan su tiempo haciendo sufrir a otros, trasladando sus viejas historias psíquicas. Se trata evidentemente del peor tratamiento de esta clase de conflicto que afecta a la interioridad de cada uno, pero la organización social pesa también duramente sobre las psicologías. El suplicio de las coacciones cada vez más complejas que se abaten sobre los ciudadanos no simplifica su existencia y los priva a menudo de libertad y de iniciativa en una sociedad colectivista y fragmentada en tribus. Tal presión, administrativa y económica, que cultiva la uniformidad y nivela las diferencias no podrá continuar largo tiempo; demasiado ruinosa para las psicologías, ella impide vivir. Por esto los más débiles nos remiten a una imagen negativa y destructora de la sociedad —la que les ha sido dada por sus mayores—, a través del fracaso escolar institucionalmente programado, la droga, el suicidio y la violencia. Hombres y mujeres son el reflejo de la desimbolización de una sociedad que se complace en sí misma. Este proceso ya iniciado nos confrontará cada vez con más violencia, a menos que consigamos restablecernos en relación con nuestros fundamentos antropológicos: diferencia de sexos, de generaciones y de papeles simbólicos de la pareja hombre/mujer, pero también del padre y de la madre. Lo que es decisivo, hoy y en el futuro, es aprender a nombrar los problemas a los que estamos confrontados, a comprender sus retos, y sobre todo a reflexionar sobre lo que podemos hacer para remediarlo evitando la fatalidad que quisiera que nosotros acabásemos «en el muro».

He querido echar una mirada realista sobre los problemas que nos esperan y sobre las estructuras psíquicas y antropológicas que están en cuestión, sabiendo que mantener este discurso de observación, de balance y de perspectiva de las cuestiones lleva a algunos a interpretarlo como una «visión pesimista» de la sociedad porque oír hablar de lo que provocamos socialmente a partir de nuestros comportamientos los «deprime». A quienes vean en esta constatación demasiado pesimismo, les pregunto si es la hora de este tipo de interrogantes que no sirve para nada. ¿Qué importa ser optimista o pesimista? No son más que sentimientos que no nos ayudan nada a hacer inteligible lo que vivimos.

1

Según la expresión de Luc Ferry, *L'Homme-Dieu ou le sens de la vie*, Grasset 1995 (traducción española: *El hombre-Dios o el sentido de la vida*, Tusquets, Barcelona 1997).

2

La República, libro VIII.

3

De l'Angoisse à la méthode, Aubier, 1994 (traducción española: G. Devereux, *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI, Méjico 1998).

*

Es un procedimiento que no hace intervenir abogado ni magistrado y permitiría anular un matrimonio civilmente en el caso de que los esposos estuvieran de acuerdo sobre todos los puntos de su separación. La palabra «démariage» con su prefijo «de» es la simetría de «mariage» y separa lo que estaba unido (ndt).

1

T. Anatrella, *Interminables Adolescences*, Le Cerf/Cujas 1988.

2

Le Moyen Âge en Occident: des barbares a la Renaissance, Hachette 1991 (traducción española: Michel Balard, Jean-Philippe Gente, Michel Rouche, *De los bárbaros al renacimiento. Edad Media Occidental*, Akal, Madrid 1989).

3

La Dérive des sentiments, Grasset 1991.

4

P. Georges, «Un quinquennat de mariage», *Le Monde*, miércoles 22 junio 1994, p. 26.

5

G. Poussin, *La Fonction parentale*, Privat 1993.

6

La Crise des générations, Payot 1969 (traducción española: Gérard Mendel, *La crisis de generaciones*, Península, Barcelona 1972).

7

Cf. Dossier «Racisme anti-père», *SOS Papa*, n. 26, junio 1997.

8

El padre es reducido a ser un simple determinante biológico en la técnica procreadora. No sólo el derecho permite eliminar al padre al nacer el niño, sino que además el legislador en Francia ha minimizado su función simbólica banalizando por ejemplo el parricidio, que se convierte en un crimen como los demás. En el antiguo Código Penal, el parricidio estaba calificado como el *crimen de los crímenes* puesto que su prohibición (la del homicidio del padre o de la madre, como el infanticidio) es fundadora de la humanidad y de la civilización. El genocidio de la Segunda Guerra Mundial, *el crimen contra la humanidad*, se convierte en «el homicidio de referencia».

9

S. André, *Que veut une femme?*, Seuil 1995 (traducción española: Serge André, *¿Qué quiere una mujer?*, Siglo XXI Editores, Méjico 2002).

10

S. Freud, «La sexualité féminine», *La Vie sexuelle*, PUF 1970 (traducción española: Sigmund Freud, *Ensayos sobre la vida sexual*, Alianza Editorial, Madrid 1985).

11

Jean-Didier Lecaillon, *La Famille, source de prospérité*, Régnier 1995.

12

La Vie, 24 julio 1994.

13

La Vie, art. cit.

14

Las cifras de padres agredidos por sus hijos están también en aumento en Francia.

15

G. Devereux, *De l'Angoisse a la méthode*, op. cit.

16

Por esto, en otro estudio, G. Devereux ha escrito con razón: «El valor igual de los hombres y de las mujeres se asienta en el hecho de que, en una especie sexuada, el hombre implica a la mujer, lo mismo que la mujer implica al hombre. Su diversidad garantiza el sentido de cada uno de los dos y prueba la igualdad de su valor». *Femme et mythe*, Champs-Flammarion, n. 180, 1988 (traducción española: Georges Devereux, *Mujer* y *mito*, Fondo de Cultura Económica, Méjico 1989).

17

T. Anatrella, «La mixité», É*tudes*, junio 1988.

1

J. Boswell, *Au bon coeur des inconnus. Les enfants abandonnés de l'Antiquité à la Renaissance*, Gallimard, París 1993 (traducción española: J. Boswell, *La misericordia ajena*, Muchnik Editores, Barcelona 1999).

2

Nosotros examinamos corrientes de ideas que pesan sobre la organización de las psicologías, del vínculo social y del sentido del niño en una sociedad y no casos individuales, que requieren otro tipo de análisis y de tratamiento. Por eso, no confundimos entre situaciones particulares y modelos sociales que quieren imponerse, a veces con la ayuda de un discurso militante que evita todos los interrogantes de los que están cargados estas representaciones.

3

Anomalía genética debida a la presencia, en un par de cromosomas, de un cromosoma que excede el número establecido. Este cromosoma ha sido aislado gracias a las investigaciones del Prof. J. Lejeune. La trisomía 21 es responsable del mongolismo.

4

La mayor parte de estas informaciones históricas han sido examinadas en *Lou Rebieure*, n. 45, marzo 1997.

5

En *Paedagogus*, III, 3 (traducción española en la Editorial Gredos, Madrid 1998).

6

En *Apologeticum*, IX, 8 (traducción española en la Editorial Gredos, Madrid 2001).

7

El *Emilio* de Jean Jacques Rousseau marca una etapa importante al proponer una relación educativa más bien ambivalente en la que alternan el respeto del individuo y la afirmación de coacciones tras las cuales desaparece. En este libro se evoca igualmente la noción de una «naturaleza buena» extendida a los «buenos salvajes» y a la «inocencia infantil» deformada por la sociedad y por la civilización. Esta visión utópica e irrealista influye en la educación hasta nuestros días: ahora bien, sabemos que un ser humano que no está educado y no ha tenido acceso a la civilización se convierte fácilmente en «un monstruo».

8

La primera ley que reglamentó el trabajo de los niños en Francia fue votada en 1841 bajo la influencia, entre otros, de Fréderic Ozanam (1813-1853). En su curso de la Sorbona del año universitario 1839-1840, éste abogaba por un orden social más justo: «Hay explotación cuando el patrón considera al obrero no como asociado, como un auxiliar, sino como un instrumento del que hay que obtener la mayor cantidad de servicios posible al menor precio [...]. El obrero-máquina no es más que una parte del capital, como el esclavo de los antiguos».

9

Philippe Ariès, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Seuil 1960 (traducción española: Philippe Aries, *El niño* y *la vida familiar en el antiguo régimen*, Taurus, Madrid 1987).

10

Recientes estudios llevados a cabo por historiadores medievales muestran que el niño ha sido considerado siempre como un individuo que hay que respetar y educar desde su concepción. Las madres hablaban al niño que llevaban consigo. Las madres y las nodrizas, al alimentar al niño, tenían también la preocupación por el desarrollo de su espíritu como muestran los tazones de papilla abecedarios y las letras-pasteles que constituían el primer material escolar del niño. Esta idea era compartida también fuera del Occidente medieval: sabemos que algunas mujeres árabes eran capaces de ir a escuchar, embarazadas, las lecciones del Corán para educar al niño que iba a nacer. Cf. Danièle Alexandre Bidon, «Grandeur et renaissance du sentiment de l'enfance au Moyen Âge», en *Histoire de l'éducation*, n. 50, Institut national de la recherche pédagogique, París.

11

Henri-Irénée Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité* (versión castellana: *Historia de la educación en la antigüedad*, Fondo de Cultura Económica, Méjico 1998). Ver también los trabajos de Pierre Riche, *Éducation et culture dans l'Occident barbare, VI^e y VIII^e siècles*, París, Seuil 1989. Al contrario de Philippe Aries, Pierre Riche subraya el sentido de la infancia y de su educación que tenían la sociedad y sobre todo el mundo monástico que dirigía las escuelas. Según él no hay interrupción entre la Antigüedad y la Edad Media. Hemos seguido sin duda erróneamente las tesis de Philippe Aries cuando escribía: «La civilización medieval había olvidado la *paÏdeÏa* de los Antiguos e ignoraba también la educación de los modernos. Éste es el hecho esencial, ella no tenía idea de la educación». Ahora bien, el estudio de las fuentes, recuerda P. Riche, permite afirmar que el niño recibía atención y comprensión en una perspectiva educativa.

12

Así titulaba Élisabeth Badinter uno de sus ensayos (Flammarion 1981). Esta tesis militante quiere probar que la maternidad no es más que un hecho cultural y que no forma parte integrante de la feminidad. Demostración poco convincente respecto de la biología y de la psicología femenina. Lo cual quiere decir que la interiorización del sexo es una operación psíquica de la adolescencia que puede plantear muchos problemas tanto al hombre como a la mujer. Aceptar su configuración psíquica y acceder a la maternidad es para algunas mujeres una tarea angustiosa. Se puede plantear la hipótesis de que la maternidad vivida como un obstáculo, tal como es presentada en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir (existe versión castellana en Ed. Cátedra, Madrid 1998), ha correspondido a la desvalorización de la relación educativa. A la idea de maternidad-opresión ha venido a corresponder la idea de educación-opresión. La madre sigue siendo el símbolo de la educación, aunque esta simbología pueda ser compartida por los hombres y los padres. La educación es una forma de gestación y de cuidado maternal indispensable para el desarrollo del ser humano. A partir del momento en que la sociedad coincide con la representación de la maternidad-contraceptiva, surgen las consecuencias sobre la concepción del niño y de la educación que lleva consigo. La limitación de los nacimientos se ha convertido así en la limitación de la educación. Pero por el momento no se quiere evaluar sus efectos.

13

H.-I. Marrou, op. cit.

14

Regularmente, los semanarios publican *dossiers* a propósito de problemas educativos queriendo encontrar un «culpable», sean éstos los padres, las madres o los padres ausentes, cuando no los profesores. Éste no es el problema. No se trata de descubrir una falta, sino ante todo los efectos de sistemas que generan nuestros modos de vida.

15

Se trataba sobre todo de intervenciones puntuales de psicólogos o de escritos venidos de Estados Unidos que desarrollaban la tesis de la no-directividad, en la época en que era difícil hacer oír otro discurso en los medios de comunicación cuando existían prácticas más realistas en continuidad con la experiencia educativa de los pedagogos y en coherencia con los descubrimientos de autores como Freud y Piaget, para quienes la educación es fundamental.

16

El consumo medio por individuo pasó de 2,6 kilos en 1990 a 3,1 kilos en 1995.

17

Y al que se puede, además, practicar una eutanasia.

18

P. Legendre, *Le Monde*, 22 abril 1997.

19

La revista *Elle* publicó en su número de agosto de 1993 un *dossier* titulado: «¿Eres una cerda?». Da muestras de un estado de espíritu en el que las formas arcaicas de la agresividad sexual son más solicitadas que la elaboración objetal. Hay que ver en ello una de las consecuencias bastardas de una comprensión superficial y defensiva de las observaciones del psicoanálisis. No se trata de mirarse perpetuamente en las imágenes primeras y los conflictos primitivos, sino de saber cómo pueden elaborarse y enriquecer la vida psíquica. Complacerse en «la cerda», es mantenerse en el conflicto de rivalidad con la madre arcaica omnipotente y alimentar el fantasma de la madre y de la puta, lo que impide situarse frente a las mujeres. Es también la puerta abierta a todas las negaciones de la maternidad.

20

Las pulsiones parciales permanecen en estas condiciones en el inconsciente. Son las representaciones y las producciones de éstas las trabajadas por la sublimación.

21

A.S. Neill, *Libres Enfants de Summerhill*, Payot, París (1960), 1970 y *La Liberté oui, l'anarchie non*, Payot, París (1966), 1971.

22

La no-directividad es uno de los aspectos de la técnica psicoanalítica. Carl Rogers ha construido su sistema, que tiene su congruencia, considerando sólo este componente del conjunto del psicoanálisis.

*

Los cursos quinto y tercero del sistema educativo francés se corresponden con los cursos 1° y 3° de la ESO en el sistema español (ndt).

23

Freud, *Malaise dans la civilisation*, PUF, París (1929), 1971 (traducción española: *El malestar en la cultura*, Alianza Editorial, Madrid 2002). «A falta de observaciones suficientes y de comprensión de sus usos y costumbres, los europeos imaginaron que los salvajes llevaban una vida sencilla y feliz, pobre en necesidades, de tal manera que no era accesible a los exploradores más civilizados que los visitaban. La experiencia posterior ha venido a rectificar estos juicios en más de un punto». Freud lleva más lejos su reflexión poniendo en cuestión la conclusión simplista que pone en causa toda idea de civilización bajo el pretexto de que induce a la neurosis. «Se descubrió entonces que el hombre se convierte en neurótico porque no puede soportar el grado de renuncia exigido por la sociedad en nombre de su ideal cultural, y se concluye que abolir o disminuir notablemente estas exigencias significaría un retorno a posibilidades de felicidad» (p. 34). Toda operación psíquica que tiene como objetivo restringir o sublimar las pulsiones, y en particular las pulsiones parciales, puede dar lugar a una personalidad neurótica, es decir, inhibirla en muchos aspectos a causa de un conflicto interno. Queda por saber cuál, si la civilización o la economía interna del individuo, se encuentra principalmente implicada.

24

Piaget ha calificado así el pensamiento del niño que interpreta todo únicamente según los esquemas de su experiencia individual, o de su imaginario. La educación y el descubrimiento de las realidades van a ayudarlo a salir de esta economía y a progresar hacia una actitud más diferenciada y más racional.

1

S. Freud, *Pour introduire le narcissisme*, PUF 1970 (traducción española: Sigmund Freud, *Introducción al narcisismo*, Amorrortu, Buenos Aires 1976).

2

Ib.

3

S. Freud, «Psychologie des masses et analyse du Moi», *Essais de psychanalyse*, Payot.

4

Este modelo ha sido justificado por G. Deleuze y F. Guattari en *L'Anti-Oedipe, Capitalisme et schizophrénie*, Minuit 1969 (versión castellana: *El antiedipo, capitalismo* y *esquizofrenia*, Ediciones Paidós, Barcelona 2005). Para estos autores, la representación psicoanalítica del sujeto es solidaria de la ideología capitalista que se basa en la propiedad privada, el límite, los territorios, la individualidad cerrada, a imagen del déspota. La destrucción de esta representación corresponde a la fragmentación de esta idea del «sujeto» unificado por el Edipo; el «modelo» no es molar (considerado como un todo), sino molecular (representación de un compuesto químico que yuxtapone los símbolos de los átomos que los constituyen), fragmentado, esquizofrénico. Si seguimos a estos autores, la relación, la comunicación, la elaboración y la creación humana no serían posibles. El inconsciente abandonado a sí mismo y sin las instituciones del yo no tendría ninguna posibilidad de alcanzar la realidad exterior. Es verdad que la vida psíquica vive mediante diversas ficciones y la inteligencia produce muchos artefactos, pero la razón y los diversos procesos internos le dan los medios para no confundirse, como en la esquizofrenia. La ideología del anti-Edipo toma el síntoma por la estructura e intenta ratificar la no-elaboración psíquica. Está datada y participa de las filosofías de «el anti» del final de los sesenta.

5

Informe remitido en junio 1997 como resultado del trabajo de una comisión constituida por juristas, sociólogos y psicólogos.

*

En periodismo audiovisual es el término que se emplea para una colección de entrevistas muy cortas con un cierto número de personas seleccionadas habitualmente de manera aleatoria. Estos *micros-trottoirs* constituyen una maneara fácil de introducir la opinión de personas ordinarias en una noticia audiovisual (ndt).

6

L. Lurçat, *La Violence à la télé: l'enfant fesciné*, Alternatives 1989. *Le Temps prisonnier: des enfances volées par la televisión*, Desclée de Brouwer 1995.

7

Éditions Fayard (traducción española: David Reismann, *La muchedumbre solitaria*, Paidós, Buenos Aires 1971).

8

Impact Médecin quotidien, n. 934, 16 septiembre 1996: «Les prévisions de l'OMS pour 2020».

9

«El éxtasis se va a desarrollar de forma duradera. Alcanzando mayoritariamente a jóvenes bien integrados y de un buen nivel cultural, provoca menos problemas de dependencia física que complicaciones de orden psicológico: alucinaciones auditivas, depresiones severas, problemas de confusión, interpretación delirante, etc.». *Le Quotidien du médecin*, 18 febrero 1998. El éxtasis se vende ampliamente en las fiestas, los bares, las discotecas y diferentes lugares en que se encuentran los jóvenes. Es a menudo asociado con productos llamados «de noche» como la cocaína, el *cannabis*, el alcohol, los *poppers* o el LSD. El problema que se plantea con este producto, como con todos los demás, no es el del abuso de consumo que habría que saber moderar y controlar, sino el de caer en la toxicomanía y el de la necesidad de consumir.

10

Comisión de estupefacientes del Consejo económico y social de la OMS, Sesión en Viena, los días 7-9 julio 1997.

11

Documento preparatorio para la Conferencia de Viena del 16 al 20 marzo 1998.

12

Letrista y líder del grupo de rock Nirvana que se suicidó a los veintiséis años, tirándose una bala en la cabeza, en 1994.

1

El desenlace de la castración implica la aceptación del propio cuerpo sexuado, de la prohibición del incesto y la inscripción en el orden de la filiación.

2

Questions d'amour (8-11 ans), Nathan 1997.

3

Questions d'amour (11-14 ans), Nathan 1997.

4

El símbolo es un signo encargado de representar un objeto, un acto, una situación, una noción y de sustituirlo si llega el caso. El símbolo retoma y transforma una realidad en un lugar concreto que lo inserta en otro orden. Los signos que produce la simbólica no están unidos a una representación sino al lenguaje, a la palabra y a la dimensión del deseo. En la experiencia oral, por ejemplo, el niño subraya sus frustraciones y la necesidad de satisfacción inmediata fusionando con el objeto. Al comprometerse en un trabajo de simbolización, la oralidad se convierte en una fuente de inspiración primera para encontrar otras modalidades de acción sobre la realidad, de abrir perspectivas al deseo y de relación con los objetos de forma diferente a la fusión. A partir de la pulsión el individuo va a intentar simbolizar su forma de unirse a los demás.

5

Clarissa Pinkola Estés, Grasset 1996 (traducción española: *Mujeres que corren con los lobos*, Ediciones B, Barcelona 2005).

6

Marie Darrieussecq, POL 1996 (traducción española: *Marranadas*, Ed. Anagrama, Barcelona 1997[4]).

7

Catherine Cusset, *Jouir*, Gallimard.

8

Jean-Cristophe Valtar, *Exes*, Gallimard.

9

Marc Bonnet, *Sexes*, Plon.

10

P. Legendre, *Le Decir politique de Dieu: étude sur les montages de l'État et du droit*, Fayard 1988.

11

France 2, martes 21 mayo 1996.

12

Igualmente en *La Marche du siècle* sobre la homosexualidad, France 3, 15 mayo 1996.

1

W.H. Master, *L'Union par le plaisir*, R. Lafont 1975.

2

A. Bejín, *Le Nouveau Tempérament sexuel*, Kimé 1990.

3

S. Freud, *Tríos Essais sur la théorie de la sexualité*, Gallimard 1985 (traducción española: *Tres ensayos sobre teoria sexual*, Alianza Editorial, Madrid 1981).

4

P. Greenacre, *Traumatisme, croissance et personnalité*, PUF 1971 (traducción española: *Trauma, desarrollo y personalidad*, Editorial Hormé, Buenos Aires 1960).

5

Encontramos por otra parte el mismo problema con la toxicomanía, que se asienta en una carencia de elaboración de las pulsiones en la vida psíquica, que son eliminadas en la acción.

6

Le Quotidien du médecin, 29 septiembre 1997, *Le Monde*, 29 octubre 1997.

7

R.J. Stoller, *La Perversion, forme éreotique de la haine*, Payot 1978 y *Masculin ou féminin*, PUF 1989.

8

R.J. Stoller, op. cit.

9

Las tendencias sexuales de un individuo tienen siempre consecuencias sobre la forma en que va a concebir sus relaciones con el otro. Así el narcisismo se encuentra valorado tanto en la pederastia como en la sexualidad. Se pueden presentar al menos dos ejemplos. En la pederastia obsesiva, el individuo mantiene relaciones complicadas con los demás y a menudo fracasa en sus actividades. En la pederastia histérica, el individuo intenta principalmente brillar, atraer todo hacia sí mismo mediante relaciones de seducción, tanto con los otros como con la autoridad. Es bastante engañoso y puede volverse violentamente contra quienes él utilizaba antes.

10

E. Loftus y K. Ketchan, *Le Síndrome des faux souvenirs et le mithe des souvenirs refoulés* , Exergue 1997. *Le Monde*, 10 octubre 1997, «Vraíes victimes et faux souvenirs des abus sexuels».

11

M. Bouillon, *Viol d'anges*, Calman-Lévy 1997.

12

M. Bouillon, op. cit.

13

M. Bouillon, op. cit.

14

Según algunos estudios llevados a cabo sobre desechos orgánicos, parece que los antibióticos y los anticonceptivos pueden interferir en la fertilidad, hipótesis que queda por confirmar.

15

El placer acaba una actividad y es siempre limitado mientras que el gozo es una forma de encontrarse con el otro y expresa una carencia del ser, cuyo término no excluye la reproducción.

16

S. Freud, *Tríos Essais sur la théorie ded la sexualité*, Payot.

17

S. Freud, op. cit.

18

La cursiva es nuestra.

19

S. Valentín, «Séduction dans et de l'avortement», *Psychanalyse à l'université*, tomo 17, n. 67, Gallimard 1992.

20

Tesis defendida por René Frydman en su libro *Dieu, l'embryon et la médecine*, Odile Jacob 1997.

21

El Prof. Frydman aboga por el «progenismo», *Le Quotidien du médecin*, 3 septiembre 1997.

22

René Frydman, op. cit.

23

Lo que no justifica las brutales intervenciones contra los equipos médicos y las pacientes. La discusión debe ir por otra parte y de otra manera. Las mujeres que abortan tienen más necesidad de reflexionar sobre lo que han vivido que ser psicológica y moralmente maltratadas. Los equipos médicos tienen la misma impresión, reconocen sentirse mal después de varios años practicando abortos.

24

¿Son todos los abortos causados *«por la angustia»?* ¿Qué es una situación angustiosa? ¿Queda reducido un niño a ser una maldición? ¿Basta con encontrarse en una situación difícil para que la ley sea abolida?

1

Hablamos aquí de la ley edípica.

2

S. Freud, «Pulsions et destin des pulsions», *Métapsychologie*, Gallimard 1968.

3

C. Aron, *La Bisexualité et l'ordre de la nature*, Odile Jacob 1996.

4

Debate entre el biólogo Claude Aron y el psicoanalista Tony Anatrella, «L'Homme est-il un animal bisexuel», *Impact Médecin quotidien*, n. 860, 29 febrero 1996.

5

Libération, 9 diciembre 1997.

6

Hay que recordar: La simbología materna o paterna no se puede reducir a los progenitores o a la presencia femenina o masculina. Una madre sola con su hijo puede muy bien hacer funcionar la simbología paterna en su hijo para expresar su diferenciación, la ley edípica de los lugares y de los roles así como la prohibición del incesto.

7

G. Devereux, *De l'angoisse à la méthode*, op. cit.

8

Parece que el nombre con el que va a ser conocido será el de PIC (pacto de interés común). Es además interesante señalar esta dificultad a la hora de buscar un nombre para designar un concepto jurídicamente problemático. En primer lugar fue CUC (contrato de unión civil), luego CUS, después el PIC. Las palabras nos sirven para pensar la realidad. La cuestión es por tanto: ¿qué es lo que hay que pensar aquí?

9

Es inexacto decir, como pretende Kinsey, que hay al menos un 10 por ciento de homosexuales entre la población. Las cifras más realistas van del 2,8 por ciento hasta el 4 por ciento. Afirmar que cuanto más se repite un comportamiento más normal es no prueba nada (ver *Alfred C. Kinsey. A public/private life* de James Howard Jones, W.W. Norton 1997).

10

«Homosexualité et transsexualité», *Impact Médecin quotidien*, n.° 971, 20 noviembre 1996. «Aunque se ha encontrado un discreto aumento de la testosterona en los homosexuales y transexuales XX así como una disminución de esta hormona en un poco menos del 50 por ciento de los grupos homosexuales y transexuales XX, se ha demostrado que la orientación sexual y la identidad de género no estaban influidas por el estatuto hormonal en la edad adulta. Diferentes autores han sometido a prueba la hipótesis de la diferenciación prenatal del cerebro. Pero la eventualidad de una contribución hormonal prenatal al determinismo de la homosexualidad, e incluso del transexualismo, no está zanjada. Parece que los factores socio-educativos tienen un papel predominante sobre el de los factores hormonales».

11

C. Auffray, *Le Génome humain*, Flammarion 1996 (traducción española: *El Genoma humano*, Siglo XXI, Méjico 2004). J. Testard, *Le Decir du gene*, Flammarion 1994.

12

L.M. Houdebine, *Le Genie génétique*, Flammarion 1996.

13

E. Zarifian, *Le Prix du bien-être. Psychotropes et société*, Odile Jacob 1996.

14

Arthur, *Ta Mère*, Michel Lafon 1995.

15

Ya hemos desarrollado numerosos análisis a propósito de lo que era hace algunos años la reivindicación del CUS, en particular en *Non a la société dépressive* (1993), *L'Amour et le préservatif* (1995), y «Peut-on legitimer l'homosexualité?» (Documents Épiscopat, diciembre 1996).

16

«Homosexualité, famille, filiation», *Le Monde*, 12 diciembre 1997.

17

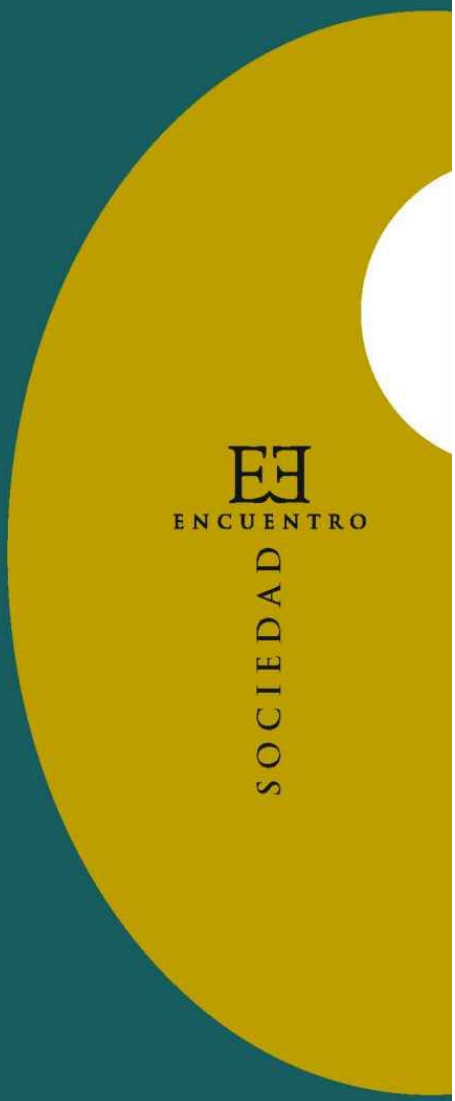
P. Bénéton, *De l'égalité par défaut, essai sur l'enfermement moderne*, Critérion 1997.

Nunca, ni con tanta fuerza, nuestra sociedad reivindicó para sus miembros el derecho a la diferencia: diferencia de gustos, de culturas y de valores, diferencia de opciones de vida, de formas de amar, de modelos de familia... Nunca, sin embargo, el acceso a una verdadera diferencia ha sido tan difícil.

Vivimos en la estela de las aspiraciones fusionales de mayo del 68. Rechazo de la función del padre, insuficiencia de la relación educativa, interioridad en crisis, retorno de los miedos primitivos, son muchos los síntomas de lo que elabora poco a poco una sociedad indiferenciada en la que los roles y los espacios se confunden. El adulto juega a ser niño, la figura paterna desaparece tras la materna, la violencia se banaliza, la intimidad está a la vista de todos, el imaginario sustituye a la realidad, y la sexualidad se dispersa en múltiples orientaciones.

¿De dónde viene el que nuestra sociedad valore tendencias sexuales parciales hasta querer inscribirlas en la ley? ¿Por qué deplora la falta de puntos de referencia que ella misma ha contribuido a hacer desaparecer?

Reconocer la diferencia implica aceptar la diferencia de sexos, de generaciones y de roles en el seno de la familia. Reconocer al otro no es aceptar todo lo suyo ni animarlo en sus conflictos psíquicos, es permitirle efectuar una paciente elaboración personal al final de la cual pueda experimentar una cierta libertad.

Mayo del 68 no ha liberado a nadie.

No es tiempo de nostalgia.